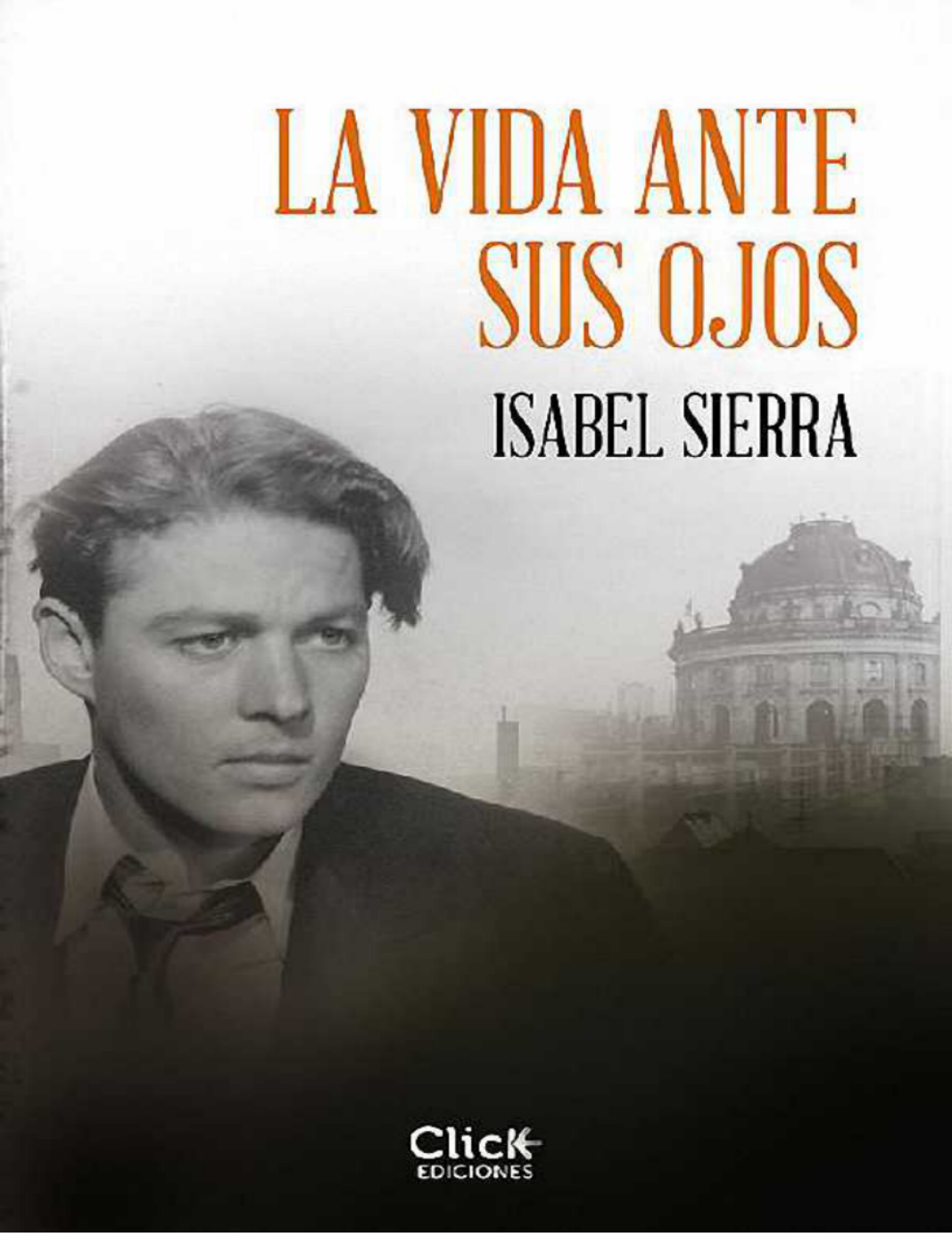
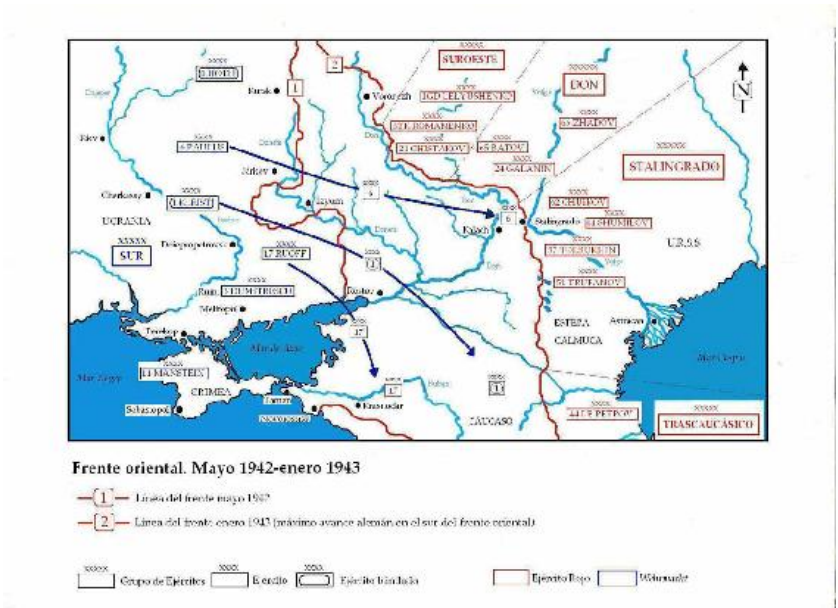
LA VIDA ANTE SUS OJOS

ISABEL SIERRA



Click
EDICIONES

Primavera de 1942. El mundo lleva ya casi tres años en guerra. En Europa, en el sur del frente oriental, los ejércitos alemanes se preparan para su ofensiva de verano contra la Unión Soviética. Avanzando desde Ucrania esperan alcanzar dos objetivos: al sur, los pozos petrolíferos del Cáucaso; al este, una ciudad por la cual se libraría una de las batallas más sangrientas de todo el conflicto, Stalingrado.



El dolor, el deber

Lo primero que sintió fue el dolor, un dolor tal que rozaba los límites de lo que un hombre podría soportar, un dolor físico como jamás creyó que pudiera sentirse. A lo largo de su vida, por motivos diversos, había experimentado en su propio cuerpo distintos tipos de dolor: accidentes deportivos, de caza, incluso castigos físicos en el estricto colegio en el que se educó. Así pues, no era para él algo ajeno, desconocido. Convivía con él, con el dolor físico y con el moral, con el propio y con el ajeno, desde hacía mucho tiempo. Pero aquello que sentía entonces superaba sus peores expectativas.

La presión que atenazaba su cabeza como una cinta de acero que se fuera apretando en torno a sus sienes parecía a punto de hacerla estallar. Sentía en sus pulmones el dolor que causarían decenas de puñales de aguzado filo clavándose en ellos cada vez que su tórax se expandía intentando coger aire. Sentía el dolor sordo, profundo, visceral, desgarrador, en su abdomen magullado. Sentía el dolor de sus piernas atrapadas bajo los escombros. Y quizá lo que más le martirizaba era un dolor agudo, intensísimo, penetrante, que le atravesaba el hombro izquierdo como una lanza.

Todas las terminaciones nerviosas de su cuerpo enviaban a su cerebro aún confuso, al mismo tiempo, una única información: dolor. Su cuerpo, a través de sus nervios, gritaba a su cerebro de dolor. Y de pronto fue consciente de que si lo sentía era porque aún estaba vivo… Y esa consciencia repentina de que aún vivía le hizo abrir bruscamente los ojos.

Lo primero que vio fue el cielo gris sobre él, ocultando la luz del sol, a través del techo semiderruido del edificio en el que se encontraba. Las nubes, inmóviles, amenazantes, densas como si fuesen de hormigón, semejaban una losa que cubriera una tumba, quizá la suya. Permaneció un largo rato contemplándolas, incapaz de hacer nada más, con la sensación de estar flotando aún en ese limbo, en esa frontera difusa entre lo real y lo irreal en la que se encuentra uno inmediatamente antes de despertar de un sueño, en la que uno comienza poco a poco a tomar consciencia de sí mismo,

sabe que de un momento a otro va a despertarse, pero aún no lo ha hecho del todo, y es como si todavía siguiera soñando.

A sus oídos ensordecidos por la explosión llegaban sonidos que parecían lejanos y que no conseguía interpretar ni comprender. Su mente parecía funcionar al ralentí, como el motor de un coche viejo al que le cuesta arrancar. Su cerebro conmocionado intentaba restablecer las conexiones que deberían permitirle seguir activo, en contacto con la realidad, y el dolor que sentía, que le abrumaba, no le ayudaba en absoluto. Su cuerpo parecía pedirle, ordenarle, exigirle la liberación del sufrimiento que le ofrecía el vacío de la inconsciencia. Pero no la quería. No podía, no debía aceptarla. Algo en su interior, algo que ni siquiera él mismo podría explicar, se esforzaba por arrastrarle desde la oscuridad en la que había estado sumido hacia la luz, de regreso al mundo de los vivos. Y ello incluso a pesar del dolor.

Imágenes borrosas comenzaron a tomar forma en su mente. Su cerebro intentaba evocar, al menos en parte, lo que le había llevado a aquella situación, lo que poco antes había sucedido. De pronto se vio a sí mismo, trabajando, operando a un herido en uno de los quirófanos de su precario hospital de campaña. Podía recordar perfectamente a su paciente como una fotografía grabada a fuego en su memoria: era un joven soldado, de unos veinte años, de cabellos negros, ojos claros y facciones suaves que le hacían parecer aún más joven de lo que era. Había sido herido por metralla en una pierna. Su estado era grave; había perdido mucha sangre. Estuporoso, cuando llegó a la mesa de quirófano aquel muchacho apenas tenía fuerzas siquiera para quejarse. El proyectil de artillería de gran calibre debió de impactar de lleno sobre el edificio de la pequeña escuela, al sur de Járkov, donde la división había establecido su hospital de primera línea, el único del que disponían, donde ejercía su labor como cirujano. Curiosamente, no recordaba haber oído la explosión, pero sí guardaba el recuerdo de la onda expansiva, de violencia inusitada, que le lanzó literalmente contra una de las paredes del aula que les servía como improvisado quirófano. A continuación, el muro se derrumbó sobre él. Después, el vacío, la nada.

Intentó evocar con mayor claridad aquel recuerdo confuso de su pasado inmediato, pero le resultaba difícil hacerlo: el hospital de campaña de Járkov, y el de Cherkassy, y el de Dniepropetrovsk…, todo lo que había visto, lo que había vivido en Rusia desde 1941, durante aquel último año de su vida, en aquellos meses en los que había ejercido la medicina en el frente. Todo ello se mezclaba y se

confundía en su cabeza. Era como si su cerebro conmocionado se negase a procesar todos aquellos recuerdos como propios, como si aquello no pudiera ser real, no pudiera estar ocurriendo, no pudiera estar sucediéndole.

Sin embargo, era así. En realidad, por primera vez en toda su vida, se dio cuenta de que no podía ser de otro modo. La guerra, como un espectro, le había acompañado siempre. Su sombra había planeado amenazadora sobre él y los suyos desde antes incluso de que pudiera recordarlo, sin que fuera apenas consciente de ello; y con el transcurrir del tiempo aquel pálido jinete del apocalipsis había ido cobrándose, lenta pero implacablemente, su diezmo de sangre.

Su padre fue el primero en caer. Gustav Adler, oficial de infantería, militar, como lo habían sido la mayoría de los hombres de su familia a lo largo de cinco generaciones, cayó en el frente, en Francia, en algún lugar de los bosques de Argonne, en el otoño de 1918, cuando la Gran Guerra tocaba a su fin. Cuando su padre murió, él aún no había cumplido los dieciocho años. Su madre fue la siguiente, pocos meses después. Incapaz de soportar la muerte de su marido, salió una noche de casa. Nadie la oyó marcharse. Al día siguiente su cuerpo apareció flotando en el río Spree: se había suicidado. Su hermano menor, su único hermano, Kurtz, también fue víctima de la guerra. Kurtz eligió la profesión de su padre, la misma que él, el primogénito, había rechazado. El carro blindado de su hermano fue alcanzado en Francia, en las cercanías del río Somme, en 1940. Kurtz no sobrevivió. Y tras Kurtz, pocos meses después, la guerra le arrebató también a su esposa y a sus hijas, a sus dos pequeñas, víctimas inocentes del nuevo conflicto, víctimas de la sinrazón y de la locura. A continuación vino su detención, su tortura y su posterior destino para desempeñar su labor como médico en el frente, en Rusia.

La guerra, que había sido la causa, directa o indirecta, de su sufrimiento, de la aniquilación de todo lo que alguna vez fue para él importante, querido, valioso, había acabado por atraparle en el horror. Y por un instante pensó que no podría ser de otra manera: el círculo por fin se había cerrado.

***

Sintió el dolor físico de su cuerpo casi como un alivio al dolor moral que le causaban todos aquellos recuerdos y que parecía desgarrarle el alma. Sin saber muy bien por qué, se acordó

vívidamente de su padre. La imagen de Gustav Adler se dibujó ante sus ojos con tanta claridad como si estuviese allí mismo. Podía recordar cada detalle, cada rasgo de su rostro: su frente alta y despejada, surcada de prematuras arrugas, sus cabellos negros, su nariz recta, el ángulo cuadrado de su mandíbula, y, sobre todo, sus ojos, de un azul oscuro y profundo como el mar, serenos y sabios.

Le sorprendió la nitidez de aquel recuerdo, que había sobrevivido intacto al paso de los años. Gustav Adler llevaba más de veinte años muerto. Las obligaciones de su profesión, y, después, la guerra, le mantuvieron con frecuencia largas temporadas alejado de su familia y de su hogar. Sin embargo, y esto podía recordarlo con claridad meridiana, las ausencias de su padre nunca fueron completas. Es posible que Gustav Adler, físicamente, no se encontrara al lado de su esposa y de sus hijos, en casa, pero de alguna forma su figura estuvo siempre presente entre ellos cuando Gustav Adler estaba lejos. Podía recordarlo en los pensamientos y en las palabras de su madre, que cada noche rogaba por su regreso sano y salvo, en las fotografías familiares que adornaban la repisa de la chimenea del salón, y, sobre todo, en las cartas que su padre escribió.

En todo el tiempo que Gustav Adler permaneció lejos de su hogar no hubo apenas un solo día en el que no escribiera a su esposa y a sus hijos, y mantuvo esa costumbre siempre, incluso durante la guerra. Recordaba el contenido de aquellas cartas que su madre les leía a Kurtz y a él. Las cartas de su padre jamás hablaban de su trabajo. Ni siquiera cuando estalló la guerra había en ellas referencia alguna a la lucha, a los bombardeos, a la vida en las trincheras, al frente. Su padre se interesaba en ellas solamente por su vida familiar, por cómo les iba en la escuela a sus hijos, por cómo crecían sin él, por cómo se arreglaba su esposa en su ausencia con los pequeños asuntos de la vida cotidiana, por la salud y el bienestar de sus seres queridos. Y su madre respondía puntual y afectuosamente a todas aquellas cuestiones, de tal modo que cuando Gustav Adler volvía a casa, en realidad era como si no se hubiera ido nunca.

Ni siquiera la guerra pudo poner fin a aquella costumbre. Es cierto que durante el conflicto hubo ocasiones en que la correspondencia de Gustav Adler se reducía a un par de líneas en un papel manchado de barro en el que se disculpaba por no disponer de más tiempo para escribir, les informaba de que gozaba de buena salud, les pedía que no se preocupasen por él y les enviaba todo su afecto. Pero aunque no fuese más que con esas

breves palabras, su padre jamás faltó a su compromiso de escribir a casa.

Recordó el día en que su padre fue movilizado. Fue en la Navidad de 1914. Él tenía entonces catorce años; su hermano Kurtz, apenas tres. Le acompañaron a la estación de ferrocarril, de la que partiría con su regimiento camino de Francia, una fría y lluviosa mañana de invierno. Recordó que su padre se despidió en primer lugar de su esposa, abrazándola largamente con ternura. A continuación besó en la frente al pequeño Kurtz, y, por último, se dirigió a él. Le miró a los ojos con esa mirada suya, profunda, escrutadora. Había en ella seguridad y confianza. Gustav Adler apoyó sus manos fuertes, firmes, sobre los hombros de su hijo mayor, y él pudo sentir el peso de aquellas manos, el afecto que transmitían, la responsabilidad.

—En mi ausencia, tú serás el hombre de la casa —le dijo como si aquello fuera lo más natural del mundo, como si supiera con certeza que él, que apenas era un adolescente, estaría a la altura de aquella situación.

Después le abrazó. Fue un abrazo breve, intenso: sería el último que su padre le daría. A continuación, Gustav Adler subió a su tren, ya en marcha, con sus soldados, sin mirar atrás. Así partió a la guerra.

Pasaría aún algún tiempo antes de que comprendiera del todo aquel gesto de su padre, todo lo que aquello significaba. Sin embargo, algo cambió radicalmente aquel día de Navidad de 1914. Lo que de niño quedaba en él desapareció cuando el tren que se llevaba a la guerra a su padre abandonó la estación. En cierto modo, de manera completamente simbólica, con aquel gesto, con aquellas palabras, su padre le cedía en su ausencia el cuidado de lo que más quería: su familia.

Entonces solo tenía catorce años; no había mucho que pudiese hacer. Sin embargo, aquella confianza que Gustav Adler depositó en su hijo mayor cuando partió al frente constituyó para él, apenas un adolescente, algo trascendental, algo que le hizo de pronto crecer, madurar. Su padre confiaba en él. Se marchaba lejos, a un destino incierto, peligroso, del que no sabía cuándo volvería, del que existía incluso la posibilidad de que no regresase jamás, y ponía en sus jóvenes manos la parte más importante de su vida. Su padre confiaba en él: aquello fue para el joven Adler algo decisivo.

Cuando el tren que llevaría a su padre al frente desapareció de su vista, él miró alrededor. Los andenes de la estación aún estaban llenos de gente, de madres, esposas, padres, hijos que contemplaban

inmóviles la vía férrea que se perdía en la distancia, como si quisieran tan solo con la fuerza de sus miradas retener a sus seres queridos, obligarlos a regresar. Temían no volver a verlos. En muchos casos sería así. Algunas personas lloraban. Él volvió entonces la mirada hacia su madre, de pie, a su lado, que sostenía a su hermano Kurtz en brazos, y por primera vez en toda su vida la vio llorar a ella también.

Sintió cómo una angustia incontrolable, hasta entonces desconocida, oprimía su pecho, atenazaba su garganta, le impedía casi respirar, le paralizaba. Y fue como si en aquel instante cayera de pronto el velo de la inocencia que cubría sus ojos de niño y contemplara el mundo, con todo su dolor, por vez primera con la mirada de un adulto. Y en aquel momento, allí, en Ucrania, herido, enterrado entre los escombros de su hospital, estuvo seguro de que fue entonces, en aquel preciso instante de su temprana juventud, cuando perdió definitivamente su niñez y se convirtió, sin apenas transición, en un hombre. La época dorada de la adolescencia duró menos que un suspiro. No existió.

No volvería a ver a su padre en mucho tiempo. No fue hasta la primavera de 1918 cuando Gustav Adler consiguió el único permiso del que disfrutaría mientras duró la guerra, y lo ganó con una herida de metralla que le destrozó la pierna derecha. Recordaba aún las palabras que su padre escribió a su esposa para decirle que, tras más de tres años de ausencia, regresaba por fin a casa.

> […] Llegaré a principios de abril. Aún no conozco la fecha exacta. No te inquietes por mí. Estoy bien, pero como oficial de infantería, con una pierna herida que me dificulta caminar, no soy demasiado útil. Tendré seis semanas para recuperarme del todo a tu lado y al de nuestros hijos, y eso me llena de alegría. Me pregunto si el pequeño Kurtz se acordará de mí…

En aquellos tres años el mayor de los hijos de Gustav Adler había cambiado mucho. Nunca se había caracterizado por ser un niño tranquilo o dócil. Desde su más temprana infancia había mostrado siempre un gran interés por todo tipo de actividades físicas y deportivas: esquí, atletismo, ciclismo, natación… Era muy bueno en esgrima y un excelente tirador con carabina. Sus aficiones no impedían que fuese asimismo un buen estudiante, brillante, en palabras de sus profesores. Su padre se había encargado de inculcarle la pasión por la lectura y una sed inagotable de saber. Pero su carácter orgulloso, agresivo, reticente a someterse a cualquier tipo de normas, le generaba más de un conflicto con otros estudiantes e incluso con los propios docentes. Aquellos eran rasgos

de su forma de ser que le costaba enormemente dominar.

Cuando acabó el bachillerato, tuvo claro que él no seguiría la tradición familiar. Se sentía incapaz de someterse a la disciplina militar. Para entonces la guerra había mostrado ya, en aquel tiempo, su rostro más amargo: Marne, Verdún, Somme, Ypres… Los convoyes de heridos descargaban cada día en la capital alemana, al igual que en decenas de ciudades en la retaguardia, cientos, miles de hombres destrozados por la metralla, amputados, cegados por los gases, que llenaban los hospitales. Cada vez que pasaba junto a la estación de ferrocarril podía verlos llegar en aquellos interminables trenes-hospital, podía ver a aquellos hombres aniquilados, dolientes, más cerca de la muerte que de la vida, entre los que cualquier día podría estar su padre. Eso le llevó a tomar una de las decisiones que marcarían su vida. Por eso, en 1917, terminado el bachillerato, se matriculó en la facultad de Medicina.

Gustav Adler llegó a la estación central de Berlín en uno de aquellos trenes una soleada mañana de principios de abril de 1918. Los días previos a su llegada había estado lloviendo intensamente, pero aquel día brillaba el sol, como si el tiempo quisiera acompañar la alegría que su retorno traía a sus seres queridos. Su esposa Lucie le esperaba en el andén, temblando, con los ojos llenos de lágrimas. Él, que había cumplido ya diecisiete años, llevaba de la mano a su hermano Kurtz, que entonces tenía seis, y que miraba inquieto, tal vez asustado, el gentío reunido en la estación.

Le costó reconocer a su padre cuando apareció en la puerta del vagón. Habían transcurrido tres años desde su partida y en ese tiempo todos ellos habían cambiado físicamente. Él mismo era ya casi tan alto como Gustav Adler. Las aficiones deportivas de su infancia, que no había abandonado, habían hecho de él un joven de hombros anchos y brazos fuertes, y cualquier rasgo de la niñez que pudiera quedar en su rostro cuando su padre se fue había desaparecido hacía tiempo. Sus facciones, heredadas de Gustav Adler, se habían vuelto angulosas, masculinas, perfectamente definidas, casi duras. Aparentaba más edad de la que realmente tenía, tanto por su aspecto físico como por su comportamiento. Aquellos tres años le habían transformado completamente en un adulto.

También el pequeño Kurtz había crecido. Era ya un hombrecito, bastante crecido para sus seis años de edad. Su madre seguía conservando esa belleza extraordinaria, casi irreal, que siempre la había caracterizado, que admiraba a los que habían tenido ocasión de contemplarla en alguno de los recitales que, como pianista, Lucie

Adler había ofrecido. De rasgos suaves y delicados, cabellos rubios, tez pálida y ojos de un azul muy claro, desvaído, casi gris, cuando Lucie Adler se vestía de blanco inmaculado para sentarse frente al piano parecía un ángel. La angustia y la incertidumbre por la suerte de su marido durante aquellos tres años de guerra habían afilado sus rasgos, y entonces parecía tan delgada y frágil como una muñeca de porcelana, pero seguía siendo increíblemente hermosa.

Todos ellos habían cambiado, sí. Tres años eran mucho tiempo. Pero para su padre, para Gustav Adler, aquellos tres años parecían haber sido treinta. Él tenía aún en mente la imagen de su padre cuando partió: su uniforme impecable, sus cabellos negros, perfectamente peinados, su porte firme, su dignidad. Nada de aquello había cambiado sustancialmente: su dignidad, su serenidad, su fuerza… La esencia de Gustav Adler seguía intacta. Físicamente, sin embargo, la transformación había sido brutal. Sus cabellos ya no eran negros: habían encanecido prematuramente hasta volverse completamente grises. Su rostro había sido curtido por la intemperie, por el sufrimiento y el dolor, y estaba surcado de arrugas que no tenía cuando se fue. Había perdido peso. La guerrera del uniforme, que antes se ceñía a su pecho como un guante, colgaba de sus hombros como de una percha. Sus mejillas hundidas marcaban sus pómulos y la línea recta de su mentón, dotando a sus facciones de una dureza que nunca había visto en él. Daba la impresión de que toda su fuerza vital había tenido que concentrarse en un esfuerzo supremo para poder sobrevivir. Y en sus ojos, serenos y sabios, que brillaron de alegría cuando se detuvieron en su familia, él pudo apreciar una especie de velo, una sombra, que no tenían antes de ir al frente, como una marca indeleble que hubieran dejado en ellos visiones terribles.

Gustav Adler bajó del vagón del tren-hospital, cojeando ligeramente, ayudándose de un bastón, y su esposa corrió a su encuentro, rodeó su cuello con sus brazos delicados y lloró de felicidad sobre su hombro un largo rato, en el que ella volcó todo su amor sobre él, y él simplemente se dejó querer porque ella lo necesitaba. Aquella fue la segunda vez que vio llorar a su madre. No volvería a verla derramar una lágrima nunca más.

Gustav Adler se acercó después a sus hijos. Quiso saludar primero al pequeño Kurtz, que, intimidado por aquel hombre, del que apenas guardaba ningún recuerdo, buscó refugio tras su hermano. Gustav Adler sonrió comprensivo.

—Tendremos tiempo de conocernos —le dijo.

Después se dirigió a su hijo mayor. Mirándole de cerca, pudo

percibir aún con mayor claridad la transformación de su padre en aquellos tres largos años. Y su padre también fue consciente del cambio que en aquel tiempo había tenido lugar en su hijo mayor: la confianza que había depositado en él no se había visto defraudada. Su hijo mayor ya no era un niño. Se miraron a los ojos un tiempo. Los abrazos parecían ya fuera de lugar entre ellos. Gustav Adler le tendió la mano.

—Hola, Heinrich.

Él la estrechó con fuerza.

—Bienvenido a casa, padre.

Y en aquel momento Heinrich Adler sintió que el vínculo que le unía a su padre se hizo más fuerte de lo que había sido nunca.

***

El doctor Dietrich, médico de la familia desde hacía más de veinte años, acudió a casa para atender a su padre el mismo día de su llegada. El doctor Dietrich era algo más que el médico de los Adler. La amistad que unía a Dietrich y a Gustav Adler se remontaba a muchos años antes de que Heinrich naciera, cuando Gustav Adler era tan solo un joven teniente de dieciocho años en la escuela de oficiales de Plön. Su padre rara vez hablaba de dicho período de su vida, pero Heinrich le había oído hablar de ello con frecuencia al doctor Dietrich. Fue allí, en Plön, durante unas maniobras militares con fuego real, cuando Gustav Adler sufrió un accidente que estuvo a punto de destrozarle la vida. El caballo que montaba fue herido por la metralla de un proyectil de artillería que, desviado de su trayectoria, estalló apenas a diez metros de distancia. El animal se encabritó y cuando Gustav Adler intentó dominarlo, las riendas no soportaron la tensión y se rompieron. La caída le provocó al joven teniente la fractura de varias vértebras lumbares, lesión que estuvo a punto de dejarle inválido. Cuando ingresó en el hospital, fue el doctor Dietrich quien le atendió.

Gustav Adler permaneció allí cuatro meses, inmovilizado de cabeza a pies sobre una férula de yeso que mantenía fija y alineada su columna vertebral, con la esperanza de que las vértebras soldaran sin producir daño en la médula espinal y que de este modo pudiera volver a caminar. El doctor Dietrich había permanecido con él todos y cada uno de los días de aquella dura convalecencia. Heinrich conocía por él el dolor que causaba aquella inmovilización forzada, la atrofia muscular que generaba y la incertidumbre de no saber si todo aquel sufrimiento serviría realmente para algo y

permitiría a Gustav Adler volver a caminar. Cuando hablaba de aquello, de aquel período de la juventud de Gustav Adler, el doctor Dietrich le decía que siempre le admiró la entereza con la que aquel joven teniente de dieciocho años lo había soportado todo. Al visitarle cada mañana para comprobar sus constantes, la sensibilidad de sus piernas y la movilidad de sus pies, le veía pálido tras haber pasado la noche entre los dolores terribles de su musculatura contraída hasta el espasmo por la posición forzada y antinatural, e incapaz de moverse. Entonces le preguntaba qué tal se encontraba y siempre respondía:

—Aguantaré. Haga lo que tenga que hacer, doctor.

Durante aquellos cuatro meses, en los que estuvo prisionero de aquella férula de yeso, Gustav Adler se debilitó semana tras semana. Sin poder incorporarse, ni siquiera para comer, sus músculos inmóviles se consumían a sí mismos por la inactividad. Las horas, los días, tardaban una eternidad en pasar; la principal y prácticamente única ocupación del joven teniente en aquella etapa de su vida fue mirar por la ventana de su habitación en el hospital, ver cómo la lluvia caía y después dejaba de caer, cómo el sol salía y se ponía, cómo la noche sucedía al día, la primavera al invierno, así, día tras día, semana tras semana, mes tras mes. Y en todo aquel tiempo nadie le oyó quejarse jamás.

Cuando por fin se vio libre de aquella forzada inmovilización, Gustav Adler estaba tan debilitado que no podía mantenerse en pie. Las vértebras fracturadas habían soldado bien. La médula no había resultado dañada. El joven teniente conservaba la sensibilidad y la fuerza de sus piernas; volvería a caminar, como antes del accidente, incluso mejor, pero para ello necesitó una prolongada recuperación. Su inquebrantable fuerza de voluntad le permitió lograrlo; un año después de haber sufrido la lesión estaba plenamente reincorporado a la vida militar y se graduaba como capitán.

La larga estancia de Gustav Adler en el hospital hizo que el doctor Dietrich y él entablaran una amistad que se prolongaría en el tiempo y que se fundamentaba en el respeto que llegaron a sentir el uno por el otro. Cuando Gustav Adler contrajo matrimonio, Dietrich, además de amigo, se convirtió en el médico de la familia.

Esta amistad animó a Heinrich Adler, al comenzar sus estudios de medicina, a pedirle al doctor Dietrich que le permitiera acompañarle cada tarde al hospital para heridos de guerra de Berlín para asistirle en el quirófano y poder completar junto a él su formación. Dietrich, que le había visto nacer, que había suturado sus heridas y reducido sus fracturas cuando era niño, que le había

visto crecer como si fuera un hijo, aceptó de buen grado ser su mentor. El día en que Gustav Adler regresó del frente, el médico le pidió que ejerciera una vez más como su asistente mientras atendía a su padre.

Las heridas de Gustav Adler eran terribles: la metralla había desgarrado la carne en el muslo y en la pantorrilla con cortes anfractuosos de hasta diez centímetros de longitud y a saber cuántos de profundidad. Los huesos, milagrosamente, estaban respetados y en el frente habían intentado suturar las heridas para que Gustav Adler pudiera conservar la pierna. Pero las heridas se habían infectado. Sus bordes estaban necróticos, los puntos se habían soltado y un exudado verdoso y pestilente emanaba de ellas. Él había visto ya la gangrena en otros soldados, en otros pacientes, pero aquel soldado, aquel paciente, era su padre.

El doctor Dietrich frunció el ceño con gesto de preocupación.

—No tiene buen aspecto —le dijo a Gustav Adler cuando examinó sus heridas—. Coronel, ¿le duele?

Hizo un gesto afirmativo.

—Hace días que no recibo ningún tipo de analgesia.

—Que le duela es una buena señal. Tendré que administrarle un poco de morfina —respondió el doctor Dietrich—. La cura va a doler aún más.

Gustav Adler descubrió su brazo, remangándose lentamente la camisa de su uniforme, y el doctor Dietrich le administró la poderosa droga. Mientras esta hacía efecto, el médico se quitó la chaqueta, se subió las mangas de la camisa y abrió su maletín, desplegando todo su material quirúrgico.

El doctor Dietrich limpió y desbridó meticulosamente cada una de las heridas, las cubrió con sulfamidas y las vendó con apósitos estériles. Fue un proceso lento y terriblemente doloroso, tanto que, incluso a pesar de la morfina, el rostro de Gustav Adler palideció hasta quedarse lívido y gotas de sudor frío perlaron su frente. Apretó los dientes, se mordió los labios, pero ni un lamento salió de su boca. Él contemplaba horrorizado el dolor silencioso de su padre, más terrible aún precisamente por su silencio, mientras obedecía mecánicamente las órdenes que el doctor Dietrich le daba. Ver a su padre, el hombre que había cuidado de él, que le había protegido, a quien jamás había visto flaquear, vulnerable, frágil, sufriente, le causaba una angustia difícil de describir. De pronto era él el que tenía que ayudarle, curarle, protegerle. Precisamente él, su hijo.

Eran muchos años de relación, de amistad, los que unían a Gustav Adler y al doctor Dietrich. Por eso el médico miró

directamente a Gustav Adler a los ojos cuando le dijo que, si en unos días el aspecto de las heridas no mejoraba, era posible que tuviera que amputarle la pierna si quería vivir.

Espectador mudo cerca de la cabecera de la cama de su padre, recordó cómo al escuchar aquellas palabras de labios del doctor sintió un dolor difícil de describir que le oprimía el pecho como una losa. Recordó que apretó los puños con rabia hasta que las uñas se clavaron en las palmas de sus manos. Su padre simplemente sonrió.

—Eso me dijeron en el hospital de sangre, en el frente —respondió—. Los huesos están respetados, pero las heridas son tan anfractuosas que se infectarán y la pierna se gangrenará. Sería mejor amputar. Y yo les dije que no. Haga lo que pueda, doctor. Cualquier cosa menos amputar. Y ya veremos.

Dietrich guardó silencio un momento. Su mirada no se apartó de los ojos oscuros de Gustav Adler.

—Si esperamos y las cosas no van bien, quizá sea demasiado tarde —le dijo—. Si la evolución de sus heridas no es buena, es posible que ni siquiera la amputación le salve la vida.

Como única respuesta, Gustav Adler, todavía pálido, esbozó una breve sonrisa, cansada, triste.

—Todos morimos.

Recordaba que su padre y el doctor Dietrich se miraron unos minutos, como si mantuvieran un diálogo sin palabras que él no pudiera comprender. Fue el médico quien finalmente rompió el silencio.

—Siempre me ha admirado su entereza.

Gustav Adler se encogió brevemente de hombros.

—La vida nunca nos da más de lo que podemos soportar.

El doctor Dietrich le miró pensativo.

—Hace mucho tiempo que me pregunto en qué fundamenta usted esa afirmación.

Recordó que su padre se demoró un momento en responder. Su mirada serena, profunda, triste, desmintió la fugaz sonrisa que se dibujaba en sus labios. Había en aquellos ojos de un azul oscuro un reflejo extraño, una desconcertante lucidez, como si Gustav Adler supiera algo que generalmente permanece oculto a la vista de los demás hombres, como si guardara en su interior alguna terrible verdad destinada solamente a unos pocos que no podía ignorar, que estaba siempre presente en su mente y su corazón.

—Mi profesión, como la suya en cierto modo, está ligada al dolor. Y en estos últimos tres años he podido ver mucho dolor —dijo al fin—. He visto a hombres sufrir de una manera que no voy a

describirle porque no encontraría palabras para hacerlo. Y, sin embargo, muchos de esos hombres, hombres como usted y como yo, han sido capaces de encontrar en su interior un coraje y una fuerza que nunca creyeron tener, han sido capaces de enfrentarse al sufrimiento, de combatirlo, de resistir. Yo he conocido a algunos de esos hombres. Son más de los que cree. Quizá no siempre hayan logrado vencer al dolor, pero de algún modo, al enfrentarlo, han dado lo mejor de sí mismos. Son hombres en los que uno puede encontrar una extraña paz. Nada ocurre sin un motivo, aunque a veces ese motivo escape a nuestra comprensión. Incluso para el dolor. Si debemos sufrir, es porque en el interior de nosotros mismos está la fuerza para enfrentar ese sufrimiento. Solo tenemos que buscarla.

Hubo unos instantes de silencio.

—Mi esposa no necesita saber nada de todo esto —añadió entonces su padre dirigiéndose al doctor Dietrich y a su hijo—. Si finalmente hay que amputar, se lo diré entonces. Se lo diré yo mismo. Y si todo va bien le habremos ahorrado unas semanas de angustia innecesaria.

Todos los días de aquellas semanas de primavera asistió al doctor Dietrich en las curas de su padre. La destreza y el tesón del médico y la fortaleza de Gustav Adler lograron que este consiguiera salvar la pierna. Su padre no se había equivocado en su decisión y su madre no tuvo que vivir la incertidumbre de no saber si su esposo perdería la pierna. En las últimas dos semanas la buena evolución de las heridas de Gustav Adler hizo que el doctor Dietrich delegara en Heinrich el cambio diario de los vendajes. En aquellas semanas Heinrich tuvo la oportunidad de hablar con su padre como nunca antes lo había hecho, como un adulto.

Un día le preguntó si pensaba en la muerte. Gustav Adler respondió:

—La muerte forma parte de la vida.

—¿La temes?

—Es absurdo temer algo que siempre acaba llegando —le dijo, y, tras una pequeña pausa, continuó hablando—. Mi profesión me ha obligado a convivir con ella; en los últimos años de una manera especialmente… cercana. ¿Sabes? La mayoría de los hombres que conozco no temen tanto al hecho de la muerte en sí, sino al cómo y al cuándo. Por desgracia, hay formas terribles de morir, y lo que los hombres temen generalmente no es el hecho de morir, sino la agonía que puede preceder a la muerte. Pero incluso eso tiene un fin; así pues, no deberíamos temerlo. En mi caso, mi mayor temor

con respecto a la muerte era el cuándo. Temía darme cuenta en ese momento, cuando ya no hay posibilidad de vuelta atrás, de que en toda mi vida, fuese esta corta o larga, no había hecho nada que mereciera la pena, nada de lo que poder sentirme orgulloso, nada que me consolara cuando tuviera que dejar este mundo. Ese era mi miedo.

—¿Y ya no lo tienes?

Su padre sonrió.

—Desde que regresé a casa, no.

—¿Y por qué?

Su padre tardó apenas un momento en contestar.

—Porque he visto al pequeño Kurtz. He visto cómo ha crecido. Porque te veo a ti.

***

La noche antes de que Gustav Adler, recuperado solo en parte de sus graves heridas, regresara al frente, padre e hijo mantuvieron una breve conversación, la última que Heinrich tendría con él.

Su madre había subido a la habitación para acostar al pequeño Kurtz. Él se dirigió al salón. Se detuvo un momento en la puerta. Su padre estaba allí, sentado en un sillón, junto a la chimenea apagada. Tenía un libro abierto sobre sus rodillas, pero no estaba leyendo. Quizá hubiera estado ocupado en ello antes, pero entonces miraba distraído la oscuridad de la noche a través de los ventanales, como sumido en sus propios pensamientos. Hubo algo en la expresión de su rostro, de sus ojos azules, oscuros, que hizo que el corazón de Heinrich se encogiera; sentimientos que nunca había visto en ellos, no al menos de aquella forma. Había tristeza, había sufrimiento y dolor, pero no un dolor físico. Había visto a su padre sufrir horrores por sus heridas de guerra. Y aquello era algo más profundo, como un dolor del alma. De pronto cerró el libro que tenía en su regazo, lo dejó sobre la mesa y se puso en pie, llevándose en un acto casi reflejo una mano a la pierna herida, que estaba mucho mejor que cuando vino de permiso, pero ni mucho menos curada, y cuyo dolor físico nunca desapareció. Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, volviéndole la espalda. No le había visto.

Dudó sobre si debía dejarle solo, pero finalmente se decidió a entrar. No sabía cuándo volvería a verle. No sabía que no volvería a verle más. Al oír sus pasos, su padre se volvió. La expresión que Heinrich había visto apenas un momento antes en su rostro, en su mirada, desapareció al instante. Sus facciones volvían a ser serenas,

neutras, inescrutables. Sonrió.

—Pensé que ya te habías acostado.

—No, aún no.

Heinrich se acercó a su lado y contempló junto a él la oscuridad de la noche, en silencio, hasta que, sin mirarle apenas, se atrevió a decir:

—Nunca nos has hablado de la guerra.

Gustav Adler dio una calada a su cigarrillo antes de decir nada. Su rostro adquirió una expresión grave.

—No hay nada de la guerra que merezca ser contado —respondió—. Todo lo que hay en ella es muerte, sufrimiento, miseria y dolor. Lo peor que puede haber en cada hombre sale allí a la luz. No hay nada que decir de la guerra, nada que decir del horror.

—Sin embargo, tú eres militar. La mayoría de los hombres de nuestra familia han servido en el ejército durante generaciones. Y tú vas a volver allí.

Gustav Adler guardó un largo silencio sin apartar su mirada del ventanal, perdida en la infinitud, como si pudiera ver cosas que escapaban al alcance de cualquier otro mortal. Acabó su cigarrillo antes de responder.

—Es mi deber —dijo finalmente, y aquella palabra, *deber,* adquirió en su voz el tono de algo sagrado—. No espero que lo comprendas ahora —continuó—. Tampoco es algo que yo pueda explicar. Tal vez lo comprendas más adelante, cuando comiences a ejercer la profesión que has elegido. Uno no puede desligarse de lo que es cuando cuelga el uniforme, como tampoco deja uno nunca de ser médico cuando sale de su consulta. Una vez que uno ha elegido voluntariamente ciertos caminos, su destino queda ya indisolublemente ligado a ellos, con todas sus consecuencias. Es mi deber —repitió al cabo de un momento, mirándole a los ojos.

***

Al día siguiente, muy temprano, Gustav Adler partió de nuevo para Francia. Acudieron a despedirle a la estación, como habían hecho tres años antes, su madre, su hermano Kurtz y él. Lucie Adler guardaba silencio, un silencio doloroso, conteniendo las lágrimas que no volvería a derramar, y el pequeño Kurtz se agarró a la mano de su padre antes de que subiera al tren, preguntándole con su voz infantil, entre sollozos, por qué tenía que irse. Fue como si, de manera inconsciente, Kurtz temiera que esa figura paterna que

había apenas comenzado a conocer, que había logrado ganar su confianza, que en aquellas seis semanas había comenzado a moldear su carácter, su alma, con su sabiduría y su prudencia, desapareciera para siempre de su vida. Incluso el pequeño Kurtz intuía que la presencia de Gustav Adler entre los suyos era imprescindible, insustituible, que le necesitaba, que le necesitaban. Pero Gustav Adler ya no regresaría jamás.

***

El deber… Heinrich Adler se revolvió contra sí mismo, contra aquella angustia que lo atenazaba, y, al moverse entre los escombros de aquel edificio en ruinas que había sido su hospital en Járkov, el dolor físico intenso que sintió en todo su cuerpo magullado consiguió aplacar, al menos en parte, el dolor moral que le ahogaba. Tuvo que morderse los labios para no gritar. Sintió de pronto que las fuerzas le abandonaban, que su corazón no era capaz de bombear la sangre que su cerebro necesitaba para seguir consciente. Su vista se nubló por un instante, pero luchó por no perder el conocimiento. Una voz en su interior parecía decirle: «Aún no. No ha llegado tu momento. La muerte no vendrá todavía a buscarte. Tienes que vivir…».

Sintió cómo el sudor empapaba la espalda de su guerrera. Respiró hondo y soportó aquel dolor en su cuerpo. Volvió a ver el cielo gris de Ucrania cubierto de nubes. El deber… Como médico, tenía una obligación, un deber. Quizás aún, a pesar de todo, pudiera ayudar a alguien.

A duras penas logró liberar sus piernas atrapadas bajo el muro derruido. A pesar de las contusiones y las heridas, no parecía tener ninguna fractura en ellas; al menos podría caminar. Intentó incorporarse y sintió cómo las aristas afiladas de los escombros se clavaban en su columna vertebral. Quiso ayudarse con ambos brazos para evitarlo, y entonces el dolor penetrante de su hombro izquierdo alcanzó el paroxismo. Todos los músculos de su cuello se tensaron en un esfuerzo sobrehumano para no gritar. El dolor se extendió como un latigazo desde el hombro hasta la región posterior del cuello y se irradió por el brazo hasta las yemas de los dedos, agarrotándolo, paralizándolo. Instintivamente se llevó una mano al hombro herido y entonces descubrió el trozo de hierro que lo atravesaba. Rozando el borde inferior de la clavícula, aquel trozo de metal cruzaba todo el hombro hasta asomar por la espalda junto al borde interno de la escápula, limitando los movimientos del

brazo. Cada vez que intentaba mover el hombro, el omóplato chocaba contra aquel trozo de acero y lo empujaba, lo desplazaba. Apenas eran unos milímetros, pero aquello bastaba para que en alguna parte aquel hierro rozara los nervios del plexo braquial, provocando ese dolor terrible, lancinante.

Necesitó unos minutos de absoluta inmovilidad, apoyado entre los restos del muro derribado por la explosión, para recuperar un mínimo de entereza, para rescatar de su interior los últimos resquicios de voluntad para seguir consciente, para no sucumbir, cuando cedió el dolor. Sintió gruesas gotas de sudor deslizándose por sus sienes, ese sudor frío que tantas veces había visto en el rostro de los heridos graves. La mente del médico buscó en los síntomas de su propio cuerpo un diagnóstico; intentó valorar el alcance de aquella lesión. No notaba dificultad para respirar. Le dolía el pecho cada vez que lo hacía, pero era un dolor puramente mecánico, consecuencia de los escombros que habían caído sobre él. El trozo de metal, por lo tanto, parecía haber respetado el vértice del pulmón izquierdo. Movió los dedos de la mano. Después se atrevió a mover el codo. Los movimientos eran precisos. El brazo izquierdo no había perdido fuerza ni sensibilidad. No parecían existir lesiones nerviosas graves, aunque cada vez que intentara mover el hombro el hierro probablemente comprimiera los nervios del brazo herido y provocara ese terrible dolor. El afilado trozo de metal atravesaba el hombro cerca de la articulación, pasando por debajo de la clavícula. Siguiendo un trayecto diagonal muy angulado, uno de los extremos asomaba a la altura del tercio superior de la escápula, pegado a su borde interno. Por la zona en la que había penetrado el metal, no parecía probable que la arteria subclavia estuviera lesionada. Tenía dudas sobre si podían estarlo otros vasos importantes, como la arteria axilar, pero eso no lo sabría hasta que consiguiese arrancar ese hierro de allí. Si las arterias principales del brazo estaban dañadas, habría poco que hacer. Aquello implicaría perder el brazo, con lo cual ya no podría desempeñar su labor y sería inútil… Inútil.

La idea de que pudiera perder el brazo, incluso morir, le hizo pensar de pronto en su superior, el capitán médico Von Maier. ¿Seguiría vivo aún? Miró a su alrededor, intentó reconocer entre los cadáveres el uniforme, los galones, el rostro de Von Maier, pero no fue capaz de encontrarlos. Quiso creer que tal vez había logrado salir con vida de la explosión. Quizá estaba camino del puesto de socorro de emergencia que los sanitarios Dantzig y Kesselbach estaban intentando establecer tras la primera línea con la ayuda del

oficial de intendencia Borgmann. Si lo habían logrado, allí el capitán Von Maier podría operar. Al menos uno de los médicos de la división podría seguir trabajando. Deseó con toda su alma que fuese así, porque de lo contrario los heridos quedarían sin ningún tipo de asistencia médica. Si ambos morían, la división no tendría cirujanos.

Pensó que tenía que arrancar como fuera ese trozo de metal de su hombro. Aquello aliviaría el dolor que le producía el menor movimiento del brazo, y, al hacerlo, además, sabría a qué atenerse. Sabría si merecía la pena seguir luchando o si todo había concluido para él. Si al sacar el hierro que le atravesaba el hombro brotaba sangre arterial, moriría desangrado en poco tiempo. Si al retirar el hierro lo que brotaba de la herida era sangre venosa, quizá tuviera aún alguna posibilidad. Lo intentaría. Debía intentarlo.

Cogió aire, agarró con la mano derecha el trozo de metal que sobresalía de su hombro y tiró de él con todas sus fuerzas. Y de nuevo sintió el dolor, aquel dolor lancinante de los nervios que controlaban los movimientos y la sensibilidad de su brazo al ser comprimidos entre el hierro y los huesos. Tiró de él, luchando contra el dolor que rozaba lo insoportable, pero aquel trozo de metal no se movió ni un milímetro. Estaba fijado entre la escápula y la clavícula, y la musculatura del hombro, contraída hasta el espasmo como respuesta a las lesiones que sufría, lo retenía con fuerza. Tuvo que ceder en su empeño al sentir que la vista se le nublaba, que sus sentidos pugnaban por abandonarle. Todo su cuerpo estaba bañado en sudor, pero se negó a darse por vencido.

Permaneció inmóvil unos minutos, luchando por respirar, esperando a que el dolor cediera un poco. Su visión se hizo poco a poco más clara. Recuperó algo de sus escasas fuerzas y lo intentó de nuevo, una vez, y otra más, hasta que, extenuado, se dejó caer sobre los escombros, al borde de la inconsciencia.

La ira, la culpa

Ajeno a la guerra, a la lucha que se desarrollaba en torno a su destruido hospital por la ciudad de Járkov, aturdido por el dolor y semiinconsciente, su mente, huyendo del presente, divagó de nuevo hacia el pasado y pensó en su madre, en aquel lluvioso día de febrero de 1919, terminada ya la Gran Guerra, en el que celebraron su funeral.

La iglesia estuvo llena de gente. Lucie Adler era muy conocida en los círculos artísticos de la sociedad berlinesa porque en su juventud fue una excelente concertista de piano. Hija única de un importante industrial afincado en la capital, Lucie había recibido una esmerada educación, y su especial talento para la música le abrió a muy temprana edad las puertas del Conservatorio Superior de Música de Berlín, donde comenzó una prometedora carrera como pianista. Parecía que nadie podría interpretar como ella, con tanta pasión, con tanto sentimiento y con inigualable perfección técnica los *lieder* de Schubert, un nocturno de Chopin o una fuga de Bach. No había cumplido aún los veinte años y le auguraban ya entonces un brillante porvenir como intérprete. Y, sin embargo, ella decidió abandonar aquella vida, el lado público de aquel arte, cuando contrajo matrimonio con Gustav Adler.

Lucie Adler siguió ligada siempre a la música. Tocaba el piano a diario y recibía diariamente en casa a jóvenes aspirantes a pianistas, a los que impartía clases particulares. Sus hijos fueron sus primeros alumnos. Entre los primeros recuerdos de los que Heinrich Adler guardaba consciencia de su más temprana niñez, estaban aquellos en los que se veía sentado sobre las rodillas de su madre, frente al piano de media cola, junto a los ventanales del salón de su casa, aporreando con sus manitas infantiles las teclas de marfil del instrumento mientras las manos delicadas y la voz melodiosa y dulce de su madre le guiaban en el enigmático mundo de los sonidos y las notas. Y aquellos recuerdos, aunque distantes en el tiempo, aún perfectamente lúcidos, meridianamente claros, cálidos y acogedores, le emocionaron. Su madre no renunció jamás a la

música; la amaba. Era el aire que respiraba. Solamente dejó de lado la parte pública, social, de su talento, porque el centro de su vida fue, desde que le conoció, Gustav Adler, su marido.

Siempre supo, de alguna forma, que su madre no resistiría la muerte de su esposo. Lucie Adler amaba a Gustav de una manera que desafiaba toda lógica. El carácter y el alma de su madre eran los de un artista: apasionados, extremos en todos sus sentimientos, en el amor y en el dolor. Gustav Adler representaba para ella todo lo bueno y noble, lo digno de ser amado que puede haber en un hombre. Le amaba con locura, le admiraba. Gustav Adler provenía de una familia de militares prusianos antigua y respetada, cuyos servicios a la nación se remontaban a más de cinco generaciones. Gustav Adler era coronel de infantería cuando conoció a Lucie. En su persona parecían cobrar vida principios eternos de honor, rectitud y nobleza. Bastaba con mirarle: su figura austera, su porte sereno y firme, su frente siempre alta, sus ojos de un azul oscuro, profundo, que no evadían jamás una mirada. Su forma de hablar, de moverse, de comportarse… Tenía algo que le hacía distinguirse del resto de la gente, y era algo que incluso él, su hijo, había podido percibir.

Cuando de pequeño su padre, en las temporadas en que estaba de permiso en casa, le llevaba a la escuela, podía darse cuenta de que Gustav Adler, de alguna forma, era diferente del resto de los adultos que hasta entonces conocía. Sobrio en gestos y palabras, de rosto hierático, siempre tranquilo, y al mismo tiempo firme, Gustav Adler transmitía una fuerza y una seguridad poco comunes.

Recordaba perfectamente aquella sensación con seis o siete años, yendo de la mano de su padre por las calles de Berlín camino de la escuela: la sensación de que, con él a su lado para protegerle y cuidarle, nada malo podría ocurrir. Durante un tiempo en su mente infantil pensó que aquello se debía a que su padre era soldado. Años después, la vida y la guerra le enseñaron que no era su condición de militar la que le había conferido a su padre aquellos rasgos; eran parte de su carácter, de su persona, de su forma de ser. Y la guerra no le cambió. Gustav Adler no defraudó jamás a su esposa, a todo lo que ella amaba intensamente y admiraba de él. Tampoco defraudaría a su hijo.

El coronel Gustav Adler murió en Francia, en algún lugar de los bosques de Argonne, a principios de otoño de 1918, poco antes de que terminara la guerra. Recordaba con extraordinaria lucidez la mañana en que la noticia de la muerte de su padre llegó a casa. Él aún no había cumplido los dieciocho años.

Recordaba claramente que, cuando aquella mañana llamaron a la puerta, fue su madre la que acudió presurosa a abrir, dejando el piano en el que estaba practicando con el pequeño Kurtz, que entonces tenía seis años de edad. La música cesó de pronto cuando sonó el timbre.

—Yo abro, *frau* Schaeffer —escuchó decir a su madre dirigiéndose al ama de llaves—. No se moleste.

Desde el salón vio a *frau* Schaeffer asentir desde la puerta de la cocina con una sonrisa.

—Como quiera, *frau* Adler.

El matrimonio Schaeffer trabajaba en casa de los Adler desde antes de que él naciera. *Frau* Schaeffer ayudaba a Lucie en las tareas de la casa y en el cuidado de los niños. Su marido desempeñaba para la familia labores de chófer y jardinero. Los Schaeffer entraron al servicio de los Adler cuando Lucie y Gustav se casaron. Eran un matrimonio de mediana edad que no había tenido hijos. Los largos años de convivencia, de lealtad y de confianza mutua habían creado entre ellos y los Adler unos vínculos afectivos fuertes, firmes. No eran simplemente empleados; de algún modo formaban parte de la misma familia.

A aquella hora relativamente temprana de la mañana solía acudir casi cada día el cartero, que traía la correspondencia de Gustav Adler. Su madre le esperaba siempre con una extraña mezcla de alegría y miedo. Generalmente, dejaba que *frau* Schaeffer abriera la puerta y recogiera las cartas destinadas a ella, pero aquel día, sin saber exactamente por qué, fue su madre quien acudió a abrir. No fue al cartero a quien Lucie Adler encontró en el umbral de la puerta de su casa esa mañana. En su lugar se vio frente a un militar, un oficial del regimiento de infantería de su esposo.

Recordaba como la expresión del rostro de su madre cambió de repente cuando vio al soldado. Recordaba como desapareció el color de las delicadas facciones de su rostro, como si la sangre hubiera dejado de pronto de circular por sus venas, como si su corazón hubiera dejado bruscamente de latir. No dijo nada. Su mirada se quedó clavada en la pequeña caja negra que aquel oficial llevaba entre las manos. Su madre sabía lo que aquella caja contenía. También él lo adivinó al instante: eran los objetos personales que Gustav Adler llevaba consigo cuando murió.

Lucie Adler se llevó una mano temblorosa al pecho. Sus fuerzas flaquearon; se dejó caer de rodillas frente al oficial antes incluso de que este pronunciara una sola palabra. Se quedó quieta, completamente inmóvil, callada, espantosamente pálida,

destrozada, como si de repente le hubieran arrancado la vida, el alma. Pero no lloró. Sus ojos permanecieron secos. No volvería a ver llorar a su madre nunca más.

***

Lucie Adler cambió completamente aquella mañana fatídica. Desde aquel día no volvió a tocar el piano. Despidió a los alumnos que acudían diariamente a su casa, suspendió las clases que solía dar y no volvió a sentarse frente al instrumento ni siquiera con el pequeño Kurtz, que adoraba la música casi tanto como ella y que no dejó nunca de preguntar por qué su madre ya no quería tocar con él.

No volvió a salir de casa. Al principio hizo un esfuerzo por mantener en cierto modo la rutina habitual que la familia había seguido hasta entonces, pero lo fundamental, lo que mantenía en ella ese afán, esa lucha por seguir adelante, lo que alentaba su vida, que era el regreso de su esposo, eso ya no se produciría jamás. Y por ello, a partir de aquel día, Lucie Adler se fue apagando, lentamente, como una vela que se consume. Acabó recluyéndose en su habitación, negándose casi a comer, encerrada en los recuerdos, releyendo una y otra vez las cartas de su marido, y se fue alejando paulatinamente de la vida.

Heinrich Adler fue testigo, en todos aquellos meses, de cómo su madre, cada vez más sumida en sí misma y en su dolor, se iba hundiendo en un abismo que parecía no tener fondo. Intentaba, de algún modo, mantener la normalidad, continuar sus estudios de medicina en la universidad, que debían permitirle en un futuro cercano un medio para ganarse la vida y quién sabe si contribuir con ello a sostener a su familia. Al mismo tiempo intentaba suplir para su hermano las figuras de su padre muerto y de su madre, sumida en la desesperación. Y cada uno de los días de aquella larga agonía se sentó junto a su madre en su habitación, en la que ella voluntariamente se había recluido, e intentaba, de alguna manera, hacerla entrar en razón. Comprendía su dolor, claro que lo comprendía… Ella había perdido a su esposo, y él, a su padre. Pero no podían dejarse arrastrar por aquel sentimiento destructivo. Gustav Adler no hubiera querido verla así, y su hermano Kurtz, el pequeño Kurtz, preguntaba por ella constantemente, la llamaba, la necesitaba.

Su madre le escuchaba en silencio, pacientemente, asentía con la cabeza, como si comprendiera lo que su hijo intentaba transmitirle.

Aquellas conversaciones terminaban casi siempre con vagas promesas por parte de Lucie, en las que aseguraba que haría un esfuerzo para intentar reconstruir su vida, un esfuerzo que parecía titánico para ella y que nunca se llegó a materializar.

Cada tarde, cuando abandonaba la habitación de su madre después de haber tratado con sus palabras de hacerla comprender, de cambiar su actitud, tenía la sensación de que Lucie, efectivamente, le escuchaba, le comprendía, pero su mente, su alma, estaban ya muy lejos del mundo en el que él habitaba. Habían emprendido un camino sin retorno el día en que la noticia de la muerte de Gustav Adler llegó a aquella casa. Y él tenía la sensación de que, por mucho que lo intentara, no podría hacerla regresar.

***

Hubo una tarde que fue diferente, una tarde en la que la conversación que mantuvo con su madre pareció calar en ella más profundamente que cualquier otro día. Le pedía ayuda, le pedía que le dejara ayudarla, le pedía que no los abandonara a Kurtz y a él. Y aquella tarde su madre cogió sus manos entre las suyas y le miró largamente a los ojos, en silencio. Al final esbozó una breve sonrisa; triste, quizá, pero una sonrisa al fin y al cabo, un gesto que llevaba meses sin ver en ella y que por unos instantes, a pesar de su palidez, de su rostro delgado y demacrado, le devolvió una parte de aquella belleza sublime, casi irreal, que siempre la había caracterizado: sus cabellos muy rubios, sus ojos azules, claros como el cielo de un día de verano, sus facciones delicadas, como de porcelana… Ni siquiera el dolor había podido arrancarle del todo aquella hermosura etérea, angelical.

—Tienes los ojos de tu padre —le dijo—. Y su fuerza, y su carácter.

Aquella tarde Heinrich Adler abandonó la habitación de su madre esperanzado, creyendo que, después de haber tocado fondo, ella por fin comenzaría a remontar.

Corría el mes de febrero de 1919. Hacía cinco meses que Gustav Adler había caído en Francia. Hacía tres meses que había acabado la guerra. Hacía frío en Berlín.

***

Al día siguiente de aquella conversación, muy temprano, *frau* Schaeffer llamó con urgencia a la puerta de su habitación. Hacía ya

un rato que estaba despierto y vestido. Solía encargarse de despertar a su hermano Kurtz y llevarle a la escuela antes de dirigirse a la universidad. La voz de *frau* Schaeffer sonó angustiada al otro lado de la puerta.

—¡*Herr* Heinrich! ¿Está usted despierto?

Acudió a abrir. Algo grave debía ocurrir para que *frau* Schaeffer fuera a buscarle a su habitación.

—¿Qué ocurre?

—Su madre, *herr* Heinrich… No está en casa.

Por unos instantes se quedó como bloqueado, sintiendo cómo se formaba un nudo en su estómago, como un mal presentimiento.

—¿No está en casa? —repitió casi de manera automática.

—No está… —*Frau* Schaeffer parecía al borde de las lágrimas—. He llamado a su puerta, como cada mañana, para preguntar qué tal había pasado la noche y si deseaba algo para desayunar. Como no escuché ninguna respuesta, me decidí a entrar… La habitación está vacía. *Herr* Schaeffer y yo hemos buscado a su madre por toda la casa, y, *herr* Heinrich…, *frau* Adler no está…

Tardó unos segundos en reaccionar. En su mente fueron tomando forma, progresivamente, las peores posibilidades. Cogió su abrigo.

—*Frau* Schaeffer, cuide de mi hermano Kurtz por mí —le dijo—. Que acuda a la escuela, como siempre. Le resultará extraño que yo no le acompañe. Invéntese cualquier excusa; dígale que hoy he tenido que ir pronto a la universidad. Que *herr* Schaeffer le acompañe hoy hasta la escuela. Usted quédese aquí, por favor, pendiente del teléfono. Yo voy a buscarla.

Abandonó apresuradamente la casa. La luz tenue del día apenas comenzaba a iluminar el cielo cubierto de nubes grises de Berlín. A tan temprana hora de la mañana las calles estaban casi vacías. Hacía un frío intenso y caía una fina lluvia que parecía nieve. Su casa estaba a las afueras de la capital, en una zona residencial del barrio de Charlottenburg. Sin saber bien qué dirección tomar, encaminó sus pasos hacia el centro. Su corazón latía con fuerza, y una angustia difícil de expresar con palabras atenazaba su garganta mientras las preguntas martilleaban su mente. ¿Adónde podría haber ido su madre? Estaba tan débil después de todos aquellos meses de voluntaria reclusión que no podía haber ido muy lejos, pero ¿dónde? ¿Y por qué se había marchado de casa de aquella forma, en silencio, de madrugada, sin decir nada a nadie? ¿Qué poderosa razón la había impulsado a tomar esa decisión, a ella, que había renunciado al mundo, a la vida? Y de repente lo supo. La idea

que ya había comenzado a gestarse en su mente antes incluso de salir en su busca, aquel mal presentimiento, cristalizó de pronto en su cerebro con espantosa claridad: Lucie Adler había abandonado su casa, sus recuerdos, había dejado a sus hijos, se alejaba de todo lo que aún podía atarle a la vida para buscar la muerte.

Tuvo que detenerse de pronto y apoyarse en una pared porque sintió por un instante que las piernas ya no podían sostenerle. Respiró hondo, queriendo recuperar el dominio de sí. Aquella idea no podía ser cierta; no podía concebirla. Luchó por arrancar aquel pensamiento de su cabeza. Tenía que encontrar a su madre. Pero ¿dónde?, ¿cómo? No sabía por dónde empezar.

Pensó en pedir ayuda. Haciendo un esfuerzo supremo por recuperar un mínimo de serenidad, de cordura, consiguió pensar con claridad y decidió acudir a la policía. Echó de nuevo a andar. Más que caminar, corrió hasta la comisaría del distrito de Charlottenburg. Cuando llegó allí había logrado templar en parte su angustia, había recuperado su entereza y pudo exponer a los agentes de manera fría y razonada su situación. Les dio una descripción detallada de Lucie Adler. Los funcionarios tomaron nota. Le recomendaron que regresara a casa y esperase. Le avisarían por teléfono en cuanto tuvieran noticias de su madre. Abandonó la comisaría, pero no regresó a casa. Durante horas caminó sin rumbo por las calles de Berlín, buscando en los rostros de todas las personas con las que se cruzaba a su madre. La angustia le oprimía el pecho como una losa y le atenazaba la garganta hasta impedirle casi respirar, y la idea de que Lucie Adler había abandonado su casa para buscar la muerte le atormentaba sin tregua.

A media tarde regresó a su casa después de una búsqueda infructuosa. La mirada interrogante y preocupada que los Schaeffer le dirigieron cuando entró le hizo saber al instante que su madre no había vuelto. No se sorprendió; de camino a casa algo en su interior le iba diciendo que no la encontraría allí, que no regresaría nunca. Preguntó a los Schaeffer si habían recibido alguna llamada, pero el teléfono no había sonado en todo el día. Preguntó también por su hermano Kurtz; aún estaba en la escuela, ajeno a todo lo que estaba sucediendo.

***

La llamada fatídica se produjo apenas media hora después de que volviera a casa. Cuando cogió el teléfono una voz grave se identificó como agente de policía. Preguntó por *herr* Heinrich Adler.

—Yo soy —respondió.

La conversación fue breve. El agente le pidió que se presentase de nuevo en la comisaría de Charlottenburg.

—Voy para allá —fue su respuesta.

Colgó el teléfono y salió de nuevo de casa sin decir una sola palabra. Los Schaeffer le vieron salir, sin atreverse a decir nada.

Por el camino sintió que la angustia que sentía crecía y crecía como una marea incontenible. La conversación telefónica no habría sido tan breve si las noticias que los agentes tenían que comunicarle fueran buenas. Debía estar preparado para lo peor, se decía a sí mismo, pero ¿es posible prepararse de algún modo para lo que esperaba oír en apenas un momento? Eso se preguntaba mientras caminaba como un sonámbulo por las calles.

En comisaría le hicieron pasar a un despacho. Le pidieron que tomara asiento. El mismo agente ante quien había denunciado aquella misma mañana la desaparición de Lucie Adler se sentó frente a él. Sus miradas se cruzaron un momento. Le pareció que el funcionario estaba calibrando su entereza. Mantuvo firme la mirada. Entonces el policía le informó de que habían encontrado hacía unas horas en el río Spree el cuerpo de una mujer que coincidía con la descripción que había dado de su madre.

Recordaba perfectamente, a pesar del tiempo transcurrido, aquella sensación, aquel dolor moral, tan intenso y vívido, aquella sensación de vacío, de vértigo, que sintió cuando le comunicaron aquella noticia. La temía, la esperaba. De lo contrario, aquella llamada telefónica habría sido distinta. Aún no había visto el cuerpo. Podría perfectamente tratarse de otra persona; podría no ser su madre. Pero sabía que no era así; sabía que el cadáver que debería identificar era el de Lucie Adler.

El agente le acompañó hasta la morgue. Cuando descubrió el rostro del cuerpo que yacía pudorosamente cubierto por una sábana blanca en aquella fría camilla de metal, reconoció a su madre. No parecía muerta. Su belleza natural seguía intacta. Sus ojos claros estaban cerrados. Los rasgos de su rostro estaban relajados, serenos. Parecía dormir. Solo su absoluta inmovilidad y la intensa palidez de sus labios hacían evidente que la vida la había abandonado.

—¿Se trata de Lucie Adler? —oyó que le preguntaban.

Pero aquella voz sonaba, para sus oídos, lejana, muy lejana. Sentía una sensación difícilmente descriptible de mareo, de náusea, de pesadilla, como si aquello no pudiera estar sucediendo realmente. Incapaz de apartar la mirada del rostro de su madre muerta, no acertó a pronunciar una sola palabra. Simplemente

asintió y se quedó inmóvil, junto al cadáver, incapaz de hablar, de moverse, de llorar, atenazado por el dolor.

Durante un tiempo, no sabría precisar cuánto, solo hubo silencio. Después sintió una mano sobre su hombro que le invitaba suavemente a abandonar la sala. Aquel contacto físico le hizo reaccionar. Apartó la vista del rostro de su madre para dirigirla hacia el funcionario que le acompañaba. Este volvió a cubrir el rostro de Lucie Adler con la sábana y le pidió que le acompañara de nuevo al despacho. Él le siguió.

No guardaba un recuerdo muy claro de los trámites que tuvo que realizar aquella tarde: formularios que rellenar, declaraciones que firmar… Le informaron de que, al parecer, alguien había visto saltar a una mujer desde uno de los puentes del río, de madrugada, en las cercanías del palacio de Charlottenburg, y lo había notificado a las autoridades. Eso había permitido localizar el cadáver. Él escuchaba, pero parecía no oír. Su cabeza daba vueltas, sentía que la vista se le nublaba. El dolor y la angustia que experimentaba eran tan intensos que eclipsaban todo lo demás, que hacían que todo aquello le pareciese irreal. Anochecía ya cuando por fin abandonó la comisaría. Al día siguiente podría enterrar a su madre.

***

De regreso a casa, Heinrich Adler caminaba despacio, como un autómata, sintiendo que desfallecía a cada paso, incapaz de asimilar aquel golpe terrible. Su madre, muerta… Su madre se había quitado la vida… ¿Cómo se lo diría al pequeño Kurtz? ¿Qué iba a ser de ellos, de Kurtz y de él, a partir de entonces? Hubiera querido llorar, hubiera querido gritar, maldecir, volcar de algún modo fuera de sí todo el dolor y la rabia, la angustia y la desesperación que llevaba dentro, pero el nudo que aferraba su garganta evitaba que las palabras llegasen hasta su boca y las lágrimas hasta sus ojos, y sentía que el dolor le destrozaba por dentro y que no podría soportarlo.

Su mente volvía una y otra vez a su hermano Kurtz, al pequeño Kurtz. Solo tenía seis años. Había perdido a su padre apenas unos meses antes. Y había perdido también a su madre. Ya no le quedaba nadie. Porque él, su hermano mayor, no era nadie. Él, que no había podido ayudar a su madre, ¿cómo iba a serle de ayuda? ¿Qué iba a ser de Kurtz?

Pensando en su hermano, llegó hasta la puerta de su casa. Ya era noche cerrada, pero las luces del salón aún estaban encendidas. No

sabía la hora que era; había perdido por completo la noción del tiempo. Tampoco le importaba.

Kurtz corrió hacia él en cuanto le vio entrar por la puerta. *Frau* Schaeffer no logró detenerle.

—Son más de las diez, pero no he podido conseguir que se acueste, *herr* Heinrich —le dijo la buena señora—. No hace más que preguntar por su madre y por usted.

Se arrodilló frente a su hermano. Le miró a los ojos, unos ojos de un azul claro como el cielo, idénticos a los de Lucie, que le devolvieron una mirada asustada.

—¿Dónde has estado todo el día, Heinrich? —preguntó Kurtz—. ¿Por qué no me has llevado hoy a la escuela? ¿Dónde está mamá?

Se demoró un poco antes de responder con voz grave.

—Mamá se ha ido.

Kurtz le miró sorprendido.

—¿Se ha ido? ¿Adónde?

—Al cielo, con papá.

Pudo escuchar el sollozo ahogado de *frau* Schaeffer cuando el ama de llaves escuchó de sus labios aquellas palabras, pero no apartó los ojos de su hermano pequeño, que seguía mirándole en silencio, como si su mente infantil estuviera haciendo un esfuerzo por comprender lo que acababa de decirle.

—El cielo es ese lugar del que no se vuelve, ¿verdad, Heinrich? —preguntó finalmente Kurtz con voz temblorosa. —Él asintió—. Al cielo solo van las personas que se mueren, como papá. —Volvió a asentir—. Entonces mamá está muerta.

—Así es, Kurtz.

Por unos instantes solo los sollozos de *frau* Schaeffer, que lloraba abrazada a su esposo, rompieron el silencio. Kurtz seguía mirándole con sus ojos claros, asustados, que de pronto se llenaron de lágrimas. Las lágrimas resbalaron lentamente por sus mejillas. Y entonces todo el dolor de aquel niño de seis años se desbocó.

—¡Mientes! ¡Es mentira! —gritó llorando mientras golpeaba con sus manitas el pecho de su hermano mayor—. ¡Me estás engañando, Heinrich! ¡Las madres no dejan solos a los niños! ¡Las madres no se mueren! ¡Haz que vuelva! ¡Haz que vuelva, Heinrich! ¡Quiero que vuelva mamá!

Le abrazó con fuerza, procurando con aquel contacto cercano, cálido, protector, aliviar, al menos en parte, el dolor del pequeño Kurtz, que también era el suyo. Y ver a su hermano, tan frágil y vulnerable, sufriendo, le hizo olvidar de repente el dolor propio y le dotó de una extraordinaria fuerza que no creía poseer.

***

Él debía de tener aproximadamente la edad de Kurtz, quizá uno o dos años más, la primera vez que su padre le permitió acompañarle en una de sus salidas de caza. Lo recordaba así porque la carabina que su padre empleaba para cazar casi le igualaba en altura. Durante el verano, cuando Gustav Adler estaba de permiso, solían pasar temporadas en la granja que la familia tenía en los bosques de Baviera. Aquel día, un día soleado de julio, caminaba entre los árboles siguiendo el paso rápido y flexible de su padre, oficial de infantería, orgulloso de que este le considerara ya lo suficientemente mayor como para poder acompañarle en aquellas expediciones que para él, entonces tan solo un niño, eran una aventura. Veía la silueta alta y espigada de su padre frente a él, que de vez en cuando se volvía para obsequiarle con una sonrisa y animarle a seguirle, y él le miraba con admiración.

Padre e hijo seguían el rastro de un corzo en los bosques. Después de caminar un par de horas, Gustav Adler se había apostado tras un árbol caído con la carabina al hombro lista para disparar. Él estaba a su lado, en silencio, inmóvil, tal y como su padre le había dicho que hiciera. Observaba con atención los matorrales a unas cuantas decenas de metros frente a ellos, donde Gustav Adler había dicho que el corzo aparecería, y guardaba un silencio expectante, esperando ver al fin a la presa, de la que hasta entonces solo había visto las huellas que su padre le había ido mostrando por el camino. Solo se escuchaba el susurro del viento entre los árboles y el canto de los pájaros. Gustav Adler no se equivocó. Al cabo de un rato los arbustos se movieron y el corzo asomó la cabeza entre el ramaje, del que él, con su curiosidad infantil, no había apartado ni por un momento la vista. Al ver al animal no pudo contener la emoción y se puso en pie, señalando al corzo.

—¡Ahí está! —le dijo a su padre a viva voz.

Sus gritos pusieron sobre aviso a la presa, que dio un salto. La bala que su padre disparó alcanzó al corzo en la grupa y el animal echó a correr, cojeando, huyendo del lugar. Él, impulsivamente, salió corriendo detrás.

—¡Vamos! ¡Tenemos que alcanzarle! —dijo a su padre—. ¡Le has dado! ¡Está herido!

Y sin hacer caso de las palabras de Gustav Adler, que le ordenaba que volviera a su lado, siguió corriendo, perdió de vista al

corzo, tropezó y acabó en el fondo de un barranco con una pierna rota como consecuencia de la caída.

Su padre tardó apenas un instante en llegar a su lado. Con la experiencia del soldado, le examinó la cabeza, el pecho y la espalda, y solo cuando comprobó que no tenía lesiones graves prestó atención a la pierna herida. Dolía horrores, y, aunque no se quejó ni una sola vez, las lágrimas brotaban de sus ojos sin que pudiera evitarlo. Miraba a su padre, temeroso y asustado, mientras inmovilizaba en silencio su pierna rota con un par de ramas secas. Creía que su padre se enfadaría por no haber seguido sus instrucciones. Pero su padre rara vez se enfadaba. Conocía el carácter inquieto y rebelde de su hijo. Para entonces él ya le había dado muchos otros quebraderos de cabeza. Tampoco en aquella ocasión le recriminó con duras palabras su actitud. Gustav Adler prefería otros métodos para educar a su hijo. Como hizo en aquella ocasión.

—No debiste hacerlo, Heinrich —le dijo con su voz profunda, serio, pero sin rastro de ira, sin ninguna acritud—. Podría haber ocurrido una desgracia mucho peor. Debiste seguir mis instrucciones. Creí que ya eras lo suficientemente mayor para saber controlar esos arrebatos, para ser capaz de obedecer mis instrucciones. Dime, ¿lo eres?

Él recordaba la mirada de su padre, aquellos ojos de un azul oscuro, serenos, sabios. Supo que su padre no estaba enfadado; no había ira en su rostro. Gustav Adler estaba más bien defraudado por la actitud de su hijo. Heinrich, todavía un niño, se dio sin embargo perfecta cuenta de ello, y aquella sensación, sentir que había defraudado a su padre, generó en él, que le admiraba como admiran los niños a sus progenitores cuando aún los ven como héroes, un dolor distinto, como un dolor del alma, desconocido hasta entonces y mucho más intenso e insoportable que el dolor físico de su pierna rota. No respondió.

—Pronto serás un hombre, Heinrich. Los hombres piensan, reflexionan antes de actuar. No se dejan arrastrar por los impulsos sin pensar en las consecuencias —continuó diciendo su padre, y sonrió, secando con el dorso de su mano las lágrimas del rostro de su hijo—. Tampoco deberían llorar. Las lágrimas no harán que la pierna te duela menos, y sí harán, en cambio, que yo sufra más por ti. ¿Es eso lo que quieres? ¿Quieres que yo sufra por ti?

Negó con la cabeza, pero las lágrimas seguían rodando por sus mejillas sin que fuera capaz de contenerlas. Recordaba con claridad meridiana aquel gesto de su padre secando sus lágrimas, y aquellas

palabras, el tono grave de su voz. Recordaba como si hubiera sido ayer la pena tan grande que sintió cuando le dijo que sufría por él. Lamentó tanto, tanto, haber desobedecido las instrucciones de su padre, haber echado a correr detrás del corzo herido, que las lágrimas que derramaba entonces no eran ya por el dolor de la pierna rota, que, inmovilizada, ya prácticamente no dolía, sino por la pena tan grande que sentía de haber defraudado a su padre, una pena que hacía que el dolor físico careciese de importancia. Se sintió infinitamente triste, porque quería a su padre, porque le admiraba, deseaba ser como él, siempre fuerte, valiente, firme. Lo último que Heinrich hubiera deseado era disgustarle, defraudarle, hacerle sufrir. Recordaba que balbuceó una tímida disculpa porque el llanto apenas permitía que le saliera la voz.

—Algún día, Heinrich, cuando crezcas —siguió diciéndole su padre, clavando en él aquellos ojos suyos azules, oscuros, como un profundo e inquietante mar en calma—, tendrás familia, hijos, como yo te tengo a ti. Habrá gente que dependerá de ti, gente que necesitará que veles por ellos, que los protejas, gente que necesitará que tú seas fuerte. Sería bueno comenzar hoy, ahora, a poner a prueba tus fuerzas. ¿Lo intentamos?

Él hizo un gesto afirmativo. Su voz temblaba.

—Muy bien. Procura no llorar más. Volvemos a casa.

Gustav Adler puso el seguro a su fusil, se lo colgó en bandolera, le cogió en brazos y caminó cargando con él los ocho kilómetros que distaban de su casa.

***

Mientras abrazaba a su hermano Kurtz, que lloraba desconsolado llamando a su madre, recordó de pronto aquellas palabras que Gustav Adler le había dicho hacía ya mucho tiempo, cuando él era apenas un niño: «Algún día, Heinrich, habrá gente que dependerá de ti, que necesitará que veles por ellos, que los protejas, gente que necesitará que tú seas fuerte». Las palabras de su padre resonaron como un eco en su cabeza y supo que había llegado el momento, que no podía flaquear. Debía buscar dentro de sí esa fuerza que creía no tener para sostener con ella a Kurtz.

No recordaba exactamente cuánto tiempo permaneció allí de rodillas, en el recibidor, abrazando a su hermano. Kurtz lloraba, le pedía, le rogaba, le suplicaba que hiciese volver a su madre, como si él pudiera hacer algo al respecto. Lloró y lloró hasta quedar exhausto, hasta que no tuvo fuerzas siquiera para seguir llorando,

para seguir rogando que su madre volviera, hasta que quedó rendido por el dolor. Solo entonces se levantó, cogió a Kurtz en brazos y le llevó a su habitación.

—Ahora debes dormir —le dijo mientras le acostaba en la cama y le cubría con las mantas. Le sorprendió escuchar su propia voz extrañamente calmada, afectuosa, cálida—. Yo estaré aquí, a tu lado, hasta que te quedes dormido.

—Mamá no va a volver, ¿verdad, Heinrich? —le preguntó su hermano entre sollozos entrecortados.

Él negó con la cabeza.

Kurtz cerró sus ojos claros enrojecidos por el llanto. Las lágrimas, sin embargo, siguieron deslizándose por sus mejillas un largo rato, hasta que, agotado, finalmente se durmió.

Permaneció a su lado, en silencio, inmóvil, contemplando la respiración aún agitada y el sueño inquieto de su hermano. No se movió de allí hasta que pudo comprobar que el sueño iba calmando la angustia y el dolor del pequeño Kurtz. Solamente entonces, cuando su hermano ya dormía profundamente, abandonó la habitación, dejando la puerta entreabierta.

Los Schaeffer aún estaban despiertos cuando bajó de la habitación de su hermano al piso principal de la casa. *Frau* Schaeffer salió a su encuentro cuando escuchó sus pasos. Aún lloraba. Le miró y pudo ver en su mirada un infinito pesar. *Frau* Schaeffer quería a Lucie Adler como si hubiese sido una hermana. Le había ayudado a criar a sus hijos como si hubieran sido los suyos propios. Si él hubiera mostrado en aquel momento algún atisbo de debilidad, si hubiera encontrado alguna forma de volcar al exterior el dolor que le destrozaba el alma, *frau* Schaeffer hubiera corrido a abrazarle, a consolarle, a aliviar su pena, como hubiera hecho su madre. Pero no podía hacerlo; no perdió su entereza.

—Es una gran desgracia, *herr* Heinrich —le dijo *frau* Schaeffer entre sollozos.

Él asintió.

—Lo es.

La miró. Miró también a *herr* Schaeffer.

—Agradezco sinceramente todo lo que hoy han hecho ustedes por mi hermano Kurtz y por mí —dijo, y de nuevo su propia voz le resultó extrañamente profunda y calmada. Era la voz de un adulto —. Kurtz ya está dormido. Vayan ustedes también a descansar.

—¿Y usted, *herr* Heinrich?

—Yo aún he de poner algunos asuntos en orden en el despacho de… mi padre.

Herr Schaeffer se adelantó para tenderle la mano.

—Lamentamos muchísimo su pérdida, *herr* Heinrich.

Él la estrechó.

—Gracias. Lo sé.

—Hemos dejado café en la cocina. Si nos necesita, no dude en llamarnos.

—Gracias.

Los Schaeffer hicieron ademán de retirarse. *Frau* Schaeffer aún lloraba. Él la llamó para darle unas últimas instrucciones.

—Mañana no despierte a Kurtz para ir a la escuela. Mañana… —hizo una breve pausa antes de continuar—, mañana enterraremos a *frau* Adler.

Frau Schaeffer asintió. Sin decir nada más, los Schaeffer se retiraron a sus habitaciones. Él se quedó solo.

***

El despacho de Gustav Adler era una habitación anexa al salón principal de la casa. Heinrich abrió la puerta y se detuvo en el umbral. Aquel había sido el lugar de trabajo de su padre cuando estaba de permiso. Su madre les había enseñado que no debían molestar a su padre cuando estaba trabajando allí, así que él recordaba de su infancia aquel lugar como un santuario en el que no se debía entrar a menos que se les permitiera expresamente. Aquello cambió cuando su padre regresó de permiso en 1918. Entonces ya no era un niño y pasó muchas horas allí con él.

Desde el umbral de la puerta contempló las estanterías llenas de libros de los más diversos temas. Su padre había sido siempre un hombre culto, un apasionado lector, y había transmitido a su hijo mayor aquel afecto suyo por los libros. Él guardaba aún en su memoria el recuerdo, siendo muy pequeño, de verse sentado sobre las rodillas de su padre, junto a la chimenea, en las tardes frías de invierno. Su padre abría entonces un libro. A él, que ni siquiera había comenzado a ir a la escuela, le maravillaban aquellas páginas llenas de extraños símbolos que aún no sabía interpretar. Y todavía le maravillaba más que aquellos símbolos, de pronto, cobraran vida en la voz profunda y cálida de su padre y se convirtieran en historias apasionantes.

—¿Algún día podré yo también saber qué es lo que se dice ahí? —Recordaba haberle preguntado en una de aquellas ocasiones.

Y su padre sonrió.

—Claro que sí. Yo te ayudaré a descifrar sus secretos.

Antes de comenzar a ir a la escuela, ya había aprendido a leer, y su pasión por la lectura fue creciendo con los años. Su padre le dijo en una ocasión:

—Uno no está nunca completamente solo si lleva un libro consigo.

Descubriría con el tiempo, durante las largas noches insomnes que pasaría en los años siguientes, que aquella afirmación era completamente cierta; la palabra escrita le acompañaría siempre.

En el despacho, algunas fotografías familiares ocupaban los espacios de las paredes entre las estanterías. La mayoría de ellas eran fotos de hombres vestidos de uniforme. Los Adler habían servido en el ejército desde los tiempos de Federico el Grande. Entre ellas había una que siempre había llamado su atención. Era una fotografía en la que aparecía Gustav Adler, de joven, junto a su padre y a sus dos hermanos, menores que él, todos ellos militares. La madre de Gustav Adler no aparecía en aquella fotografía. Falleció al dar a luz al menor de los hermanos de su padre. Los tres hermanos crecieron sin ella.

Él no había llegado a conocer apenas a su abuelo y a sus tíos. Los Adler vivían en Königsberg, en la Prusia Oriental. Solo Gustav vivía en Berlín. La distancia había hecho que se vieran poco, y, después, la guerra había ido acabando con ellos como lo había hecho con el propio Gustav. El padre de Gustav Adler y su hermano menor, Friedrich, cayeron en septiembre de 1914, durante la primera batalla del Marne. Su segundo hermano, Wilhem, moriría en 1916 en Verdún. El propio Gustav caería dos años después, en Argonne. En cuatro años la guerra había aniquilado completamente a su familia paterna.

Otras fotografías evocaban recuerdos más amables: fotografías de Lucie, tocando el piano en alguno de sus recitales, fotografías de él mismo, cuando aún era pequeño, y de su hermano Kurtz… Y, junto a ellas, numerosas menciones y reconocimientos al valor y a los servicios prestados por los Adler a lo largo de los años.

También había una fotografía de los padres de Lucie. Tampoco a ellos llegó a conocerlos. Fallecieron en un accidente de tráfico poco después de que Lucie contrajese matrimonio con Gustav Adler, antes de que él naciese.

La mayoría de las fotografías eran imágenes, atrapadas en el tiempo, de personas que ya no vivían. Toda su familia, la familia en la que había crecido, en la que se había educado, estaba muerta. Y él estaba solo, espantosa y terriblemente solo.

Aquella noche de febrero de 1919 Heinrich Adler entró en el

despacho y se sentó frente al escritorio, el lugar que antes ocupaba su padre. Durante el permiso de Gustav Adler en 1918 había pasado muchas tardes allí, sentado a su lado. Como si supiera de algún modo que cuando terminara su convalecencia y regresara al frente no volvería jamás a su hogar, Gustav Adler se dedicó aquellas semanas a instruir a su hijo mayor sobre la gestión del patrimonio de la familia. Los Adler gozaban entonces de una posición acomodada. Poseían una granja en Baviera, una pequeña explotación agrícola y ganadera que daba trabajo a diez o doce familias de la zona. También poseían algunos viñedos cerca de Braubach, en el valle del Rin, que mantenían a otras cinco o seis familias que trabajaban para ellos allí. En aquel permiso su padre le enseñó a gestionar todas aquellas propiedades.

—Aunque las tierras nominalmente nos pertenecen, no son solo nuestras —le dijo un día mientras repasaban la contabilidad de la granja y de los viñedos—. Moralmente pertenecen también a la gente que las trabaja cada día, que las hace rentables. Es nuestra obligación gestionar correctamente ese patrimonio, porque de ello depende no solo que esas tierras sigan siendo de nuestra familia, como ha sido durante generaciones, sino también, y sobre todo, depende el futuro de la gente que vive y trabaja en ellas. Es nuestra responsabilidad. Lo entiendes, ¿verdad?

Uno de aquellos días su padre le mostró una tarjeta. Era la dirección de un despacho de abogados en el centro de Berlín.

—*Herr* Hoffmann y asociados llevan habitualmente las gestiones de todas nuestras propiedades y se encargan desde hace años de los asuntos legales de la familia en los períodos que yo estoy fuera de casa. Ellos te serán de ayuda cuando, en un futuro, debas encargarte de estas cosas. Un día de estos iremos a verlos.

Y así fue. Antes de que Gustav Adler regresara al frente acudió con su hijo mayor a aquel despacho de abogados. Su padre le presentó a *herr* Hoffmann. Estuvieron hablando un buen rato sobre los asuntos económicos y legales de la familia, hasta que, casi al final de la conversación, Gustav Adler preguntó al letrado si tenía preparados los documentos que le había solicitado por teléfono unos días antes. *Herr* Hoffmann salió un momento del despacho para ir a buscarlos y él le preguntó a su padre de qué documentos se trataba.

—En unos días regresaré a Francia, y es posible que… —hizo una breve pausa—, es posible que no vuelva.

Él quiso decir algo. En aquel momento no podía concebir siquiera esa posibilidad. Sin él ¿qué iba a ser de ellos? Pero su

padre le contuvo con un gesto.

—Es una posibilidad. Eso no quiere decir que tenga forzosamente que ocurrir. Pero si ocurre, tu madre necesitará ayuda con todos estos asuntos legales, y tú eres ya suficientemente adulto para poder colaborar en ello. En mi ausencia te has convertido en un hombre y sé que puedo confiar en ti. Por eso le he pedido a *herr* Hoffmann que prepare la documentación que te autorizará a gestionar junto con tu madre el patrimonio de nuestra familia, aunque aún no hayas alcanzado legalmente la mayoría de edad.

Heinrich guardó silencio un momento, intentando asimilar aquella noticia.

—Es una gran responsabilidad —le dijo a su padre.

—Lo sé —la mirada de sus ojos oscuros pareció penetrar hasta lo más profundo de su alma—, y sé también que podrás asumirla.

Aquel día, cuando salió del despacho de abogados con su padre, era ya a todos los efectos un adulto.

***

Sobre la mesa del escritorio de su padre, perfectamente ordenada, Heinrich Adler vio aquella fría noche de febrero de 1919 la tarjeta con la dirección de *herr* Hoffmann y asociados, la misma que su padre le había mostrado meses atrás, antes de partir de nuevo a la guerra. A ese despacho tendría que dirigirse al día siguiente para organizar el funeral de su madre, para organizar lo que a partir de entonces sería su nueva vida. Él era ahora el responsable de todo aquello de lo que anteriormente se habían encargado Lucie y Gustav Adler. No tenía alternativa. No tenía más remedio que asumir ese papel.

Sintió el peso de aquella responsabilidad, como aquel día, en el despacho de abogados, cuando su padre firmó la autorización que le permitiría a él, a su hijo, gestionar el patrimonio familiar en las mismas condiciones en las que lo había hecho Gustav Adler, y, sentado frente al escritorio de su padre, en el silencio de aquella fría noche de febrero, se sintió de pronto abrumado.

***

El despacho de abogados de *herr* Hoffmann se encargó de los trámites legales para poder disponer del cadáver de Lucie Adler y organizó, de acuerdo con las disposiciones que tanto Lucie como su esposo habían dejado de antemano en su testamento, su funeral. La

ceremonia se celebró por la tarde. Fue sencilla y breve. La iglesia estuvo llena de gente. Pese a haber abandonado hacía años su carrera como pianista, Lucie seguía conservando un gran número de admiradores y amistades en el mundo de la música que quisieron acudir a saludarla por última vez. Kurtz no dejó de llorar durante el funeral. Él, en cambio, fue incapaz de derramar una sola lágrima. El dolor se aferraba a su pecho como una garra de acero que le destrozaba por dentro, como un fuego que le abrasaba y le consumía, pero no encontraba la forma de exteriorizarlo. Llorar quizá hubiera aliviado su angustia, pero las lágrimas no encontraban el camino para llegar a sus ojos.

Era ya de noche cuando regresaron por fin a casa. En Berlín seguía lloviendo. *Frau* Schaeffer se llevó a Kurtz a su habitación para acostarle. El se quedó a solas, de pie en el salón. No encendió la luz; una tenue claridad procedente de las farolas que iluminaban la calle entraba por los ventanales de la estancia. Escuchó la voz de *herr* Schaeffer a su espalda.

—Si me deja su abrigo, *herr* Adler, lo colgaré para que se seque.

Se estremeció. «*Herr* Adler» era el modo en el que los Schaeffer se dirigían a su padre. Para ellos, hasta entonces, él había sido «*herr* Heinrich», o simplemente «Heinrich». Incluso cuando su padre murió, mientras Lucie Adler habitó en aquella casa, siguió siendo para ellos «Heinrich». Las palabras de *herr* Schaeffer, la nueva manera de *herr* Schaeffer de dirigirse a él, le hicieron darse cuenta, de una manera brutal, de todo lo que había cambiado en aquellas cuarenta y ocho horas, del papel que a partir de aquel momento le correspondería asumir. «*Herr* Adler…»

Permaneció por unos instantes inmóvil, como paralizado por aquella súbita revelación. *Herr* Schaeffer reclamó de nuevo su atención, discreta, suavemente.

—*Herr* Adler.

Él, finalmente, reaccionó. Accediendo a la solicitud de *herr* Schaeffer, se quitó el abrigo y se lo entregó.

—¿Necesita usted alguna cosa? —preguntó *herr* Schaeffer.

—No…, no, gracias. Puede retirarse a descansar. Ha sido un día muy largo para todos.

Cuando *herr* Schaeffer abandonó la estancia, él se dio cuenta de que estaba temblando. No era por el frío. En la chimenea quedaban aún los rescoldos de un fuego y el ambiente dentro de la casa era agradablemente templado en comparación con el frío exterior. No era el frío lo que le hacía estremecer: eran la angustia, la ansiedad, el dolor… y la soledad, la terrible soledad.

Frau Schaeffer acudió poco después a buscarle. También ella se dirigió a él como *herr* Adler. Vino a decirle que su hermano ya estaba acostado y que quizá fuera conveniente que fuese a hablar con él antes de dormir. Heinrich asintió.

—Vaya a descansar —le dijo al ama de llaves. El tono de su voz, frío, como si fuera de hielo, no hacía justicia a la agonía que sentía en su interior—. Mañana…, mañana será otro día.

La vio llorar cuando pasó junto a ella camino de la habitación del pequeño Kurtz. Le pareció que las lágrimas que *frau* Schaeffer derramaba en aquella ocasión no eran por Lucie Adler, sino por él.

***

Encontró a Kurtz sentado en la cama, en pijama, frotándose sus ojos claros, como los de su madre, enrojecidos por el llanto. De vez en cuando un sollozo contenido se escapaba de su garganta. Él se sentó a su lado en silencio. Kurtz era aún demasiado pequeño para comprender la enormidad de la desgracia que se había abatido sobre ellos, pero aun así, sufría, y ese sufrimiento producía en él aún más dolor. Kurtz le miró asustado y triste.

—Estamos solos, ¿verdad, Heinrich? —le dijo con la espontaneidad, con la ingenuidad y la sinceridad con la que solo pueden hablar los niños. Él asintió con la cabeza—. ¿Y ahora quién va a cuidar de nosotros?, ahora que ya no están papá y mamá…

Sintió cómo la mirada de su hermano le interrogaba con la angustia de quien se sabe indefenso, sin saber que la angustia que sentía era también la suya. ¿Quién iba a ayudarle a él? ¿Quién le ayudaría a cuidar de Kurtz, a suplir lo que ambos habían perdido: la sabiduría de su padre, la ternura de su madre? ¿Cómo podría suplirlos para Kurtz cuando también él los necesitaba tanto? Sin embargo, en ningún momento dejó que aquella angustia aflorara a su rostro o a su voz. Abrazó a su hermano y con firmeza, con absoluta sinceridad, le respondió:

—Yo cuidaré de ti.

Kurtz también le abrazó y los dos estuvieron así, abrazados, un tiempo. Finalmente, instó al pequeño Kurtz a acostarse. Mientras le arropaba, su hermano le dijo:

—Te quiero mucho, Heinrich.

Hubiera querido responderle, pero temía que su voz temblara, así que simplemente sonrió, acarició los oscuros cabellos de su hermano, apagó la luz de la habitación y salió, dejando la puerta entornada. No se alejó de allí hasta notar que la respiración del

pequeño Kurtz se hacía más lenta y regular, hasta que Kurtz por fin estuvo dormido.

Cuando por fin se retiró a su habitación era ya más de medianoche. Entró, cerró la puerta y se quedó por unos instantes de pie, con la espalda apoyada en ella, sintiendo que era incapaz de dar un solo paso más. Seguía temblando. Todo su cuerpo temblaba como una hoja agitada por el viento. La angustia, el dolor, el miedo, la culpa… crecían en su interior como una marea incontenible. Se preguntaba una y otra vez: ¿por qué?, ¿por qué no había podido salvar a su madre?

Durante semanas pudo ver cómo ella se iba hundiendo en un abismo de desesperación, cómo iba consumiéndose poco a poco, sumida en el dolor. Y ahora su madre estaba muerta. Y quizá lo estaba porque no supo ayudarla, no supo alentar en ella los motivos que tenía para vivir. ¿Qué era lo que había hecho mal? ¿Qué había dejado de hacer que hubiera evitado aquel fatal desenlace? Porque quizá hubiera podido hacer algo, algo que hubiera podido salvarla, y no lo hizo. No supo hacerlo. Y ahora estaban solos. Kurtz estaba solo, huérfano de padre y madre, porque él no había sabido ayudar a su madre.

La angustia le ahogaba como un puño de acero que comprimiera su garganta. Él no tenía la sabiduría ni la serenidad de su padre, ni la ternura y el afecto de su madre. Él, que no era nada, que no valía nada, ¿cómo podría llenar las ausencias de su padre y de su madre para Kurtz? Hubiera dado su vida para que su madre aún viviera. Hubiera preferido un millón de veces ocupar el lugar de su madre bajo tierra y que ella aún viviera, porque sentía que no podría soportar la pesada, la terrible carga que se cernía sobre él.

Su pecho parecía a punto de estallar si no lograba exteriorizar de alguna forma el dolor tan extremo que sentía, que le hacía enloquecer, y en un arranque de rabia, de ira incontrolable, comenzó a golpear con los puños las paredes de su habitación, una y otra vez, hasta que el dolor, el dolor físico de sus manos ensangrentadas, alivió en parte ese otro dolor, el dolor moral que le destrozaba por dentro. Así, agotado, exhausto, se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo, junto a la ventana. La luz de la luna iluminaba tenuemente la estancia. Sus ojos seguían secos.

Fue entonces, aquel día, cuando comenzó a escribir.

Diarios de Heinrich Adler

Berlín, 19 de febrero de 1919

Hoy hemos enterrado a nuestra madre. La iglesia se ha quedado pequeña para acoger a todas las personas que han querido acercarse a mostrarle su respeto por última vez. Lucie Adler en su juventud se había dedicado profesionalmente a la música. Con un talento innato y una extraordinaria sensibilidad para ese arte, debutó muy joven como pianista, y antes de cumplir los veinte años ya había alcanzado una reseñable notoriedad en los círculos artísticos de la capital, en los que llegó a ser muy conocida y estimada. Su técnica, impecable, sus interpretaciones, llenas de emoción y de vida, cautivaron desde el principio tanto al público como a los profesionales. La Filarmónica de Berlín llegó a ofrecerle un contrato como solista. Sin embargo, ella lo rechazó, abandonó todo lo concerniente al lado público, social, de ese arte cuando contrajo matrimonio con nuestro padre.

Lucie Adler continuó dando clases a futuros aspirantes a pianistas en nuestra casa y ocasionalmente ofrecía algún concierto en determinados eventos privados. Nunca abandonó la música; era el aire que ella respiraba. Pero el centro de su vida, la razón misma de su existir fue, desde que le conoció, su marido: Gustav Adler.

De algún modo siempre supe que ella no resistiría la muerte de mi padre. Le amaba de una manera que desafiaba toda lógica, apasionadamente, como imagino que solo pueden amar las personas dotadas de una sensibilidad especial, como lo era mi madre. Para ella, él lo era todo. Gustav Adler procedía de una de las más antiguas familias de militares prusianos y en su persona parecían tomar vida principios eternos de dignidad, honor, rectitud, nobleza. Pocas veces le vi sonreír bajo su oscuro bigote, negro, como sus cabellos. No era fácil que su rostro dejara traslucir alguna emoción. Seguro de sí, tranquilo, sereno, con una serenidad que imagino que solo pueden dar las experiencias de una vida que no se caracterizó nunca por ser sencilla, cómoda o fácil, jamás tuvo una palabra o un

gesto duro para sus hijos. En mis diecisiete años nunca le vi enfadarse ni perder ni un ápice de aquella serenidad, de aquel temple, aunque yo reconozco que con frecuencia le di motivos. Era un padre severo, estricto, pero nunca necesitó más que sus palabras y su ejemplo para corregir nuestros errores. Kurtz y yo le teníamos un respeto infinito. Y mi madre le admiraba, le adoraba.

Gustav Adler murió en Francia, poco antes de que terminara la guerra. En los meses que siguieron a la muerte de mi padre y al final de la guerra, la vida de mi madre se fue apagando poco a poco. Yo percibía aquel cambio. A lo largo de todas aquellas semanas pude darme cuenta de cómo desaparecían de Lucie Adler la alegría, la luz que iluminó durante años nuestro hogar, su deseo de vivir. Pude ver cómo se iba sumiendo en un abismo de desesperación, hasta que un día su cadáver apareció flotando en el río Spree. Se había suicidado.

Hoy hemos enterrado a nuestra madre. Cuando hemos vuelto a casa desde el cementerio Kurtz y yo, acompañados de *frau* y *herr* Schaeffer, que trabajan en el servicio de nuestra casa desde antes de que yo pueda recordarlo, ya era noche cerrada. Llovía; una lluvia fina, que caía suavemente, sin estridencias, pero que acababa empapándolo todo. Había poco tráfico en la calle. Berlín parecía sumirse en el silencio, el vacío y la oscuridad. Una sensación de terrible angustia me oprimía el pecho, y aquellas circunstancias la acentuaban aún más. Mi hermano Kurtz es aún demasiado pequeño para poder darse cuenta del cambio dramático y brutal que han sufrido nuestras vidas; tiene solo seis años y hoy no ha hecho más que llorar cogido de mi mano. Pero yo sí soy plenamente consciente de ese cambio. Soy consciente, con abrumadora lucidez, de la situación de desamparo en la que nos encontraremos a partir de ahora él y yo, y de las responsabilidades que caerán sobre mí. Y, he de decirlo, tengo miedo.

Al llegar a casa *frau* Schaeffer se llevó a Kurtz a su habitación para ayudarle a cambiarse de ropa y a acostarse. Está agotado. No me extraña, porque yo soy doce años mayor que él y también lo estoy. Yo me he quedado en el salón. *Herr* Schaeffer se ha dirigido a mí para decirme:

—Si me deja su abrigo, *herr* Adler, lo colgaré para que se seque.

«*Herr* Adler…» Hasta aquella misma tarde yo era simplemente «Heinrich», o, en ocasiones, «*herr* Heinrich». «*Herr* Adler» era el modo en el que los Schaeffer se dirigían a mi padre. Incluso después de que Gustav Adler muriera, mientras vivió mi madre, yo siempre fui «Heinrich». Las palabras que el *herr* Schaeffer me ha dirigido,

llamándome «*herr* Adler», han hecho patente esta noche la enorme carga que ha caído sobre mí. Todo el patrimonio de mi familia, las personas que dependen de él, el cuidado de mi hermano Kurtz… Todo ello se encuentra ahora bajo mi responsabilidad. Mi responsabilidad. Tengo diecisiete años…

Accediendo a la solicitud de *herr* Schaeffer, me he quitado el abrigo y se lo he entregado. Él ha abandonado la estancia y yo me he quedado solo junto a la ventana, en silencio, viendo caer la lluvia sobre nuestro jardín, que mi madre cuidaba amorosamente. Me costaba terriblemente respirar. Sentía que mis manos temblaban, que todo mi cuerpo temblaba. Me sentía al borde de un abismo en el que parecía a punto de caer de manera irremediable. Una angustia intensa me oprimía, una especie de dolor sordo, como si me doliera el alma. Sentía un peso enorme, invisible, sobre mis hombros, y una inmensa y terrible soledad. Tengo diecisiete años.

Frau Schaeffer ha venido a buscarme al poco rato. También ella me ha llamado «*herr* Adler».

—Creo que debería ir a ver a su hermano antes de acostarse — me ha dicho.

Frau Schaeffer es una encantadora señora que rondará ya los cuarenta años. Ella y su marido trabajan al servicio de los Adler desde que mis padres se casaron, antes incluso de que yo naciera. No tienen hijos y han cuidado de nosotros como si fuéramos su propia familia. De hecho, viven en nuestra misma casa. Un ala entera está dispuesta para el alojamiento del personal de servicio. Sin embargo, los Schaeffer no son solamente empleados. Han participado en todos los acontecimientos de nuestra vida familiar, los buenos y los malos. Casi puedo recordar las veces en que la señora Schaeffer me ha reñido y perseguido por toda la casa, siendo yo aún un chiquillo, porque le robaba de la cocina los pastelitos que solía preparar para la merienda. Cuánto nos hemos reído juntos. Mis padres, especialmente mi padre, siempre supo calibrar la valía de la gente, no por su oficio, sino como personas. Y los Schaeffer no son, ni fueron nunca, solamente trabajadores a nuestro servicio. Son amigos.

Frau Schaeffer ha venido a buscarme con lágrimas en sus ojos oscuros y cálidos llenos de ternura y compasión. Y juro que en ese momento me hubiera gustado abrazarla, y que me permitiera llorar sobre su hombro, y sentirme así menos solo, y aliviar la carga que se cierne sobre mí… Y, sin embargo, lo único que he hecho ha sido abandonar la habitación, sin decir una sola palabra, para dirigirme al dormitorio de mi hermano.

Kurtz estaba sentado en la cama, en pijama, frotándose sus ojos claros, como los de nuestra madre. Ya no lloraba. Me he sentado a su lado en silencio. Sentía compasión y rabia. Compasión por su dolor: Kurtz es tan pequeño que aún no puede comprender la totalidad de la desgracia que se cierne sobre nosotros. Y rabia, porque tampoco podrá ayudarme a sobrellevarla. Y porque yo tampoco sé cómo podré ayudarle, cómo podré suplir lo que hemos perdido: nuestro padre, nuestra madre… Me ha mirado con sus ojos claros, enrojecidos por el llanto, y me ha dicho:

—Estamos solos, ¿verdad, Heinrich?

Lo ha dicho con la espontaneidad, con la sinceridad y la ingenuidad con la que solo pueden hablar los niños. Yo he asentido en silencio.

—¿Y ahora quién va a cuidar de nosotros?, ahora que ya no están mamá y papá…

Su mirada infantil me interrogaba con la angustia de quien se ve indefenso, sin saber, sin intuir siquiera, que esa angustia es también la mía. ¿Quién me ayudará a mí? ¿Quién me ayudará a cuidar de él? Si yo no puedo asumir esto, si yo flaqueo, ¿quién nos ayudará? Sin embargo, sin dejar traslucir mi miedo, con firmeza y con absoluta sinceridad, luchando contra el nudo que atenazaba mi garganta, le he respondido:

—Yo estaré aquí. Yo cuidaré de ti.

El pequeño Kurtz… ¿Qué culpa tiene él de todo esto? Ahora solo nos tenemos el uno al otro… Él solo me tiene a mí.

He acariciado sus cabellos oscuros, como eran los de nuestro padre, y Kurtz me ha abrazado con fuerza.

—Te quiero mucho, Heinrich.

Y yo hubiera querido decirle: «Yo a ti también…».

Hemos estado un rato así, abrazados, hasta que al final le he obligado a acostarse. Antes de dormir hemos rezado juntos una oración por nuestros padres. Kurtz rezaba con nuestra madre todos los días antes de dormir. Antes de que nuestro padre muriera era ella quien le acostaba. Yo hace tiempo que me he alejado de Dios y en estos momentos lo siento más lejos de mí que nunca, pero he rezado con mi hermano. Después he apagado la luz y he salido de la habitación, dejando entornada la puerta. No me he marchado de allí hasta que he notado que la respiración de mi hermano se hacía más regular, hasta que he podido comprobar que el sueño finalmente le ha vencido. Después me he retirado a mi cuarto.

Hoy hemos enterrado a nuestra madre. Ya es más de medianoche y todos en la casa duermen. Todos menos yo. Me he

tumbado sobre la cama y he cerrado los ojos, intentando no pensar, pero no he podido hacerlo. Mi padre está muerto. Su sabiduría y su fuerza ya no podrán ayudarme, aconsejarme, alentarme. Ojalá hubiera aprovechado más el tiempo que pasé con él. ¡Tenía tanto que enseñarme, hubiera podido aprender tanto!… Mi madre también está muerta, y quizá lo está porque yo no supe ayudarla, porque yo no supe alentar en ella los motivos que tenía para vivir: el pequeño Kurtz, y también yo, yo, que aún la necesito. Ahora Kurtz y yo estamos solos.

Hoy hemos enterrado a nuestra madre y no he podido derramar una sola lágrima, he sido incapaz de hacer un solo gesto de dolor. El dolor sigue dentro de mí como una garra de acero que me destroza, como fuego que me abrasa y me consume, pero no puedo mostrarlo. Sé que llorar quizá aliviaría esta angustia que me atenaza. Quisiera hacerlo, pero no puedo. No sé por qué, pero no puedo. Quizá porque en el fondo no quiero compasión, no quiero miradas ni gestos de lástima ni conmiseración que solo servirían para hacerme sufrir más. A solas en mi habitación no he encontrado mejor forma de paliar mi dolor y mi angustia que destrozarme las manos dando puñetazos a las paredes. El dolor físico de mis manos ensangrentadas y maltrechas ha contribuido a aliviar un poco el terrible dolor interior y la angustia que me consumen, pero ni mucho menos lo ha hecho desaparecer por completo de mi alma.

Hoy hemos enterrado a nuestra madre. Durante semanas la vi sumirse en un profundo abismo que no tenía retorno. Veía que la vida perdía sentido para ella, que el dolor la agotaba, y sin embargo no pude, no supe tenderle la mano, devolverle el deseo de vivir. No supe hacerlo, no supe ayudarla. No fui capaz de decirle que la quería y que la necesitaba… No supe hacerle ver que ella era necesaria en nuestras vidas, imprescindible, insustituible. Era nuestra madre. Era mi madre… Y yo no supe estar a su lado, no supe ayudarla cuando me necesitó.

Recuerdo que ni siquiera de niño me resultaba fácil llorar. Incluso en las peleas en el patio de recreo, cuando yo no levantaba ni un metro del suelo y los alumnos de cursos superiores venían a armar jaleo con los de las clases más pequeñas, apretaba los dientes, peleaba si podía o recibía lo que fuera menester sin mostrar miedo, aunque en mi interior temblara de terror, sin derramar una lágrima mientras pudiera evitarlo. El porqué de esta actitud ni siquiera yo mismo soy capaz de explicármelo. Imagino que son conceptos, ideas que uno desarrolla dentro de sí en la niñez. Mi padre era soldado. Los soldados son valientes, no tienen miedo, no lloran. Yo no podía

defraudarle… Es curioso, porque mi padre jamás inculcó en mí este tipo de ideas, pero supongo que así era como le veía yo: firme, imperturbable, seguro, fuerte. Alguien que siempre estaba a nuestro lado, al mío, al de mi hermano, al de mi madre, para cuidar de nosotros, para protegernos. Ese modelo es el que yo deseaba imitar. Admiraba a mi padre. Le respetaba.

Sin embargo, mi padre siempre fue capaz de mostrar afecto. Su fortaleza, su serenidad, su temple, jamás le impidieron demostrar cuánto nos quería. ¿Por qué yo no pude transmitir ese afecto, esa necesidad que aún tenía de ella a mi madre? Si hubiera podido hacerlo, quizá aún estaría con nosotros, quizá no hubiéramos tenido que asistir hoy a su funeral. Si ella aún estuviese aquí, si mi padre aún estuviese aquí…

Siempre he imaginado que a Gustav Adler le hubiera gustado que yo también fuese militar, como lo fue su padre antes que él, y su abuelo, y el padre de su abuelo. Pero mi padre comprendió siempre que mi carácter no estaba hecho para asumir la disciplina y que yo no me adaptaría nunca a ese tipo de vida. Me conocía tan bien… Sabía lo que podía esperar de sus hijos, especialmente de mí, que era el mayor. Yo nunca fui un niño dócil ni maleable. Desde que puedo recordar, desde mis primeros años en el colegio, anduve metido siempre en problemas por mi negativa a someterme a cualquier norma. Cuando no eran peleas con otros alumnos eran el incumplimiento de horarios o respuestas carentes del suficiente respeto a algún profesor. Cada cierto tiempo mi padre debía acudir al colegio para escuchar de boca del director los actos de indisciplina que motivaban mis frecuentes castigos. Supongo que en todos aquellos años solo hubo una cosa que redimió mi rebeldía: mis calificaciones escolares siempre fueron las mejores. Tenía un deseo inextinguible de aprender. Era, y aún sigo siéndolo, un lector impenitente. También eso se lo debo a mi padre. Era…, soy orgulloso, quizá demasiado, y jamás he escatimado ningún esfuerzo para ser el mejor.

Recuerdo algo sucedido años atrás, un par de años antes de que estallase la guerra. Yo tendría entonces unos doce años. En el patio de la escuela me enzarcé en una pelea con otro muchacho; no recuerdo exactamente el motivo. Varios profesores acudieron a separarnos. Yo, concentrado en la pelea, no me di cuenta de que uno de los profesores se acercaba por detrás para sujetarme y separarme del otro alumno. Apenas sentí que alguien me agarraba por el hombro me volví sin pensar, dispuesto a defenderme, creyendo que era otro estudiante que venía a ayudar a mi rival, y

propiné al profesor un puñetazo en el estómago que le hizo doblarse sobre sí mismo. Solo entonces me di cuenta de mi error.

Me llevaron al despacho del director. Recuerdo que el director, un hombre recto, severo como pocos, no se anduvo con rodeos. Me reconvino duramente sobre mi carácter impulsivo y mi rebeldía, y me ordenó que extendiera las manos con las palmas hacia arriba para recibir, con la vara de fresno que reservaba para aquellas ocasiones, los veinte golpes de rigor: el castigo por una falta grave.

Aún recuerdo el dolor agudo, lacerante, de aquellos golpes, que dejaron mis manos en carne viva y que recibí sin un lamento, sin una sola lágrima.

Aquel día mi padre estaba de permiso en casa, y el director del colegio le hizo venir a buscarme. Le informó de lo ocurrido y le comunicó la decisión de la dirección del centro de expulsarme por un período de tres días. No era la primera vez que esto sucedía. La reticencia que yo mostraba a acatar cualquier tipo de normas, mi carácter orgulloso e impulsivo ya habían sido motivo de otros castigos similares, aunque nunca por faltas tan graves. Solo mi rendimiento académico, muy por encima de la media, brillante en todos los sentidos, había evitado hasta entonces que fuera expulsado definitivamente de aquel colegio. Fue eso lo que me salvó, también en aquella ocasión, de una expulsión definitiva.

El rostro de mi padre, sereno, inescrutable, no se alteró al escuchar el relato de lo sucedido de labios del director del centro. Cuando este terminó de exponer lo ocurrido y la decisión que se había tomado con respecto a mí, Gustav Adler me miró, sin mostrar ninguna emoción, preguntándome si tenía yo algo que añadir. Guardé silencio. Mi padre se despidió del director y ambos abandonamos juntos el edificio de la escuela.

Caminamos uno al lado del otro por las calles de Berlín, de camino a casa, sin cruzar una palabra. Yo sentía el dolor intenso en mis manos, tan intenso como la rabia por aquel castigo que consideraba excesivo, porque mi agresión a aquel profesor no había sido en absoluto voluntaria; había sido un acto reflejo, un gesto de defensa. Pero no me dolían los golpes; hubiera recibido otros veinte más si hubiera sido necesario. Sí me dolía el hecho de que hubieran informado a mi padre y que me hubieran expulsado una vez más, porque sabía que a Gustav Adler aquello le disgustaba enormemente, y no podía soportar defraudarle a él, que no me había defraudado nunca.

Al cabo de un largo rato mi padre por fin habló:

—Recibiste tu castigo —me dijo. Asentí—. Y lo recibiste con

dignidad —añadió.

Yo elevé la mirada al frente con fiero orgullo.

—Sí —respondí.

—Conserva siempre esa dignidad, hijo —me dijo entonces mi padre, serio, con su profunda voz—. Es algo que nadie podrá quitarte nunca si tú no lo entregas. No obstante —añadió tras un momento de silencio—, el acto que ha motivado esta sanción no deja de ser un gesto de impulsividad, inmadurez y falta de reflexión por tu parte. Y tú, Heinrich, ya no eres un niño. El castigo es justo —concluyó.

Y ya no dijo nada más.

Gustav Adler fue siempre un maestro de las palabras, y, sobre todo, de los silencios. Mientras caminábamos por las calles de la capital de camino a casa tuve tiempo de reflexionar, largo y tendido, sobre lo que mi padre acababa de decirme. Al principio lo hice con ira, con una ira sorda. Aquel castigo, a mi parecer, no era en absoluto ecuánime porque nunca existió en mí la intención de agredir a un profesor.

Mientras caminábamos, y a medida que la ira en mi interior se fue aplacando, comprendí que, una vez más, mi carácter impulsivo, esa tendencia mía a actuar antes que a pensar, ese rasgo que, como mi padre decía, era más propio de un niño que de alguien con un cierto grado de madurez, me había vuelto a jugar una mala pasada. La voluntariedad o involuntariedad de mi acción no modificaba el acto en sí: la agresión a un docente, que era una falta muy grave. Y aquella consciencia de que el castigo, efectivamente, tal y como como mi padre había dicho, era justo, me dolía en el alma. Era un gesto de inmadurez, y yo, que tendría entonces doce o trece años, ya no me consideraba un niño.

Entonces mi padre habló de nuevo.

—Eres un estudiante brillante, Heinrich —me dijo después de aquel largo silencio—, y estoy orgulloso de ti. Pero esa misma inteligencia que muestras en lo académico es necesario que la apliques también al ámbito social y a tu carácter. Tienes una inagotable capacidad para generar conflictos, Heinrich, y eso no es bueno. Las normas, la disciplina, nos ayudan a convivir. Esto no quiere decir que todas las normas deban respetarse siempre y a ciegas, pero es inútil y perjudicial, para los demás e incluso para nosotros mismos, quebrantarlas simplemente porque sí, por un impulso sin reflexión. Debes cultivar tu inteligencia social, Heinrich, tu autocontrol, por tu propio bien.

No respondí. Continué caminando junto a mi padre. De vez en

cuando le miraba de reojo, pero su rostro seguía sereno, imperturbable. Si estaba defraudado o enfadado por mi comportamiento, desde luego no lo demostró. Pero las palabras de Gustav Adler fueron suficientes para que, de camino a casa, surgiera en mí un sentimiento parecido al remordimiento, a la vergüenza, por aquel acto irreflexivo que me había valido una nueva expulsión. Mis manos maltrechas, que apenas podía cerrar, no dolían tanto como la consciencia de la inutilidad de aquella reacción impulsiva que me había valido un nuevo castigo. A mí, que creía ser ya un adulto, que deseaba ser considerado como tal.

Llegamos a casa. Antes de entrar, mi padre se detuvo y se volvió para mirarme frente a frente.

—¿Lamentas lo que ha ocurrido hoy?

Y yo, con toda mi vergüenza y con todo mi orgullo, sin apartar mis ojos de los suyos, respondí con lo único que se podía responder a aquella mirada interrogadora, profunda y sabia: con la verdad.

—Sí.

Gustav Adler asintió y apoyó su mano sobre mi pecho.

—Conserva este sentimiento en tu corazón —me dijo—. Todos cometemos errores. Somos humanos; no puede evitarse. No permitas que el remordimiento o la culpa te destruyan, pero tampoco los olvides. Ellos serán el estímulo que te hará mejor persona.

***

Hoy hemos enterrado a mi madre, y recuerdo esta escena de mi juventud porque los sentimientos que alberga hoy mi alma son los mismos que albergaba entonces, solamente que a una escala mucho mayor: remordimiento, culpa por lo que tal vez pude haber hecho y no hice, por lo que quizá pude haber evitado. Y desearía arrancarlos de mí para no sentirme tan infinitamente miserable.

Mi padre decía que no debía olvidarlos. Ser consciente de nuestros errores, de nuestros fracasos, nos ayuda a no volver a cometerlos. Pero ¿cómo se puede vivir con ellos? ¿Cómo se puede vivir siendo consciente de la propia debilidad, de la miseria, de hechos tan terriblemente dolorosos que uno no podrá ya nunca cambiar?

Yo no tengo la sabiduría ni la serenidad de mi padre, ni la ternura y el afecto que podía expresar mi madre. Así pues, ¿cómo podré yo cubrir esos huecos para mi hermano Kurtz? Yo, que no soy nada, que no valgo nada. Yo, que, lo digo con absoluta sinceridad,

preferiría en este momento ocupar el lugar de mi madre bajo tierra y que ella viviera, porque no sé si podré soportar la carga que ahora pesa sobre mí.

He pensado mucho en ello desde que ayer supe la noticia de la muerte de mi madre, desde que vi su cadáver hasta que hoy la hemos enterrado. La idea de seguir su ejemplo me persigue constantemente. Morir, dormir, escapar… Pero sé que no puedo hacerlo. Hay una parte de mí a la que le resulta intolerable esa salida. No tengo derecho a escapar de mi dolor; debo recibir el castigo que corresponde a mis actos. Deberé encontrar la forma de convivir con el remordimiento y la culpa, como me dijo mi padre. Dudo que me ayuden a ser mejor de lo que soy, pero sí es cierto que aportarán a mi vida una lucidez dolorosa por todo aquello que ya no puedo cambiar. No he sido nunca cobarde ni pienso empezar a serlo ahora. Ahora Kurtz solo me tiene a mí. Y yo no puedo flaquear, a pesar de la culpa y del dolor.

***

Amanece. No he conseguido dormir en toda la noche, pero al menos he encontrado una forma de aliviar la angustia que me atormenta. Al transformar en palabras sobre el papel, con mis manos maltrechas, los sentimientos que de otra forma no podría arrancar de mi interior, el dolor, el dolor interior se hace hasta cierto punto soportable.

Berlín, 20 de febrero de 1919

Hoy he llevado a Kurtz a la escuela. No quiero que la muerte de nuestra madre interrumpa su rutina infantil. Creo que será la mejor forma de que se acostumbre a la idea de que nuestra madre ya no está con nosotros. La profesión de nuestro padre le obligaba a pasar semanas, a veces incluso meses, fuera de casa. Kurtz sin duda siente mucho más la ausencia de nuestra madre que la de nuestro padre, al que apenas llegó a conocer. Era nuestra madre la que le despertaba cada día. Era ella la que le llevaba al colegio por la mañana, la que le recogía por la tarde. Su rostro era el último que veía antes de dormirse. Esta mañana, cuando he ido a despertarle, me ha preguntado por qué le había despertado yo y no ella. He tenido que recordarle, dolorosamente, que nuestra madre no vendría ya a despertarle más porque se había ido al cielo con

nuestro padre.

A *frau* Schaeffer no se le ha pasado por alto esta mañana el aspecto lamentable de mis manos. Ha querido decirme algo al respecto, pero antes de que pudiera decir una sola palabra le he respondido, quizá demasiado bruscamente, que no tenía por qué preocuparse. Ella ha respetado mi decisión de no hablar sobre ese tema, aunque he podido ver el dolor en sus ojos. Es una excelente persona, nos aprecia a Kurtz y a mí como si fuéramos realmente sus hijos, pero lamentablemente no puede ayudarme. Nadie puede hacerlo, excepto quizá yo mismo.

Llevar a mi hermano al colegio me obligará a dejar de asistir a mi clase de anatomía en la facultad, la primera del día. De momento no me preocupa demasiado. Ya encontraré alguna manera de compaginar mis estudios de medicina con el cuidado del pequeño Kurtz. Sé que podría delegar esa tarea de llevar a Kurtz a la escuela en manos de los Schaeffer. Confío plenamente en ellos, pero no quiero hacerlo. No debo hacerlo. Tal vez Kurtz sea huérfano, pero no está solo ni indefenso porque yo estoy con él. Eso es lo que he querido que vean en el colegio cuando le he llevado allí esta mañana. Kurtz se parece mucho a nuestra madre en su aspecto frágil y desvalido. Aunque ha heredado los oscuros cabellos de nuestro padre, sus ojos claros, sus rasgos, su complexión menuda y delicada son todos de nuestra madre. Es un niño de carácter afable, soñador. Es completamente distinto a como era yo a su edad, un chico conflictivo, siempre metido en riñas, compitiendo por ser el primero, el mejor. No quiero que en el colegio, donde todos conocen la noticia del fallecimiento de nuestros padres, los demás niños le vean por ese motivo como un blanco fácil para las bromas y las peleas propias de la edad. Kurtz no tiene por qué pasar por eso. Y sé que si yo le acompaño eso no ocurrirá.

Mis clases en la universidad terminan habitualmente a las dos. A las cinco he recogido a Kurtz en la escuela. Le he llevado a casa, le he ayudado a hacer los deberes y hemos tocado juntos un rato el piano, como solía hacer con mi madre. El dolor de mis manos al pulsar las teclas ha sido completamente eclipsado por sus risas. El piano para él es como un juego. Mi madre le enseñó a amarlo como ella lo amaba. Durante un rato ni se ha acordado de nuestro desamparo, de que nuestros padres ya no están con nosotros. Solamente a la hora de acostarse me ha preguntado una vez más por nuestra madre.

—¿No vendrá a desearme buenas noches?

He hecho un gesto negativo con la cabeza.

—No, no vendrá —he respondido—, ni esta noche ni ninguna noche más.

Los ojos claros de Kurtz se han llenado de lágrimas, lágrimas que me han herido en lo más profundo del alma. Sentí que debía decirle algo más.

—Pero todas las noches te mandará un beso desde el cielo y cuidará de ti para que duermas bien.

—Entonces…, la gente que se va al cielo ya no vuelve nunca…

—Ya no vuelve nunca.

Kurtz ha sollozado.

—Yo pensaba que si le pedía con mucha fuerza a Dios que volviera…

Enseguida se ha callado. Se ha secado las lágrimas con sus manitas infantiles. Yo le he abrazado. Sus lágrimas son para mí como puñales.

—La echo de menos.

—Yo también.

Me siento a escribir otra vez esta noche porque me resulta imposible conciliar el sueño. Cada vez que pienso en las lágrimas y en el dolor de mi pequeño hermano… ¿Por qué tiene que sufrir, por qué tiene que llorar? Si yo hubiera hecho algo, si yo hubiera sido capaz de ayudar a nuestra madre, quizá él no tendría que derramar esas lágrimas que me hacen tanto daño. Yo soy el hijo mayor. Era mi responsabilidad cuidar de ellos. Era mi responsabilidad… Y he fracasado. He fallado a mi padre, que confiaba en mí, he fallado a mi madre, le he fallado a Kurtz. He cometido tantos errores…

***

Esta noche he bajado al despacho de Gustav Adler. No sé por qué lo he hecho. Imagino que esperaba encontrar allí algo de él que me sirviera de ayuda, de consuelo, encontrar de nuevo sus palabras, su ejemplo, sus silencios, que me habían enseñado tantas cosas… He contemplado las numerosas menciones y reconocimientos a los méritos y al valor concedidos en su carrera militar, entre ellos la Croix Pour le Mérite, la más alta condecoración que se entregó durante la guerra y que fue otorgada solamente a unos pocos soldados, entre ellos mi padre. He visto sus libros, decenas de ellos, muchos de los cuales había leído junto a mí en las tardes lluviosas de invierno, y las fotografías que tenía siempre encima del escritorio. Me he detenido en una de ellas, en la que aparezco yo a su lado, en un día de caza, con un ciervo abatido a nuestros pies. En

aquella fotografía yo debía tener unos doce años. Me ha conmovido profundamente la expresión de su rostro apoyando la mano sobre mi hombro. Ha hecho aún más profundo mi dolor. Se sentía orgulloso de mí… Si supiera hasta qué punto le he defraudado…

Berlín, 25 de febrero de 1919

Apenas consigo conciliar el sueño en estos días. Me acuesto y a veces logro dar alguna cabezada. Estoy tan cansado… Pero enseguida me despierta una sensación de angustia, una especie de nudo en la garganta que hace que me cueste incluso respirar. Me levanto, doy vueltas por la habitación como un alma en pena. Fumo, demasiado. A veces me acerco hasta la habitación de Kurtz, solo para asegurarme de que está dormido, de que está bien. Me siento a escribir. Escribir alivia un poco mi inquietud, hasta que el sueño me vence y cabeceo sobre el escritorio. Y, de repente, veo que la luz del sol se va filtrando por la ventana. Amanece.

Ese nudo que me atenaza la garganta me impide a veces incluso comer. *Frau* Schaeffer me ha dicho esta mañana que debo cuidarme, que estoy perdiendo demasiado peso. En esto último tiene razón. También yo he notado que las chaquetas de mis trajes cuelgan sobre mis hombros como de una percha. Hay días en que sobrevivo solamente con café y cigarrillos. Debería cuidar un poco mi salud si quiero poder seguir cuidando de Kurtz, pero mi ánimo no es muy propicio. Siento que no lo merezco.

He conseguido solucionar el tema de mis clases de anatomía. Esta mañana he ido al despacho del profesor. Conocía a mi madre. Cuando aún daba conciertos en público era un gran admirador de su virtuosismo. Conoce asimismo su reciente fallecimiento, así que no he tenido que dar demasiadas explicaciones. A las dos de la tarde, terminada la jornada lectiva, impartirá para mí la lección de anatomía correspondiente cada día. Agradezco enormemente su esfuerzo. No imagina lo importante que es para mí.

Antes, cuando nuestra madre vivía, al acabar las clases en la facultad pasaba la mayor parte de las tardes de la semana con el doctor Dietrich, bien en su consulta o en los quirófanos del hospital general de Berlín, donde le asistía como segundo ayudante de cirujano. El doctor Dietrich ha sido el médico de mi familia desde que tengo uso de razón. Cuando comencé mis estudios de medicina mi padre estaba en el frente, en Francia. Por entonces, finales de 1917, llevaba ya tres años en campaña, sin ningún permiso desde

que su regimiento fue movilizado en la Navidad de 1914. Tuve que acudir a su consulta para que me suturara una fea herida en la pierna tras una caída en una competición de atletismo de la facultad. Acudí sin que lo supiera mi madre. Bastante incertidumbre le generaba ya la prolongada ausencia de mi padre. El doctor Dietrich, con una sonrisa, prometió guardar el secreto. Me conocía desde que era un niño. No era la primera vez que atendía mis heridas y contusiones. Sabía que yo había comenzado a estudiar medicina y aprovechó mi visita para ofrecerme la posibilidad de ser su asistente y complementar mi formación a su lado. No lo dudé; acepté de inmediato. Ahora solamente puedo acudir a su consulta o a sus cirugías en las dos horas libres que me quedan tras acabar las clases de la facultad. A partir de las cinco, Kurtz requiere toda mi atención. Con el doctor Dietrich he aprendido muchísimo más sobre clínica que con todas las clases de la facultad. Atendió a mi padre cuando regresó a casa en la primavera de 1918 tras ser herido. Ese fue su primer y único permiso durante la guerra.

Cuando Gustav Adler partió a la guerra en la Navidad de 1914, nuestra madre, el pequeño Kurtz y yo le acompañamos hasta la estación de ferrocarril, de la que partiría con su regimiento camino de Francia. Nuestro padre se despidió primero de su esposa, abrazándola con ternura. Besó después en la frente al pequeño Kurtz, y por último se dirigió a mí. Me miró frente a frente, con su mirada profunda, escrutadora. Había en ella seguridad y confianza. Apoyó sus manos fuertes, firmes, sobre mis hombros. Pude sentir el peso de aquellas manos, su seguridad, y también la responsabilidad que me transmitían.

—En mi ausencia, tú serás el hombre de la casa —me dijo como si aquello fuera lo más natural del mundo, como si supiera con certeza que yo, con solo catorce años, estaría a la altura de aquella situación.

Después me abrazó. Fue un abrazo breve, intenso: sería el último que me daría. Después Gustav Adler subió a su tren, ya en marcha, con sus soldados, sin mirar atrás. Así partió a la guerra.

Algo cambió radicalmente en mi interior aquel día de Navidad de 1914. Ahora lo sé. Aquel día dejé de ser un adolescente. Lo que de niño quedaba en mí desapareció cuando el tren que se llevaba a mi padre a la guerra abandonó la estación. Los actos de rebeldía que habían marcado hasta entonces mi juventud desaparecieron de mi forma de ser. Procuré cultivar, como decía mi padre, esa parte de mí mismo que él definía como inteligencia social. Procuré evitar los conflictos, procuré dominar mi rebeldía, aprender a

controlarme, y para ello me centré en los estudios de una manera casi obsesiva, con la intención de acceder a la universidad lo más pronto posible y con las mejores calificaciones. Tenía claro que no iba a seguir la carrera de mi padre. La vida militar no estaba hecha para mí. Pero fuera lo que fuese a lo que me dedicase, tenía claro que debía intentarlo, que podía ser el mejor.

En los tres largos años que duró la ausencia de mi padre, llegué a comprenderle mucho mejor que cuando estaba con nosotros. Pensaba mucho en él. Fue como si la distancia me ofreciese la posibilidad de tener una perspectiva más clara de todo lo que durante catorce años había intentado enseñarme, de lo que esperaba de mí, de la confianza que había depositado en mí, en su hijo. Tuve tiempo de reflexionar. Y la distancia me enseñó a admirarle y a respetarle más.

En aquellos tres años de ausencia aprendí muchas cosas de las que hasta entonces apenas me había preocupado, entre ellas a gestionar nuestro patrimonio familiar, ayudando a nuestra madre en las tareas de contabilidad. Un gabinete de abogados de Berlín se encargaba de la mayoría de los trámites rutinarios de nuestra familia, pero cada tres meses mi padre debía revisar las cuentas y tomar algunas decisiones. En ausencia de nuestro padre, nuestra madre se encargaba de ello. Lucie Adler, nacida Borchart, era hija única de un importante industrial berlinés. Yo no llegué a conocer a mis abuelos maternos, que murieron en un accidente de tráfico antes de que yo naciera. Nuestra madre, tras la muerte de sus padres, se desligó por completo de las actividades económicas de sus progenitores, pero conservó las propiedades que pertenecían a su familia. Entre ellas había una casa solariega con varias decenas de hectáreas de viñedos a orillas del Rin que daba trabajo a varias familias de la zona y en la que solíamos pasar los veranos. Propiedad de la familia de Lucie Adler era también una casa de campo, de la que dependía una pequeña explotación agrícola que alimentaba a una decena de familias en Baviera, cerca de los Alpes, donde en invierno solíamos ir a esquiar. En aquellos años, ayudando a mi madre, fui consciente por primera vez de hasta qué punto la vida y el sustento de la gente, de familias como la mía, podrían depender en un futuro de mí, de una correcta gestión y un buen juicio, de la rectitud y la sensatez. Aquello me enseñó el valor de la prudencia.

En el transcurso de aquellos tres años de ausencia, nuestro padre escribió a casa, a nuestra madre, prácticamente a diario. Tras la muerte de nuestra madre he tenido ocasión de leer algunas de

aquellas cartas. En ocasiones no eran más que unas breves líneas tranquilizadoras para hacerle saber que se encontraba bien:

> Hoy la situación es complicada, pero no te preocupes. En la guerra todo cambia como el viento. Me encuentro bien de salud. Pienso en ti y en nuestros hijos. En cuanto sea posible, te escribiré.
> Siempre tuyo,
> Gustav

Sin embargo, siempre que la guerra le dejaba algo de tiempo para hacerlo, Gustav Adler escribía largas cartas a su esposa, que ella recogía de manos del cartero con las manos temblorosas y lágrimas en sus ojos claros, feliz de recibirlas y temiendo al mismo tiempo que alguna vez una de aquellas cartas no trajera las palabras de su marido, sino la noticia fatídica de que este no habría de regresar. Siempre las leía a solas, en la intimidad de su habitación, y solamente después de haberlas leído varias veces, de haber vencido la emoción y la angustia, nos transmitía al pequeño Kurtz y a mí parte de su contenido, sobre todo el cariño de nuestro padre. Gustav Adler no hablaba nunca de la guerra en sus cartas. Nunca decía exactamente en qué parte de Francia combatía, cómo era la vida en el frente, en las trincheras, qué penalidades debía soportar, cuántos de los hombres bajo su mando, de sus compañeros, de sus amigos, habían caído. Cuando le escribía a nuestra madre, describía los campos de Francia como si nunca hubieran sido arrasados por las bombas, le hablaba de los pueblecitos o de las granjas en los que se alojaba, de la amabilidad de algunos lugareños y de anécdotas curiosas o divertidas del transcurrir de la vida en retaguardia, lejos del frente. Como mucho, en ocasiones hacía referencia en esas cartas a situaciones complicadas, misiones que llevaban tiempo, dificultades de transporte para el correo con las que quería de alguna forma disculpar en ocasiones la brevedad o la demora de su correspondencia. Era como si con sus palabras quisiera proteger a los que amaba (especialmente a nuestra madre, tan frágil) del horror. Pero yo no obviaba el horror. Leía la prensa cada día, la misma prensa que nuestra madre no abría jamás. Leía los partes de guerra, las cifras de bajas, e intuyo que las demoras y la brevedad de algunas de las misivas de nuestro padre no se debían solamente a problemas de transporte o de logística. Las noticias que llegaban del frente, ni siquiera al principio, cuando hablaban de victorias, dejaban de estar teñidas de sangre y de dolor. Somme, Verdún, Marne… eran nombres de ríos, de ciudades, que hacían estremecer. Fábricas de muerte. Los testimonios de algunos supervivientes eran

espeluznantes. Por supuesto, jamás compartí estos pensamientos, la preocupación que sentía por nuestro padre con nuestra madre. Puesto que Gustav Adler la protegía de aquel horror en sus cartas, yo no podía, no debía hablarle de ello. Conocía la sensibilidad de Lucie Adler, su ternura, su amor incondicional por su marido, y también su fragilidad.

Fue en la primavera de 1918 cuando Gustav Adler consiguió su único permiso durante la contienda, y lo ganó con una herida de metralla que le destrozó la pierna derecha, aunque las palabras que escribió a nuestra madre anunciándole su retorno quisieron restar importancia al alcance de la lesión.

> […] Llegaré a principios de abril. Aún no conozco la fecha exacta. No te inquietes por mí. Estoy bien, pero como infante en una guerra, con una pierna herida, no soy demasiado útil. Tendré seis semanas para recuperarme a tu lado y al de nuestros hijos. Eso me llena de alegría. Me pregunto si el pequeño Kurtz se acordará de mí…

Gustav Adler llegó a la estación central de Berlín en uno de los múltiples convoyes de heridos que regresaban del frente en la soleada mañana del 6 de abril. Hasta el tiempo, luminoso, y los jardines ya en flor parecían festejar su llegada. Lucie Adler le esperaba en el andén, incapaz de contener las lágrimas. Yo, con diecisiete años recién cumplidos, en mi primer año de universidad, llevaba de la mano a mi hermano Kurtz, que entonces tenía seis y miraba inquieto, tal vez asustado, a su alrededor. Me costó reconocer a nuestro padre cuando apareció en la puerta del vagón. Aún tenía en la mente aquella imagen suya cuando partió, impecable el uniforme, sus negros cabellos perfectamente peinados con raya a un lado, su oscuro bigote cuidado, su porte firme, su dignidad. Ninguno de aquellos rasgos había cambiado. Su temple era el mismo, su serenidad y su fuerza continuaban intactas, pero tuve la impresión de que para nuestro padre no habían pasado tres años, sino treinta. Sus cabellos ya no eran negros como la noche, sino grises. Su rostro curtido por la vida a la intemperie, por el sufrimiento y el dolor, estaba surcado de arrugas que no tenía cuando se fue. Había adelgazado mucho, como si toda su fuerza vital hubiese tenido que concentrarse; y en sus ojos oscuros como el mar profundo, que brillaron de alegría al vernos, había una sombra, como una marca indeleble que hubieran dejado en ellos visiones terribles. Bajó del vagón, cojeando ligeramente, apoyándose en un bastón, y nuestra madre corrió a su encuentro, rodeó su cuello con sus brazos delicados y lloró de felicidad sobre su hombro un largo

rato, en el que ninguno de los dos se dijo nada. Finalmente, Gustav Adler se acercó a nosotros. Quiso saludar primero al pequeño Kurtz, que buscó refugio tras mis piernas, intimidado, preguntándose seguramente quién era aquel hombre al que no conocía, o al menos no recordaba, y que se parecía vagamente al caballero de las fotografías que su madre le había enseñado todos aquellos años, diciéndole que era su padre. Nuestro padre sonrió comprensivo. Tenía que ganarse de nuevo su confianza, así que no insistió.

—Tendremos tiempo de conocernos —dijo tan solo.

Después se dirigió a mí. Yo era ya casi tan alto como él. Cuando se detuvo frente a mí, pude percibir aún con mayor claridad el cambio de nuestro padre en aquellos tres largos años. Y también creo que fue consciente de mi cambio. Sentí cuando me miró que la confianza que había depositado en mí cuando se fue no se había visto defraudada. Los abrazos, las muestras de afecto, estaban ya fuera de lugar entre nosotros. Mi padre me tendió la mano.

—Bienvenido a casa —le dije.

Y estreché su mano con fuerza. Sentí aquel día que el vínculo que me unía a mi padre se hizo en aquel momento preciso más fuerte de lo que había sido nunca.

El doctor Walter Dietrich, el médico de la familia, acudió a casa a diario, todas las mañanas, durante la convalecencia de nuestro padre, para realizar la cura de sus heridas. Nuestra madre quiso estar a su lado para asistir al cirujano si precisaba alguna ayuda, pero Gustav Adler insistió en que no fuera así. Quitándole importancia al asunto, logró convencerla de que yo, que acababa de empezar mis estudios de medicina, prestaría la ayuda necesaria al doctor Dietrich si este la precisaba. El mismo día de la llegada de nuestro padre a Berlín desde el frente, el doctor Dietrich vino a hacer la primera cura.

Después de un viaje de cuatro días en tren desde un hospital de sangre en primera línea de fuego, en Francia, con los vendajes de sus heridas sin cambiar, la pierna derecha de Gustav Adler tenía un aspecto terrible. Las vendas que cubrían la extremidad desde la mitad del muslo hasta casi el tobillo y que en algún momento fueron blancas estaban empapadas de un pus verdoso y pestilente, ya seco, y adheridas firmemente a la piel. Enseguida pude percibir el olor, ese olor dulzón, denso, penetrante, que ya había tenido ocasión de conocer en el hospital militar de Berlín: era el olor de la gangrena, el olor de la muerte.

El doctor Dietrich frunció el ceño con gesto de preocupación.

—No tiene buen aspecto —le dijo a mi padre—. Coronel, ¿le

duele?

Mi padre hizo un gesto afirmativo.

—Hace días que no recibo ningún tipo de analgesia.

—Que le duela es una buena señal. Tendré que administrarle morfina —respondió el doctor Dietrich—. Retirar estos vendajes va a doler aún más.

Gustav Adler descubrió su brazo izquierdo, remangándose la camisa de su uniforme. El doctor Dietrich le administró el potente narcótico. A continuación me pidió que fuese a buscar agua hervida. Yo bajé de inmediato a la cocina, donde *frau* Schaeffer, con excelente criterio, ya había hervido dos ollas. Cuando regresé a la habitación el doctor Dietrich había preparado el material quirúrgico necesario para realizar la cura, y la morfina, que debería aliviar al menos en parte el dolor del procedimiento, comenzaba a hacer su efecto en Gustav Adler. El cirujano empapó con el agua tibia que yo había traído los vendajes que cubrían las heridas de mi padre para después, con infinito cuidado, ir cortándolos y arrancándolos de la piel a la que se habían adherido. Fue un proceso lento, y ni siquiera la poderosa droga que el doctor Dietrich le había administrado a mi padre bastó para controlar el terrible dolor. Vi a mi padre palidecer por su causa más de lo que se hubiera creído posible y, no obstante, de sus labios no salió una sola queja, un solo lamento, una sola palabra. Nada.

Yo contemplaba horrorizado aquel dolor silencioso, más terrible aún precisamente por el silencio, roto ocasionalmente por el instrumental del cirujano rasgando los vendajes y por el sonido de la carne que las vendas adheridas a ella arrancaban de las heridas cuando eran retiradas. Sentí que yo también palidecía, que mis piernas flaqueaban. ¿Cómo era posible que mi padre pudiera sufrir así?

Con los vendajes sucios ya retirados, Gustav Adler respiró al fin, secando el sudor de su frente con el dorso de la mano. Había concluido la tortura. A continuación el doctor Dietrich cogió el escalpelo y procuró desbridar y limpiar las múltiples heridas. Cuatro o cinco heridas de metralla, anfractuosas, algunas de hasta diez centímetros de longitud y a saber cuántos de profundidad, atravesaban el muslo y la pantorrilla del coronel de infantería Adler. Los huesos estaban respetados y en el frente habían intentado suturarlas para que pudiera conservar la pierna, pero las heridas se habían infectado. Sus bordes estaban necróticos. Los puntos de sutura se habían soltado de la carne gangrenada y bastaba el más mínimo roce, una simple gasa húmeda para limpiar las heridas,

para que restos de tejido muerto y de piel se desprendieran de estas. Un exudado verdoso parecía rezumar de entre los músculos y el tejido lacerado. Toda la extremidad tenía un color violáceo. Y el olor, aquel olor nauseabundo… Tuve que luchar contra mí mismo para no flaquear, para no desmayarme o, peor aún, para no perder el control y ponerme a gritar completamente fuera de mí: «¡¿Por qué?! ¡¿Por qué le ocurre esto a mi padre, precisamente a él?!».

El doctor Dietrich conocía a nuestra familia desde que Lucie y Gustav se casaron. Había atendido mi nacimiento, el de mi hermano Kurtz y la inmensa mayoría de las pequeñas incidencias de salud de todos nosotros. Casi veinte años de relación, de amistad, unían a mi padre y al cirujano. Por eso el médico miró directamente a Gustav Adler a los ojos cuando le dijo que tendría que amputarle la pierna si quería vivir.

Yo, espectador mudo cerca de la cabecera de la cama de mi padre, apreté los puños hasta que las uñas se clavaron en las palmas de mi mano. Mi padre simplemente sonrió.

—Eso me dijeron en el hospital de sangre —respondió—: los huesos están respetados, pero las heridas son tan anfractuosas que se infectarán y la pierna se gangrenará. Sería mejor amputar. Y yo les dije que no. Haga lo que pueda, doctor Dietrich. Cualquier cosa menos amputar. Y ya veremos.

El cirujano guardó silencio un momento. Su mirada no se apartó de los ojos oscuros de mi padre.

—Si las cosas no van bien, quizá entonces sea demasiado tarde —dijo el doctor Dietrich—. Si esperamos y la evolución de sus heridas no es buena, es posible que ni siquiera la amputación le salve la vida.

Como única respuesta, mi padre solamente sonrió.

—Todos morimos.

Se me encogió el corazón.

El doctor Dietrich supo, como yo supe entonces, que no lograría convencerle.

—Échame una mano, Heinrich —me dijo por fin el cirujano.

Y con mi ayuda comenzó a hacer desbridamientos y curas.

Después de casi dos horas, la pierna herida de Gustav Adler volvía a estar cubierta por vendas limpias. El doctor Dietrich abrió la ventana de la habitación, dejando que la fragancia de las rosas del jardín que Lucie Adler cuidaba con esmero se llevara aquel olor a podredumbre.

—Mi esposa no necesita saber nada de todo esto —nos dijo entonces mi padre al doctor Dietrich y a mí—. Si finalmente hay

que amputar, se lo diré entonces. Se lo diré yo mismo. Y si todo va bien, le habremos ahorrado unas semanas de angustia innecesaria.

Yo guardé silencio. Conocía a mi padre, y también a mi madre. Pensé entonces que quizá aquella actitud fuese la mejor. El doctor Dietrich asintió. Pude comprobar con el tiempo que mi padre no se equivocó en su decisión.

***

Todos los días de aquellas semanas de primavera asistí al doctor Dietrich en las curas de mi padre. En las últimas dos semanas, el doctor Dietrich delegó en mí el cambio diario de los vendajes y pasaba por nuestra casa dos o tres veces por semana para ver la evolución de las heridas. Gustav Adler salvó la pierna por su fortaleza y por la destreza y tesón de nuestro médico. La relación entre mi padre y yo en aquellas seis semanas se hizo mucho más profunda y compleja, entre otras cosas porque yo ya no era un niño y mi padre en aquellos momentos necesitaba mi ayuda. De alguna forma, en aquel breve espacio de tiempo tuve una oportunidad de compensar los esfuerzos y de agradecer la confianza que mi padre había puesto en mí. Ahora pienso en ello y me ayuda a sentirme mejor.

Una tarde, a principios de mayo, mientras terminaba de vendar la pierna herida de mi padre, que ya tenía muchísimo mejor aspecto, le pregunté:

—¿Piensas en la muerte?

Mi padre me miró con esa mirada suya, serena y tranquila. La guerra había ido mermando poco a poco, en una lenta sangría, a la familia de mi padre. El padre de Gustav Adler, militar, como no podía ser de otro modo, y su esposa, mis abuelos paternos, habían vivido en Prusia Oriental, cerca de la ciudad portuaria de Königsberg, a orillas del mar Báltico, tal y como la familia Adler había hecho durante generaciones. La madre de Gustav Adler había fallecido al traer al mundo al menor de sus tres hijos. Los tres hermanos Adler, que crecieron con su padre, siguieron la carrera militar.

Las obligaciones de la vida militar y la distancia habían hecho que ni mi hermano Kurtz ni yo mantuviéramos un contacto estrecho con ellos. Tanto mi abuelo paterno como los dos hermanos de mi padre fueron llamados a filas en 1914, con el inicio del conflicto bélico, como ocurrió con mi padre. Y todos ellos cayeron en combate en el transcurso de los dos primeros años de guerra.

Sé que mi padre tuvo noticias de todos estos acontecimientos a través de las cartas que intercambiaba con nuestra madre. Es difícil saber lo que pensaba, lo que sentía mi padre al recibir las noticias de la muerte de tantos seres queridos, de tantos afectos vinculados a la niñez y a la juventud, tantos vínculos perdidos que se llevan una parte de uno mismo de manera violenta, implacable, sin tener siquiera la oportunidad de una despedida, de unas palabras de gratitud o quizá de perdón. Cuando alguien querido muere de esa manera tan repentina y brutal, es como si uno de los navíos anclados en el puerto del corazón fuera arrancado de cuajo y decenas de cabos sueltos, rotos, de palabras no dichas o dichas a destiempo, de errores, de hechos no concluidos, quedaran en el aire y se enredaran en torno al alma de quien sigue vivo, oprimiéndola, sabiendo que nunca los podrá reparar. Mi padre jamás había hablado de ello con nadie, que yo supiera, ni siquiera con nuestra madre.

—La muerte forma parte de la vida —me respondió al cabo de un tiempo—. Nadie quiere morir, pero debe ser así.

—¿La temes?

—Es absurdo temer algo que acabará llegando más tarde o más temprano —me dijo, y tras una pequeña pausa continuó hablando —. Mi profesión me ha obligado a convivir con ella; en los últimos años, de una manera especialmente… cercana. ¿Sabes? La mayoría de los hombres que conozco no temen tanto al hecho de la muerte en sí, sino al cómo y al cuándo. Por desgracia, hay formas terribles de morir, y lo que los hombres temen generalmente no es el hecho de morir, sino la agonía que puede preceder a la muerte. Pero incluso eso tiene un fin; así pues, no deberíamos temerlo. En mi caso, mi mayor temor con respecto a la muerte era el cuándo. Temía darme cuenta en ese momento, cuando ya no hay posibilidad de vuelta atrás, de que en toda mi vida, fuese esta corta o larga, no había hecho nada que mereciera la pena, nada de lo que poder sentirme orgulloso, nada que me consolara cuando tuviera que dejar este mundo. Ese era mi miedo.

—¿Y ya no lo tienes?

Mi padre sonrió.

—Desde que regresé a casa, no.

—¿Y por qué?

Mi padre tardó un momento en contestar.

—Porque he visto al pequeño Kurtz. He visto cómo ha crecido. Porque te veo a ti.

***

Poco antes de que concluyera el permiso de mi padre, me llevó con él al despacho de abogados que lleva los asuntos legales de la familia. De alguna forma creo que mi padre preveía lo que habría de venir. Me llevó para modificar algunas cláusulas del testamento. Fallecido uno de los cónyuges, los bienes de la familia pasarían directamente al otro, y en caso de fallecimiento de ambos, una cláusula especial me autorizaba a mí, a pesar de ser legalmente menor de edad, para disponer del patrimonio familiar, con la responsabilidad de gestionarlo, pues la mitad pertenecía a mi hermano Kurtz Adler, que lo recibiría al cumplir los veintiún años. De esta manera mi padre aseguraba al menos la cobertura económica de mi hermano y la mía en caso de que ocurriera lo peor. Cómo mi padre supo, intuyó, que lo peor, efectivamente, ocurriría, es algo que aún no he logrado comprender. Sin duda conocía a Lucie Adler mucho mejor que yo. Al menos la conocía de otra manera, no como puede conocerla un hijo, como la conocía yo. Pero si en algún momento lo supo, si en algún momento llegó a intuir que aquello podía suceder, ¿por qué no me lo dijo? Conociendo su fragilidad, sabiendo lo terrible que resultaría para ella su muerte, sabiendo cuánto le amaba ella, ¿por qué no me advirtió? ¿Por qué no evitó hacerme pasar por este dolor?

A veces me pregunto si algo así puede realmente saberse, si alguien puede penetrar tanto la mente de otra persona, conocerla tan bien como para saber en qué momento esa persona no desea seguir viviendo. Tal vez mi padre no lo sabía… Es imposible que pudiera saberlo. No hubiera permitido que yo cargara con el peso de esta culpa. Quizá confiaba en que sus hijos serían un estímulo suficiente para ella, para seguir luchando… En los últimos años había vivido tan próximo a la muerte que tal vez con lo que hizo solo quiso asegurar el futuro de aquello que en su vida merecía la pena, que le había permitido dejar de tener miedo a la muerte, al cómo y al cuándo: sus hijos…

No lo sé. No lo sabré nunca.

***

Ni mi padre ni yo fuimos nunca demasiado dados a las palabras. La noche antes de que mi padre, recuperado solo en parte de sus graves heridas, regresara al frente, ambos mantuvimos, no obstante, una conversación, la última que yo tendría con él.

Mi madre había subido a la habitación para acostar a mi hermano Kurtz. Yo me dirigí al salón. Me detuve por un momento en la puerta. Mi padre estaba allí, sentado en un sillón, junto a la chimenea apagada. Tenía un libro abierto sobre sus rodillas, pero no estaba leyendo. Quizá hubiera estado ocupado en ello antes, pero entonces miraba distraído la oscuridad de la noche a través de los ventanales, como sumido en sus propios pensamientos. Hubo algo en la expresión de su rostro, de sus ojos azules, oscuros, que me encogió el corazón, sentimientos que nunca había visto en ellos, no al menos de aquella forma. Había tristeza, había sufrimiento y dolor, pero no un dolor físico. Yo había visto a mi padre sufrir horrores por sus heridas de guerra. Y aquello era algo más profundo, como un dolor del alma. De pronto cerró el libro que tenía en su regazo, lo dejó sobre la mesa y se puso en pie, llevándose en un acto casi reflejo una mano a la pierna herida, que estaba mucho mejor que cuando vino de permiso, pero ni mucho menos curada. Encendió un cigarrillo y se acercó a la ventana, volviéndome la espalda. No me había visto.

Dudé sobre si debía dejarle solo, pero finalmente me decidí a entrar. No sabía cuándo volvería a verle. No sabía que no volvería a verle más. Al oír mis pasos, mi padre se volvió. La expresión que yo había visto apenas un momento antes en su rostro, en su mirada, desapareció al instante. Sus facciones volvían a ser serenas, neutras, inescrutables. Sonrió.

—Pensé que ya te habías acostado.

—No, aún no.

Llegué a su lado y contemplé junto a él la noche en nuestro jardín, en silencio, hasta que, sin mirarle apenas, me atreví a decir:

—Nunca nos has hablado de la guerra.

Gustav Adler dio una calada a su cigarrillo antes de decir nada. Su rostro adquirió una expresión grave.

—No hay nada de la guerra que merezca ser contado —respondió. Todo lo que hay en ella es muerte, sufrimiento, miseria y dolor. Lo peor que puede haber en cada hombre sale allí a la luz, los mayores horrores. No hay nada que decir de la guerra, nada que decir del horror.

—Sin embargo, tú eres militar. La mayoría de los hombres de nuestra familia ha servido en el ejército durante generaciones. Y tú vas a volver allí.

Gustav Adler guardó un largo silencio sin apartar su mirada del ventanal, perdida en la infinitud, como si pudiera ver cosas que escapaban al alcance de cualquier otro mortal. Acabó su cigarrillo

antes de responder a mis argumentos.

—Es mi deber —dijo finalmente; y la palabra *deber* adquirió en su voz el tono de algo sagrado—. No espero que lo comprendas ahora —continuó—. Tampoco es algo que yo pueda explicar. Tal vez lo comprendas más adelante, cuando comiences a ejercer la profesión que has elegido. Uno no puede desligarse de lo que es cuando cuelga el uniforme, como tampoco deja uno de ser médico cuando sale de su consulta. Una vez que uno ha elegido voluntariamente ciertos caminos, su destino queda ya indisolublemente ligado a ellos, con todas sus consecuencias. Es mi deber —repitió al cabo de un momento, mirándome a los ojos.

Al día siguiente, muy temprano, Gustav Adler partió de nuevo para Francia. Acudimos a despedirle a la estación, como habíamos hecho tres años antes, mi madre, mi hermano Kurtz y yo. Mi madre lloraba en silencio, y el pequeño Kurtz se agarró a la mano de nuestro padre antes de que subiera a su tren, preguntándole con su voz infantil, entre sollozos, por qué tenía que irse. Fue como si, de manera inconsciente, mi hermano temiera que esa figura paterna que había comenzado a conocer, que había logrado ganar su confianza, que en aquellas seis semanas había comenzado a moldear su carácter, su alma, como hizo con la mía, con su sabiduría y su prudencia, desapareciera para siempre de su vida. Incluso el pequeño Kurtz intuía que su presencia entre nosotros era necesaria, imprescindible, insustituible, que le necesitaba, que le necesitábamos. Pero Gustav Adler ya no regresaría jamás.

Berlín, 2 de marzo de 1919

La vida, aparentemente, sigue. Kurtz se va adaptando progresivamente a la idea de que nuestra madre no va a volver. Algunas noches se despierta gritando, llamándola, pero estas pesadillas cada vez le asaltan con menos frecuencia. Acudo a su lado cuando le oigo gritar y me quedo junto a él hasta que vuelve a dormirse, más tranquilo al saber que no está solo. La rutina del colegio le ayuda a mantener ese espejismo de que nuestra vida sigue siendo como antes, solo que ahora soy yo, y no nuestra madre, el que se ocupa de cosas que antes hacía ella. No ha tenido ningún problema con sus compañeros de la escuela, y eso me tranquiliza. Yo sé lo que es ir a clase esperando casi cada día encontrarte con tal o cual chiquillo, al que esperas dar una buena tunda antes de que él consiga pegarte. Qué lejos parecen quedar ya

aquellos tiempos, como si hubieran pasado siglos.

Frau Schaeffer sigue insistiendo casi cada día en que debo comer más y dejar el café y el tabaco como pilares indiscutibles de mi alimentación. A veces le respondo demasiado duramente. Su preocupación por mí me abruma, me cansa. Después me arrepiento de esas contestaciones bruscas que a veces le dirijo. No las merece. Sé que le impulsa a hacerlo el afecto que nos tiene. Además, ella le está aportando a Kurtz todo aquello que yo no puedo o no sé cómo darle: los besos, el cariño, los juegos infantiles… Y no es porque yo no le quiera. Si no me he dado por vencido, si no he permitido que el dolor y la culpa me aniquilen, es por él, solamente por él. Pero yo no sé cómo transmitirle ese afecto que son capaces de dar las madres. *Frau* Schaeffer probablemente no lo sabe, pero yo se lo agradezco profundamente. Gracias a ella el pequeño Kurtz sufrirá un poco menos la ausencia de nuestra madre.

Sigue costándome terriblemente dormir. A veces, como hoy, escribo. Otras veces me encierro en el despacho de mi padre a revisar cartas, documentos, todo el papeleo del que en un momento u otro tendré que hacerme cargo. Estar allí me hace sentirme mejor. Es como si aquella habitación estuviese impregnada con la esencia de mi padre, con su serenidad y su fuerza. Estando allí siento que podré seguir adelante, que aprenderé a vivir con mi dolor como quien convive con una enfermedad crónica que le acompañará hasta la muerte. Me centro en mis estudios de una manera obsesiva. Mientras ayudo a Kurtz con sus deberes preparo mis exámenes de la facultad, y todo el tiempo libre del que dispongo lo paso con el doctor Dietrich. Quiero licenciarme pronto, quiero el mejor expediente académico, que me permitirá encontrar un buen trabajo. El patrimonio que nos dejaron nuestros padres es importante, pero no hay nada que dure eternamente y la posguerra ha sumido al país en la ruina. Sin embargo, debo encontrar también tiempo para hacer algo fuera de mis responsabilidades. Hoy he tenido un incidente en la facultad que me ha recordado los años en el colegio, esos años que parecían quedar tan lejos, algo que ha puesto de manifiesto cómo mis nervios, ya al límite, están haciendo que pierda la disciplina, el autocontrol que tanto me ha costado conseguir.

Al acabar la última clase del día, me dirigía al despacho de mi profesor de anatomía para recuperar la clase perdida de esta misma mañana. Caminaba deprisa, con la cabeza en cualquier parte menos en el camino que debía recorrer desde la clase hasta el despacho. He tropezado con otro alumno, tan violentamente que casi le tiro al

suelo. Me ha dicho algo, no sé exactamente qué, probablemente tan solo que mirase por donde andaba. El tono de su voz, sin embargo, me ha parecido agresivo, casi insultante. Y de repente, no sé, lo he visto todo negro, la ira me ha ofuscado de tal manera que la he emprendido a golpes con él y nos hemos enzarzado en una pelea que no sé cómo hubiera acabado si otros compañeros no nos hubieran separado al uno del otro. El asunto no ha trascendido, pero comprendo que la culpa del incidente es toda mía, que mi reacción fue del todo desmedida y que no supe controlarme. Como poco, le debería una disculpa al agredido, pero no sé quién es. Casi no recuerdo ni su rostro. Lo que he hecho ha sido una completa estupidez, lo sé, pero en aquel momento ni siquiera pensé en lo que estaba haciendo ni en las consecuencias de mis actos. Esa agresión bien podría valerme una sanción si llega a oídos del decano.

Últimamente tengo esa sensación de vivir en permanente tensión, como si estuviera encerrado en un polvorín, a punto de volar por los aires. Cualquier cosa, por mínima que sea, basta para hacerme estallar de una manera violenta y completamente irracional. *Frau* Schaeffer sufre a diario estos arrebatos de mi carácter, mis respuestas secas, cortantes, a su solícita y constante preocupación por mí, y ahora me ocurre también en la facultad. De nuevo esta inagotable capacidad mía de generar conflictos está adueñándose de mí, y en esta ocasión no puedo permitirlo. No puedo volver a ser lo que fui. Arruinaría mi vida y la de Kurtz, y eso sí que no puedo hacerlo.

Creo que hacer algo físico me ayudaría. Quizá podría volver a correr, como cuando ingresé en la facultad. Era bastante bueno en medio fondo. El deporte de resistencia siempre se me ha dado bien. Estoy seguro de que si al cansancio que siento, cansancio interior del alma y de la mente, le sumara un cansancio físico, conseguiría dormir mejor de lo que duermo. He de encontrar algo de tiempo para correr o perderé completamente el control de mí mismo. A veces pienso que esta situación acabará por volverme loco.

Berlín, 5 de marzo de 1919

Ayer, después de acostar a Kurtz, salí a correr. Nuestra casa está en un barrio residencial de las afueras de Berlín en el que apenas hay comercios. Las amplias avenidas están flanqueadas, a ambos lados, por casas familiares con jardín, como la nuestra. Las calles, a aquellas horas de la noche, estaban prácticamente desiertas. Correr

al aire libre, en completa soledad, rodeado de oscuridad, de silencio y de calma, me ha hecho sentirme por primera vez en estos días tranquilo, vivo, fuerte, libre. Si alguno de nuestros vecinos me vio, no me resultaría extraño que me tomara por loco. Es algo que no me importa en absoluto; los ocho kilómetros que corrí ayer me han permitido dormir de manera medianamente decente por primera vez en semanas. Siento que vuelvo a tener un cierto dominio sobre mí.

A *frau* Schaeffer no le hizo ninguna gracia verme ayer calzarme las zapatillas para hacer ejercicio. Me preguntó cuando salía si no pensaba que ya había perdido suficiente peso en estas semanas. No me molesté en contestar. Esta mañana, cuando se ha dado cuenta de que mi desayuno había dejado de ser solamente café para parecerse más al de una persona casi normal, parece que ha comprendido la necesidad, el motivo de lo que hago. Esta noche he vuelto a salir a correr. *Frau* Schaeffer no ha dicho nada.

Hoy he cumplido dieciocho años. Los Schaeffer han recordado esta fecha y me han obsequiado esta noche, cuando he regresado de mi carrera, con una botella de excelente riesling de nuestros viñedos del Rin y con unos pastelitos de almendras, los mismos que yo robaba de la cocina de *frau* Schaeffer de niño, que ella ha cocinado especialmente para mí y que me han traído tantos buenos recuerdos. Su gesto me ha conmovido profundamente. No es posible pagar con dinero el aprecio y la lealtad incondicional a nuestra familia de estas dos excelentes personas. Nunca podré compensar suficientemente lo que los Schaeffer están haciendo por nosotros.

Berlín, 8 de marzo de 1919

Esta tarde, después de recoger a Kurtz en la escuela, he tenido que dejarle al cuidado de los Schaeffer para poder ir al despacho de abogados de la familia. Me llamaron ayer para darme el pésame por la muerte de Lucie Adler, y también para recordarme que había ciertos temas jurídicos que solucionar para los cuales era imprescindible mi presencia.

Ayudar a mi madre con las tareas de administración de nuestros bienes mientras mi padre estuvo en el frente me enseñó muchos de los entresijos de ese complejo mundo, y mi padre, durante su permiso, casi al final de la guerra, cuando fue herido, se encargó de instruirme en el tipo de responsabilidades que tendría que asumir cuando me autorizó, a pesar de mi edad, a gestionar los bienes de la

familia si llegaba a suceder lo que finalmente acabó ocurriendo. De todos modos, ese mundo de leyes, de papeleo, de operaciones bancarias, me resulta aún prácticamente desconocido.

Los empleados del despacho de abogados me han recibido con la misma corrección y el mismo respeto que les había visto mostrar ante Gustav Adler. Para ellos yo me había convertido en el nuevo *herr* Adler, cuyo patrimonio debían seguir gestionando según mis instrucciones. Tras la lectura oficial del testamento de mis padres, cuyo contenido yo ya conocía, he tenido que firmar un enorme pliego de documentos para poder actuar desde el punto de vista legal como heredero y gestor de nuestro patrimonio. Los abogados de la familia me han puesto al día de los balances de la economía familiar: depósitos, cuentas bancarias, la productividad de las fincas y explotaciones agrarias de Baviera y la de los viñedos de la cuenca del Rin. He autorizado la puesta al día de los pagos pendientes, así como la gestión de los viñedos y las fincas tal y como Gustav Adler lo había dispuesto. Por último, los abogados me han hecho algunas recomendaciones sobre el manejo del dinero en efectivo del que dispone la familia en diversas entidades bancarias. El panorama económico de nuestro país, perdedor de la guerra, no es muy halagüeño. Eso no necesitaba que me lo dijeran economistas o abogados de una oficina. Basta salir cada día a la calle, ver los comercios desabastecidos de los productos más básicos, ver las largas colas de hombres a las puertas de las fábricas en espera de un empleo, ver los precios, sobre todo de algo tan fundamental como los alimentos, subir y subir… Me han recomendado derivar parte del efectivo, bien en forma de oro o de divisas, al extranjero, a bancos suizos. Han hablado de la creciente inflación, de la esperable devaluación de nuestra moneda, términos todos ellos para mí desconocidos. Les he respondido que lo pensaría.

Al salir del despacho de abogados, he comprado en una tienda cercana varios diarios económicos que he estado leyendo con detalle después de acostar a mi hermano. Debo aprender deprisa a moverme en este ambiente, completamente nuevo para mí, si quiero proteger todo lo que algún día debe pertenecer a Kurtz.

Berlín, 28 de octubre de 1921

Vuelvo a sentarme una vez más a escribir, como hice hace tiempo, buscando fuerza y serenidad a través de la palabra. Esta vez escribo junto a la cabecera de la cama de Kurtz. Es más de

medianoche. Parece que por fin a mi pequeño hermano le ha bajado un poco la fiebre y se ha quedado dormido hace unos minutos, creo que de puro agotamiento. Pero su sueño es un sueño inquieto, poco reparador. De vez en cuando se estremece y tiembla. Entonces cojo su muñeca y le tomo el pulso. Temo que en un momento su corazón pueda detenerse y deje de respirar. Lleva tres días así. Cuando fui a recogerle a la escuela aquella tarde, me dijo que estaba cansado. Le encontré extrañamente pálido, y al coger su mano me dio la impresión de que estaba demasiado caliente. Ya en casa comprobé que tenía fiebre, fiebre alta. En los días previos había tenido algo de tos, pero muchos niños en el colegio estaban resfriados. Pronto llegará el invierno y hace frío en Berlín. Le ausculté, como hubiera hecho con cualquier otro niño enfermo que hubieran traído a la consulta, y un escalofrío recorrió mi espalda cuando en su pulmón derecho pude escuchar los mismos estertores crepitantes que tantas veces he auscultado en otros pacientes. Aún estoy en mi último año de facultad, aún no soy médico. Aquella misma tarde llamé al doctor Dietrich, que vino a verle y confirmó mi diagnóstico.

—¿Qué puedo hacer? —le pregunté angustiado.

Era una pregunta absurda. Yo ya sabía la respuesta; a su lado había diagnosticado y tratado muchos otros casos similares. Pero ninguno de esos otros pacientes era Kurtz.

—Intentar bajarle la fiebre —fue su respuesta— y esperar.

En los últimos tres días no me he separado de la cabecera de su cama, ni siquiera para dormir. He visto a pacientes morir de neumonía, hombres y mujeres más mayores, más fuertes que mi hermano Kurtz, que solo es un niño. He intentado bajarle la fiebre con todos los medios a mi alcance. He intentado, ya que su estado apenas le permite comer, que no se deshidrate, ofreciéndole sin descanso, cada vez que la fiebre le da una tregua y tiene momentos de lucidez, agua fresca. Pero en estos tres días apenas he notado en él ningún cambio, ninguna mejoría, ni clínica ni en la auscultación. Su pulmón derecho apenas ventila.

Me costó tanto superar la muerte de mi madre. Me costó tanto aprender a vivir con el dolor del remordimiento y de la culpa. Me costó tanto ocultar todo eso a los ojos de Kurtz y construir este espejismo de vida en el que habito para que él pudiera crecer en un entorno aparentemente normal y convertirse en el hombre del que mi madre, y sobre todo mi padre, hubieran podido sentirse orgullosos, en alguien mejor que yo, mucho mejor que yo. Si no flaqueé, si no me rendí, si no me di por vencido, fue solamente por él. No podía fracasar con él. No podía fallarle como había fallado a

todas las personas que he respetado y querido, a personas a las que debía tanto. Y ahora yace en su cama, más cerca de la muerte que de la vida. Y ni toda la ciencia que he aprendido en estos años sin escatimar esfuerzos ni toda la experiencia del doctor Dietrich bastarán para salvarle. Su vida no está en nuestras manos.

El doctor Dietrich suele recordarme en ocasiones que nosotros solo somos hombres y que la vida pertenece a Dios, como si creyera que yo aún no soy plenamente consciente de todas nuestras limitaciones, de nuestros errores, de nuestros fracasos. Precisamente yo… Lo que no sabe es que hace muchísimo tiempo que dejé de lado a Dios. Y aun así no puedo creer que Dios me arrebate también a Kurtz como me arrebató a mi madre y a mi padre. No puedo creer que no me dé una oportunidad, a través de la ciencia que tanto empeño he puesto en aprender, de salvarle. Y si ocurre lo peor, si Kurtz muere…, yo no podré soportar la muerte de Kurtz. No podré cargar también con el peso de esa culpa.

En los últimos meses todo parecía marchar aceptablemente bien. La vida, incontenible, luchaba por seguir su camino, y en su imparable devenir hacia delante, hacia el futuro, nos llevaba con ella, obligándonos a adaptarnos lo mejor posible a una nueva rutina. Kurtz ha ido asimilando poco a poco la idea de que nuestra madre, su principal vínculo afectivo, no iba a regresar. Hace tiempo que ya no me pregunta por ella. Se ha integrado bien en el colegio, a pesar de su orfandad. Es un niño tranquilo y sociable que no ha tenido nunca ningún problema con sus compañeros. Ese había sido al principio mi principal temor. Ahora comprendo que fue un temor infundado. La vida de mi hermano pequeño transcurre como la de cualquier otro niño de su edad, a pesar del vacío que han dejado nuestros padres.

También yo había conseguido en estos meses finalmente ordenar un poco mi vida, que gira en torno a Kurtz. Cada uno de mis días en este tiempo ha transcurrido entre mis estudios de medicina y el cuidado de mi hermano. Salir a correr casi cada noche es el único privilegio que me he permitido en estos meses. Una hora escasa en absoluta soledad, enfrentado solamente a mí mismo, a mi capacidad de resistir, a los límites de mi fuerza, una hora en la que me obligaba a luchar contra mí mismo, mi peor enemigo, y a superarme. Una hora en la que las obligaciones, las responsabilidades, y también la culpa y el miedo, quedaban atrás a medida que los kilómetros se deslizaban bajo mis pies. Correr me ha ayudado enormemente en este tiempo a mantener un relativo equilibrio interior, y, aunque el dolor aún sigue presente dentro de

mí, he aprendido finalmente a convivir con él, a utilizarlo como un estímulo para no fallarle a mi hermano, como me había ocurrido con mi madre y con mi padre. En los últimos meses había conseguido al fin, aunque precaria, una cierta estabilidad.

La situación en nuestro país es, sin embargo, cada vez más desalentadora. La pobreza, la miseria y el desempleo son cada vez más patentes en las calles de la capital. La inflación se ha disparado hasta extremos nunca vistos. Cuando *herr* Schaeffer me dijo un día que había tenido que pagar cien mil marcos, ¡cien mil!, por una libra de pan, comprendí que el dinero había dejado de tener valor. Me alegré entonces de haber seguido los consejos de nuestros abogados y haber desviado a bancos suizos en forma de oro y divisas, sobre todo libras esterlinas y dólares americanos, la mitad de todo el efectivo del que disponía nuestra familia. Al menos lo que debe corresponderle a Kurtz cuando alcance la mayoría de edad está a salvo. Por fortuna para nosotros, los viñedos del Rin y las fincas de Baviera siguen funcionando a pleno rendimiento. En esta época, en la que los productos de primera necesidad escasean tanto, los viñedos y las granjas son el único valor seguro, al menos para poder comer. Desde este verano las granjas de Baviera nos envían en tren cada semana alimentos que difícilmente podríamos comprar en Berlín: huevos, queso, harina, patatas… Los viñedos del Rin también envían mensualmente unas cuantas cajas de excelente riesling que *herr* Schaeffer se encarga de canjear en las tiendas por sal, aceite o levadura. Una botella de vino del Rin tiene hoy más valor en el mercado que un fajo de billetes de banco. A veces tengo la sensación de que estamos volviendo al pasado, a una época de hace siglos, en la que solo las mercancías tienen algún valor. A pesar de las cifras que figuran en las cuentas bancarias nacionales de nuestra familia, en realidad estamos arruinados, porque un millón de marcos en nuestro país no equivale actualmente a prácticamente nada.

En las últimas semanas he estado tan preocupado pensando en cómo abastecer nuestra casa con lo más imprescindible que es muy posible que no le haya prestado demasiada atención a los primeros síntomas de la neumonía de Kurtz. Parecía estar tan bien, tan activo y alegre como siempre. Solamente, de vez en cuando, tosía, pero no supe ver nada extraño en aquella tos. Ahora ya no tose porque ya no le quedan fuerzas.

Frau Schaeffer ha venido a la habitación de Kurtz esta noche, antes de acostarse, para preguntarme si necesitaba algo. Se ha ofrecido, una vez más, a quedarse por mí junto a Kurtz esta noche

para que yo pudiese descansar un poco. Ha insistido de nuevo en que debería cuidarme, si no por mí, sí para poder seguir cuidando de mi hermano. Yo he rechazado una y otra vez su oferta. *Frau* Schaeffer ha dejado de insistir en cuanto ha cambiado el tono de mis respuestas, sabiendo que no podría hacerme cambiar de opinión. Me conoce bien; enseguida se ha dado cuenta, simplemente por el tono seco y cortante de mi voz, de que yo me hallaba de nuevo en ese estado de tensión que me hace tan susceptible, en el que mi capacidad de autocontrol está al límite, y sabe que, si siguiera insistiendo, sería capaz de decir cosas de las que después tendría que arrepentirme. Así es como yo me sentía, no sé si por la falta de sueño, el cansancio, la angustia… Al límite.

Herr Schaeffer me ha traído una taza de café caliente, recordándome que no dudara en llamarlos si necesitaba cualquier cosa. Después ambos se han retirado y me he quedado solo, junto a Kurtz, que murmuraba palabras incoherentes a causa de la fiebre. He colocado paños de agua fría sobre su frente durante horas, hasta que la fiebre ha cedido un poco y ha podido conciliar el sueño. Entonces he retomado mis cuadernos y he vuelto a escribir. Si las palabras sirvieran de algo, si sirvieran para algo más que para verbalizar el dolor, si sirvieran para algo más que para mantenerme despierto esta noche, para poder seguir pendiente de cada movimiento, de cada respiración de mi hermano, si las palabras sirvieran para salvarle, escribiría, escribiría hasta agotarlas todas.

Berlín, 29 de octubre de 1921

También esta noche velo a la cabecera de la cama de mi hermano, pero esta noche es diferente de la de ayer. Hoy no me atenazan la angustia ni el miedo. Hoy no me debato al borde de la desesperación. Hoy escribo desde la serenidad, desde la calma. Kurtz duerme, y esta vez es un sueño tranquilo, reparador, porque ya no tiene fiebre.

Ayer, en algún momento de la noche, imagino que vencido por tres noches insomnes, debí de quedarme dormido en la silla, junto a la cama de Kurtz. Estaba soñando, soñando que estaba despierto. En mi sueño solo veía a mi hermano, sumido en ese estado de semiincosciencia que produce la fiebre alta, debatiéndose inquieto en su cama, tal y como le había visto en los últimos tres días. Sentía la garra implacable de la angustia y del dolor oprimiendo mi pecho y me preguntaba con una rabia incontenible: «¿Por qué? ¿Por qué

Kurtz también?…». Entonces sentí un leve contacto sobre mi brazo.

Entreabrí los ojos sin llegar a despertarme del todo. Una tenue luz comenzaba a filtrarse por los cristales de la ventana de la habitación de mi hermano. Amanecía. Tardé unos instantes en darme cuenta de que estaba soñando, de que me había quedado dormido. Entonces sentí con más fuerza aquella presión sobre mi brazo. Mi corazón pareció detenerse por un instante. Me desperté de golpe, abriendo mucho los ojos, con un único pensamiento nublando mi cerebro, mi mente: «Kurtz ha muerto… Ha muerto mientras yo dormía…». Pero cuando me volví hacia él, temblando, vi que era su mano la que se apoyaba en mi brazo. Me miraba con sus ojos claros, limpios, en los que no quedaba ya ni un rastro del brillo enfermizo de la fiebre. Me llamaba en voz baja, como si tuviera miedo de despertarme demasiado bruscamente.

—Heinrich —me decía—, Heinrich, ¿estás dormido? Tengo sed…

Necesité todo el dominio de mí mismo para no saltar a su lado y abrazarle con fuerza. Necesité toda mi voluntad para no transmitir la angustia que me había consumido aquellos días, y que, de repente, había dejado de existir, para no mostrar el miedo que me había atenazado cada una de aquellas noches, ese miedo terrible de perderle también a él…

—No estoy dormido —respondí en un susurro, solamente para que no notara el temblor de mi voz—. ¿Qué tal estás?

—Estoy cansado… Y tengo mucha sed.

—Te traeré agua.

Cuando me levanté de la silla me di cuenta de dos cosas que antes no había notado: alguien me había tapado con una manta y mis cuadernos y mi estilográfica estaban sobre la mesilla de noche, donde no recordaba haberlos dejado. *Frau* Schaeffer tampoco había descansado aquella noche.

Aún temblaba cuando me dirigí a la cocina a buscar agua para Kurtz. Era una sensación extraña, como cuando alguien carga con un peso mucho tiempo y cuando lo deja siente que le faltan las fuerzas. Esa era más o menos la sensación que yo tenía: una extraña debilidad y un inmenso alivio. Necesité unos minutos para ser capaz de regresar a la habitación de mi hermano firme y entero.

Sus ojos claros me miraron curiosos mientras bebía el agua que yo le había llevado.

—Heinrich, ¿he estado muy enfermo? —me preguntó tras haber aliviado su sed.

Sonreí.

—Un poco. Pero te pondrás bien. ¿Por qué me miras así? —le pregunté mientras cogía de sus manos el vaso vacío.

—Porque nunca te había visto con barba.

El doctor Dietrich había venido a ver a mi hermano aquella misma tarde. Aún tenía fiebre, pero me dijo que su auscultación había mejorado, que debía tener esperanza. Yo le había auscultado antes de que lo hiciera él y no había apreciado ningún cambio significativo. Su pulmón derecho seguía ventilando significativamente menos que el izquierdo. Los estertores crepitantes seguían oyéndose en ese pulmón meridianamente claros. Sin embargo, el doctor Dietrich tenía razón. Debió de ver algo en Kurtz que yo no fui capaz de ver, porque al día siguiente mi hermano estaba mejor.

Esta mañana también ha venido a verle. No ha dicho nada. Simplemente ha sonreído al ver cómo Kurtz devoraba la compota de manzana que *frau* Schaeffer había preparado para él.

—Su hermano es más fuerte de lo que cree —señaló el doctor Dietrich cuando se iba—. Saldrá de esta.

—Ahora lo sé —respondí—. Gracias.

—No me dé las gracias a mí. Es usted el que ha pasado todos estos días, con sus noches, a su lado.

Estrechó mi mano al despedirse.

—Aféitese y duerma un rato. Le vendrá bien. Y no deseo verle por la consulta hasta la semana que viene. Para entonces Kurtz estará ya completamente recuperado.

Esta noche Kurtz duerme tranquilo. Sentado junto a él, escucho su respiración tranquila, veo sus mejillas sonrosadas, que van recuperando el color de la salud, y siento un nuevo y extraño dolor. Anoche mi hermano se debatía en los delirios de la fiebre, y hoy duerme en un sueño tranquilo, saludable, reparador. Debería estar tranquilo, incluso feliz. Y en cierto modo lo estoy. Se pondrá bien, lo sé. Le miro mientras duerme, y lo sé. Kurtz es mucho más fuerte de lo que yo jamás pensé. Y me alegro tanto…, porque no hubiera soportado perderle también a él.

Sin embargo, al mirarle, me doy cuenta de lo poco que la ciencia ha podido hacer por él, de lo poco que el doctor Dietrich y yo hemos podido hacer. Se curará, sí, porque es fuerte. Se curará quizá porque debía ocurrir así, porque aún no era su momento. Pero es posible que algún día, en el futuro, enferme y muera sin que el doctor Dietrich, ni yo, ni nadie pueda hacer nada por él.

Todos morimos… Debe ser así. Es así. Probablemente lo único seguro, la única certeza que tiene la vida es la muerte. Mi padre lo

sabía; quizá por eso nunca temió a la muerte como tal. Es muy posible que el doctor Dietrich tenga razón cuando con frecuencia me repite que la vida, en última instancia, no está en nuestras manos. Toda mi ciencia no podrá salvar a Kurtz, ni a tantos otros, cuando llegue el momento. He tenido que ver a Kurtz gravemente enfermo para ser capaz de darme cuenta de algo que en cuatro años de facultad no he sido capaz de ver, de comprender, a pesar de que he visto a la gente sufrir y morir, a pesar de que he estado al lado de algunos cuando han tenido que recorrer el final del camino, cogiendo su mano, secando el sudor de su frente, aliviando con mi ciencia su dolor, al menos físico; algo para lo cual, en todo este tiempo empeñado en adquirir esa ciencia que esperaba que me ayudaría a salvar vidas, a vencer a la muerte y al dolor, he estado ciego. Obsesionado por adquirir ese conocimiento, no me había dado cuenta de que la muerte, en realidad, no puede ser vencida. Se puede intentar combatirla, engañarla, se puede intentar esquivarla, conseguir de ella una prórroga. Pero al final la muerte siempre gana y yo no podré salvarlos a todos.

El miedo

Aquellos sonidos conocidos, que en un principio le habían parecido tan lejanos, se escuchaban entonces mucho más cerca: el tableteo de las ametralladoras, las explosiones de los obuses y de las granadas, el estruendo atronador de la artillería pesada… Sus oídos, aturdidos antes por la onda expansiva de la explosión que había destruido su hospital, habían recuperado completamente su agudeza. Y supo que los combates por la ciudad de Járkov se desarrollaban en torno a su posición; los proyectiles caían peligrosamente cerca.

Abrió de nuevo los ojos. Volvió a ver el cielo gris de Ucrania sobre él; durante un momento había dejado de verlo. Sintió de nuevo el dolor y gritó, maldiciéndose a sí mismo, maldiciendo el dolor que su cuerpo sentía, el que sentía su alma. Si hubieran situado el hospital de campaña un poco más a retaguardia, solo un poco más, aquello no hubiera sucedido, el hospital no habría sido alcanzado por el fuego artillero enemigo. ¿Cuántas vidas se habían perdido por ello? ¿Cuántos de los hombres que esperaban su ayuda, que necesitaban su ayuda, que dependían de ellos, habían muerto?

Luchó por ignorar el dolor, el físico y el moral. Aún estaba vivo. Era médico. Aún podía hacer algo en medio de aquel desastre. Debía hacerlo. Debía ayudar.

Intentó ponerse en pie. Consiguió hacerlo, sujetando con su brazo sano el hombro herido para evitar que aquel trozo de metal que le atravesaba se moviese y el dolor le hiciera de nuevo perder el conocimiento, pero no fue capaz de dar ni dos pasos antes de caer de nuevo al suelo, de rodillas. No tenía fuerzas.

Daba igual, pensó. Si no podía caminar, se arrastraría hasta los quirófanos, de donde la explosión le había arrancado con violencia. Llegaría hasta las aulas de aquella pequeña escuela a las afueras de Járkov que servían de refugio a los heridos. Quizá encontrara aún a alguien con vida. Quizá pudiera ayudar a alguien todavía.

Se arrastró entre las ruinas de su hospital, sujetando el brazo herido contra su cuerpo. Con cada movimiento un dolor lancinante

se extendía desde su hombro hasta el cuello, se irradiaba hacia el pecho y paralizaba su brazo izquierdo, agarrotándolo como si recibiera una descarga eléctrica de alto voltaje. Entonces apretaba los dientes, se detenía un momento y en cuanto el dolor cedía un poco continuaba su marcha, lenta, agónica, arrastrándose entre las ruinas como lo haría un reptil.

Las aulas que les servían como quirófanos estaban parcialmente respetadas, aunque gran parte de las paredes y el techo se habían venido abajo. El material quirúrgico yacía desperdigado por todas partes. Instrumental, medicamentos, vendajes, sueros… Todos aquellos suministros, imprescindibles para llevar a cabo su trabajo y tan difíciles de conseguir, habían sido literalmente barridos por la explosión. El proyectil había impactado directamente en las aulas contiguas a aquellas que empleaban como quirófanos, los lugares en los que se amontonaban los heridos, esperando ser operados, esperando ser evacuados a retaguardia, esperando… De aquellas aulas no quedaban más que escombros aún humeantes. ¿Cuántos hombres habían muerto? ¿Cuántos?

La voz subió a su garganta como un clamor, elevándose por encima del estruendo del combate. Gritó, esperando oír una respuesta, esperando oír otra voz que no fuera la suya, esperando encontrar algún signo de vida entre tanta muerte, algo que diera algún sentido al hecho de que aún viviera, que diera algún sentido al dolor que sentía, alguien a quien todavía pudiera serle útil. Pero ninguna voz respondió a la suya.

Ninguna.

Sintió un vacío inmenso, como si de pronto su alma hubiera abandonado su cuerpo. Quizá su corazón aún latía, tal vez sus pulmones seguían respirando, pero servían a un cuerpo muerto. Lo esencial en él, lo que realmente le mantenía vivo, la vida que quedaba en él, si es que quedaba alguna, pareció extinguirse en aquel instante. Un único sentimiento habitaba su interior, una única sensación. Aquella sensación tenía un nombre: era el dolor, en cualquiera de sus formas. Y se preguntó por qué. ¿Por qué él? ¿Por qué motivo debía seguir vivo para contemplar aquello, aquella destrucción, para ser consciente de todas aquellas muertes que tal vez Von Maier y él hubieran podido evitar? ¿Cuántos se hubieran salvado? ¿Cuántos, si tan solo hubieran ubicado su hospital un poco más a retaguardia? ¿Cuántos, si hubieran evacuado a tiempo? ¿Por qué se le había permitido vivir para ser testigo de aquel horror? ¿Por qué se le había permitido vivir para contemplarlo? Sintió que no podría soportar también esa carga. No podría. Ya no.

Se dejó caer junto a la mesa de quirófano en la que había estado trabajando momentos antes de la explosión, que yacía volcada en el suelo, y sus ojos contemplaron los cadáveres que había en aquella sala. Eberhardt, el enfermero que le estaba asistiendo en los instantes previos a la explosión, yacía en una esquina con el pecho destrozado. Krause, otro de los sanitarios, había quedado medio enterrado entre los escombros. Desde donde se encontraba podía ver el impacto en el cráneo que sin duda lo había matado. No lejos había otro cadáver, que en un principio no reconoció. No llevaba el distintivo de los sanitarios, el brazalete con la cruz roja en su brazo izquierdo, sino el uniforme negro de los soldados de blindados… Y al verlo, de pronto, su mente fue capaz de evocar, con absoluta claridad, los segundos previos a la explosión, lo que precedió a la destrucción y al caos, tan vívidamente como si estuviera sucediendo de nuevo ante sus ojos.

Tenía sobre su mesa de quirófano a aquel soldado. Pertenecía a la brigada de tanques que servía de apoyo a su división, cuyo grueso era infantería. El soldado, jefe de carro, tenía una fractura abierta de tibia y peroné en su pierna derecha, producida por un impacto de metralla. Él intentaba estabilizarla para poder trasladar al herido al nuevo puesto de socorro que los sanitarios Kesselbach y Schmidt estaban intentando habilitar a toda prisa en retaguardia, en una zona segura. Esperaba poder operarle allí en un segundo tiempo con unas mínimas garantías. Eberhardt estaba a su lado, ayudándole. No llegó a terminar lo que estaba haciendo porque, en el fragor del combate, cada vez más próximo al hospital, se escuchó un silbido penetrante que rápidamente crecía en intensidad: el sonido característico de un proyectil de gran calibre al aproximarse al objetivo. Y después, oscuridad.

Recordaba vívidamente esos instantes porque, cuando vio sobre la mesa de quirófano a aquel soldado de tanques, vino a su mente, como un relámpago, la imagen de su hermano Kurtz. Los mismos cabellos negros, los mismos ojos claros, el mismo uniforme, aproximadamente la misma edad… Kurtz no tuvo la fortuna de llegar hasta un quirófano cuando fue herido en Francia, en 1940. Y él, su hermano, el médico, estaba entonces muy lejos de allí, a más de mil kilómetros de Kurtz, en Berlín. Ahora Kurtz estaba muerto. Llevaba dos años muerto; su cuerpo yacía en algún lugar bajo la tierra de la Francia ocupada, cerca del Somme. En Francia, como su padre.

Kurtz estaba muerto, pero aquel soldado, el que estaba sobre su mesa de quirófano, aún vivía, y quizá él y su ciencia pudieran hacer

que siguiera vivo… Eso es lo que pensó segundos antes de que el fuego de la artillería enemiga cayese sobre el hospital, segundos antes de que todo saltase por los aires. Ayudarle… Lo que no pudo hacer por su hermano.

***

Cerró los ojos para no tener que seguir contemplando aquel horror. Kurtz… El recuerdo de su hermano se abrió paso dolorosamente en su mente. Kurtz… Después de la muerte de su madre, si no hubiera sido por Kurtz, no habría encontrado ni un solo motivo para seguir viviendo. Pero Kurtz solo tenía seis años cuando Lucie Adler murió. Ajeno a la tragedia que se había abatido sobre su familia, inocente de todo, el pequeño Kurtz solo le tenía a él.

Le costó tanto superar la muerte de su madre… La muerte de su padre en el frente, en Francia, en 1918, fue un golpe terrible. Pero la muerte de su madre, el hecho de que se quitase la vida, fue algo que casi acabó con él. Le costó tanto aprender a vivir con el remordimiento, con el dolor de aquella pérdida, con la culpa… Le costó tanto seguir viviendo, siendo consciente de aquellos hechos que jamás podría cambiar… ¡Le costó tanto ocultar a los ojos de Kurtz todos aquellos sentimientos que le torturaban para construir para él un espejismo de vida aparentemente normal, sustituir las figuras de su padre y de su madre para que Kurtz pudiera crecer y convertirse en el hombre del que Lucie y Gustav hubieran podido sentirse orgullosos, en alguien mejor, mucho mejor que él…! Si en aquellos años no flaqueó, no se dio por vencido, fue solamente por Kurtz. No podía fallarle. No podía rendirse. No podía fracasar. Kurtz le necesitaba.

En los primeros años tras la muerte de Lucie Adler su vida giró en torno a la de su hermano pequeño. Tuvo que convertirse, en cierto modo, lo mejor que supo, lo mejor que pudo, en la madre y el padre de Kurtz. Cada uno de los días de su vida en aquel período transcurrió entre sus estudios de medicina y el cuidado de su hermano. Consiguió licenciarse *cum laude* un año antes que el resto de sus compañeros de promoción, y sus excelentes referencias y expediente académico le facilitaron de inmediato su incorporación a la plantilla de uno de los hospitales de referencia de Berlín. Siguió asistiendo al doctor Dietrich en su consulta, y aquellos años todo el tiempo que no le ocupaba la medicina se lo dedicó única y exclusivamente a su hermano. Le llevaba a la escuela cada mañana,

le esperaba al salir cada tarde, le ayudaba con las tareas escolares, practicaba al piano junto a él casi a diario. Le enseñó a montar en bicicleta, a nadar, a esquiar… Todo lo que él había aprendido de sus padres, todo ello intentó ofrecérselo de algún modo al pequeño Kurtz. Probablemente no consiguiera llenar el vacío que ellos dejaron, pero la vida de su hermano transcurrió de esa forma casi como la de cualquier otro niño de su edad. En aquellos años no pensaba en su vida, no tenía vida. Su vida era la de Kurtz.

En los años que siguieron a la derrota de 1918, la situación económica y política del país se fue deteriorando progresivamente. La derrota había sumido al país en la pobreza. La moneda se devaluó, el dinero comenzó a tener cada vez menos valor, el desempleo alcanzó cotas insospechadas y la necesidad y la miseria generaron disturbios y violencia que fueron especialmente graves en la capital y que culminaron en el verano de 1922 con el asesinato en Berlín del ministro de Asuntos Exteriores Walter Rathenau.

Kurtz tenía nueve años cuando la situación de inseguridad y violencia en Berlín le llevó a tomar una de las decisiones más difíciles de su vida: para garantizar su seguridad y alejarle de aquel ambiente de violencia decidió enviar a su hermano a un internado fuera de la capital.

Recordó haber visitado al menos una docena de internados de los alrededores de Berlín antes de decidirse por el que consideró el mejor para Kurtz. Ninguno de ellos satisfacía completamente las exigencias de lo que deseaba para él, a pesar de que algunos de ellos eran considerados los mejores colegios del país. Cuando finalmente se decantó por uno de ellos, comprendió que lo que realmente le asustaba, lo que le hacía reticente a escoger cualquiera de ellos era que, una vez que Kurtz estuviese allí, ya no podría velar por él como lo había hecho hasta entonces. En cualquiera de aquellas instituciones Kurtz estaría a salvo, lejos de la violencia de la capital, pero allí, lejos de él, ya no podría protegerle. Y nadie, nadie iba a cuidar de su hermano, nadie iba a velar por el bienestar de Kurtz como lo hacía él mismo.

Comunicar aquella noticia a su hermano Kurtz fue igualmente difícil. Kurtz había podido ver ya, en algunas ocasiones, cuando le llevaba cada mañana a la escuela, las manifestaciones, las barricadas, las cargas policiales en las calles de Berlín, y con frecuencia le había preguntado por qué sucedían aquellas cosas.

—Berlín ya no es como era antes, como nosotros la conocíamos —le había respondido a modo de explicación—. Ya no es una

ciudad segura.

Era difícil que Kurtz llegara a comprender las consecuencias de una guerra que terminó cuando era aún un niño, que había devastado el país, que había destruido a su familia, una guerra que le había arrebatado a su padre y de algún modo también a su madre, una guerra cuyas consecuencias ni siquiera él mismo había asimilado todavía.

Una tarde, tras recoger a Kurtz a la salida del colegio, tuvieron que dar un largo rodeo hasta llegar a casa para evitar una de las múltiples y violentas manifestaciones que se producían a diario en la capital. Pensó que aquel sería el momento apropiado para comunicar a su hermano la decisión que había tomado respecto a su futuro.

—Ya ves lo que ocurre cada día en Berlín —comenzó—: los hombres no tienen trabajo, no tienen dinero. Los padres quieren que sus hijos puedan comer e ir a la escuela, como tú. Y a veces, como no pueden hacerlo, la desesperación los lleva a la violencia. Por eso están ocurriendo estas cosas, Kurtz. Por eso Berlín es ahora una ciudad peligrosa. Y por eso…, por eso he pensado que sería bueno que pasaras una temporada lejos de aquí, hasta que todo esto se calme.

Kurtz clavó sus ojos claros en él, sorprendido.

—¿Nos vamos a marchar de Berlín? —preguntó.

Tardó un momento en responder.

—Yo no puedo irme. Tengo responsabilidades, obligaciones, aquí. Pero tú el próximo semestre estudiarás y vivirás en un colegio fuera de la ciudad.

—¿Yo? —la voz de Kurtz tembló—, ¿yo solo? —Él hizo un gesto afirmativo con la cabeza—. ¡Pero yo estoy bien aquí! —tenía un tono de indignación, de protesta—, estoy contento en el colegio en el que estoy ahora. Tengo mis amigos… Dieter, Martin, Wolfgang… En el nuevo colegio no conoceré a nadie…

—Acabas de ver esta tarde lo que está ocurriendo en Berlín —respondió Heinrich—: la ciudad no es segura y la situación probablemente irá a peor. Es peligroso que sigas aquí.

—¡Pero aquí estoy contigo!

—Así es —le miró directamente a los ojos, a sus ojos claros como los de su madre, que no podían ocultar que Kurtz estaba asustado—, pero aquí yo no podré protegerte.

Pudo ver cómo aquellos ojos se llenaban de lágrimas que hicieron que se le encogiera el corazón.

—Kurtz…, Kurtz: me gustaría que comprendieras una cosa, y es

que yo jamás hubiera tomado esta decisión si tuviera otra alternativa. Pero es necesario que encuentre para ti un lugar seguro, lejos de la ciudad, al menos un tiempo.

—¿Y por qué no nos vamos los dos?

Negó con la cabeza.

—Quisiera poder ir contigo. Ojalá pudiera hacerlo. Pero yo no puedo dejar la ciudad. Aquí está mi trabajo, eso que tanta gente no tiene y que nos permite vivir. Hay asuntos de nuestro padre y nuestra madre aquí en Berlín que tengo que atender, que serán tu futuro. Yo, Kurtz, no puedo irme.

—Pero si es peligroso para mí quedarme en Berlín, también lo será para ti…

Pudo ver en la mirada de su pequeño hermano algo que nunca había visto en aquellos ojos claros, algo que hubiera deseado con toda su alma evitarle: angustia, miedo.

—Mi situación es distinta, no tienes que preocuparte por eso.

Llegaron finalmente a casa. Los Schaeffer, que habían seguido a su servicio como lo habían hecho mientras sus padres vivieron, comenzaban a preocuparse por su demora. Heinrich los tranquilizó con unas breves palabras. Kurtz se fue directamente a su habitación. Le dejó estar solo. Pensó que sin duda su hermano necesitaría tiempo para reflexionar, para asimilar todo cuanto acababa de decirle, el cambio que iba a tener lugar en su vida. Solo cuando *frau* Schaeffer vino a decirle, a la hora de la cena, que Kurtz no deseaba bajar a cenar, pensó que había llegado el momento de volver a hablar con él.

***

La puerta de la habitación de su hermano pequeño estaba cerrada. Llamó antes de entrar.

—Kurtz. Soy Heinrich. ¿Puedo pasar?

Al principio solo le respondió el silencio. Volvió a insistir.

—Kurtz.

Finalmente pudo escuchar la voz de Kurtz.

—Pasa.

Su hermano estaba sentado en la cama, de espaldas a la puerta. Era evidente que había estado llorando. Las lágrimas que no derramó de camino a casa desde el colegio las había vertido aquella tarde, a solas, en su habitación. Heinrich sintió que se le partía el alma.

Tuvo que respirar profundamente antes de entrar para recuperar

su entereza. Cerró la puerta y se sentó en la cama junto a su hermano.

—¿Estás enfadado conmigo?

Kurtz hizo un gesto negativo con la cabeza. Después le miró. Sus ojos estaban enrojecidos por el llanto.

—Tendré que irme de aquí, ¿verdad?

Él asintió. Un nudo en la garganta parecía querer impedirle hablar. Tuvo que hacer acopio de toda su fuerza de voluntad para poder pronunciar unas palabras sin que su voz temblara.

—Me ha resultado muy difícil tomar esta decisión, pero creo que será lo mejor, lo mejor para ti.

—¿Y cuándo me iré?

—A principios de septiembre.

Pudo ver cómo Kurtz apretaba los labios en un intento por no llorar.

—¿Por qué no vienes conmigo? ¿Por qué no nos vamos juntos?

—Ya hemos hablado de eso, Kurtz. Yo no puedo irme.

Las lágrimas que intentaba en vano contener se deslizaron entonces por sus mejillas, y, de pronto, con un gesto impulsivo, se abrazó a él, sollozando.

—Es que yo no quiero dejarte, Heinrich, porque si te dejo es posible que no vuelva a verte, es posible que te vayas para siempre, como nuestro padre, como nuestra madre…

Heinrich acarició sus cabellos oscuros.

—Eso no va a ocurrir, Kurtz. Estaremos separados un tiempo, pero las cosas cambiarán. Tú regresarás a esta casa y yo estaré aquí, esperándote.

Y en aquel momento hubiera querido poder prometerle, jurarle, que aquellas palabras eran ciertas y que podía garantizarle que todo sucedería así… Sin embargo, guardó silencio y dejó que su hermano llorara abrazado a él. Sintió de nuevo el nudo de la angustia atenazando su garganta. Le asaltaron infinidad de temores, de dudas. Se preguntó si realmente estaba haciendo lo correcto.

***

Recordaba perfectamente el camino que hicieron juntos hasta su nuevo colegio, a unos cincuenta kilómetros de la capital. Conducía en silencio, y su hermano pequeño, sentado a su lado en el asiento del copiloto, permaneció un largo rato sin decir nada, serio, concentrado en sí mismo. Pensó que Kurtz trataba de hacerse una idea de cómo sería el lugar al que le llevaba, de cómo sería su

nueva vida allí. Le miraba de vez en cuando y sentía de nuevo aquella angustia, aquella terrible sensación de culpa.

La decisión que había tomado de llevar a Kurtz a un internado fuera de Berlín buscaba solamente su bienestar, alejarle de la violencia y la miseria de la capital, protegerle de todo aquello, pero al mismo tiempo no podía evitar pensar que al alejarle de él le estaba, de alguna manera, abandonando, defraudando, fallando. Y tenía miedo, miedo de que Kurtz pudiera pensar que aquello era cierto, miedo de que la decisión que había tomado no fuera la adecuada y que, en lugar de beneficiar a su hermano, le perjudicara. Mientras Kurtz estuviese en el internado, no podría velar por él. ¿Podría Kurtz cuidar de sí mismo? ¿Era ya lo suficientemente mayor, lo suficientemente fuerte y maduro? ¿Podía confiar en aquellos en cuyas manos dejaba a su hermano? Incluso entonces, de camino al internado, pensó una vez más, como había hecho continuamente en las semanas previas a aquel viaje, que tal vez fuera mejor que Kurtz se quedase en Berlín, a pesar de los disturbios, de la violencia, de la miseria. Porque allí, en Berlín, estaría junto a él, y nadie iba a cuidar de Kurtz como él lo había hecho hasta entonces.

Kurtz interrumpió el hilo de aquellos oscuros pensamientos al hacerle una pregunta.

—Heinrich, ¿por qué tú nunca tienes miedo?

Él le miró sorprendido. No pudo evitar una sonrisa. Miedo… Kurtz no se había dado cuenta de que él, el hermano mayor, siempre tenía miedo, mucho miedo, sobre todo por él, por Kurtz.

—¿Quién te ha dicho que yo no tengo miedo? —le preguntó a su vez.

—Tú nunca lloras, nunca te escondes, nunca te he visto temblar asustado.

—¿Y tú? ¿Tienes miedo?

Kurtz asintió con la cabeza.

—Me da miedo ir al nuevo colegio. No conozco el sitio. No conozco a nadie allí, y tú estarás lejos. No podré llamarte como cuando era pequeño y tenía pesadillas y tú venías a mi habitación para contarme un cuento. Estaré solo.

Kurtz tenía razón.

—Te contaré un secreto sobre el miedo. Me lo dijo una vez nuestro padre cuando yo tenía tu edad. Nuestro padre era soldado, y yo pensaba que los soldados eran valientes y nunca tenían miedo. Yo también le pregunté por qué él no tenía miedo cuando había tantas cosas que a mí me asustaban. Nuestro padre me dijo que eso

no era verdad. Todos los hombres tienen miedo. También él a veces tenía miedo, pero me dijo que el miedo es cobarde, que si uno se enfrenta a lo que le da miedo, el miedo desaparece, huye y ya no vuelve más. Pero si uno se esconde de lo que le da miedo, entonces el miedo se hace fuerte y nos persigue, y nos perseguirá hasta que le plantemos cara. Ser valiente no es no tener miedo, es enfrentarse a él. Y yo sé que tú eres valiente, muy valiente.

La mirada de Kurtz se iluminó.

—¿Tú crees?

—No lo creo —respondió con absoluta firmeza—, lo sé.

***

El internado en el que Kurtz pasaría los años siguientes era un imponente edificio señorial con varias alas y cientos de hectáreas de terreno alrededor. Sus instalaciones, excelentemente cuidadas, daban alojamiento a unos doscientos alumnos. Cuando llegaron allí, encontraron un gran número de coches aparcados en la entrada. Los muchachos estaban jugando en los jardines, aprovechando los últimos momentos de esparcimiento antes de entrar en lo que se convertiría en su casa de lunes a viernes. Mientras, los padres también esperaban con las maletas, conversando entre sí. Heinrich vio cómo Kurtz se estremecía. También un escalofrío recorrió su espalda. Había llegado el doloroso momento.

La mayoría de los niños se conocían. Muchos de ellos habían asistido a ese colegio desde el primer año de escolarización. Volver al internado era para ellos una rutina. Había pocos alumnos nuevos. Era fácil reconocerlos porque se mantenían, tímidos, cerca de sus familias, como hizo Kurtz cuando bajó del coche, sin atreverse a acercarse a los otros chicos. Un matrimonio joven se les acercó.

—¿También para su hijo es su primer día en esta escuela? —preguntó la mujer con una encantadora sonrisa.

Llevaba a su hijo, de la edad de Kurtz, de la mano.

Él sonrió, pensando en lo que la joven esposa le había dicho: «su hijo»… Pero no quiso sacarla de su error.

—Así es.

Apoyó la mano sobre el hombro de su hermano. Era el mismo gesto que Gustav Adler había hecho con él tantas veces, ese gesto que le hacía sentir grande, importante, ese gesto con el que su padre le había dicho en tantas ocasiones, sin necesidad de palabras, que estaba orgulloso de él, que le quería. Con ese gesto quiso, de alguna forma, transmitir a Kurtz lo mismo que su padre le había

hecho sentir a él de niño. Y pudo ver cómo, al sentir su mano, Kurtz le miraba y sonreía, al tiempo que su espalda se erguía y alzaba la frente… Exactamente como él había hecho muchos años atrás con Gustav Adler a su lado.

—Se llama Kurtz, Kurtz Adler —le presentó.

—Este es mi hijo Wilhem von Hagen.

Kurtz, abierto, espontáneo, con el mismo carácter alegre y amable de su madre, le tendió la mano al otro muchacho.

—Hola, Wilhem.

El hijo de los Hagen la estrechó con una sonrisa.

—Hola, Kurtz.

Herr Von Hagen intervino entonces en la conversación.

—¿Por qué no vais con los otros muchachos para jugar un rato?

Wilhem y Kurtz se miraron. Cruzaron una sonrisa cómplice.

—¿Vamos, Kurtz? —preguntó el hijo de los Hagen.

—¡Vamos! —respondió Kurtz entusiasmado.

Y se fueron corriendo los dos juntos al jardín donde un grupo de alumnos jugaba con un balón. *Frau* Hagen suspiró aliviada viendo a los dos muchachos correr y reír entre los demás alumnos.

—Usted, *herr* Adler, y su hijo han sido una bendición —dijo emocionada, estrechando su mano entre las suyas—. Si supiera las lágrimas que ha derramado nuestro hijo Wilhem cuando le dijimos que tendría que dejar su colegio, dejar a sus amigos de la niñez, para ingresar en un internado donde no conocería a nadie… Pero Berlín ya no es una ciudad segura.

Él lo comprendía. Tampoco para Kurtz había sido fácil.

Frau Hagen le presentó a su marido, ingeniero de la empresa nacional de ferrocarriles. Hablaron someramente sobre sus vidas.

—¿Y usted a qué se dedica? —preguntó *herr* Hagen.

—Soy médico.

—Parece usted joven para tener un hijo de la edad de Kurtz.

Él sonrió.

—Kurtz no es mi hijo, es mi hermano menor.

Sonó una campana. Era la hora de que los muchachos se despidieran de sus padres y se integraran en la vida del internado. Al poco rato Kurtz y el hijo de los Hagen aparecieron a su lado, corriendo y riendo, para recoger sus maletas.

El director del colegio se acercó a ellos.

—*Herr* Adler, *frau* y *herr* Hagen —les saludó con una sonrisa—: veo que ya se conocen. Y parece que Kurtz y Wilhem, dos de nuestros nuevos alumnos en este semestre, ya se han presentado. Usted debe de ser Kurtz Adler, ¿verdad? —le dijo a su hermano, que

estaba de pie a su lado.

—Sí, señor.

—Y usted, Wilhem von Hagen.

El hijo de los Hagen asintió con la cabeza.

—Yo soy *herr* Brauchmann, el director de este colegio. Si me acompañan, les enseñaré sus alojamientos. Despídanse de sus familias. Volverán a verlas el viernes y podrán pasar juntos el fin de semana.

Kurtz se volvió hacia Heinrich. Este vio de nuevo el brillo de las lágrimas, la tristeza, en el fondo de los ojos claros de su hermano pequeño. Se arrodilló para que sus ojos quedaran a la altura de los de Kurtz y mirar de frente esas lágrimas que le hacían tanto daño.

—Eres valiente y eres fuerte. Sé que estarás bien. El viernes vendré a buscarte y estaremos juntos hasta el domingo. Recuerda que en todo momento yo estaré pensando en ti.

—Te quiero, Heinrich.

—Y yo a ti. Anda, ve.

Kurtz recogió su equipaje y se fue ligero, junto con su nuevo amigo y el director, hacia el edificio del colegio. Heinrich se quedó junto a la entrada, contemplando cómo su hermano se alejaba. Antes de cruzar la puerta principal, Kurtz se volvió para saludarle con la mano. Él respondió a su saludo con una sonrisa que quiso enmascarar su temor y su pesar. Kurtz y Wilhem fueron los últimos alumnos en entrar. La puerta se cerró tras ellos.

Las familias comenzaron a abandonar el lugar. También los Hagen se fueron. Solo él se quedó todavía un tiempo allí, junto al coche, con una enorme tristeza en el corazón, con una terrible angustia. En el momento en que subiera al coche y emprendiera el camino de regreso a Berlín, Kurtz se quedaría definitivamente solo. Él sabía lo que era la soledad.

Cuando finalmente se decidió a volver a casa, anochecía. Arrancó el coche y condujo de regreso a Berlín. La ciudad, aquella noche, por una vez, estaba tranquila, pero no consiguió conciliar el sueño. Vagó por la casa como un alma en pena, sin poder dormir, consumido por la incertidumbre. Se acercaba a la habitación de su hermano para verla vacía. Pensaba en Kurtz y se preguntaba si estaría bien; se preguntaba, por enésima vez, si habría hecho lo correcto.

***

La primera semana de Kurtz en el internado fue para él una

agonía. Todos y cada uno de los días, hasta el viernes, llamó por teléfono al director para preguntar por Kurtz. Pacientemente, *herr* Brauchmann contestó a todas sus llamadas para confirmarle que su hermano estaba bien, que se había adaptado bien a la rutina del centro, que era un chico abierto y sociable y no había tenido ningún problema para hacer nuevas amistades. Heinrich le pidió en varias ocasiones que le dejara hablar con su hermano, pero el director le recomendó que no lo hiciera. Para Kurtz sería mucho más sencillo adaptarse a su nueva vida si él no interfería. *Herr* Brauchmann llevaba casi dos décadas dirigiendo aquella institución. Sin duda hablaba por experiencia, así que no tuvo más remedio que aceptar su consejo, pese a su reticencia. Aun así, hubo noches en las cuales estuvo tentado de coger el coche y recorrer los cincuenta kilómetros que le separaban de su hermano solamente para echar un vistazo, para comprobar por sí mismo que las palabras tranquilizadoras del director eran ciertas, que, efectivamente, su hermano estaba bien, que no se equivocó al mandarle fuera de Berlín y que aquel cambio había sido bueno para él. Le costó mucho no hacerlo.

El viernes por la tarde fue a recoger a Kurtz al internado. Buscó ansioso el rostro de su hermano entre los muchachos a medida que iban saliendo del colegio. Al cabo de poco tiempo le vio salir acompañado de Wilhem von Hagen, el niño que conoció el día de su llegada. Le pareció que estaba contento. No pudo apreciar en la distancia ningún cambio llamativo en él. Parecía el mismo de siempre, tranquilo, incluso feliz. Heinrich estaba junto al coche, algo apartado del resto de familias. Pudo ver cómo el rostro de Kurtz se iluminaba al verle. Echó a correr hacia él en cuanto le vio, y al llegar a su lado le abrazó con fuerza. Una extraña emoción se adueñó de Heinrich Adler. Le devolvió el abrazo a su pequeño hermano, él, que era tan poco proclive a muestras de afecto, él, a quien le costaba tanto exteriorizar lo que sentía.

—¿Qué tal ha ido todo? —le preguntó cuando por fin consiguió hablar sin que su voz dejase traslucir la angustia que había vivido aquellos días, sin que estuviese impregnada de ninguna emoción.

—Bien, muy bien —respondió Kurtz feliz—, pero me alegro mucho de verte.

—Yo también.

—¿Sabes? —Kurtz le miró con sus ojos claros—: tenía miedo, miedo de que hoy, al salir, no estuvieras aquí, que te hubieras ido para siempre, como nuestra madre, como nuestro padre.

Heinrich sonrió.

—Yo no me iré nunca, mientras pueda evitarlo.

Durante el viaje de regreso a casa Kurtz no paró de hablar, de contarle todas las cosas que hacía a diario en su nuevo colegio. Le habló de los partidos de fútbol, de las competiciones de natación, de las clases, de las salas de estudio donde cada día hacían sus tareas, de sus nuevos amigos… Habló y habló, sin detenerse apenas a tomar aire, impaciente por hacer saber a su hermano las nuevas experiencias que había vivido en aquellos días lejos de él, por hablarle de su nueva vida. A veces él ni siquiera escuchaba las cosas que su hermano pequeño decía. Solamente oía su voz, ilusionada y feliz. Oía su risa, veía el brillo de sus ojos, y por una vez en su vida se sintió… tranquilo. A pesar de lo difícil que había sido tomar aquella decisión, a pesar de la inquietud, de la angustia, del dolor y el miedo que la separación de Kurtz habían generado en él, todo ello había merecido la pena. El cambio había sido bueno para su hermano.

Frau Schaeffer se deshizo en lágrimas cuando ambos entraron en casa. Eran lágrimas de felicidad. También en ella la ausencia de Kurtz había generado preocupación y dolor. Le conocía desde que era un bebé. La ausencia de Lucie Adler le había hecho volcarse en él con una generosidad y una ternura que él, el hermano mayor, no podría pagar nunca. El regreso del pequeño Kurtz fue para ella como el retorno de un hijo que ha estado lejos. Hacía mucho, muchísimo tiempo, que en aquella casa no había tanta alegría. Por primera vez en años, Heinrich Adler sintió que había hecho algo bien.

***

El final de 1923 marcó un punto de inflexión en su vida. Con Kurtz en el internado se sintió de pronto… vacío. Su vida, hasta entonces, había girado en torno a su hermano pequeño, a su cuidado, a su bienestar, porque no hubiera soportado perderle también a él. Ahora que Kurtz no estaba en casa, de pronto tenía tiempo, tiempo para él, tiempo que no sabía cómo utilizar, porque hasta entonces no había tenido realmente una vida propia… Todo aquel tiempo que antes dedicaba a Kurtz lo volcó en su trabajo, en formarse para ejercer, con el máximo rigor, la profesión que había elegido.

1923 fue también el año en el que el país comenzó a salir de la terrible situación en la que había quedado sumido tras la derrota de 1918. Se llevaron a cabo drásticas reformas para sanear la economía y acabar con la inflación, comenzó a crearse empleo y la

situación de miseria y violencia que le había obligado a enviar a Kurtz lejos de la capital apenas un año antes comenzó a resolverse poco a poco. Aun así, tuvieron que pasar algunos años para que Berlín recuperase poco a poco su antiguo ser, pero el cambio fue evidente. Tanto que, en 1926, pensó en traer de nuevo a su hermano a Berlín, a su antigua escuela, para poder tenerle en casa. Sin embargo, Kurtz se había adaptado tan bien a su nueva vida… Había ganado en madurez, en independencia, en seguridad en sí mismo. Era feliz. Y aunque a él le doliera esa separación, comprendió en aquel momento que la vida de su hermano no debía estar supeditada a la suya, a sus miedos, a sus temores, a ese sentimiento extraño, mezcla de remordimiento y responsabilidad, que le impulsaba a tener a Kurtz siempre cerca, donde pudiera protegerle, porque no podría perdonarse si llegara a ocurrirle algo. Consiguió de algún modo vencer ese miedo, dominarlo, y fue bueno para él y para Kurtz.

***

A los dieciséis años Kurtz decidió dejar los estudios e ingresar en la academia del ejército. Era un buen estudiante, pero la vida universitaria nunca le atrajo demasiado. Wilhem von Hagen, su amigo, con el que había compartido aquellos años de infancia y juventud en el internado, se alistó con él. Ingresaron juntos como cadetes en la escuela de oficiales de Plön, la misma en la que Gustav Adler se había formado. Casi sin que él se diera cuenta, en aquel tiempo Kurtz se convirtió en un hombre. Heinrich recordaba la primera vez que regresó a casa de permiso, vestido de uniforme, al poco tiempo de ingresar en el ejército. Le recordó muchísimo a su padre. Su hermano poseía todas esas habilidades sociales que Gustav Adler había intentado con fortuna variable inculcar en su hijo mayor. A diferencia de él, Kurtz era abierto, sociable, alegre, capaz de generar una gran empatía. En 1932 estaba ya al mando como teniente de una sección de tanques. Sus subordinados le respetaban y le apreciaban.

En cuanto a Heinrich, los años que Kurtz estuvo en el internado y, posteriormente, en la escuela de oficiales, el trabajo absorbió su vida. Por las mañanas, tres días a la semana, pasaba la consulta del doctor Dietrich. El que fue su mentor desde que decidiera dedicarse a la medicina fue delegando progresivamente en él las tareas asistenciales. Pasados ya los sesenta años, pensaba retirarse pronto y cederle su consulta y sus pacientes, a muchos de los cuales él

conocía ya de años. Todas las mañanas que tenía libres trabajaba en el hospital. Algunas mañanas pasaba visita en las salas de hospitalización, y otras, la mayor parte de ellas, así como todas las tardes de la semana, hacía cirugía, a veces como ayudante de algún colega, otras veces como primer cirujano. Dedicó muchísimas horas, dentro y fuera de su jornada laboral, incluso en días festivos, a dominar técnicas quirúrgicas en las que sus compañeros veteranos eran maestros. Procuró aprender de cada uno de ellos lo mejor. Fueron años provechosos.

Le costaba entonces, y seguiría costándole, a pesar de los años y de la experiencia, asumir que los conocimientos que se esforzaba en adquirir, toda su ciencia, no servirían para salvar a todos los pacientes que pasarían por sus manos. Recordaba con claridad meridiana a uno de sus pacientes en concreto, atendido en sus primeros años de trabajo en el hospital, uno de aquellos a quienes no pudieron salvar. Era un hombre joven que tendría pocos años más de los que él tenía entonces. Le trajeron al hospital tras sufrir un accidente de tráfico. Cuatro cirujanos, él entre ellos, y seis horas de quirófano no pudieron hacer nada. Aún podría describir cada una de las lesiones, fracturas y traumatismos que tenía *herr* H. Recordaba el silencio en el quirófano cuando su corazón se paró, cuando dejó de respirar. Recordaba la sangre. Recordaba la rabia, la frustración. Recordaba el dolor contenido de los médicos que estaban allí, algo que ninguno de ellos verbalizaría nunca. Siempre era doloroso perder un paciente, pero aún lo era más si se trataba de alguien joven con toda una vida por delante. *Herr* H. dejó de existir. No sirvieron de nada todos los intentos para alinear huesos rotos, suturar arterias, recomponer tejidos desgarrados. Todo lo que *herr* H. era, en un instante, desapareció. Se esfumó. Lo que era y también lo que hubiera podido llegar a ser si hubiera vivido. Pero para él no pudieron conseguir una prórroga de la muerte.

Aquel día regresó muy tarde a casa. Después de salir del hospital estuvo caminando por las calles sin rumbo fijo, pensando, buscando en su interior algo que le aportara un poco de serenidad, un poco de calma, algo que le permitiera aceptar, asimilar sin tanto dolor, que no era posible salvarlos a todos. Pero no lo encontró. Los años posteriores de ejercicio profesional tampoco le permitieron encontrarlo. Era uno más de los dolores con los que debería aprender a vivir.

Los Schaeffer esperaban despiertos su regreso. Entonces aún seguían trabajando en su casa, afectuosos, discretos, leales. Sus cabellos eran ya grises. Los dos estarían cerca de cumplir los sesenta

años. Se habían convertido con el tiempo en los verdaderos dueños de la casa, en parte de la familia. Su hermano estaba por aquella época aún en el internado, y él salía temprano por la mañana y rara vez regresaba antes de bien entrada la noche. Aquella noche, la noche en que *herr* H. murió, cuando él llegó por fin a casa, pudo percibir un deje de preocupación en la voz de *frau* Schaeffer al saludarle, y pudo ver también que le miraba de una manera diferente, con una extraña tristeza. Su preocupación no era solo por su retraso; él llegaba tarde a casa con frecuencia. Había en ella algo más. Sonrió cuando él entró en casa, pero no fue una sonrisa alegre.

—Se ha hecho mayor demasiado pronto, Heinrich —le dijo mientras recogía de sus manos el abrigo que acababa de quitarse.

Hacía años que *frau* Schaeffer no le llamaba así, tantos como los que habían transcurrido desde la muerte de sus padres.

Cuando *frau* Schaeffer le dijo aquello, él tenía veinticinco años.

***

En aquel momento Heinrich Adler no pensó mucho en el significado de aquella frase. Con el tiempo, sin saber por qué, quizá precisamente porque fue haciéndose viejo, aquellas palabras y aquella mirada de *frau* Schaeffer le vinieron con frecuencia a la cabeza. Era posible que tuviera razón aquel día al decir que se había hecho mayor muy deprisa. A veces oía a otros médicos en el hospital hablar de su juventud, de su época universitaria, de las reuniones en los cafés, los bailes, los partidos de fútbol o las escapadas para ir a saludar a alguna hermosa señorita. Hablaban de ello con nostalgia, como un período feliz de sus vidas en que no existían las preocupaciones, en que podían ser optimistas porque tenían toda la vida por delante. Cuando él pensaba en su juventud, en sus recuerdos no había nada de aquello. Lo único que encontraba en ellos era culpa, incertidumbre, preocupación, miedo. A veces tenía la impresión de que había pasado de la niñez, de los juegos y las peleas en el patio de la escuela, directamente a la vida adulta. Era como si la juventud, esa época feliz que sus colegas añoraban, a él se le hubiera perdido por el camino, como si en realidad no hubiera sido nunca joven. Lo sentía así.

Pensó que en la vida es necesario pagar un precio por todo lo que se logra. La vida nunca da nada gratuitamente. Cuando, hacia el año 1936, recordó de nuevo aquellas palabras de *frau* Schaeffer, miró en torno a sí. Vio a su esposa, a su querida Anna, con la que había contraído matrimonio en 1933, vio a sus hijas, a Maria, de

dos añitos, y a la pequeña Hilde, que acababa de nacer; vio a su hermano Kurtz, convertido en un hombre del que su padre y su madre se hubieran sentido orgullosos, y pensó que, si el precio que había tenido que pagar por todo aquello era la juventud, le parecía algo nimio en comparación con lo que la vida le había dado a cambio y no se arrepentía en absoluto de ello.

Tres años después comenzaría la guerra, la guerra que se llevaría a Kurtz.

***

Durante la invasión de Polonia, en septiembre de 1939, el regimiento de Kurtz no fue movilizado para combatir. Actuó como unidad de reserva en diversas tareas de apoyo. Heinrich recordaba que las noticias sobre la invasión de Polonia hicieron que un escalofrío recorriera su espalda por la intensidad de aquel ataque, su brevedad y su violencia. Leía los partes de guerra y no tenían nada que ver con lo que conocía de la guerra anterior, de aquella que había segado la vida de su padre. La guerra se había tecnificado de tal forma que el grado de destrucción que podía alcanzarse en un breve lapso de tiempo no tenía comparación. Los tanques y los aviones podían reducir a escombros una ciudad en pocas horas, algo que la artillería de la primera guerra difícilmente hubiera podido conseguir, y no distinguía entre soldados y civiles. Los no combatientes, los ancianos, las mujeres y los niños morían por igual. Le costaba creer, después de lo que había sucedido en 1918, que estuvieran de nuevo inmersos en una guerra, y más en una guerra como aquella. La gente, los políticos, todos parecían haber olvidado completamente lo que les trajo la guerra anterior: la muerte, la miseria. Pero él no. Él no había olvidado que aquella guerra destruyó su familia, no había olvidado la culpa, la angustia, el sufrimiento, el dolor. No había olvidado que la guerra le había arrebatado todo. Y ahora temía por el futuro, por su familia, su esposa, sus hijas. Y temía por Kurtz.

En febrero de 1940 los ejércitos alemanes invadieron Noruega y Dinamarca. Kurtz tampoco participó en aquellas campañas. Su unidad se estaba preparando para otra misión. Partiría dos meses después. Su objetivo era Francia.

Heinrich fue a verle a su acantonamiento antes de que la sección de tanques a su mando partiera al frente. Esta vez no actuaría como unidad de apoyo, sino que entraría en combate. Se estremeció al verle. Él, que le conocía desde que era un niño, que le había visto

crecer a su lado hasta convertirse en el hombre que entonces era, que había sufrido con cada una de las lágrimas que Kurtz había derramado de niño y había reído con él en sus alegrías, que le había ayudado con las tareas escolares, que le había enseñado a montar en bicicleta, que había cuidado de él cuando estuvo enfermo, que había velado por él siempre… Al verle aquel día en el cuartel, vestido con su uniforme negro de oficial de blindados, casi tan alto como él, tan parecido físicamente a su padre, se estremeció pensando que partía al frente como Gustav Adler, y que, como él, podría morir allí.

Kurtz no fue explícito en detalles sobre su nuevo destino. No debía hablar de ello. No le vio especialmente preocupado, pero tampoco exultante con su nueva misión. Acataba las órdenes con fría profesionalidad. No las juzgaba. No debía hacerlo. Para eso le habían formado.

Mientras caminaban por los alrededores del cuartel, recordaron los viejos tiempos de su juventud: las primeras vacaciones en los Alpes, cuando Kurtz aprendió a esquiar, las excursiones de caza por los bosques de Baviera y también aquella vez, al poco tiempo de la muerte de su madre, cuando Kurtz enfermó de neumonía. Recordaba vívidamente las noches eternas que pasó en vela a la cabecera de la cama de su hermano mientras deliraba a causa de la fiebre y luchaba por su vida. Recordaba la angustia, aquel miedo espantoso, de perderle a él también, como había perdido a su madre y a su padre. Recordaba claramente aquel dolor, del que Kurtz no supo nunca, que esperaba que no conociera jamás.

Mientras hablaban sobre el pasado, tuvo la sensación de que Kurtz quería decirle algo. De pronto, su hermano se quedaba callado, como pensativo, unos instantes, y a continuación le miraba, sonreía y retomaba la conversación donde la habían dejado. Era como si no encontrase las palabras o, quizá, el momento adecuado para decir lo que quería decir.

Al despedirse de su hermano, Heinrich le dio algo que había llevado siempre consigo, algo que quería que Kurtz llevara durante la campaña. Era el reloj de bolsillo que Lucie Adler regaló a su esposo en el primer aniversario de boda y que Gustav Adler llevó con él hasta su muerte. En la parte interior de la tapa había grabado un fragmento de la Biblia: «Aunque camine por el valle de las sombras no temeré, porque tú estás conmigo».

***

El diez de mayo los ejércitos alemanes invadieron Bélgica a través de las Ardenas. Cruzar Bélgica y llegar a la frontera francesa fue cuestión de días. La sección de tanques mandada por Kurtz Adler estaba integrada en uno de los regimientos de la 7.ª División Panzer. Los partes de guerra informaban casi diariamente de su avance incontenible. El trece de mayo cruzaba el río Mosa, el dieciséis avanzaba a través de la línea Maginot y el veintiuno estaba ya en la ciudad de Arras, avanzando hacia el Somme. La prensa la llamaba la División Fantasma, porque su avance era tan rápido que en muchas ocasiones era imposible conocer su ubicación exacta.

Durante semanas esperó recibir alguna noticia de su hermano. Sintió, probablemente como había sentido su madre años antes, esa ansiedad ante la llegada del correo, sentimiento extraño en el que se mezclaban a partes iguales la alegría y el miedo ante la incertidumbre de no saber si lo que traería esa carta, largamente esperada, sería quizá la lacónica nota oficial de que el ser querido había caído en combate. De Kurtz solo recibió una carta, a finales de mayo, unas breves palabras en las que le informaba de que se encontraba bien y de que el rápido avance de su unidad no le dejaba mucho tiempo para escribir. De paso, como algo secundario, sin importancia, le decía que le habían concedido la Cruz de Hierro por una acción de su sección de blindados en Arras.

Nunca había dudado del valor de su hermano. Kurtz era fuerte y valiente, mucho más que él. No necesitaba condecoraciones que demostraran su valor. La mejor de las noticias para su hermano era que Kurtz seguía vivo.

***

No fue hasta julio cuando volvió a recibir noticias de su hermano. Heinrich regresaba a casa aquel día de verano ya entrada la noche, cansado, agotado, física y mentalmente. Por la tarde varias cirugías urgentes le habían retenido frente a la mesa de quirófano ocho horas seguidas. Por la mañana la consulta del doctor Dietrich, de la que él se hacía cargo desde que su antiguo mentor se retiró, también había sido dura, no solo por el número de pacientes que tenía citados, sino por todo lo que los acompañaba desde hacía unos años.

Si bien el hospital en el que trabajaba tenía vetada por ley la entrada a los judíos, en su consulta privada se había negado a acatar esa ley, en vigor desde 1938, y seguía recibiendo a todos los pacientes, judíos o no, que deseaban consultarle. Aquella mañana le

había visitado en la consulta *herr* B. Le conocía como paciente desde hacía casi diez años, a él y a la arritmia cardíaca que padecía. *Herr* B. había sido un próspero comerciante de seda que tenía un lujoso establecimiento de telas en una de las calles más exclusivas de Berlín. De aspecto elegante, modales exquisitos, licenciado en Literatura Germánica por la Universidad Humboldt, era siempre un verdadero placer conversar con él. Como había ocurrido en los últimos años con otras muchas personas como él, en Berlín y en todo el país, *herr* B. había perdido su negocio, sus ahorros, incluso su casa. Hacía dos años había sido realojado en uno de los barrios judíos de las afueras de la capital. Desde entonces, él, su médico, había podido ver cómo poco a poco *herr* B. se había ido sumiendo en el abismo de la miseria, al mismo tiempo que su salud física se deterioraba. En los últimos dos años había envejecido por lo menos diez, y si bien sus palabras y sus gestos seguían siendo tan elevados como antes, su forma de caminar, con la mirada baja, los hombros cargados, y el aspecto de sus trajes gastados eran la viva imagen de la humillación y a él le hacían sentir infinitamente miserable, mientras se preguntaba cómo se había podido llegar a aquella situación sin que nadie dijera nada.

Herr B. venía a pedirle ayuda: le era imposible conseguir los medicamentos que necesitaba para tratar su arritmia. No tenía dinero para pagarlos y, aunque lo tuviera, probablemente nadie se los hubiera vendido. Él se los dio, como hacía con muchos de sus pacientes, decenas de ellos, con historias idénticas a las de *herr* B., que acudían a su consulta. Eran medicamentos que compraba él mismo con sus propios recursos. Con ello y con su ciencia, intentaba aliviar los padecimientos físicos de sus pacientes, pero de poco servía para aliviar la injusticia, el dolor moral y aquello que le atormentaba y le avergonzaba.

Cuando se promulgó la ley de 1938 que restringía la atención médica a los pacientes judíos, recibió una notificación en la que se le instaba a cumplirla. En la consulta que había heredado del doctor Dietrich había pacientes judíos. Eran pacientes a los que conocía desde hacía años, desde que pasaba la consulta en calidad de asistente. Cuando el doctor Dietrich se retiró, se convirtieron en sus pacientes. No podía dejar de prestarles atención médica por el hecho de que una ley, arbitraria y a todas luces injusta, así lo dijera. Atenderles era su deber, su deber como médico. Las personas no eligen enfermar, pero él sí había elegido su profesión y eso le comprometía aún más a asistirles. Cuando se promulgó aquella ley, comprendió mucho mejor algunas de las palabras que su padre le

había dicho años atrás. Comprendió aquello de que las leyes, en general, eran herramientas para poder convivir en paz, pero que no todas las leyes eran justas y no todas debían respetarse siempre y a ciegas. Comprendió también mucho mejor aquello que su padre llamaba *deber*.

Al negarse a acatar aquella ley, hubo pacientes que dejaron de acudir a su consulta por no comprometerle. También hubo algunos, no judíos, que dejaron de acudir simplemente por el hecho de que él no dejó de recibir a los que sí lo eran. Pero fueron los menos. La consulta siguió funcionando casi como siempre, aunque pronto dejó de ser rentable, porque muchos de los pacientes que atendía pronto no pudieron pagar ni los medicamentos ni las consultas; pero aquello no era una cuestión de dinero. Se trataba de dignidad.

***

Aquella noche de julio su esposa Anna le estaba esperando en el umbral de la puerta de su casa. Reinaba en ella un extraño silencio. También la actitud de Anna le desconcertó. Su voz, melodiosa y suave, tembló ligeramente cuando le dijo que había acostado a las niñas antes que de costumbre. Generalmente solía dejar que permanecieran despiertas hasta que él llegaba a casa, para que fuera su padre quien las acostara, les leyera un cuento y les deseara felices sueños. Él trabajaba tantas horas, veía a sus hijas tan poco que el breve tiempo que pasaba con ellas cada noche constituía el mayor consuelo en aquellos tiempos convulsos. Sus hijas aún eran felices, no llegaban a ser conscientes todavía del drama que se desarrollaba a su alrededor, y le entregaban, gratuitamente, sin ningún interés, una parte de su inocencia y de su alegría, y de ello obtenía la fuerza que le permitía seguir luchando.

Sintió un escalofrío cuando escuchó la voz de Anna, temblorosa, angustiada, cuando vio la expresión de profundo pesar en su rostro. Algo había ocurrido en casa durante su ausencia. En lo primero que pensó fue en las niñas, en sus hijas… Pero Anna hizo un gesto tranquilizador cuando le preguntó por ellas.

—Maria y Hilde están bien —le dijo casi en un susurro—, pero tú tienes una visita. Llegó esta tarde. Te está esperando en el salón.

Entró rápidamente en la casa, sintiendo su corazón latir con fuerza en su pecho. Vio a un hombre de uniforme, sentado en el sofá, esperando. Por un momento pensó que se trataba de Kurtz. Hacía semanas que no tenía noticias suyas y aquello le tenía preocupado, sumido en la incertidumbre, más de lo que él mismo

hubiera querido reconocer. Enseguida se dio cuenta de que no era Kurtz, en cuanto el militar se puso en pie cuando él entró en el salón: era Wilhem von Hagen, el amigo de Kurtz, a quien conoció de niño en el internado, junto a quien había ingresado en la escuela de oficiales. Wilhem von Hagen, que, como Kurtz, era teniente al mando de una sección de tanques en la misma división y que estaba con él en Francia.

Ambos se miraron. Él se detuvo en el umbral de la puerta. Entonces lo vio: sus ojos se desviaron casi sin quererlo a la pequeña caja negra que había sobre la mesa del salón. La reconoció al instante. Ya había visto anteriormente una igual: la que contenía los objetos personales que su padre, Gustav Adler, llevaba consigo cuando cayó en Francia en 1918. Aquella otra caja la trajo un oficial del regimiento de su padre. Recordaba que aquella mañana del verano de 1918 fue su madre la que acudió a abrir la puerta. Recordaba cómo la expresión del rostro de Lucie Adler cambió de pronto cuando vio al militar, de pie, en el umbral. Recordaba cómo desapareció el color de las facciones de su madre, como si su corazón hubiera dejado de pronto de latir. No dijo nada; tan solo se quedó mirando aquella caja negra. Se llevó una mano temblorosa al corazón, las fuerzas le abandonaron y se dejó caer, de rodillas, ante el oficial, antes de que este pronunciase una sola palabra.

Tampoco él necesitó que el teniente Von Hagen dijera una sola palabra para saber que Kurtz había muerto.

***

Se quedó quieto, como paralizado, en el umbral de la puerta del salón, sin poder apartar la vista de aquella caja, idéntica a la que un día recibió su madre, que supuso para ella el principio del fin. Sentía los latidos de su corazón tan fuertes como si quisieran romperle el pecho, tan lentos como si su corazón de un momento a otro fuese a pararse. Sentía que la sangre dejaba de fluir por su rostro, que su entereza flaqueaba, se desmoronaba. Sentía una garra de acero que poco a poco aprisionaba su garganta, impidiéndole casi respirar. Wilhem von Hagen se acercó hasta él.

—*Herr* Adler.

El teniente le tendió la mano. Él aún tardó unos instantes en reaccionar. El dolor era tan grande… El dolor de aquella nueva pérdida, aunque posible, nunca esperada y siempre terrible. Alzó al fin la vista para mirar a Von Hagen y pudo ver también en sus ojos un dolor similar, el dolor de perder a un compañero de armas, a un

amigo con el que había convivido desde la infancia. Estrechó su mano con fuerza. El dolor no le impidió reconocer el valor de aquel gesto, la lealtad y la dignidad que había en el hecho de que Wilhem von Hagen viniera hasta su casa, personalmente, a darle aquella noticia, mirándole a los ojos, sin permitir que fuese una nota oficial, fría y aséptica la que le comunicara aquella cruel verdad.

—Teniente Von Hagen, acompáñeme —le dijo con toda la firmeza que pudo rescatar de su interior—. Hablaremos en privado.

Von Hagen recogió la caja que había traído consigo y le acompañó hasta el despacho. Heinrich cerró la puerta.

Permaneció de espaldas al teniente unos instantes. Sentía que el dolor le desgarraba el pecho y atenazaba su voz. Kurtz muerto… Creyó por un momento que no podría soportarlo. La angustia le desbordaba. Creyó que se derrumbaría, que no podría soportar también aquella pérdida. Pero no fue así.

Escuchó que Von Hagen dejaba sobre el escritorio del despacho la caja con las pertenencias de Kurtz. Respiró profundamente, luchando por controlarse, y se volvió para mirarle.

—¿Cómo fue? —preguntó.

Von Hagen mantuvo su mirada cuando respondió:

—Rápido. No sufrió.

—Esas palabras no son suficientes para mí —su voz sonó, incluso para sí mismo, dura, cruel—, olvida usted que soy médico. Quiero saber exactamente cómo ocurrió.

Wilhem von Hagen no sucumbió ante su mirada implacable. Heinrich Adler sabía que con su silencio el teniente intentaba protegerle, hacer de algún modo menos dolorosa aquella pérdida. Pero él no quería ser protegido. No quería ignorar nada del horror. La vida le había ofrecido, una vez más, un amargo cáliz, y él no pensaba volver el rostro. Al contrario, deseaba, furioso, apurarlo hasta el fin.

—En el canal del Somme el tanque de su hermano fue alcanzado por el impacto directo de un proyectil de artillería anticarro que perforó el blindaje —respondió finalmente el teniente tras un momento de tenso silencio—. El proyectil, afortunadamente, no alcanzó el depósito de combustible, así que el tanque de Kurtz no se incendió. Cuando llegué hasta él para sacarle de allí…, su cuerpo había recibido múltiples impactos de metralla, pero lo que le mató fue un fragmento de acero del blindaje del tanque que le atravesó el cuello. Había mucha sangre. Debió de morir en pocos minutos.

Él respiró profundamente. Cada una de las palabras de Von Hagen multiplicaba mil veces su dolor, pero siguió en pie. Su rostro,

hermético, no dejó traslucir ninguna emoción. Su mirada no se apartó ni un momento de la del teniente.

—¿Cuánto tiempo lleva esperándome? —preguntó al cabo de un momento.

—He llegado a su casa a las seis de la tarde.

Él miró su reloj; eran más de las diez.

—¿Tiene alojamiento en Berlín, teniente?

—No, *herr* Adler. Mi familia hace años que se trasladó a Hamburgo.

—Permítame entonces ofrecerle esta casa. Podrá cenar algo y descansar para continuar mañana su viaje hasta Hamburgo, porque imagino que está de permiso.

—No, *herr* Adler. Mañana regreso al frente. —Heinrich le miró sin comprender—. Estoy aquí con una autorización especial de mi comandante. Tenía un compromiso que cumplir. Le prometí a Kurtz que lo haría.

—¿A qué se refiere?

Wilhem von Hagen tardó un momento en responder.

—Cuando abandonamos la ciudad de Arras camino del Somme, donde Kurtz… —su voz se quebró un instante apenas perceptible—, donde Kurtz encontraría la muerte, su hermano me pidió que, si esto llegaba a ocurrir, que no permitiera que usted se enterara de ello por los medios habituales. Me pidió que viniese yo, personalmente, a comunicarle la noticia. No quiso decirme por qué. Al principio creí que bromeaba. Kurtz tenía un sentido del humor inquebrantable, incluso en las situaciones más difíciles. Pero cuando le miré, aquel día supe que en aquella ocasión hablaba completamente en serio. Sé que es absurdo, pero me pareció que, de algún modo, él presentía lo que iba a ocurrir. Su hermano hablaba con frecuencia de usted. Le tenía un gran afecto; le admiraba. Aquel día me dijo que, desde que empezó la campaña de Francia, había una idea que no dejaba de atormentarle. Durante años había querido hablar con usted, decirle algo que para él era importante, pero nunca había encontrado el momento ni las palabras adecuadas para hacerlo. Por eso me pidió que, si él caía, cuando yo viniera aquí a comunicarle la noticia, le dijera, simplemente, de su parte, «gracias». Me dijo que usted lo comprendería.

Heinrich Adler sintió de pronto cómo su rostro palidecía más aún. Sintió que un sudor frío bañaba su frente y cómo todas las fuerzas de las que había intentado hacer acopio para afrontar con entereza aquella situación le abandonaban. El nudo de su garganta le ahogaba. Su corazón pareció detenerse de pronto. Sus manos, que

jamás habían dudado al manejar un bisturí, por primera vez comenzaron a temblar. Sintió que las piernas ya no podrían sostenerle y tuvo que apoyarse en el escritorio para no caer.

El teniente Von Hagen se acercó rápidamente a él.

—¿Se encuentra bien, *herr* Adler?

Pudo percibir preocupación y angustia en la voz del teniente. Comprendió que no podía derrumbarse. Al menos no en aquel momento. Respiró hondo y alzó la vista para mirarle.

—Estoy bien.

—*Herr* Adler, créame si le digo que desearía mil veces que hubiese sido Kurtz quien hubiera venido hoy a esta casa, y no yo.

—Agradezco sus palabras, teniente. La lealtad que ha mostrado usted para con mi hermano le honra.

—Lamento profundamente que haya sido en estas circunstancias.

—La muerte, teniente Von Hagen, forma parte de la vida. Tenemos que aprender a vivir con ello.

Se acercó a la puerta del despacho.

—Acompáñeme, por favor. Mi esposa le servirá algo de cenar y le indicará dónde está la habitación de invitados.

Von Hagen caminó hasta él y se detuvo a su lado. Le tendió de nuevo su mano.

—Lo siento mucho.

Él estrechó la mano que le tendía. Le miró a los ojos.

—Lo sé.

***

Su esposa Anna acomodó al teniente Von Hagen aquella noche en su casa. Heinrich Adler se quedó a solas en el despacho. Solamente entonces se atrevió a abrir la caja que contenía las pertenencias de su hermano. No era mucho lo que llevaba consigo cuando murió: una pitillera de plata, varias llaves, una caja de cerillas, su cartilla militar, la Cruz de Hierro con la que habían distinguido su valor y el reloj, aquel reloj que él le había dado antes de que partiera al frente. «Aunque camine por el valle de las sombras no temeré, porque tú estás conmigo…» Pero él no estuvo a su lado cuando Kurtz tuvo que atravesar ese valle.

Se sentó porque le faltaban las fuerzas, y se quedó allí, contemplando los objetos que contenía aquella caja, objetos nimios, cotidianos. Era todo lo que le quedaba de Kurtz, porque su cuerpo se quedaría allí, en algún lugar de Francia, como el de su padre.

Sentía tanto dolor que creía que no podría soportarlo. ¡Dios!, había luchado tanto por su hermano… Había intentado que tuviera todo lo bueno de lo que él disfrutó mientras sus padres vivieron: la seguridad, el afecto, la educación, los principios que le ayudarían a encauzar su vida… Había intentado protegerle de todo lo malo. Si no hubiera sido por él, si no hubiera sido por el pequeño Kurtz, estaba seguro de que no hubiera tenido el coraje de afrontar aquellos años terribles, al menos no como lo hizo. Conocía su carácter y sabía que, sumido en la desesperación, abrumado por el remordimiento y la culpa, hubiera tomado caminos que le hubieran llevado a su propia destrucción. Sin Kurtz no hubiera encontrado la fuerza suficiente para luchar, sobre todo contra él mismo, contra sus fantasmas, sus temores y sus carencias, y se habría dado por vencido.

Estaba tan orgulloso de su hermano… Él reunía lo mejor de Gustav y de Lucie Adler. Incluso habiendo perdido a ambos siendo un niño, todo lo bueno que ellos trataron de inculcarle a él encontró en Kurtz la mejor manera de crecer y dar sus frutos, aunque Kurtz se hiciera mayor sin su presencia, y a pesar incluso del ejemplo de su hermano mayor, que no fue siempre el mejor. Él siempre supo que la profesión que su hermano había elegido, la misma que habían ejercido la mayoría de los hombres de la familia durante generaciones, llevaba implícito un riesgo. El deber y la muerte en la vida de un militar iban con frecuencia peligrosamente juntos. La muerte estaba ahí, siempre presente; era imposible ignorarla. Se la conocía, se la veía en otros. Pero generalmente se la sentía ajena, como si a uno mismo no debiera alcanzarle nunca. Por eso, cuando la muerte llegaba, bien para uno mismo o para la gente que uno apreciaba, siempre era inesperada, violenta y brutal, y el dolor de ese golpe era siempre terrible.

Heinrich Adler se preguntaba por qué tuvo que ser Kurtz. ¿Por qué Kurtz y no él? Él era el mayor. Doce años mayor que su hermano. Doce años eran muchos años. En la evolución natural de las cosas, lo habitual era que los viejos murieran antes que los jóvenes, los padres antes que los hijos. Él era el viejo. Él había ejercido, en cierto modo, lo mejor que había sabido, lo mejor que había podido, el papel de padre con Kurtz. Ahora que tenía hijos, sus dos queridas niñas, Maria y Hilde, cuando les daba las buenas noches al acostarlas, cuando jugaba con ellas, cuando en las noches insomnes se acercaba hasta la puerta de su habitación solamente para comprobar que seguían dormidas y que estaban bien, cuando los días en que estaban enfermas o tenían fiebre se convertían en

una agonía y cada lágrima que derramaban era como un puñal que se clavaba en su pecho, se daba cuenta de que veinte años antes había vivido algo parecido con su pequeño hermano, con esa misma preocupación, rayana casi en lo obsesivo, por su bienestar, con ese afecto incondicional tan grande que no podría describirlo con palabras, algo que hacía que uno estuviera dispuesto a dar su vida por ellos. Los hijos, que eran parte de uno mismo, lo mejor de uno mismo, su legado al futuro, su esperanza… Si él era el viejo, si él fue, de alguna manera, el padre y la madre de Kurtz, debía haber sido el primero en cruzar el valle de las sombras, y no su hermano. Eso hubiera sido lo correcto. Y eso hacía su pérdida aún más dolorosa. Su mente y su corazón se negaban a aceptarla, como no podrían aceptar nunca perder a Hilde o a Maria. El dolor era demasiado grande.

Recordó a su padre cuando, herido, regresó de permiso en la primavera de 1918. Recordó las primeras curas que le hizo el doctor Dietrich, en las que él, entonces estudiante de medicina, le ayudó. Recordaba el dolor que causaba a su padre el desbridamiento de aquellas terribles heridas de metralla en su pierna. Y recordaba también cómo Gustav Adler lo soportaba. Ni una queja, ni un lamento, ni una palabra. Solo silencio, un silencio estremecedor. Recordó cómo una vez, al acabar una de aquellas dolorosas curas, el doctor Dietrich se dirigió a su padre para admirar su entereza, y recordó la respuesta de Gustav Adler: «La vida rara vez nos da más de lo que podemos soportar».

Recordó las palabras de su padre, su serenidad, su fuerza, y se preguntó si también él guardaría en su interior, sin saberlo, ese valor para enfrentar el sufrimiento. Tenía miedo de sí mismo. Temía mirar dentro de sí y darse cuenta no solo de que carecía de ese coraje, sino de que allí no había nada que mereciera la pena.

Kurtz estaba muerto. Su hermano estaba muerto y él no había podido ayudarle. Veinte años antes tampoco supo salvar a su madre de su propia destrucción. En el caso de Kurtz, mil kilómetros de distancia los separaban. Nunca sabría si su ciencia hubiera podido hacer algo para salvar la vida de su hermano, porque no estuvo a su lado cuando Kurtz hubiera podido necesitar de él. Veinte años separaban esas muertes, la de Lucie Adler y la de Kurtz, pero el dolor de la pérdida, el dolor de la ausencia, el remordimiento y la culpa eran igualmente intensos, incluso más. Veinte años atrás, la juventud quizá, la rabia y la ira le ayudaron a luchar contra sus propios demonios. Ahora que ya era viejo, o al menos se sentía viejo, la ira solo le servía para destrozarse por dentro, para atenazar

aún más su garganta, para impedir que las lágrimas llegasen hasta sus ojos, para enmascarar ante los demás el dolor bajo una máscara de frialdad impenetrable.

Quería pensar que no le había fallado a Kurtz. Quería creer que era posible que todo estuviese dispuesto de antemano, que, como decía su padre, nada ocurría sin una razón, que debía ser así, que él debía sufrir el dolor de la muerte de su hermano, quién sabe si para encontrar dentro de sí ese coraje que no sabía si tenía, si llegaría a tener. Pero aquellos pensamientos eran un escaso consuelo para alguien que, como él, hacía ya mucho tiempo que no creía en nada.

Pensó en Anna y en sus hijas. Solo ellas hacían tolerable la vida, su vida, una vida en la que todo lo que apreciaba, todo aquello por lo que había luchado y sufrido, le estaba siendo arrebatado, inesperada y cruelmente, sin ninguna posibilidad de recuperarlo jamás. Solo en ellas encontraba un motivo para no flaquear. Y temía por ellas, porque sabía que en aquellos momentos no estaban seguras en Berlín.

***

Llamaron a la puerta del despacho. Aquello le sacó de los oscuros pensamientos en los que había estado sumido. Miró el reloj; era casi medianoche. Su esposa Anna entró en la habitación. Después de ofrecer al teniente Von Hagen un frugal tentempié y acomodarle en la habitación de invitados, vino a buscar a su esposo. Se acercó a él. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas.

—Es tu hermano —le dijo con voz temblorosa, apoyando sus manos delicadas sobre su brazo—, ¿es que no vas a derramar ni una sola lágrima por él?

Pero sus ojos estaban secos.

—Ojalá pudiera.

Anna se sentó sobre sus rodillas como una niña, triste, frágil, indefensa. Rodeó su cuello con los brazos, sollozando, y dejó caer sobre su hombro sus lágrimas. Lloró por Kurtz y también por él.

Al cabo de un rato él besó sus cabellos y le dijo que se fuera a acostar. La tensión de aquel día la había agotado. Ella le preguntó si no iba a dormir. Heinrich le respondió que iría enseguida.

Se quedó de nuevo solo en el despacho. Dejó pasar las horas. Aquella noche no durmió.

La incertidumbre

Los combates en torno a la ciudad de Járkov proseguían. Los proyectiles enemigos caían cada vez más cerca de su destruido hospital, algunos tan cerca que derrumbaban parte de las paredes que aún quedaban en pie, pero a él aquello le era indiferente. Rodeado de muerte se preguntaba si para él merecía la pena seguir luchando, si merecía la pena seguir viviendo, seguir sufriendo. Es más, ni siquiera sabía por qué su mente se empeñaba en plantearle ese interrogante, si quizá, cuando consiguiese arrancar aquel trozo de hierro que atravesaba su hombro, tal vez descubriera que su lucha había sido inútil y vería cómo la vida se le escapaba con la sangre que se derramaría a borbotones de sus arterias desgarradas. Y antes de darse cuenta siquiera, también él estaría muerto, desangrado.

Sus ojos cansados contemplaron la destrucción a su alrededor y se preguntó con rabia por qué se le había permitido vivir para ser testigo de aquel horror, para tomar consciencia de todas las vidas que no pudo salvar, de todo el dolor que no pudo aplacar. Si hubieran evacuado antes el hospital… Es posible que aquello no hubiera cambiado demasiado las cosas y que muchos hombres hubieran muerto igualmente, pero eso ya no lo sabría nunca. Fue consciente una vez más de que su ciencia, su lucha, era una batalla perdida de antemano. Al final, en un momento u otro, la muerte siempre gana. Y en aquella ocasión su victoria había sido abrumadora.

«Todos morimos…», pensó, evocando las palabras de su padre. Debía ser así. Era así. Probablemente la única certeza que tenía la vida era la muerte. Su padre siempre lo supo; quizá por eso no la temía. El doctor Dietrich, su mentor, sin duda tenía razón cuando, siendo él estudiante de medicina, le repetía con frecuencia que la vida, en última instancia, nunca está en las manos de los hombres ni en sus conocimientos. La muerte no puede ser vencida. Se puede intentar luchar contra ella, engañarla, se puede intentar esquivarla, conseguir de ella una prórroga. Pero al final tiene siempre la última

palabra. Y aunque él deseara con todas sus fuerzas hacerlo, no podría salvarlos a todos.

Movió sin darse cuenta el brazo herido y el dolor le hizo estremecer. Le sacó de aquel vacío, de aquella indiferencia en la que se estaba hundiendo. Volvió el rostro para mirar, a través del muro derruido, a su derecha, el quirófano contiguo al suyo, donde estaba operando el capitán médico Von Maier antes de la explosión, y entre las ruinas reconoció su silueta familiar, sus cabellos rubios. Von Maier yacía allí, boca abajo en el suelo. No había podido escapar de la catástrofe para dirigirse al puesto de socorro que había ordenado habilitar en retaguardia con la intención de poder evacuar el hospital. Una orden que llegaba demasiado tarde. Había caído allí.

Pensó de pronto que era posible que Von Maier no estuviese muerto, que solo estuviese inconsciente, como lo había estado él. Aquello le hizo recobrar nuevas fuerzas, y su voluntad le permitió, contra toda lógica, sobreponerse al dolor y a las heridas y ponerse en pie. Y su cuerpo magullado, alentado por aquella esperanza de encontrar a alguien vivo entre tanta muerte, consiguió dar primero un paso, luego otro y otro más, entre los cadáveres y los escombros, entre los cascotes y la metralla que la artillería soviética dejaba caer sobre la posición. Le llamó en voz alta, gritó su nombre, pero no pudo ver reacción alguna en él. Al fin, tras recorrer los escasos metros que le separaban de Von Maier con un esfuerzo casi sobrehumano, se arrodilló junto a él. Con su brazo sano consiguió girar aquel cuerpo inerte, pero antes incluso de hacerlo, solo con el tacto de su mano, supo que estaba muerto.

El cadáver del capitán médico Von Maier estaba aparentemente intacto. No presentaba ninguna herida, ninguna lesión aparente que justificara su muerte, pero él supo que la onda expansiva de la explosión le había reventado por dentro. Sus pulmones ya no respiraban. Su corazón había dejado de latir. La vida se le había escapado.

Esperanza… Tenía esperanza de encontrar a alguien con vida, de encontrar ayuda y consuelo, alguien con quien compartir aquella pesada carga de luchar contra la muerte, de paliar el dolor. También había tenido, hacía tiempo, la esperanza de poder salvar a su familia, a su esposa y a sus hijas, del peligro que se cernía sobre ellas. Esperanza.

Se acordó de pronto, sin saber muy bien por qué, de aquel verano, de niño, cuando se rompió la pierna acompañando a su padre en una jornada de caza mientras perseguían un corzo.

Recordaba aquel verano como uno de los más felices de su infancia, a pesar de que estuvo seis semanas con la pierna escayolada y pasó los días entre la casa y el jardín, sin poder apenas moverse. Se acordó de los hijos de los trabajadores de la granja de Baviera que venían a jugar con él. Se acordó de las mañanas soleadas y frescas en las que se sentaba junto a su madre al piano y tocaban juntos. Se acordaba de la risa alegre de Lucie Adler, de sus manos delicadas junto a las suyas, pequeñas e infantiles, sobre las teclas del piano. Sintió de nuevo, como cuando era niño, cómo aquellas manos acariciaban con ternura sus cabellos revueltos y recordó de pronto con claridad meridiana las canciones infantiles que aprendió en la dulce voz de su madre. Se acordó de las tardes de verano en el jardín, cuando su padre iba a sentarse junto a él con un libro entre las manos, y fue como si escuchara de nuevo la voz de Gustav Adler, profunda, envolvente, casi mágica, dando vida a las palabras escritas, negro sobre blanco. Y recordó una de aquellas historias de dioses y hombres que le leyó su padre, una de esas historias mitológicas que de niño tanto le apasionaban.

Cuando Prometeo, sintiendo compasión por los hombres que vivían en la oscuridad de la tierra, se atrevió a robar el fuego de los dioses para iluminarlos y darles calor, Zeus montó en cólera y decidió crear una mujer capaz de seducir a cualquier hombre. Encargó esa tarea a sus dioses del Olimpo. Hefesto la modeló en arcilla, dotándola de la figura de una joven doncella, bella como las diosas inmortales; Afrodita le otorgó gracia y sensualidad; Atenea la adornó con hermosos vestidos y le enseñó el arte del telar, y Hermes sembró su espíritu de mentiras e hizo su carácter voluble. Entonces Zeus la dotó de vida, la llamó Pandora, «todos los dones», y la envió a casa de Prometeo, donde este vivía en compañía de su hermano Epimeteo. Epimeteo se enamoró perdidamente de ella y la hizo su esposa. Pero Pandora traía algo consigo, algo que Zeus le había entregado: era una caja que contenía todos los males y todos los bienes del mundo. Los hombres no conocían entonces la enfermedad, el sufrimiento ni la miseria, pero tampoco los más nobles y elevados sentimientos. Un día Pandora, incapaz de resistir la curiosidad, decidió abrir aquella caja. Así, los males se extendieron por el mundo, mientras que los bienes regresaron al Olimpo del que habían surgido. Horrorizada, Pandora cerró de golpe la caja y dentro de ella quedó solo la esperanza, como consuelo para las desgracias que desde entonces sufren los hombres.

Fue allí, en Ucrania, entre las ruinas de su hospital, herido, rodeado de muerte, donde comprendió el sentido último de aquella

historia que había escuchado en su niñez, aquella historia que durante años había permanecido arrinconada en algún lugar de su memoria y que volvía entonces a la parte consciente de su mente: Zeus da a los hombres la esperanza: ella es, en verdad, el más cruel de los dones porque solo sirve para prolongar sus sufrimientos.

***

Anna, su querida Anna… Apareció en su vida en el momento en el que más la necesitaba, en aquellos años en los que, con Kurtz en la escuela de oficiales de Plön, su vida se reducía a trabajo, trabajo y más trabajo, solamente para evitar ser consciente de su soledad, para mantener bajo control la angustia y el dolor, para no enfrentarse al miedo de construir su propia vida.

Todavía recordaba el día en que ella fue a su consulta. Cuando salió el último paciente que tenía citado aquella mañana en la agenda, *frau* Müller, su secretaria, entró en el despacho para decirle que había una señorita esperando verle. Aquella mañana iba bastante justo de tiempo. En menos de una hora debía estar en el hospital para una operación quirúrgica que tenía programada. Dudó por un momento si debía recibirla o pedirle por favor que acudiera al día siguiente, pero pensó que si ella había esperado a que terminase sus visitas para recibirla, debía ser algo importante, así que le dijo a *frau* Müller que la hiciera pasar.

Cuando la vio entrar hubo algo en ella que le resultó familiar. Quizá fueran los rasgos delicados de su rostro, o sus ojos oscuros, aterciopelados, perturbadores… Se quedó unos instantes mirándola, no solo porque ella era extraordinariamente hermosa, sino también desconcertado, intentando recordar por qué le resultaba de alguna forma conocida. Entonces ella habló.

—Doctor Adler, no sé si se acordará de mí.

Y al instante reconoció aquella voz acariciadora como el susurro del mar. Se levantó para recibirla.

—Anna… Anna Stern —respondió estrechando la mano que ella le tendía.

Ella sonrió y él sintió que en aquel instante una luz iluminó la oscuridad de su vida.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo ella.

—Es cierto.

—Me alegra mucho volver a verle.

—También a mí, verla a usted.

Nunca antes se había sentido tan inseguro, tan vulnerable, tan

nervioso, tan torpe, como en aquel momento frente a ella. Ni siquiera en las primeras ocasiones en que asistió al doctor Dietrich en el quirófano, cuando apenas conocía lo más básico sobre anatomía, sobre instrumental quirúrgico o sobre medicación, había sentido esa inquietud, esa incertidumbre, ese no saber qué decir, qué hacer, esa emoción extraña que hacía que hasta sus manos, de ordinario firmes, temblaran.

Anna Stern había sido una de las alumnas de piano de Lucie Adler. Dos veces por semana iba a su casa a recibir de ella clases de piano. Era una de sus mejores alumnas. Lucie Adler siempre dijo de ella que tenía un don, que había nacido para la música. Quería a aquella niña como si hubiera sido de la familia. Anna Stern era la única hija de una familia de conocidos orfebres de Berlín que tenían un taller de joyería en Friedrichstrasse. Sus joyas gozaban de un gran éxito entre las clases más altas de la sociedad berlinesa, y los Stern, por ende, disfrutaban de una posición acomodada. El talento de Anna le había valido una beca en el Conservatorio Superior de Música de Berlín y regularmente acudía a casa de los Adler para completar su formación junto a Lucie. Entonces Anna tenía doce años. Él tenía quince. Anna iba a casa habitualmente por las tardes. Casi siempre había oscurecido cuando las clases acababan y Lucie solía pedir a su hijo mayor que la acompañara de regreso a su casa. En aquella época no era conveniente ni cortés que una señorita tan joven anduviera sola por las calles a esas horas. Por aquellos años, años todavía felices, él acompañó a Anna de regreso a su casa en múltiples ocasiones. Al hacerlo recordaba que se sentía importante, fuerte; su presencia la protegía. Sin embargo, aquella niña, de algún modo, le intimidaba. No sabía cómo dirigirse a ella, cómo tratarla. No muy alta, delgada, parecía frágil y delicada como si fuese de cristal. Tenía la impresión de que con solo hablarle podría hacerle daño y nunca se atrevió a mantener con ella una conversación de más de tres frases. Cuando salían de casa de los Adler para ir a su casa, él se ofrecía a llevarle las partituras. Ella le miraba con sus ojos oscuros y sonreía. Le daba las gracias con su voz suave y dulce y él sentía que aquella sonrisa le hacía estremecer. Caminaban los dos, uno junto a otro, en silencio. Al llegar a su casa, ella recogía sus partituras de manos de Heinrich, agradecía su amabilidad y llamaba a la puerta. Los padres de Anna siempre le invitaban a pasar. Él no se atrevió a hacerlo nunca. Solamente después de que la puerta se hubiera cerrado tras ella, sabiendo ya que estaba en su casa, a salvo, él regresaba a la suya, con un extraño sentimiento de felicidad en su pecho.

Todo aquello acabó cuando Gustav Adler murió. Lucie dejó de recibir alumnos. Se fue hundiendo poco a poco en su dolor hasta que este acabó destruyéndola. Heinrich no volvió a ver a Anna. Durante mucho tiempo también él estuvo sumido en su propio dolor, que no dejaba sitio en su interior para ningún otro sentimiento. Si alguna vez volvió a acordarse de Anna, era como si perteneciese a otro mundo, a otra vida, antes de que Lucie y Gustav Adler dejaran de existir, otra vida en la que era feliz. No volvió a pensar en ella, no al menos como algo real, hasta que aquel día fue a su consulta, hasta que reconoció su voz, sus ojos oscuros y profundos, su sonrisa, que le estremecieron como habían hecho muchos años atrás.

—Pase, por favor —se atrevió finalmente a decirle—. Siéntese.

Le ofreció una silla y él se sentó frente a ella, al otro lado de la mesa. Apoyó sus manos sobre el escritorio en un intento de dominar su emoción, y, tras un momento, que aprovechó para respirar profundamente, le preguntó con voz neutra, puramente profesional.

—Dígame, ¿en qué puedo ayudarla?

Los ojos perturbadores de ella no apartaban su mirada de los suyos.

—En realidad no he venido a verle por una consulta médica. Mi salud de momento es buena, gracias a Dios —respondió ella, y él pudo ver cómo un tenue rubor cubría sus mejillas y sus ojos oscuros brillaban—. En realidad, he visto su nombre en la placa que hay en la puerta de la consulta hace unas semanas, cuando iba camino del conservatorio, donde doy clases de piano. No estaba segura de que fuera usted, el Heinrich Adler que yo conocía, hasta que ayer le vi de lejos entrar aquí y pensé que…, que tal vez usted quisiera conservar esto.

Dejó sobre el escritorio unos libros de partituras: *El clave bien temperado* de Bach, *Nocturnos* de Chopin… Él los hojeó. Eran partituras de su madre, de Lucie. En sus páginas había anotaciones de su puño y letra, notas técnicas sobre la interpretación de las obras y también palabras de ánimo: «Esta música tomará vida a través de tus manos. ¡Marca ese *crescendo*!»… Cuántos recuerdos guardaban aquellas páginas, cuántos buenos recuerdos de cuando ella vivía y su alegría lo impregnaba todo… Hojeando aquellos libros, no pudo evitar una sonrisa triste.

—Se lo agradezco sinceramente, pero hace ya mucho tiempo que no toco con asiduidad. El trabajo no me deja demasiado tiempo libre.

—Quizá sus hijos… —respondió ella.

Aquella afirmación en labios de Anna Stern le sorprendió.

—Ni siquiera estoy casado. —Le devolvió las partituras—. Consérvelas usted, se lo ruego. Estoy seguro de que a ella le hubiera gustado que fuera así. Era una de sus mejores alumnas. Siempre dijo que usted era especial, que tenía un don, un talento especial para la música, algo poco común.

Pudo ver cómo ella se ruborizaba cuando sus manos rozaron por un instante las suyas al recoger las partituras de la mesa. También él se estremeció.

—He acabado mi consulta. Aún tengo una hora antes de presentarme en el hospital. ¿Se dirige usted a casa? —le preguntó armándose de valor.

—Sí, así es.

—Quizá me permita usted acompañarla hasta allí, como hace años.

Ella sonrió con la misma sonrisa que él aún recordaba tan bien.

—Se lo agradezco.

Heinrich recogió su abrigo y su maletín. Salieron de la consulta. Él se ofreció, como había hecho tantos años antes, a llevar sus libros. Su fragilidad, su belleza, su mirada, seguía intimidándole como habían hecho hacía ya tanto tiempo, pero entonces él ya no era un muchacho.

—Así que ahora trabaja usted en el conservatorio.

—Desde hace casi dos años —respondió ella—. Es algo que nunca hubiera logrado sin su madre, sin su talento y su vocación por enseñar, sin la confianza que puso en mí.

—Ella sabía reconocer las aptitudes de sus alumnos para la música. Vio en usted el mismo amor por el arte que ella tenía, y no se equivocó.

—Es usted muy amable.

Sus ojos se nublaron por un momento.

—Lamenté muchísimo su pérdida —continuó diciendo—. La apreciaba mucho.

—Ella también la apreciaba a usted.

Le miró con aquella mirada suya, cautivadora.

—También lo sentí mucho por usted y por su hermano —añadió tras un momento de silencio—. Debió de ser difícil.

Él tardó un momento en responder. Su corazón se llenó de pronto de dolorosos recuerdos.

—Conseguimos salir adelante.

—Nunca dudé de ello, porque usted es fuerte. —Su mano delicada se apoyó por un instante en el brazo de él.

Aquel breve contacto le hizo estremecer. Sus miradas se cruzaron un instante y él sintió que aquellos ojos oscuros, perturbadores, podrían ver lo más profundo de su alma. Ella sonrió y él apartó la vista, desconcertado, temiendo que pudiera descubrir todos sus miedos, toda su debilidad.

—¿Sigue viviendo en el mismo sitio? —preguntó él, cambiando de tema.

—Sí, la casa de mis padres sigue donde estuvo siempre. Ya estamos cerca.

Caminaron unos minutos más, en silencio, uno junto al otro, como años atrás. Cuando llegaron a su puerta le invitó a pasar.

—Mi familia se alegrará sin duda de verle.

—Se lo agradezco de veras, pero debo ir al hospital —respondió él—. Me esperan en media hora para una cirugía.

—¿No puede demorarse ni unos minutos?

—Lo siento, pero no puede ser.

Le devolvió las partituras que había traído. Ella le tendió la mano, que él estrechó.

—Me alegro mucho de haber podido volver a verle, doctor Adler.

—Este encuentro también ha sido un motivo de alegría para mí.

Él permaneció unos instantes estrechando entre las suyas la mano pequeña y delicada de ella, reuniendo dentro de sí el valor suficiente para decirle lo que quería decir.

—Hoy no dispongo de tiempo, pero me gustaría poder volver a verla. Es decir, si es posible, si usted quiere…

Se maldijo interiormente, furioso consigo mismo, sintiéndose ridículo como un niño de parvulario. Aquella situación era completamente nueva para él, que no se había distinguido nunca precisamente por sus habilidades sociales y se sentía estúpido. Pero fue una sensación fugaz que desapareció completamente cuando vio que ella sonreía, cuando vio aquel brillo en sus ojos aterciopelados.

—Me encantaría.

Su corazón comenzó a latir con fuerza. Le embargó una emoción extraña, algo que nunca antes había sentido, una extraña mezcla de nerviosismo, miedo y felicidad.

—¿El domingo, quizá? ¿Por la tarde?

—Ya sabe donde vivo —respondió ella—. Le estaré esperando.

—Hasta el domingo, entonces, *fräulein* Stern.

—Adiós, doctor Adler. Y gracias por su compañía.

—Ha sido un placer.

Él permaneció junto al umbral hasta que la puerta de su casa se

cerró tras ella, como cuando eran niños. Después emprendió el camino al hospital.

Aquel día cambió su vida.

Acudiría a visitar a Anna aquel domingo y muchos otros días más en los meses siguientes. Supo enseguida que quería pasar el resto de su vida junto a ella, y ella compartía ese sentimiento. En 1933 se casaron. Dos años después nació su primera hija, Maria. En 1936 nació Hilde.

***

El año de su matrimonio, 1933, marcó un cambio político radical en el país. El anciano mariscal Hindenburg dejó la cancillería y una nueva fuerza política asumió el poder. Era algo que venía anunciándose desde algún tiempo antes. Los discursos radicales de aquellos individuos, su fasto, cautivaban a las masas. El país había comenzado a vivir en años de prosperidad. Había trabajo. La economía, después de la catástrofe de los primeros años de la posguerra, se había fortalecido, y la gente había recuperado el orgullo y la dignidad que les habían arrebatado la miseria y la derrota. Aquel clima exultante, aquel momento en el que la gente volvía a sentirse segura y fuerte, era propicio para prender la llama de la venganza, y aquellos que ocuparon el poder en 1933 no lo desaprovecharon.

Heinrich Adler fue consciente de aquellos cambios y los veía con preocupación, sin llegar a entenderlos. Aún tenía presente el dolor que la guerra había traído a su familia, la guerra que había aniquilado a todos los suyos, así que no podía entender que la gente se dejara embaucar tan fácilmente por aquellos discursos, por aquella palabrería hueca cargada de violencia. Parecía que de pronto todo el mundo había olvidado lo que apenas unos lustros antes habían sufrido.

Enseguida los nuevos líderes en el poder comenzaron a divulgar propaganda antisemita y a promulgar leyes restrictivas contra los judíos. Los padres de Anna lo eran. Su familia, originaria de Polonia, llevaba tres generaciones viviendo en el país. Cuando Anna y él se casaron lo hicieron en la iglesia. Sus hijas se habían criado en el mismo ambiente católico en el que su hermano Kurtz y él habían crecido. Anna se había integrado perfectamente en aquella vida, pero en Berlín sus orígenes no eran desconocidos.

La situación para los padres de Anna, y para los judíos en general, fue empeorando progresivamente con el paso de los años.

En 1938 comenzaron las deportaciones. El gobierno pretendía devolver a los emigrantes judíos a sus países de origen. Surgieron revueltas por todo el país en contra de los judíos, impulsadas por el partido en el poder, que alcanzaron su clímax en noviembre de ese año, cuando se quemaron comercios y sinagogas en la mayoría de las grandes ciudades. Los Stern tuvieron que cerrar el taller de joyería que habían regentado en Berlín durante décadas. Anna fue invitada a abandonar su puesto de trabajo como profesora de piano en el conservatorio. La institución había recibido por parte del gobierno la recomendación de «depurar» su plantilla de acuerdo no a la valía de sus profesionales, sino a sus orígenes. Ni siquiera el apellido que llevaba Anna por matrimonio, ni siquiera la lealtad, el prestigio de los Adler, de generaciones de hombres de aquella familia que derramaron su sangre, que dieron su vida por la nación, pudieron protegerla.

Heinrich recordaba perfectamente la indignación que sintió cuando Anna le comunicó la noticia de que debía abandonar el conservatorio, la ira que aquel acto contra ella, completamente injusto, desató en él. Ella, sin embargo, lo asumió con serenidad. Era un sinsentido perseguir a parte de los ciudadanos de un país, ciudadanos que habían contribuido a la economía, a la industria, al patrimonio cultural de este. Estaba segura entonces de que todo aquello terminaría pronto.

Aunque su trabajo en el conservatorio solamente la tenía ocupada por las mañanas, Anna siempre echó de menos pasar más tiempo con sus hijas, que todavía eran tan pequeñas. Hilde no había cumplido aún dos años. La obligación de dejar su trabajo le compensó con todo el tiempo que entonces pudo dedicarles a las niñas. Quiso ver aquella situación como un cambio que podía aportarle cosas buenas. Siempre tendría tiempo de incorporarse de nuevo a la docencia, cuando la situación se calmase y todo volviese a la normalidad.

En 1938 los Schaeffer dejaron la casa en la que tantos años habían trabajado. Ambos habían superado ya los sesenta años. Sus cabellos habían encanecido al lado de los Adler tras décadas de servicio discreto y leal. Con Anna en casa pensaron que se podría prescindir de ellos, que ya eran mayores. A Heinrich le apenó enormemente su decisión de dejar la casa, de regresar al pequeño pueblo de Silesia de donde salieron al poco de casarse para buscar un futuro mejor en la capital. Los Schaeffer formaban parte de su familia, habían compartido con él los años más duros de su vida, y su ayuda le había resultado inestimable. No hubiera podido salir

adelante tras la muerte de sus padres sin ellos. Se habían ganado su merecido descanso.

Quiso de alguna manera compensarles. Compró para ellos una pequeña casita en su pueblo natal. Con ella y con los ahorros de toda su vida, los Schaeffer podrían disfrutar de su retiro sin sufrir necesidad. Sintió que era lo menos que podía hacer para compensar su lealtad. *Frau* Schaeffer lloró al despedirse de él en la estación. *Herr* Schaeffer afirmó una vez más esa lealtad de la que siempre había hecho gala al estrechar su mano diciéndole que no dudara en contar con ellos para cualquier cosa que pudiera necesitar. Cuando se fueron, Heinrich sintió que con ellos se iba una parte de sí mismo.

Anna se hizo cargo de la casa. Él trabajaba tantas horas fuera que a veces le asustaba que ella pasara tanto tiempo sola con las niñas. Temía que pudiera ocurrirle algo. La situación en la capital se estaba volviendo tan irracional, tan caótica y violenta que él temía por la integridad de su esposa y de sus hijas. Si el matrimonio de Anna con él no había permitido que ella conservara su trabajo en Berlín, quizá tampoco pudiera protegerla de las nuevas medidas que cada semana se adoptaban contra los judíos, de las detenciones, de las deportaciones. Se oían rumores de todo tipo, pero nadie hablaba. Nadie decía nada. Y a él le costaba creer cosas así cuando tanta ciencia, tanto conocimiento y tanto arte cimentaban la cultura de su país.

En 1939 estalló la guerra. Al año siguiente su hermano Kurtz moriría en Francia. Los acontecimientos se precipitaron. Pocos meses después de la muerte de Kurtz, los padres de Anna fueron deportados a Polonia. Vinieron a buscarlos una noche al barrio judío donde los habían obligado a vivir meses antes, los subieron a un tren junto con otros cientos de personas y se los llevaron sin previo aviso, sin decir nada. Fue entonces cuando Heinrich decidió que debía sacar a su esposa y a sus hijas del país.

Diarios de Heinrich Adler

Berlín, 25 de julio de 1940

Hoy hemos celebrado el funeral de mi hermano Kurtz. Una placa con su nombre en el cementerio de Berlín guardará su memoria. Una placa sobre una tumba vacía, porque su cuerpo se quedó en Francia. Una tumba vacía junto a otra tumba vacía: la de nuestro padre, que también yace en algún lugar del país vecino. Solo nuestra madre está realmente allí. Solo su cuerpo yace realmente en nuestra tierra.

Después de la ceremonia he permanecido aún un largo rato frente a aquellas tres tumbas. No he rezado. Hace tantos años que no rezo que he olvidado casi todas las oraciones. Sencillamente he permanecido allí, de pie, contemplando las ruinas de lo que fue mi familia, la familia en la que nací, en la que crecí, en la que me educaron, de la que ya no queda nada. He estado pensando, recordando, reviviendo el dolor con el que tendré que seguir viviendo. Un dolor que debe ser solo mío, que no puedo cargar sobre los hombros de mi esposa y de mis hijas, que no puedo permitir que me destruya, que se adueñe de mí, que arruine mi vida y con ello la de la familia que he creado, a la que ahora me debo, que me necesita. Debo encontrar dentro de mí ese valor del que hablaba mi padre, y si no lo encuentro, tendré que crearlo de la nada, pero tengo que sobreponerme a este resentimiento, a esta culpa, a esta angustia que me ahoga, que amenaza con asfixiarme. No flaquearé: no me daré por vencido.

Mis ojos han recorrido los nombres de mi hermano, de mi padre, de mi madre, grabados sobre mármol. He sentido una gran tristeza al pensar en el cuerpo de mi madre, a dos metros bajo tierra, junto a aquellas tumbas vacías. Cuánta soledad hay en la muerte.

Francia ha caído. París fue ocupada el 14 de julio. Hoy ha entrado en vigor el armisticio que da por concluida la campaña. La victoria de nuestro ejército ha sido escalofriantemente rápida. En poco más de un mes ha doblegado a un país al que no consiguió

derrotar antes en cuatro años de guerra. Es la guerra moderna, la guerra mecanizada, la guerra de los aviones y de los tanques, de las bajas militares como la de mi hermano, pero también de civiles. Las bombas no distinguen a los que visten de uniforme de los que no lo llevan. Pensar en el futuro, en el futuro más próximo, hace estremecer. Me pregunto cuánto tardarán los demás países en devolver los golpes.

Cada vez tengo más claro que debo sacar a mi familia del país. La situación no puede sino empeorar.

Berlín, 8 de diciembre de 1940

Hace ya más de cuatro meses que Kurtz murió. En todo este tiempo pocas cosas en nuestro país han cambiado, y si lo han hecho, ha sido para peor, tal y como yo temía. La situación de nuestros compatriotas de origen judío es cada vez más penosa. Se escuchan rumores. A muchos de ellos los están deportando al este, a Polonia. Nadie a quien he preguntado, ni otros médicos del hospital, ni siquiera los pacientes judíos a los que atiendo en mi consulta, ha sabido decirme nada concreto al respecto. Mis pacientes me cuentan que hombres uniformados llegan a su barrio algunos días con un listado de nombres y una orden. Las personas incluidas en aquellas listas se ven obligadas a hacer su equipaje a toda prisa. Después los llevan a la estación en camiones y abandonan la capital en trenes especiales, escoltados por aquellos hombres de uniforme. Nadie ha sabido decirme cuál es el destino de esos trenes. Se dice que se los está reagrupando en campos de trabajo, generalmente en Polonia, pero nadie sabe decirme nada con exactitud. Es más, parece que tuvieran miedo de hacerlo. No consigo hacerme una idea clara de lo que está pasando, pero he llegado a plantearme hipótesis que me hacen estremecer. No hace falta más que escuchar los discursos y las notas de prensa oficiales, conocer las leyes que ha promulgado nuestro gobierno en estos años. A veces tengo la impresión de que estoy viviendo en una especie de pesadilla, en un mundo irreal de leyes injustas, absurdas y crueles, inconcebibles en una sociedad desarrollada, culta, como lo era la nuestra. Pero el contacto diario con mis pacientes, con su miseria, me recuerda constantemente que la situación en la que vivimos no es un mal sueño, que es terriblemente real.

He derivado la mayor parte de los ahorros que Anna y yo tenemos a bancos suizos. Cada vez estoy más convencido de que es

absolutamente necesario que mi familia abandone cuanto antes el país. Llevo meses hablando con Anna sobre ello. Al principio, antes de la muerte de Kurtz, ella guardaba silencio. Escuchaba los argumentos que le daba. Intentaba explicarle lo peligroso que resultaba para ellas quedarse aquí. Mi apellido, mi trabajo, no constituyen una garantía de seguridad. En cualquier momento pueden tomar medidas contra mí o contra los míos, porque yo estoy violando la ley al seguir con mis actividades de la consulta privada. Ni siquiera el hecho de haber prestado mis servicios médicos con éxito a un alto cargo de la policía secreta significa algo en la sociedad en la que vivimos. Si desean actuar contra nosotros, lo harán.

Anna en ningún momento había accedido a marcharse con nuestras hijas, aunque tampoco me había dicho nunca que no lo haría. Pero desde que Kurtz murió algo ha cambiado en ella. Ahora, cada vez que hablamos de este tema, Anna me responde lo mismo:

—Si tú no vienes con nosotros, no me marcharé de tu lado. No te dejaré.

Sin embargo, yo no puedo abandonar el país. He pensado muchas, muchísimas veces en hacerlo, en marcharme con Anna y mis hijas a Suiza, hasta que todo acabe. Pero sé que al hacerlo me convertiría en un exiliado, en un apátrida, y condenaría a mi familia y a mis hijas a ese mismo destino, a ser refugiados en otro país que, aunque nos acoja y nos ofrezca una nueva vida, nunca será el nuestro. Nunca dejaremos de ser allí los extranjeros. Y sé también que, si me voy ahora, no tendría valor para regresar, habiendo abandonado la tierra en la que he nacido, por la que mi familia ha derramado su sangre durante generaciones, habiendo abandonado a mis pacientes, a mis compatriotas, en la situación en la que ahora se encuentran, precisamente cuando alguien de mi profesión es realmente necesario aquí, alguien con conocimientos para intentar paliar en la medida de sus fuerzas el dolor, el de ahora y el que sin duda está por venir: los heridos, los enfermos, el sufrimiento que genera la guerra… Yo no puedo irme, aunque deteste profundamente lo que está sucediendo. No puedo irme, aunque no hay nada en este momento que desee más que escapar, que buscar un refugio seguro, lejos de todo esto, donde poder vivir en paz con mi familia, a la que quiero tanto que moriría por ella. No puedo hacerlo, porque mi deber como médico me obliga a permanecer aquí. Y no solo eso; también es por ellas, por Anna y por nuestras hijas, porque quiero que, en un futuro, cuando todo acabe, porque algún día esta locura tendrá que llegar a su fin,

puedan regresar y podamos seguir viviendo juntos, como al principio, en nuestra casa, en nuestra tierra, en la que hemos nacido, a la que pertenecemos y en la que no seremos nunca extranjeros.

Quiero que los padres de Anna vayan a Suiza con ella y con las niñas. Ellos serán un excelente apoyo para mi querida Anna mientras esté fuera, y de este modo podré sacarlos de la terrible situación en la que se encuentran y evitar que los deporten a Polonia. No será fácil conseguirlo. El gobierno les ha retirado el pasaporte y todos sus documentos de identidad están marcados con una «j» para evitar que puedan cruzar la frontera y abandonar el país. Pero encontraré la manera de hacerlo si consigo convencer a Anna de que el hecho de que ella y las niñas se vayan a Suiza será lo mejor para todos.

Me gustaría poder explicarle a Anna lo que siento, lo que me duele tener que separarme de ella y de nuestras hijas. Me gustaría que comprendiera que no lo haría nunca si creyera que tengo otra opción para protegerlas, que moriría antes de hacerlo. Quisiera también poder explicarle por qué, aunque desee con toda mi alma hacerlo, yo no debo marcharme. Ojalá pudiera hacer que entendiera los motivos por los cuales yo debo permanecer aquí.

Recuerdo a mi padre la noche antes de que partiera al frente tras la convalecencia de sus heridas de guerra, aquella última conversación con él, aquella vez en la que me habló del deber. Desearía que Anna comprendiera que la decisión que me veo obligado a tomar es más dolorosa para mí incluso que para ella, pero que no me queda otra opción. Debo protegerlas a ellas, debo ponerlas a salvo, y debo también quedarme aquí, no solo por el juramento que me liga a mi profesión. También por ellas, para poder garantizarles un futuro, un lugar al que regresar, una patria, y no condenarlas a ser siempre extranjeras, a no pertenecer a ninguna parte. Ambas cosas son mi deber y no podría respetarme a mí mismo si no cumpliera con él.

Berlín, 13 de abril de 1941

Hoy es domingo. Como cada domingo, después de comer, Anna ha ido a ver a sus padres mientras yo me he quedado con las niñas. Generalmente aprovecho esas tardes para salir a pasear con ellas, llevarlas al parque y dejar que jueguen con otros niños. Para ellas la vida sigue. No son conscientes de los tiempos convulsos en los que

vivimos. Y no deben serlo. Nadie debería robarles su infancia. Pero hoy llovía y he decidido quedarme en casa. Mientras ellas jugaban con sus muñecas, yo les leía cuentos, como hace muchísimos años hizo mi padre conmigo.

Anna ha regresado de su visita mucho más pronto de lo habitual. Cuando he oído cómo la puerta de la entrada se abría, mi corazón ha dado un vuelco. He sabido de inmediato que algo había ocurrido. He dejado a Hilde y a Maria jugando en la alfombra del salón y me he dirigido a la entrada. Anna cerraba la puerta. Llegaba completamente empapada por la lluvia, pálida, con el rostro descompuesto. Aún tenía en la mano la bolsa con las conservas que les llevaba a sus padres, la misma bolsa que había cogido aquella tarde de la cocina al salir de casa.

—¿Qué ha pasado? —le he preguntado.

Ella me ha mirado con sus ojos oscuros cargados de angustia. He visto en un instante cómo se llenaban de lágrimas que se deslizaban lentamente por sus mejillas, confundiéndose con las gotas de lluvia que mojaban su rostro. Por un momento he pensado que iba a desmayarse. La he sujetado por los hombros. Ella se ha abrazado a mí. Las piernas no hubieran podido sostenerla si yo no la hubiera abrazado a mi vez con fuerza.

—¿Qué ha pasado, Anna? —he vuelto a preguntar al oírla sollozar con el rostro escondido en mi pecho.

—Se los han llevado… —me ha respondido en un susurro.

Hilde y Maria han venido corriendo hasta la entrada para recibir a Anna.

—¡Mamá!, ¡mamá, qué pronto has vuelto!

Anna se ha arrodillado para abrazarlas con una sonrisa que no lograba ocultar sus lágrimas.

—Porque os quiero mucho…

—Te has mojado, mamá.

—Sí, Maria, cielo. Es que está lloviendo…

He cogido a nuestras hijas de la mano.

—Dejad que mamá vaya a cambiarse de ropa. La esperaremos en el salón, ¿de acuerdo?

Hilde y Maria han dado un beso a Anna y ella ha subido rápidamente a la habitación. Mientras intentaba devolver a las niñas a sus juegos, Maria me ha preguntado.

—¿Mamá estaba llorando?

He buscado una respuesta que ella pudiera entender.

—Mamá está triste hoy porque los abuelos han tenido que marcharse.

—¿El abuelo Joseph y la abuela Sarah?

—Sí.

—¿Por eso ya no venían a casa como antes? ¿Se iban a ir de viaje?

—Eso es.

—¿Y volverán?

—Claro que sí.

—Yo quiero que vuelvan.

—Lo harán. Pronto. ¿Me prometes una cosa, Maria?

—¿Qué?

—Te quedarás aquí con Hilde y con las muñecas mientras yo voy a buscar a mamá. No os mováis de aquí, ¿de acuerdo?

—Sí, papá.

He acariciado los rizos rubios de mi hija mayor y he sonreído con tristeza ante su inocencia antes de subir a nuestra habitación, preguntándome cuánto tiempo más seguiría conservándola.

He encontrado a Anna sentada en la cama, llorando. Me he sentado a su lado, rodeándola con mis brazos, sintiendo dentro de mí su dolor.

—¿Se los han llevado? —le he preguntado.

Ella ha levantado sus ojos aterciopelados, enrojecidos por el llanto, para mirarme, y la angustia que se reflejaba en ellos ha encendido en mí una ira sorda hacia todo lo causante de aquel dolor.

—El viernes llegaron al distrito en el que se alojaban esos hombres de uniforme negro —me ha respondido entre sollozos—. En la lista de aquel día estaban sus nombres. Se los han llevado, como a tantos otros. Me lo ha dicho una vecina suya que estaba con ellos aquel día. No sabe dónde los han trasladado. Parece que al este, a Polonia, como a tantos otros, pero no ha podido decirme nada más. Heinrich, ¿qué va a ser de ellos?

La he abrazado con fuerza. ¿Qué respuesta podía darle? He dejado que llorara entre mis brazos, sin ser capaz de encontrar una sola palabra que pudiera servirle de consuelo. He maldecido mil veces en mi interior, con rabia, con furia, este caos en el que vivimos; he sentido cruelmente la impotencia de no poder hacer nada por cambiarlo. Cada lágrima de Anna sobre mi pecho era como una puñalada. Mi pobre Anna… Si pudiera evitarle aquel dolor…

—Estás empapada —le he dicho al cabo de un largo rato—. Cámbiate de ropa y quédate aquí. Descansa. Yo me ocuparé de las niñas. Encontraré una solución para esto.

—No —me ha respondido, secando las lágrimas de su rostro—. Quiero estar con ellas. Con ellas… y contigo… Sois todo lo que tengo…

Berlín, 29 de junio de 1941

La guerra continúa. Hace poco más de una semana que ha comenzado la invasión de Rusia. Caminamos hacia la destrucción.

Llevo semanas intentando averiguar el paradero de los padres de Anna. Nadie sabe nada, o, al menos, fingen no saberlo. Los han llevado al este, a Polonia, pero, aparte de eso, nadie me dice nada más. Se están construyendo campos de trabajo, o campos de concentración, como los llaman ahora; fuera y también dentro de nuestro país. ¿A cuál de ellos han llevado a los Stern? ¿Los han trasladado efectivamente a Polonia o siguen en el país? En torno a ello se ha levantado un muro impenetrable de silencio que no encuentro manera de romper. Hace unos días, cansado de no obtener ninguna respuesta para mis preguntas entre la gente de a pie, me decidí a intentarlo a través de las vías oficiales y acudí a la oficina de emigración judía en busca de información. Para acceder a aquellas oficinas tuve que soportar un interrogatorio exhaustivo que incluía todos mis datos personales, el lugar de mi nacimiento, las familias de mis padres… Todo. La información que obtuve a cambio fue descorazonadora. Los Stern, efectivamente, habían sido trasladados a Polonia. Eso fue todo. No me dijeron nada más. Alegaron que aquello era información restringida. Desde entonces solo ha habido silencio.

Anna sigue sin querer abandonar el país. La deportación de sus padres aún ha reafirmado más en ella esta postura. Sigue manteniendo esa esperanza, firme como un cable de acero, de que la situación en la que vivimos es insostenible y tiene que cambiar. Confía aún en poder localizar a sus padres, a pesar de que el resultado de todas mis indagaciones ha sido un absoluto fracaso, y, sobre todo, me lo repite constantemente, no quiere separarse de mí. Sabe que mi situación aquí, si me quedo, si no me marcho con ellas a Suiza, será delicada. Lo es desde hace ya unos años, por mi matrimonio, por los pacientes que atiendo en mi consulta, por mi negativa a someterme y respetar todas estas leyes absurdas. Sabe que yo no estaré seguro aquí, aunque ella se vaya con nuestras hijas, y tiene miedo, miedo por mí, como yo temo por ellas. A veces tengo la sensación de estar terriblemente solo, como una especie de

caballero andante luchando solo contra el mundo. A veces me pregunto si no me estaré volviendo loco, si no estaré errando en mi actitud, si no debiera tal vez… No sé… Quizá debería aceptar las cosas como son, rodearme de un muro de indiferencia y preocuparme solamente por mi familia y por mí, por sobrevivir. Quizá Anna tiene razón y lo que debería hacer es irme con ellas a Zúrich, escapar y olvidar todo esto, enterrarlo en lo más profundo de mi alma. Empeñado en esta actitud, estoy arriesgando mi libertad y mi vida, y no solo las mías, también las de mi familia. A veces pienso en todo esto, pero algo dentro de mí me dice que no puedo hacerlo. No me han educado para ello, para esconderme, para huir, para someterme y vender mi dignidad ante hechos que son tan flagrantemente injustos. No me he formado como médico para abandonar a mis pacientes. No podría vivir con ello. Mi palabra y mis hechos no valdrían nada si ahora abandono. Y, sin embargo, cada día, cuando salgo de casa hacia el trabajo, siento una angustia opresiva en el pecho porque ella y nuestras hijas pasarán solas la mayor parte del día, y cada día temo que quizá esa noche, cuando llegue a casa, no las encuentre ya allí. Si han deportado a los padres de Anna, no tengo la menor duda de que tarde o temprano vendrán a por nosotros. Es más, me extraña que tarden tanto.

Está claro que tengo que enviarlas a un lugar seguro. Cada día que permanecen en Berlín es un día más que peligra su libertad, su integridad. Si Anna no accede a irse con nuestras hijas, tendré que obligarla a hacerlo, tendré que mentir, aunque me duela terriblemente y vaya contra todo lo que siempre he creído y respetado: la sinceridad, la honradez. Viajaré con ellas hasta Suiza y cuando estén a salvo en Zúrich yo regresaré. Haré cualquier cosa, cualquiera, por sacarlas de este infierno en que vivimos, porque aquí sé que no puedo protegerlas. Y cuando lo haga, regresaré a Berlín. Seguiré trabajando, seguiré resistiéndome a esta locura a través de mi consulta, de mi trabajo. Encontraré a los padres de Anna. No pienso rendirme. No pienso flaquear, porque todo esto servirá, dentro de unos años, para garantizar el futuro de mis hijas. Espero que Anna lo comprenda. Le causaré un gran dolor, lo sé, tan grande como el que sentiré yo, pero estoy seguro de que ella lo comprenderá. Me conoce. La conozco.

Escribo esta noche mientras ellas duermen. Escribo intentando poner en orden las ideas de mi mente y los sentimientos de mi corazón. Quiero pensar que estoy haciendo lo correcto. Creo sinceramente que será lo mejor para todos. Por eso lo hago.

Mañana, antes de acudir a la consulta, compraré billetes de tren para Zúrich en el primer tren que salga hacia allí, si puede ser mañana por la noche. Compraré cuatro billetes de ida y un único billete de vuelta: el mío. Solo espero que no sea demasiado tarde. Esta noche una sensación extraña me atenaza el estómago como un mal presentimiento.

La desesperación

Los combates proseguían en torno a la ciudad de Járkov, en torno a él, a su destruido hospital. Arrodillado junto al cadáver del capitán médico Von Maier, su mente evocó automáticamente, sin ningún filtro, otra escena similar, ocurrida apenas un año antes; una imagen, un recuerdo que le atormentaba desde entonces cada día, cada noche, cada minuto en que su mente dejaba de estar ocupada en la lucha continua por conseguir para algunos una prórroga de la muerte en la guerra. La imagen era la misma; se vio a sí mismo, de rodillas, rodeado de muerte. Pero esta vez los cadáveres que contemplaba junto a él habían sido lo más importante de su vida, habían sido su vida: eran los cadáveres de su esposa y de sus hijas.

***

Aquella tarde de verano de 1941 había dejado su trabajo antes de lo habitual para ir a la estación de tren a comprar cuatro billetes para Zúrich. Pensaba partir con su esposa y sus hijas hacia Suiza aquella misma noche. Cada día que su familia pasaba en Berlín era un día más de incertidumbre, un día más en que peligraban sus vidas. Tenía que sacarlas de allí, llevarlas a un lugar seguro. Las llevaría a Suiza, y después él regresaría.

Al volver aquel día a su casa, en una zona residencial del barrio de Charlottenburg, a las afueras de la ciudad, encontró la verja del jardín abierta. Aquello le resultó extraño y le inquietó aún más ver, al acercarse a la entrada de la casa, que la puerta principal estaba entornada. Un escalofrío recorrió su espalda. Se detuvo un momento. Su mente comenzó a funcionar de manera frenética. Quiso pensar que tal vez Anna había salido un momento a la calle con las niñas y se había olvidado de cerrar. Sin embargo, algo en su fuero interno le decía que era un intento vano de engañarse a sí mismo, de negar que finalmente había sucedido lo que durante meses había estado temiendo. Su mente, su corazón, se negaban a aceptarlo. No podía imaginarlo siquiera: perderlas… Era algo que

no podía concebir, que no podría soportar.

Cuando entró en la casa, el silencio que había en ella le estremeció. Estaba acostumbrado a escuchar las voces y las risas de sus hijas a su llegada, que corrían a abrazarle y a contarle cómo habían pasado el día, pero aquella tarde reinaba en su casa un silencio de muerte. Desde el recibidor pudo ver abierta la puerta del salón e incluso desde donde se encontraba pudo ver también la sangre que empapaba la alfombra.

Sintió de pronto que su corazón dejaba de latir. Corrió hacia aquella estancia, intentando imaginar, horrorizado, lo que encontraría allí. Y lo que vio superó con creces sus peores temores: su esposa, sus hijas, sus pequeñas Hilde y Maria yacían muertas con un tiro en la cabeza.

El mundo entero se hundió para él. Dejó de existir. Se hizo un vacío a su alrededor, cuyo centro lo ocupaba él, rodeado de muerte. Sintió que él mismo moriría. Moriría porque no podía soportar aquel dolor. Por unos instantes olvidó incluso respirar, los instantes que necesitó su cerebro para tomar consciencia de la cruel realidad de aquella escena, de aquello que su corazón y su cabeza se negaban a admitir como cierto. Pero sus ojos no le engañaban. Ellas estaban muertas. Muertas…

Cuando aquella verdad absoluta, terrible, inmutable, que su alma se negaba a aceptar, tomó por fin el cuerpo y la forma de algo real, cuando su mente fue capaz de reconocer que aquello que tanto había temido, que tanto había deseado evitar, había sucedido al fin sin que lograra evitarlo, entonces sintió que las fuerzas le abandonaban y cayó de rodillas junto a los cadáveres de las personas a las que más había amado, las personas por las que había vivido, por las que habría muerto, con las que moriría, porque sin ellas no podría seguir viviendo. La vida dejó de tener sentido.

Una presión intensa atenazaba su pecho y su garganta hasta casi asfixiarle, y todo su cuerpo temblaba con un temblor incontrolable. Y es que sentía tanto dolor, tanto, que no existía forma humana de expresarlo. Las palabras y las lágrimas no servían para describir lo que sintió entonces. Era como si le hubieran arrancado de cuajo el alma. Y por eso su dolor era mudo y sus ojos estaban secos. Las lágrimas no iban a cambiar lo sucedido. Las lágrimas no le devolverían la vida a su Anna, a su querida Anna, a sus pequeñas, Maria y Hilde. Y tampoco aliviarían el dolor que le mataría, que le volvería loco antes de matarle, porque no podía soportarlo. No… Ellas no…

No recordaba cuánto tiempo había permanecido allí, junto a los

cadáveres de su esposa y de sus hijas, en un estado de completo colapso, destrozado, incapaz siquiera de moverse. Respiraba, sí, y su corazón seguía latiendo, pero eran automatismos, automatismos de otro cadáver, porque él estaba también muerto; el dolor le estaba matando.

Tardó un buen rato en ser capaz de acercar su mano temblorosa al rostro de su esposa y poder cerrar sus ojos oscuros y aterciopelados, los mismos en los que tantas veces se había mirado, en los que había encontrado siempre afecto y calor, y que permanecían abiertos, pero ya ciegos, sin vida.

Cerró también los ojos azules de la pequeña Hilde. Aquella misma mañana estaban brillantes, llenos de alegría, llenos de inocencia. Acarició sus rizos rubios. Dios…, ¡solo tenía cuatro años!

Maria tenía sus ojos oscuros fuertemente apretados. Con casi siete años fue consciente sin duda de que algo malo iba a ocurrir. Cerró los ojos cuando alguien apoyó un arma en su sien. Es posible que no fuera la primera, que hubiera tenido que ver, antes de morir, cómo morían su madre y su hermana… Maria… Su pequeña Maria…

Sintió que enloquecía porque él no estuvo allí… Cuando ellas necesitaron más de él, les falló; no estuvo allí para protegerlas o para morir a su lado. Y por eso estaban muertas, mientras que él… Deseó mil veces haber muerto con ellas para no tener que sufrir el dolor de aquella pérdida, para no tener que vivir, ni siquiera un instante, con la incertidumbre, con el remordimiento de pensar que, si hubiera abandonado antes el país, como tenía planeado desde hacía meses, si hubiera dejado atrás, sin ninguna duda, todo lo que le había atado a aquella tierra, aquel absurdo concepto del deber, y se las hubiera llevado de allí, aún estarían vivas. Y no estaría arrodillado en aquel momento junto a sus cadáveres, muriendo lentamente de dolor, desesperado.

Anna, su querida Anna, sus pequeñas Maria y Hilde estaban muertas. Aquella verdad eclipsaba toda su mente, todo su ser, porque era algo definitivo, algo que no tenía vuelta atrás. Las había perdido y no regresarían jamás.

Se llevó la mano al bolsillo interior de la chaqueta, donde guardaba los billetes de tren para Zúrich que había comprado aquella misma mañana. Aquella noche esperaba sacar a su familia del país… Pero ya no tenía importancia. Nada tenía importancia. Ya era demasiado tarde.

***

Le sacó del abismo de su desesperación una voz autoritaria a sus espaldas que le conminó a ponerse en pie. Al principio no reaccionó. Todos sus pensamientos y todo su ser estaban concentrados en lo que había perdido, en lo que no había sido capaz de salvar. Sus ojos no podían apartarse de los cuerpos sin vida de Anna, de su querida Anna, de sus hijas, sus pequeñas Maria y Hilde, que estaban muertas. Muertas, con todo lo que aquella palabra significaba. Las había perdido. Definitivamente. Para siempre. La muerte le había vencido una vez más. Le había arrebatado lo único que para él tenía valor, lo único que le daba un sentido a su existencia, a su vida. Se había quedado vacío. Aunque su cuerpo viviera, su alma estaba muerta.

Aquella voz imperativa insistió. Le llamó por su nombre, le ordenó que se pusiera en pie. Volvió la cabeza, mirando sin ver en realidad, flotando en ese vacío de dolor en el que estaba sumido. Tampoco necesitaba ver para reconocer aquellas siluetas vestidas de oscuro, aquellas gabardinas de cuero negro. Ya los había visto antes: eran agentes de la policía secreta. Siguió sin reaccionar mientras su cerebro bloqueado buscaba una explicación a la presencia de aquellos hombres en su casa, una explicación que no tardaría mucho en encontrar. Le agarraron por los hombros, le obligaron a levantarse. Y entonces, con aquel contacto físico, sintió cómo la ira crecía incontenible en su interior, cómo una rabia enloquecida se adueñaba de él y al llegar a su garganta se transformaba en un alarido de furia.

Completamente fuera de sí, se enfrentó a aquellos hombres. Él ya estaba muerto, pensó, pero por Dios que mataría a aquellos hombres antes de abandonar el mundo. Los mataría con sus propias manos por lo que habían hecho, y aún matarlos no le parecía suficiente para aliviar la rabia y el dolor, la desesperación tan terrible que sentía. Los agentes a duras penas lograron contenerle. Se apoderó de él una especia de locura, una furia salvaje e irracional que parecía dotarle de una fuerza que nunca creyó tener. Hasta que uno de los agentes sacó un arma y recibió un tiro en la pierna que le hizo caer al suelo, no pudieron dominarle. Solo entonces, herido, caído, pudieron sujetarle, y entonces le golpearon sin piedad.

Los golpes cayeron sobre él un buen rato: puñetazos, patadas… Sintió cómo la bota de uno de aquellos tipos al golpearle en el tórax le fracturaba varias costillas. Pero los golpes, aunque dolían, carecían de importancia. El dolor físico que causaban no alcanzaba,

ni de lejos, al otro dolor, al de su alma. Lo que le ocurriera a su cuerpo poco podía importarle, porque en su interior ya estaba muerto. Su ser había muerto con Anna, con sus hijas.

Los golpes cesaron cuando ya estaba prácticamente al borde de la inconsciencia. La misma voz autoritaria que le había conminado a levantarse contuvo a los que le golpeaban. Solo necesitó decir una frase:

—El jefe lo quiere vivo.

***

Fue el dolor, el dolor físico, como hacía un rato, tras el impacto de artillería en su hospital de Járkov, lo que también en aquella ocasión le hizo volver en sí. Cuando recuperó el conocimiento tras su brutal detención, se encontró encerrado en una celda sin ventanas. Una bombilla colgando de su casquillo en el techo le deslumbró cuando fue finalmente capaz de abrir los ojos. Dentro de aquella reducida habitación no había nada, nada salvo él mismo, que yacía sobre el suelo de hormigón.

Supuso que sería una de las múltiples prisiones de la policía secreta. No recordaba cómo había llegado hasta allí. No sabía dónde estaba, si seguía en Berlín o si le habían sacado de la ciudad. No sabía si era de día o de noche. No sabía cuánto tiempo llevaba allí encerrado. Sentía dolor en todo su cuerpo. Tenía la ceja izquierda partida y la sangre seca sobre su ojo le impedía abrirlo bien. Las costillas rotas se clavaban en sus pulmones como cuchillos cada vez que cogía aire. Tosió y el dolor de su pecho alcanzó límites casi intolerables. Sintió un sabor metálico en la boca y al escupir sobre el cemento vio que era sangre rosada, sangre que brotaba directamente de sus pulmones lacerados. Supo que aquello podría matarle, pero no le importó.

Intentó arrastrarse hasta una esquina para poder sentarse y apoyar la espalda en la pared. Sintió que la pierna derecha también le dolía, aunque el dolor era más sordo, más tolerable que el del pecho. La bala que le había alcanzado en el muslo había atravesado limpiamente la musculatura de la pierna y la sangre se había coagulado en ella, haciendo que dejara de sangrar. De ello dedujo que debía de haber estado inconsciente al menos varias horas.

Consiguió llegar hasta un rincón y se quedó allí quieto, inmóvil. De ese modo todo su cuerpo magullado dolía menos. Tenía la sensación de que estaba viviendo una pesadilla, de que todo aquello que estaba ocurriendo no podía ser cierto… Pero el dolor de su

cuerpo existía, era cruelmente real, lo estaba sintiendo en aquel momento. Era tan real como el dolor interior, el dolor que le torturaba al visualizar en su mente aquella imagen grabada a fuego en su retina: los cadáveres de sus hijas, de su querida Anna, tendidos sin vida sobre el suelo de su propia casa… Todo era espantosamente real.

Y en aquel momento sintió cómo, por primera vez en años, las lágrimas acudieron a sus ojos y se deslizaron suavemente por sus mejillas, en silencio. Hacía tanto, tantísimo tiempo que no lloraba… Incluso cuando era un niño le resultaba tan difícil llorar que la sensación de las lágrimas que resbalaban por su rostro le resultaba extraña, como si aquellas lágrimas no fueran suyas. Lágrimas que no aportaron ningún alivio a su dolor, que no cambiaron nada. Cerró los ojos y deseó morir.

***

Cuando vinieron a buscarle, le hicieron recuperar de nuevo la conciencia a golpes. El jefe de la policía secreta, le dijeron, deseaba verle. Los agentes que le vinieron a buscar tuvieron que sujetarle para que pudiera llegar al despacho de quien reclamaba su presencia, porque él apenas podía mantenerse en pie. Sentía que flotaba en una nube de pesadilla. El rostro del hombre que reclamaba su presencia le resultaba familiar, a pesar del dolor, a pesar de que a duras penas conseguía mantenerse consciente y mínimamente lúcido. Al principio no supo por qué. Sintió el desprecio de la mirada de aquel hombre sentado detrás de su escritorio cuando se clavó en él. Desprecio y crueldad.

—Doctor Adler —su voz sonó fría como el hielo—, conozco su apellido. Conozco el respeto que se ha ganado su familia durante generaciones sirviendo a nuestra patria con su sangre, con sus vidas, ese respeto que los hace casi intocables. Su padre y su hermano son los ejemplos más recientes del servicio generoso y desprendido de los suyos. Pero usted… —le señaló con un gesto acusador—, usted ha deshonrado a todos ellos. Usted y su actitud hostil, quebrantando todas las leyes dictadas por nuestro gobierno: sus actividades en su consulta privada, su matrimonio con esa mujer de ascendencia semita.

Sintió una rabia inmensa que casi le hizo enloquecer, pero aquel hombre no se detuvo; siguió hablando.

—El prestigio de su apellido hace que no pueda condenarle como lo haría con cualquier otro que hubiera infringido menos

leyes que las que usted ha quebrantado. No puedo deportarlos, ni a usted ni a su familia más directa, a un campo de concentración, cuando toda la clase militar conoce el servicio que los Adler han prestado a nuestro país. Tampoco puedo adoptar con usted las medidas radicales que me he visto obligado a tomar con la mujer con la que decidió casarse o con sus hijas, que llevan la misma sangre que ella.

Una furia incontrolable se adueñó de él. Luchó contra los agentes que le sujetaban, queriendo zafarse de ellos, llegar hasta aquel hombre que, sentado detrás de su escritorio se atrevía a decir aquello de su esposa y de sus hijas y estrangularle, sentir cómo se ahogaba entre sus manos. Pero ni siquiera toda aquella rabia, todo aquel dolor, le dio fuerzas suficientes a su cuerpo torturado para lograr aquel fin. Los agentes le sujetaban con firmeza.

—Además —continuó diciendo aquel alto cargo de la policía secreta—, no he olvidado lo que hace un tiempo hizo usted por mi hijo.

Entonces lo recordó: supo por qué el rostro de aquel hombre le resultaba familiar. Recordó la tarde en que trajeron a aquel chico al hospital. El muchacho tenía quince años. Era alto, rubio, bien parecido, y también orgulloso y fuerte. Aquel chico tenía varias fracturas en la pierna derecha. Mientras montaba a caballo, el animal había tropezado con un obstáculo y le había hecho caer. El caballo cayó también, sobre su pierna, fracturándole el fémur y destrozándole el peroné. La tibia, milagrosamente, estaba intacta. A él le admiró la entereza con la que aquel joven soportaba el dolor. Hacía honor al nombre que llevaba; se llamaba Siegfried. Las radiografías del muchacho mostraban en el fémur una única línea de fractura, limpia, en el tercio medio del hueso. El peroné, en cambio, en su tercio distal próximo a la articulación del tobillo, estaba fracturado por varias partes. Algunos de los fragmentos del hueso habían llegado a desgarrar la piel. Se trataba de una fractura abierta, complicada. Siegfried tenía posibilidades de perder la pierna.

El padre del muchacho, que llegó con él al hospital, estaba profundamente alterado. Exigía una atención inmediata para su hijo, exigía hablar con el médico que iba a tratarle y amenazaba con tomar medidas si su hijo perdía la pierna. Nadie dudó que aquel hombre tenía medios y capacidad para hacerlo: estaba acompañado por varios individuos vestidos con trajes oscuros que tenían todo el aspecto de pertenecer a la policía secreta y que debían de ser su escolta. Él, que iba a ser el cirujano que operaría a Siegfried, se

presentó, intentando calmarle. Recordaba bien la mirada de aquel hombre. Eran los mismos ojos, la misma mirada del hombre que en aquellos momentos le contemplaba desde detrás del escritorio en aquella prisión. Una mirada dura, fría, cruel.

En el hospital habían cruzado tan solo unas breves palabras.

—Está bien, doctor Heinrich Adler —le había dicho aquel hombre cuando se presentó como el médico que atendería a su hijo Siegfried—. Recordaré su nombre. Hablaremos cuando haya terminado su trabajo.

Él no respondió. Simplemente asintió con la cabeza sin apartar los ojos de los de su interlocutor; no estaba dispuesto a que aquel hombre le intimidara. Fue el padre de Siegfried quien, finalmente, apartó la vista. Solo entonces él le dejó para volver al trabajo.

La cirugía fue larga y complicada. Limpiar y desbridar bien las heridas para minimizar el riesgo de infección le llevó casi tanto tiempo como intentar alinear y fijar los fragmentos del peroné, respetando la articulación del tobillo, pero los resultados fueron satisfactorios. La convalecencia del muchacho también fue larga, pero el joven evolucionó favorablemente. Se evitó la infección, sus huesos soldaron y Siegfried pudo seguir montando a caballo, caminando, corriendo como cualquier otro joven. Él se alegró por el chico. Era un muchacho valiente. No volvió a ver a su padre, nunca, hasta entonces.

Y precisamente entonces él pensó, contra todos los principios que habían regido siempre su vida, quebrantando el juramento que hizo cuando se licenció como médico, que si hubiera sabido lo que aquel hombre haría después con sus hijas, con Hilde y con Maria, con aquellas dos criaturas inocentes que eran una parte de sí mismo, su esperanza en el futuro, en un futuro que deseaba para ellas mejor que el presente, que eran su vida…, si lo hubiera sabido, probablemente, no hubiera sido él el que hubiera operado al hijo de aquel funcionario.

Tras un breve silencio, tan tenso como un hilo de acero, aquel hombre implacable continuó su monólogo.

—Así pues, la decisión que se ha tomado finalmente con respecto a usted es que servirá a su país como han hecho la mayoría de los hombres de su familia. Pasado mañana partirá usted hacia Rusia como médico de la 71.ª División de Infantería. Se convertirá usted en médico militar, solo que no gozará de ninguno de los privilegios de nuestros soldados. No se le concederán permisos, no tendrá derecho a ninguna mención y no ostentará mando alguno, salvo en cuestiones relacionadas con la asistencia sanitaria a

nuestras bajas. Para usted el régimen que se aplicará será el de un batallón de castigo, solo que lo cumplirá ejerciendo su profesión en el frente y no desactivando minas o como fuerza de choque, porque sería una lástima desperdiciar así sus conocimientos, su talento para la cirugía, cuando podría ser útil a tantos de nuestros compatriotas. Esa será su condena mientras dure la guerra. Y si sobrevive… —una sonrisa helada se dibujó en los labios de aquel hombre—, si sobrevive, ya veremos.

Las miradas de ambos se cruzaron, gélida la del funcionario de la policía secreta, ardiente de ira y de dolor la de él. Y con el último resquicio de fuerzas que pudo rescatar del interior de sí mismo consiguió zafarse de los agentes que le custodiaban. Luchando contra el dolor, contra la inconsciencia que pugnaba por apoderarse de él, llegó, sin saber muy bien cómo, hasta la mesa de aquel funcionario de la policía secreta. Apoyándose en ella para no caer, su propio rostro quedó a escasos centímetros del rostro de aquel hombre. Pudo ver cómo este palidecía. Palidecía a causa del miedo. Pensó sin duda que intentaría matarle, pero él apenas si podía mantenerse en pie.

—Están destruyendo la nación… Están matando a nuestra propia gente… —su voz, profunda, metálica, sonó escalofriantemente calmada—: criminales…

Los agentes que le habían conducido hasta aquel despacho y que habían intentado retenerle volvieron a sujetarle con violencia, obligándole a retirarse de allí. Él pensó, sonriendo en una especie de delirio, fruto del dolor, de la debilidad, de la desesperación, que no necesitaban emplear tanta fuerza porque apenas podía sostenerse.

—Sáquenle de aquí —ordenó el jefe de la policía secreta, aún pálido, sentado tras su escritorio.

Le arrastraron de nuevo a la celda de la que le habían sacado y le dejaron allí, no sin antes propinarle una nueva paliza que le acercó un paso más a la muerte que tanto ansiaba. Pero la muerte no llegó. Todavía no era su hora.

***

Las explosiones, los disparos, el estruendo del combate en torno a él, en torno a la ciudad de Járkov, le sacaron de sus dolorosos recuerdos, le devolvieron a la terrible realidad. Contempló una vez más el cadáver del capitán médico Von Maier, que yacía a su lado. Estaba muerto, sí, pero parecía dormir. Y se preguntó por qué a él

ese sueño, esa liberación, le era tan esquiva cuando llevaba ya un año viviendo como un cadáver, un hombre al que le habían arrancado su esencia.

Los proyectiles y las detonaciones parecían aproximarse cada vez más a lo que había sido su hospital de campaña. El estallido de un obús a pocos metros le arrojó de nuevo al suelo. Cayó con violencia sobre el hombro herido y no pudo evitar gritar de dolor. Parte del tejado que aún seguía en pie se derrumbó, lanzando cascotes sobre él. No comprendía por qué el enemigo se empeñaba en machacar ese objetivo, su hospital, cuando ya no quedaba nada con vida en él. Nada que mereciera la pena.

Ya no tenía sentido seguir luchando, seguir sufriendo, seguir viviendo. Ni siquiera el juramento que hizo cuando se licenció como médico, el compromiso que le ligaba a los enfermos, a los heridos, ese deber, ese sagrado concepto de deber del que le habló su padre, bastaba para mantenerle ya en pie, porque tampoco podría cumplir con su deber con el brazo herido. No le quedaba nada.

«La vida rara vez nos da más de lo que podemos soportar», dijo en una ocasión Gustav Adler. Pero él creía que ya había llegado a su límite. Resistir era ya inútil y no le quedaban fuerzas para hacerlo. Había fracasado una vez más. Y aquella vez sería la última.

Moriría, sí. En realidad llevaba mucho tiempo muerto. Su alma había muerto con su esposa, con sus hijas. Su cuerpo se había empeñado en seguir viviendo, aunque su interior estuviese yermo. La muerte física, como tal, no era más que la consecuencia inevitable de la muerte espiritual, algo que, además, sabía que llegaría, tarde o temprano. Algo que ansiaba porque no podía soportar ya más la pesada carga de dolor moral que llevaba consigo.

Había oído decir que cuando uno muere, la vida entera pasa ante sus ojos. Si aquello era cierto, entonces estaba seguro de que su momento por fin había llegado. Y también supo entonces que no quería morir enterrado entre los escombros. No. Moriría fuera de allí, al aire libre. Con el último aliento que le quedara miraría de frente el proyectil que le estuviera destinado. Si bien no tenía fuerzas, aún le quedaba dignidad. Era lo único que no habían conseguido arrancarle, lo único que se había negado a entregar, y no moriría en aquel agujero como una rata. Él no. Saldría de allí y no volvería el rostro ante la muerte cuando viniera a buscar su cuerpo maltrecho. Para él era una vieja conocida que llegaría rodeada de los rostros queridos, añorados, de aquellos a los que ya había reclamado a su lado: su padre, su madre, Kurtz… Y Anna, su Anna, su querida Anna, y Maria, que ya era casi una mujercita, que

tenía los mismos ojos oscuros, aterciopelados, extraordinariamente hermosos, de su madre, y su mismo talento para la música, y la pequeña Hilde, siempre alegre, sonriente, con sus cabellos rubios, rizados, tan preciosa y frágil como una muñeca de porcelana… Su esposa, sus hijas, que eran su futuro, estaban muertas. Ya no había futuro para él.

Había intentado combatir a la muerte, hacerle frente tanto tiempo que había dejado de verla como a un enemigo para convertirse en alguien familiar, por quien uno podría llegar incluso a sentir aprecio, porque al final le liberaría del dolor, del dolor físico y del moral. Se llevaría su cuerpo físico como ya se había llevado antes su alma. Y él, incluso, le estaría agradecido.

Obviando el sufrimiento, obviando los recuerdos, la ira, la impotencia, la culpa, se puso lentamente en pie. Los impactos de artillería lanzaban sobre él tierra y cascotes, escuchaba el tableteo de las ametralladoras, gritos de rabia y de dolor, pero le fueron indiferentes. Ya no pertenecía a aquel mundo, el de los vivos.

Caminó con paso lento, tambaleante, hacia el exterior. A los pocos metros cayó de rodillas, pero volvió a levantarse, movido por aquella inquietante voluntad de mirar la muerte cara a cara, de enfrentarla. Consiguió dar dos o tres pasos más. Volvió a caer, y a pesar de sus esfuerzos aquella vez no consiguió levantarse de nuevo. A rastras consiguió al fin salir de las ruinas del edificio que había sido su hospital, y, agotado física y mentalmente, se dejó caer sobre un montón de ladrillos.

Fijó su vista en el frente, en los combates que ahora se desarrollaban tan cerca de lo que había sido su puesto de socorro avanzado. Veía a los hombres, a sus compatriotas y a los soldados soviéticos, caer, sufrir, morir. Veía a lo lejos los fogonazos de la artillería enemiga que bombardeaba su posición. Se aferró a su hombro herido, que le martirizaba con su lacerante dolor, respiró hondo y, sencillamente, esperó.

Epílogo: memorias de Alfredo Eybler

Mi viaje en tren hasta Ucrania duró cuatro largos días, y durante ese tiempo aquellos tres muchachos, soldados de infantería, me ofrecieron su compañía, compartieron conmigo sus raciones y su tabaco y me regalaron la alegría de su juventud: ese sentimiento que uno tiene cuando es joven, sano y fuerte y no conoce el sufrimiento, ni la enfermedad, ni la muerte, y no tiene miedo porque tampoco tiene conciencia del peligro, se siente en cierto modo invulnerable y piensa que siempre será así. Recuerdo ese sentimiento que ellos aún conservaban porque hubo un tiempo en el que también yo lo experimenté, un sentimiento que los años, la experiencia y la vida te van arrebatando y que para entonces yo ya había perdido irremisiblemente. Y de aquellos tres soldados recuerdo especialmente a uno de ellos, a Hans Braechel, porque durante el viaje hubo un momento en que se dirigió a mí para decirme algo, algo que no esperaba oír de sus labios, algo que no he conseguido olvidar.

—Teniente Eybler —me dijo, y su tono de voz, despreocupado y juvenil hasta entonces, cambió de pronto—: me gustaría que recordase mi nombre. Tengo posibilidades…, todos las tenemos —añadió con una sonrisa que quiso ser irónica mirando a sus camaradas—, de caer en sus manos, herido, aunque vivo, o muerto. Cuando me despedí de mi madre en Mainz, mi ciudad natal, antes de partir hacia el frente, ella me dijo algo que no logro quitarme de la cabeza: «Hazme saber noticias tuyas, buenas o malas. Porque solo hay una cosa que sería incapaz de soportar, y es la incertidumbre de no saber si vives o si has muerto». Me gustaría que si en los meses siguientes caigo en sus manos, doctor, y yo no puedo ponerme en contacto con ella, lo haga usted.

A nuestra llegada a Ucrania, apenas el tren se detuvo en su destino, nos separamos. Nunca volví a verle. Ni a Hans Braechel, de Mainz, ni a los demás. No sé si Hans sobrevivió a la guerra, si le hirieron y fue otro médico quien le atendió o si encontró la muerte. No sé si su madre llegó a tener noticias suyas. Nunca fui a Mainz a

comprobarlo. Sin embargo, aún hoy recuerdo aquella frase suya, y aquella palabra, que en los meses, en los años siguientes, llegaría a conocer muy bien: incertidumbre…

***

Aquel viaje de cuatro días fue al mismo tiempo muy corto y muy largo. Cuando aún distábamos unas decenas de kilómetros del frente, pudimos escuchar, por encima del traqueteo monótono del tren, las explosiones de las bombas. Al principio creímos que se trataba de truenos. El cielo estaba gris aquella tarde de mayo de 1942 y amenazaba tormenta. Fue una sutil forma de querer engañarnos a nosotros mismos. A medida que disminuía la distancia entre nosotros y la guerra, el sonido fue llegando a nuestros oídos con mayor nitidez y comprendimos, no sin cierta inquietud, que no se trataba de ningún fenómeno natural.

El tren se detuvo al sur de una ciudad ucraniana de la que en aquel momento ni siquiera sabía el nombre. Más adelante las vías férreas y la estación de tren habían sido destruidas por los bombardeos. Caía la tarde.

Crucé unas palabras apresuradas de despedida con los soldados con quienes había compartido el viaje, con Hans Braechel y con los demás. Ellos bajaron rápido del vagón, preparando sus armas. Estaban bien entrenados. Desde el improvisado andén algunos oficiales iban agrupando a las tropas de refresco por secciones y las dirigían a toda prisa a las líneas más debilitadas del frente. Perdí de vista a los muchachos con los que había viajado hasta allí. No volvería a verlos.

Yo me demoré algo más que ellos en bajar del vagón. Recogí mi equipo médico. Una sensación indefinible de ansiedad me invadía. Nunca había estado en el frente. Era cierto que no iba a combatir en la guerra como soldado; yo era médico. Pero estaría cerca de los combates. Muy cerca.

Cualquiera diría que estaba nervioso, que tenía miedo, pero esas palabras no describen con exactitud lo que sentía en esos momentos. Mi corazón latía despacio, pero con tanta fuerza que casi podía notar cómo golpeaba mi esternón. Mi pulso era firme, mis manos no temblaban, pero yo sentía que la precisión de sus movimientos no era la misma. Cuando al final bajé del tren y fijé la vista en la línea de combate, tan terriblemente cercana, en los edificios de aquella población convertidos en ruinas humeantes, tuve una extraña percepción, como si todo a mi alrededor, los

gritos, las explosiones, el trasiego continuo de soldados en torno a mí, de repente se moviera a cámara lenta. O más bien lo contrario: como si yo, que permanecía inmóvil, de pie en el andén, estuviera de algún modo recorriendo aquel escenario deprisa, muy deprisa.

Casi podía ver los proyectiles que salían de los cañones de los tanques, seguir su recorrido con la vista, ver dónde y cómo impactaban, ver la destrucción que producían. Podía ver a los soldados, percibir cada detalle de sus movimientos y sus gestos, despacio, como si fueran imágenes de un noticiario que pasaban lentamente ante mis ojos. Un soldado llevándose el fusil al hombro, amartillándolo, apuntando, para disparar después. Otro a cubierto tras el muro de un edificio en ruinas mientras recargaba su arma con movimientos precisos. Otro más, que trataba de cruzar una calle al descubierto barrida por un intenso fuego cruzado, desafiando a la muerte. Pude ver la torreta de un tanque cercano que se aproximaba al lugar desde una calle anexa, cambiando su ángulo. Apuntó a aquel soldado. La ráfaga de ametralladora del blindado le alcanzó de lleno. Pude ver, intuir más que ver, el rictus de dolor de su rostro. Pude imaginar su voz y el grito atroz que salió de sus labios. Quedó tendido en el suelo. Con una mano trataba de sujetar los intestinos que salían de su vientre, reventado por el alcance de unos proyectiles de calibre brutal. Con la otra trataba de arrastrarse hasta un lugar a cubierto donde protegerse. «Protegerse, ¿para qué?», recuerdo que pensé horrorizado por la escena, horrorizado de mí mismo. La mente del médico se imponía a la del hombre, a la del ser humano: las heridas de aquel soldado eran mortales de necesidad. El tanque que le había disparado enfiló la calle avanzando hacia él. Las orugas de aquella enorme mole de acero arrancaban terrones de tierra en aquella calle sin asfaltar. Lo arrasaban todo a su paso. Aquel soldado herido quedó convertido en un amasijo de carne y huesos.

De pronto todo comenzó a dar vueltas a mi alrededor. Dejé de ver. Fue como si una cortina de color rojo sangre cubriese mis ojos. Mi corazón seguía latiendo, tan fuerte que parecía querer escapar de mi pecho, y tan despacio como si cada latido fuera el último, como si de un momento a otro fuese a pararse. No era miedo lo que sentía. Miedo es una palabra que se queda corta para describir aquella sensación. Era una angustia que oprimía como una losa, que bloqueaba cualquier pensamiento o acción, que parecía conducir a la locura; la irrealidad para eludir una realidad insoportable… Más tarde supe cómo denominaban los soldados a esa sensación, imposible de describir fielmente con palabras. Lo llamaban el

vértigo del frente.

Algo me sacó de aquel abismo; una fuerte presión sobre mi brazo. Alguien me agarraba, tiraba de mí. Me decía algo.

—*Der Arzt? Sie sind der Arzt, nicht wahr?* —«¿El médico? Es usted el médico, ¿verdad?». Su voz sonaba lejana.

—Sí —conseguí responder al fin.

Quien había reclamado mi atención, quien me había rescatado del abismo en el que había empezado a caer, era un soldado joven de ojos oscuros, vivos, y cabellos negros. Su rostro mostraba signos inequívocos de gran cansancio: estaba pálido y ojeroso. Su uniforme estaba manchado de polvo, barro y sangre. Y, como yo, llevaba un brazalete con la cruz roja en el brazo izquierdo.

—Tiene que acompañarme.

Tiró de mí obligándome a andar. Obedecí como un autómata sin conocer de nada a aquel hombre, aún aturdido, atenazado por el horror. Obedecí porque no sabía qué hacer, porque mi cerebro era incapaz de pensar, de analizar la situación en la que me encontraba, de tomar una sola decisión. Sin embargo, no llegué a dar ni dos pasos cuando otro soldado, también sanitario, identificado con el mismo brazalete, corrió hacia nosotros, gritando algo que no entendí por el estruendo del combate hasta que llegó a nuestro lado, cerrando el paso al soldado que me llevaba agarrado del brazo.

—¡Espera, Schmidt! —dijo deteniendo su avance, colocándose frente a él y apoyando su mano en el pecho del sanitario que se había acercado a mí en primer lugar—. El médico viene a nuestra unidad.

El tal Schmidt no dijo nada. Su respuesta fue algo más contundente que meras palabras. Sin previo aviso, golpeó a aquel sanitario. Un puñetazo en el rostro que lo derribó. Me agarró de nuevo del brazo y echamos a correr hacia la ciudad en llamas.

—¡No puedo permitir que le lleven a otra división! —gritó mientras corríamos para hacerse oír entre el ruido de las explosiones cada vez más próximas—. Es usted más valioso que el oro en este frente. Hace tres días, al inicio del ataque, los rusos bombardearon nuestro hospital. Mataron a casi todos los médicos de nuestra unidad. Desde entonces Adler trabaja solo.

No comprendí en aquel momento el alcance de aquella breve explicación. Llegábamos a los primeros edificios en la periferia de aquella ciudad ucraniana en la que en aquellos momentos se libraba la guerra. Las explosiones y los disparos eran ensordecedores. Gritos de dolor, órdenes, que no sé si algún soldado llegaría a escuchar y a

cumplir. Hombres que corrían, morían, mataban. La sensación era de absoluto caos.

El tal Schmidt me guiaba entre aquellas ruinas, de calle en calle, protegiéndonos tras muros caídos, vehículos destrozados, midiendo cada paso. Nos detuvimos un instante en la entrada de una casa en ruinas, a cubierto, a la espera del momento adecuado para cruzar una calle sobre la que había en aquel momento un intenso fuego enemigo. Conseguí recobrar poco a poco el dominio de mí y me atreví a preguntar.

—¿Dónde vamos?

—Al hospital —respondió el sanitario sin mirarme siquiera, oteando los edificios cercanos, valorando la intensidad y la dirección del fuego enemigo, buscando un momento propicio para cruzar.

—¿Y Adler? ¿Es el médico de su unidad?

Esta vez el tal Schmidt sí se volvió para fijar en mí una mirada cansada, exhausta y, sin embargo, llena de fuerza, de vida.

—Adler es el único médico para toda la división. Tres días, con sus noches, frente a la mesa de quirófano. Si el agotamiento no acaba con él, lo hará la benzedrina. ¿Comprende ahora por qué le necesitamos aquí?

Quise hacer cálculos, cuántos hombres podía haber en una división, cuántos posibles o potenciales heridos. No logré hacerme una idea. Me costaba pensar. En cualquier caso, muchos. Demasiados.

El sanitario me agarró de pronto por la manga del abrigo, tirando de nuevo de mí, arrastrándome.

—¡Vamos! —gritó—, ¡es nuestra oportunidad!

Aprovechando una brevísima pausa del fuego soviético, cruzamos aquella calle. No eran más de quince metros. Corrí como nunca lo había hecho en mi vida, sin respirar apenas. Nuestra carrera duró unos segundos que a mí me parecieron años, con la muerte en forma de proyectiles silbando sobre nuestras cabezas. Ya cerca del otro lado de la calle pude escuchar, entre el fragor del combate, un sonido especial, un silbido penetrante que crecía rápidamente en intensidad y que parecía aproximarse a nosotros. Un sonido que se diferenciaba claramente de los disparos y las explosiones que estremecían el aire.

—¡Cúbrase! —ordenó el sanitario que corría tras de mí, empujándome en un instante detrás de un muro, ya al otro lado de la calle, sin ninguna contemplación.

Caí al suelo. El sanitario se dejó caer junto a mí. Apenas unos

segundos después un obús estalló a pocos metros de donde nos encontrábamos. La onda expansiva me aplastó literalmente contra el suelo, oprimiendo mi pecho, obligándome a vaciar todo el aire de mis pulmones, impidiéndome respirar. Una lluvia de tierra y cascotes cayó sobre nosotros. El muro de aquella casa derruida tras el cual el sanitario había buscado abrigo nos protegió de la metralla. Iba a escribir *afortunadamente,* pero no hubo nada al azar en el hecho de que el sanitario y yo hubiésemos salido ilesos de aquella situación. La pericia, la experiencia, la sangre fría y el valor del tal Schmidt me salvaron la vida. Yo solo habría muerto sin saber qué me había matado.

—¿Está herido, doctor? —preguntó al cabo de un momento el sanitario mientras se incorporaba a medias, comprobando con la vista que nuestra posición era segura y estábamos a cubierto.

Aturdido, ensordecido, aterrado, pero sin ninguna herida de gravedad, también yo me levanté tratando de recuperar el aliento.

—Estoy bien —logré responder.

Reconozco, sin embargo, que en ese momento sí sentí miedo, pánico. Fue entonces cuando percibí por primera vez la muerte como una posibilidad real, tangible, tan próxima… Y yo ¿cómo podría sobrevivir en aquel infierno?

El sanitario me sacudió la tierra del uniforme.

—Me alegro —celebró—. Por cierto, me llamo Schmidt. Asistente del capitán médico Adler.

—Eybler —respondí.

Me tendió su mano y yo la estreché. Un apretón breve, firme, sincero, como la sonrisa que se dibujó en los labios del sanitario por un instante.

—Bienvenido al frente ruso.

No sin antes echar otra mirada atenta alrededor, Schmidt se puso en pie.

—Sigamos —dijo—. Ya estamos cerca.

También yo me levanté. Schmidt echó a andar entre los edificios destruidos y yo fui tras él. El sanitario me guio entre las ruinas, entre los muros caídos, calles y casas irreconocibles, un camino que parecía conocer incluso con los ojos cerrados. Enseguida llegamos a nuestro destino, un edificio algo apartado de los demás, un pabellón que parecía haber servido antes de la guerra como almacén o granero y que aún mantenía en pie parte del tejado y las paredes. Pude darme cuenta cuando entramos de que el ejército lo empleaba como depósito de intendencia. Provisiones, municiones… se acumulaban allí en sacos y cajas. Solamente algunos oficiales de

intendencia estaban entonces en aquel recinto. Schmidt no se detuvo. Me guio rápidamente hasta unas escaleras que llevaban al sótano.

—Hemos llegado al hospital —indicó mientras bajábamos.

Nada me había preparado para lo que entonces contemplarían mis ojos. Nada me había preparado para aquel horror. Allí abajo reinaba un extraño silencio, comparado con el estruendo del combate, apenas un par de metros más arriba. Solo lamentos, sollozos, gritos ahogados de dolor contenido.

Schmidt bajaba delante de mí y no pude ver con claridad la escena hasta que llegué al final de la escalera. La imagen que contemplaron entonces mis ojos era indescriptible, como un matadero, solo que allí las víctimas eran hombres. Hileras de soldados, decenas, tal vez cientos, tumbados sobre el duro suelo húmedo y frío, sin más abrigo que sus capotes militares, sucios, raídos, manchados de sangre y barro. Muñones ensangrentados envueltos en vendajes precarios, rostros destrozados, sangre por todas partes. Aquí, un soldado con una herida abierta en el tórax que con cada respiración permitía ver el parénquima pulmonar lacerado subyacente y el aire escapándose del pulmón herido con un tenue silbido. Allí, otro soldado con el abdomen destrozado que gemía postrado en el suelo, más cerca de la muerte que de la vida, mientras un compañero, también herido en una pierna, intentaba cubrir sus intestinos con un vendaje que alguna vez debió de ser blanco pero que entonces era ya de un rojo oscuro mientras le susurraba con un hilo de voz angustioso que aguantase. Más allá, otro soldado, recostado contra la pared, con ambos ojos vendados, cuyo apósito rezumaba sangre, lloraba o hacía intentos por llorar con sus ojos ciegos, destrozados por la metralla, sujetando la cabeza entre las manos, mientras gotas de sangre, como lágrimas, iban cayendo desde su venda lentamente en su regazo.

Sangre, dolor, muerte. Donde quiera que mirara no había otra cosa. Humedad, ratas. Y el olor… Ese olor dulzón, nauseabundo, que se adhiere a la piel, al cabello, a las ropas, del que no es posible desprenderse. El olor de la gangrena, de la sangre, de la enfermedad. El olor de la muerte. Aquel sótano era como una morgue en cuyos inquilinos aún quedaba, contra todo pronóstico, un hálito de vida.

Me quedé paralizado al pie de la escalera. A pesar de mi condición de médico, de mis años de experiencia, de haber vivido algunas situaciones realmente duras en el ejercicio de mi profesión, no estaba preparado para afrontar aquello. No podía. No podía

soportar aquel horror. Dios, ¿aquello era el frente? ¿Aquello era la guerra?

Schmidt me agarró una vez más por la manga del abrigo.

—No se detenga —me apremió—. Los quirófanos están al fondo.

Le seguí. Más bien él tiró de mí. Yo era incapaz de asumir aquella situación. Me temblaban las rodillas. Un sudor frío empapaba mi espalda. ¿Un médico solo en aquel infierno? ¿Cómo podía el tal Adler soportar aquello? ¿Cómo lo soportaba Schmidt? Yo no podía. No podía… ¿Es que ellos estaban ciegos?

Caminamos entre las hileras de soldados. Apenas veían nuestros brazaletes con la cruz roja los que aún podían verlos, los que aún podían moverse y hablar, nos suplicaban, nos imploraban, se agarraban a los faldones de nuestros abrigos, pidiendo agua, pidiendo ayuda, apelando a nuestra piedad para calmar su dolor, para curarlos o para ayudarlos a morir. Cada paso entre aquellas hileras de hombres, algunos casi unos niños, aquellas vidas destrozadas en su plenitud, aquellos cuerpos destrozados hacía crecer mi angustia hasta límites intolerables. Quería no ver, pero veía. Quería no escuchar, pero no podía cerrar mis oídos a aquellas voces rotas, a aquellos gritos de dolor, a aquellas súplicas. Y en mi mente solo brillaba con claridad una idea: «No puedo soportar esto. No puedo. No puedo…».

Llegamos hasta el área quirúrgica, al fondo de aquel sótano. Los quirófanos, como Schmidt los llamaba, estaban separados del resto de aquella estancia sin tabiques por unos improvisados biombos hechos con las lonas de camiones militares. Schmidt retiró una de aquellas cortinas y me cedió el paso. Entré. Allí fue donde vi a Heinrich Adler por primera vez.

Verle me impresionó. Lo recuerdo aún como si hubiese sido ayer. Todo cambió en aquel momento. La angustia que sentía, aquel miedo cerval que amenazaba con conducirme directamente a la locura, el vértigo del frente, todo ello, de pronto, dejó de tener importancia. Se convirtió en algo secundario, anecdótico. Porque al verle fui consciente de que, en medio de aquel horror, yo no estaría solo.

Aún podría describirle tal y como le vi entonces, todavía íntegro, firme como una roca a la que asirse en aquel caos, en la marea vertiginosa y terrible que es la guerra, antes de verle enfermar, destruirse, morir. Antes de matarle.

Era alto, algo más alto que yo. En otros tiempos debió de ser un hombre atlético, aunque entonces ya estaba muy delgado y demacrado. De cabellos rubios, muy cortos, al estilo militar, en sus

sienes comenzaban ya a blanquear las primeras canas. Sin embargo, no creí que llegara ni a los cuarenta años. Estaba tras la mesa de quirófano. Acaba de amputar la pierna izquierda a un soldado por encima de la rodilla. A juzgar por los gritos del herido había tenido que hacerlo sin apenas anestesia y luchaba por imponerse al soldado, que se debatía sujeto por tres compañeros de armas para acabar de suturar el muñón.

Me asombró la sangre fría con la que afrontaba aquella situación terrible. Ni siquiera me miró cuando entré al quirófano. Totalmente concentrado en su tarea, sus manos, con absoluta precisión y firmeza, anudaban punto tras punto la herida quirúrgica, trabajando con rapidez, minimizando en lo posible la hemorragia, y, al mismo tiempo, con un cuidado extremo, procurando causar el menor daño posible.

Me fijé en su rostro, pálido, fatigado, en los estragos que la falta de sueño habían hecho en él, en sus ojeras, en su ceño fruncido, fruto de la concentración, marcado con dos profundas arrugas, en el sudor que perlaba su frente. Una herida reciente, de feo aspecto, cruzaba su ceja izquierda. Diez o doce puntos de sutura dados apresuradamente evitaban que sangrase. Su bata de quirófano, literalmente tinta en sangre, estaba entreabierta, dejando ver su guerrera con los galones de capitán en el cuello, también parcialmente desabrochada, y, bajo ella, un aparatoso vendaje que le cubría el pecho y el hombro izquierdo, que también estaba teñido de sangre: la suya. Y sin embargo seguía en pie.

—Capitán —le llamó Schmidt—. He traído al médico.

Adler aún se demoró unos minutos antes de prestarme atención. Acabó la sutura que estaba realizando y solamente entonces me miró. Y aquella mirada, la mirada de aquellos ojos de un azul profundo, tan oscuros que casi parecían negros, al límite de la extenuación, pero tan lúcidos, tan extraordinariamente lúcidos, perfectamente conscientes del dolor, del miedo, del horror que nos rodeaban, ejerció en mí un efecto extraño. El hecho de que, pese al agotamiento, Adler fuera capaz de percibir todo aquello como yo lo percibía me conmovió profundamente y, al mismo tiempo, de alguna manera, me quitó la angustia, me devolvió parte de la serenidad que había perdido. Fue como si aquellos ojos, terriblemente cansados, pero que no ignoraban en absoluto el horror en torno a nosotros, se quedasen con el terror que me atenazaba, asumiesen mi miedo y me dijeran: «Comprendo tu angustia. La comprendo. Yo cargaré con ella; puedo hacerlo. Pero ayúdame. Ayúdame, porque te necesito».

Después escuché su voz. El tono y el timbre de la voz de Adler me estremecieron. Era una voz firme, acostumbrada al mando, templada como el mejor metal, increíble en un hombre agotado como él estaba entonces. Y se dirigió a mí para darme una orden.

—Una ampolla de morfina.

Schmidt obedeció antes que yo; me quitó de la espalda mi petate militar y comenzó a rebuscar entre la medicación que traía conmigo. Yo también reaccioné. Aquella orden, pronunciada por aquella voz, me sacó del colapso emocional en el que me encontraba. Saqué de mi equipaje jeringas y agujas. Cargué la morfina y se la administré a aquel herido al que Heinrich Adler acababa de operar. Mientras el cirujano acababa de vendar el muñón, la medicación fue haciendo efecto y el soldado dejó de gritar.

Adler arrojó el material quirúrgico usado en una batea.

—Ubicadle en el ala izquierda —ordenó a los soldados que le habían ayudado a sujetar al herido durante la cirugía—. Y que pasen al siguiente al otro quirófano.

Los soldados trasladaron al herido a una camilla y le sacaron del quirófano. Heinrich Adler se acercó a un cubo de agua en una esquina del área quirúrgica y se lavó las manos ensangrentadas.

—¿Qué hay de los suministros? —preguntó a Schmidt mientras se lavaba.

—Borgmann se está encargando de ellos —respondió el sanitario —. No son gran cosa.

—Al menos es más de lo que tenemos ahora, que es prácticamente nada. Necesitamos urgentemente éter para las cirugías, vendas, tintura de yodo, sueros. No podemos seguir operando de esta forma, en estas condiciones. Dile que los deje arriba. Les echaremos un vistazo en cuanto sea posible.

Tras lavarse, Adler se puso en pie. Secó sus manos y el sudor de su frente con un trozo de lona. La herida sobre su ceja izquierda comenzó a sangrar. Enjugó la sangre que resbalaba hasta sus párpados con el dorso de la mano, con gesto cansado, como si aquel sencillo movimiento supusiera un esfuerzo difícilmente soportable ya para él. A continuación cogió un pequeño frasco con comprimidos blancos que había sobre una mesa anexa en el quirófano, donde se amontonaban otros frascos y ampollas con medicación, vendajes y material quirúrgico, y volcó sobre la palma de su mano un par de ellos. Se los tomó sin beber agua. Leí de refilón la etiqueta de aquel pequeño frasco al mismo tiempo que Adler volvía a dejarlo sobre la mesa: Benzedrin. Era una de esas

drogas estimulantes que se empleaban en la guerra para mantener a los soldados despiertos durante días en misiones tras las líneas enemigas, drogas que hacían que el cuerpo fuese incapaz de sentir el cansancio, el hambre, la sed o la necesidad de dormir. ¿Cuánto tiempo llevaba Heinrich Adler consumiendo aquello? ¿Cuánto tiempo más podría soportar aquel ritmo de trabajo brutal? ¿Cuánto tardarían aquellas drogas en matarle, en matarle por simple agotamiento, una extenuación que su cerebro, confundido por aquellas sustancias, sería incapaz de percibir?

Adler cerró un instante los ojos y se apoyó en el borde de la mesa. Pensé que se derrumbaría. Creí que en aquel momento se derrumbaría. Nadie podía soportar algo así, y menos herido, en las condiciones físicas en las que Adler se encontraba. Pero me equivoqué. Adler no se derrumbó. Flaquearía, sí, meses más tarde, a medida que su salud física se fue deteriorando, que su resistencia moral se quebraba. Se derrumbaría, sí, pero no entonces. Entonces fue capaz de encontrar fuerzas donde parecía que no quedaba ya ninguna. Abrió enseguida los ojos. Mandó a Schmidt a preparar el otro quirófano para el próximo paciente y nos quedamos solos.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó.

—Alfredo Eybler, señor —respondí, adoptando inconscientemente la posición de firmes, subyugado por la autoridad y la fuerza de aquella voz.

—Yo soy Heinrich Adler. Necesitaré su ayuda para el siguiente paciente: metralla en el abdomen. Después usted operará en un quirófano y yo en otro. Puede quitarse el abrigo y coger una de aquellas batas.

Obedecí con rapidez. De repente ya no tenía miedo. Mi ciencia podía ser útil en aquel lugar, podía ayudar, y si en algún momento creía haber llegado al límite, si en algún momento la angustia me desbordaba o sentía que no podía continuar, entonces Adler estaría allí para impedir que me hundiera, para no dejarme caer.

No es sencillo describir con palabras la impresión que producía una persona como Adler. Había en él algo diferente, algo que yo jamás había visto en otra persona, una fuerza que parecía emanar de él y que se extendía a los que le rodeaban para alentarlos, para sostenerlos, una especie de don. Tenía carisma.

Me disponía a cruzar la cortina que separaba ambos quirófanos cuando, de nuevo, la voz de Adler me detuvo.

—Eybler. —Y de sus labios salió una frase, aquella frase, aquella verdad terrible, que yo no habría de olvidar jamás—. Eybler —por primera y creo que única vez en todos aquellos meses, aquellos años

en que compartimos el horror, en que combatimos mano a mano contra el dolor y la muerte, me tuteó—: no puedes salvarlos a todos.

Dos soldados pasaron en una camilla a un herido al quirófano adyacente. Schmidt ya estaba allí. Había preparado en una mesita auxiliar, junto a la mesa de operaciones, el material quirúrgico y de sutura que habríamos de emplear. Los camilleros dejaron al herido sobre la mesa quirúrgica.

—¿Hace falta que nos quedemos? —preguntó uno de ellos.

Adler miró al herido mientras sumergía sus manos hasta casi los codos en una batea que contenía alcohol puro. También yo le miré. Era un hombre joven. Casi todos lo eran. Su aspecto era de extrema gravedad. Estaba terriblemente pálido; la pérdida de sangre que había sufrido aquel soldado era tremenda. Su frente estaba perlada de sudor, el sudor frío del colapso. Su nivel de conciencia era bajo. Estaba estuporoso. No tenía fuerzas ni para gritar. Solo gemía y murmuraba palabras incoherentes.

—De momento, no —respondió Adler.

Los camilleros abandonaron el quirófano y Schmidt se puso de inmediato manos a la obra. Cortó rápidamente las ropas del herido, dejando al descubierto las lesiones.

El soldado tenía el abdomen destrozado. Restos de metralla se incrustaban en la pared abdominal. Los músculos del abdomen estaban desgarrados y parte de los intestinos quedaban al descubierto. Schmidt limpió lo mejor que pudo la herida con apósitos empapados en suero estéril y desinfectante y colocó paños limpios en torno a las lesiones, delimitando el campo quirúrgico, procurando mantener, dentro de la precariedad en la que nos encontrábamos, la mayor esterilidad posible. Como Adler había hecho antes, también yo desinfecté mis manos en alcohol antes de ponerme los guantes.

—Media ampolla de morfina. Suero Ringer —ordenó Adler a Schmidt—. Queda algo de éter, ¿verdad?

—Sí —respondió el sanitario mientras cargaba la morfina en una jeringa.

Schmidt encontró rápidamente un acceso venoso en el antebrazo del paciente y le administró la medicación indicada. Preparó los equipos de suero y a través de la vía venosa de grueso calibre que el sanitario había logrado canalizar se le comenzó a pasar volumen, en un intento por compensar la masiva pérdida de sangre de aquel soldado.

Adler empezó a revisar el equipo quirúrgico sobre la mesa auxiliar, al tiempo que valoraba con la vista el abdomen del herido,

buscando, como yo, una manera de abordar aquel desastre.

—¿Pulso radial? —preguntó.

Schmidt tomó el pulso al herido mientras veía pasar diez segundos en su reloj.

—Se palpa, aunque débil —respondió al cabo de ese tiempo—. Va como a ciento veinte pulsaciones por minuto.

—No sé si aguantará —reflexionó para sí Adler, frunciendo el ceño.

La herida sobre su ceja izquierda, a pesar de la sutura, se abrió de nuevo. Una gota de sangre se deslizó lentamente sobre sus párpados. Schmidt acudió a secarla con una gasa.

—No malgastes apósitos en eso —recriminó Adler con acritud—. Cualquier otra cosa servirá.

La respuesta, dura, casi cruel, del médico me estremeció. Schmidt, sin embargo, no dijo una palabra.

Adler miró de nuevo al herido.

—Éter —ordenó—. Lo justo para sedarle.

Schmidt obedeció al instante. Con el anestésico los gemidos del soldado se espaciaron. Adler fijó entonces en mí sus ojos azules, cansados, pero llenos de fuerza, de determinación. Yo estaba a un lado de la mesa de quirófano. Él, al otro. Me tendió un bisturí y unas pinzas y depositó sobre los paños estériles extendidos en el pecho del herido algunas pinzas hemostáticas para que estuvieran al alcance de ambos.

—Vamos a ello —me dijo simplemente.

Comenzamos a retirar los trozos de metralla de la pared abdominal. El destrozo era terrible. Incluso suponiendo que lográsemos reparar los órganos internos dañados, que todavía no habíamos valorado, sería sumamente difícil suturar y cerrar aquel abdomen, de cuya pared trozos enteros de los músculos oblicuos y de los rectos abdominales habían sido arrancados de cuajo. Mientras hacía mi trabajo, mis manos se cruzaban ocasionalmente con las de Adler. Sus manos eran fuertes; transmitían fuerza, la misma fuerza que había en su persona, en su mirada, y, sin embargo, al mismo tiempo, había en ellas una extrema delicadeza, una cierta espiritualidad, porque eran delgadas, de músculos perfectamente definidos y dedos largos y finos. Me admiró su firmeza, la extraordinaria precisión de cada uno de sus movimientos. Era como si Adler no dudara jamás.

Retiramos toda la metralla que pudimos. Desbridamos los bordes de las heridas contusas. Era sencillo trabajar con Heinrich Adler. Su técnica era limpia, metódica. Era fácil seguir sus pasos y adaptarse a

sus necesidades sin que hiciera falta cruzar una palabra. Había tenido ocasión de operar con muchos cirujanos y no tardé ni dos minutos en darme cuenta de que él rayaba en la excelencia. Schmidt secaba la sangre y despejaba el campo quirúrgico. Era un asistente eficaz. Supongo que, tras el tiempo que llevaba trabajando junto a Adler, ya había aprendido lo que el médico esperaba de él.

Adler dejó a un lado el bisturí y me tendió unos separadores.

—Echaremos un vistazo a los órganos sólidos del abdomen —comentó.

Yo también dejé mi instrumental sobre los paños estériles que delimitaban el campo quirúrgico y cogí los separadores, despejando el campo para que Adler pudiera trabajar. Abrí las heridas del soldado, retrayendo con los separadores la pared abdominal y parte del intestino. Adler revisó uno por uno los órganos internos y las principales estructuras vasculares del soldado. Hígado y bazo estaban íntegros. También la aorta abdominal. Era de esperar; si hubieran estado dañados, la hemorragia que se habría producido hubiera matado a aquel soldado en pocos minutos. De los riñones, solamente el derecho estaba lacerado. Habría que extraerlo. Adler fijó el pedículo renal derecho con una pinza hemostática.

—Revisaremos el intestino antes de extirpar el riñón —observó —, porque quizá no tengamos que hacerlo. —Imaginé a qué se refería.

Comenzamos a revisar centímetro a centímetro los ocho metros de intestino que tiene de media un ser humano. Pronto descubrimos que era una tarea inútil. La metralla había perforado el tracto digestivo en tantos lugares que aquellas lesiones no podrían ser tratadas de ninguna manera, y menos aún con los recursos de aquel hospital de campaña. Ambos supimos entonces que no podríamos hacer nada por aquel hombre, que aquel soldado moriría.

Adler me miró, y yo le miré a él. No hizo falta que ninguno de los dos dijera nada. El cirujano quitó la pinza hemostática que había dejado en los vasos que irrigaban el riñón derecho; después cogió los separadores que yo tenía entre mis manos y retiró el material quirúrgico que había sobre los paños estériles. Lo dejó todo en una batea.

—Media ampolla de morfina más —ordenó a Schmidt—. Le vendaremos. Después, que lo lleven al ala derecha del sótano.

El sanitario comprendió lo que Adler quería decir. Administró la medicación al herido y cogió un paquete de vendas. En ese breve lapso de tiempo el soldado dejó de respirar. Schmidt intentó tomar su pulso radial. Al no encontrarlo, buscó su latido en la carótida.

—Creo que ya no será necesario —afirmó tan solo.

Adler contempló por un momento el rostro del herido. Vio, como yo vi, los ojos entreabiertos, fijos, mirando sin ver, las pupilas dilatadas, vidriosas. Esperó, como yo esperé, algún intento por parte del herido para tomar aire. Pero el soldado no lo hizo. Era ya un cadáver.

Adler se acercó a él y le cerró los ojos. Un nudo atenazó mi garganta ante aquel gesto humano en medio de aquella intolerable crueldad. Después cogió la placa identificativa que el soldado llevaba colgada al cuello y la partió por la mitad.

—Que se lo lleven —ordenó de pronto. Había una extraña dureza en su voz—. Quiero dos nuevos pacientes en los quirófanos a la mayor brevedad posible.

Schmidt, con su extraordinaria eficiencia, no tardó más de unos minutos en localizar a los camilleros para cumplir las órdenes de su superior. Entretanto, Adler se lavó las manos. Anotó los datos del soldado muerto en una lista y guardó la placa identificativa en una caja dispuesta para tal fin sobre una mesa, al fondo del quirófano, junto a la medicación y el instrumental médico. Allí había ya decenas de ellas. Schmidt regresó con dos soldados, que trasladaron al soldado muerto de la mesa de operaciones a una camilla. Se lo llevaron. No supe adónde. Tampoco pregunté.

De pronto me di cuenta de que temblaba, estremecido por la muerte que acababa de presenciar. Adler me lo había advertido: «No puedes salvarlos a todos…». Era algo que yo siempre había sabido, que estaba ligado a mi profesión, que ya había experimentado antes, especialmente con mi madre, pero nunca, hasta aquel momento, había sido tan consciente, tan dolorosamente consciente de ello. Porque en aquellas circunstancias no se trataba solamente de la muerte, aquello no era la muerte que forma parte de la vida, la muerte como evolución natural de las cosas, el principio y el fin, el amanecer y el ocaso. Aquello era la muerte a escala industrial, violenta, salvaje, brutal, de hombres jóvenes, sanos, daba igual de qué bando, de qué ejército, de qué facción en lucha, que no hubieran muerto de no ser por la guerra. Aquello era diferente… Era diferente.

Mientras me lavaba las manos, Heinrich Adler me dio instrucciones, implacable, como si en un instante hubiera olvidado, apartado de su mente, lo que acababa de ocurrir allí.

—Usted se quedará en este quirófano —indicó—. Schmidt será su asistente. Y usted, Schmidt —añadió dirigiéndose al sanitario—, busque a Kesselbach. Necesitaré que me ayude.

Pasó una mano por sus ojos cansados. No dijo nada más. Schmidt salió en busca del tal Kesselbach. Adler no volvió a cruzar una mirada conmigo. Ni una palabra más salió de sus labios. Apartó la lona que separaba los dos quirófanos y desapareció tras ella en el otro quirófano, donde ya se escuchaban los gritos de dolor de otro herido.

Schmidt regresó enseguida. No tuve tiempo para pensar. Tras él entraron otros dos camilleros con un nuevo paciente, el primero que yo atendería aquella tarde, mi primer paciente en aquella guerra. Herido en una pierna, el soldado aullaba de dolor. Sentía la presión sobre mí como un peso enorme que no me dejaba casi respirar.

—¿Comenzamos, doctor? —preguntó Schmidt.

Respiré profundamente mientras sumergía de nuevo mis manos en alcohol.

—Comencemos.

***

No sé cuantos heridos pude atender en las horas siguientes, que fueron muchas. Con el paciente que hacía el número quince o dieciséis perdí la cuenta, y tras él vinieron muchos más, decenas de ellos. Era un río de sangre y sufrimiento que parecía no detenerse nuca. Una hora, y otra, y otra.

De vez en cuando Schmidt hacía una breve pausa. Ordenaba a los camilleros que no pasaran a ningún herido a quirófano. Entonces desaparecía unos minutos y volvía con una jarra de café cargado. Cuántas horas estuve de pie frente a la mesa de quirófano, trabajando sin parar, salvo para las necesidades más básicas, es algo que no recuerdo con claridad. Allí dentro, en aquel sótano sin ventanas, con la única luz de una bombilla que colgaba de su casquillo sobre la cabeza, alimentada por un generador de gasoil, inmutable, invariable, respirando el mismo aire viciado y enfermo, con los gritos de los heridos martilleando constantemente los oídos, se perdía completamente la noción del tiempo.

Sentía el cansancio sobre mí según pasaban las horas, una sensación de arena en los ojos cansados y faltos de sueño. Había hecho un viaje interminable en tren desde la otra punta de Europa y sin ninguna tregua me habían soltado en aquella vorágine, donde me sentía desbordado. No trabajaba con la suficiente rapidez, no tenía manos suficientes, ni medios, ni fuerza para afrontar algo así. Todos mis años de experiencia no bastaban para afrontar aquel flujo de heridos que no paraba de llegar y por los cuales, en algunas

ocasiones, muy poco podía hacer.

No sé qué me pasó. Tal vez fuera el cansancio, o la sensación de que no podía asumir aquello, que no era lo bastante bueno, lo bastante rápido, y que los hombres morían. Al cabo de unas cuantas horas, muchísimas, sentí de pronto que la angustia, el vértigo del frente, lo que había sentido cuando bajé del tren cuando enfrenté por primera vez la guerra, volvía a mí.

Fue tras atender a un joven soldado herido. Un proyectil le había destrozado media cara. Perdió el ojo derecho. El suelo de la órbita, el maxilar derecho y la mandíbula estaban rotos en mil pedazos. Lo reconstruí como pude, lo mejor que pude, y aunque sabía que aquella lesión no acabaría con su vida, comprendí que su rostro quedaría desfigurado para siempre, cuando apenas había comenzado a vivir.

Tras él me trajeron a otro chico que había caído bajo las orugas de un tanque ruso. Sus piernas estaban literalmente machacadas, sus huesos reducidos a astillas. Sus camaradas habían logrado minimizar la hemorragia haciendo torniquetes a la altura del muslo. Eso le salvó la vida, pero yo tuve que amputarle las dos piernas por encima de la rodilla. Rondaría aquel soldado los veinte años, quizá alguno más, pero ya no volvería a andar.

La angustia me atenazaba cada vez con más intensidad. ¿Qué estaba haciendo? ¿A qué tipo de vida estaba condenando a los que salvaba? ¿Y cuántos morían sobre mi mesa? Dios, ¿qué era aquello?

El último paciente que llegó a mi sala de operaciones hizo que me derrumbara. Era también, cómo no, un soldado joven. Venía con una herida en la cara interna del muslo. La herida en sí no parecía a primera vista anfractuosa, pero el paciente llegó terriblemente pálido y estuporoso, en una situación de completo colapso, más cerca de la muerte que de la vida. Cuando Schmidt cortó el uniforme y dejó al descubierto las lesiones comprendí el porqué de la afectación de su estado general. La herida, producida por algún trozo de metal extremadamente cortante, le había desgarrado la arteria femoral. Había perdido muchísima sangre. Se desangraba ante mis ojos en cuestión de minutos.

Me puse rápidamente a trabajar. Podía salvarle. Tenía que salvarle. Y no quedaría desfigurado ni mutilado. Pincé la arteria, de la que salía sangre roja y brillante a borbotones. Traté de suturarla. El primer intento fue un fracaso. Con cada punto que daba, la arteria, destrozada, se desgarraba más y más. Lo intenté de nuevo. Un punto, dos. Al tercero, la arteria femoral volvió a desgarrarse. Sentí las gotas de sudor resbalar por mi frente. «¡Maldita sea!» Si no

lograba reconstruir esa arteria, tendría que ligarla, seccionarla y amputar la pierna, o aquel soldado moriría.

Lo intenté una última vez. El campo quirúrgico estaba lleno de sangre. Schmidt la retiró empapando gasas para que yo pudiera ver la arteria desgarrada. Conseguí dar un punto. Dos. Tres…

De pronto Schmidt sujetó mi mano, interrumpiendo mi trabajo. Le miré atónito, furioso.

—Es inútil —advirtió.

No era capaz de dar crédito a sus palabras. ¿Inútil? Me di cuenta entonces de que la sangre que antes salía a borbotones de la arteria desgarrada apenas tenía ya fuerza. No aumentaba su flujo con cada latido cardíaco porque ese latido ya no existía. Miré el rostro del paciente, extremadamente pálido, inmóvil. Miré su pecho. No respiraba. Estaba muerto.

Sentí tal rabia en mi interior… El cansancio pesó sobre mí como una losa; la falta de sueño bloqueó cualquier control que pudiera ejercer sobre mí mismo. «Maldita sea…», me dije. Y la angustia creció en mí como una marea incontenible.

—¡Maldita sea! —grité, arrojando al suelo el material quirúrgico que tenía a mi lado, que cayó con gran estrépito.

Retrocedí, alejándome de la mesa de operaciones donde yacía el soldado muerto. Me apoyé en la pared. Sentía que las piernas me temblaban. Una presión intensa oprimía mi garganta, y una sensación de mareo y de náusea profundos se adueñaron de mí. Quería gritar, quería llorar. Quería correr, huir de allí… Pero me quedé quieto, inmóvil como el soldado muerto, apoyado en la pared, paralizado.

La lona que separaba los dos quirófanos se abrió de pronto y Heinrich Adler apareció al otro lado, limpiándose las manos ensangrentadas con un extremo de su bata de cirujano. No dijo nada. Solamente contempló la escena con sus ojos azules, exhaustos. Después se acercó a mí. Me quitó la bata teñida de sangre como la suya. Sacó dos cigarrillos del bolsillo superior de su guerrera y los colocó en el bolsillo de la mía. Desapareció un momento para entrar en su quirófano y regresó enseguida con mi abrigo, que colocó sobre mis hombros. Por último hizo un gesto a Schmidt.

—Lléveselo arriba —indicó refiriéndose a mí.

Schmidt se quitó enseguida la bata y se lavó las manos. Partió en dos la placa identificativa del soldado fallecido y anotó su nombre en la lista. Después cogió su abrigo y me empujó suavemente por el hombro.

—Vamos.

Le seguí como un autómata, completamente desbordado por las circunstancias, incapaz de pensar, temblando como si me abrasara la fiebre. No tuvimos que cruzar de nuevo aquel sótano que servía de hospital, en el que se encontraban los heridos. Yo no hubiera podido soportarlo. Schmidt me guio hasta otras escaleras que conducían al exterior y que estaban detrás de los improvisados quirófanos.

Subir las escaleras se me hizo extremadamente difícil. Las sensaciones de mareo, de inestabilidad y de náusea que me desbordaban apenas me permitían mantener el equilibrio. Las piernas me dolían terriblemente. Mis pies hinchados dolían bajo la presión de las altas y rígidas botas militares. Hasta entonces no había sido consciente de ello. Quise enderezar mi espalda, pero un intenso dolor en la zona lumbar casi me dejó clavado en el peldaño en el que me encontraba. Después del tiempo que había pasado inclinado sobre la mesa de quirófano, apenas podía ponerme derecho. Subir aquella escalera hizo patente en mí un cansancio tan extremo, un dolor físico tal, que cada peldaño parecía un muro infranqueable.

Me sorprendió la oscuridad del exterior cuando llegué arriba, después de permanecer bajo la invariable luz artificial de aquel sótano. Era de noche y el aire fresco del exterior pareció devolverme a la vida después del encierro en aquella atmósfera viciada, como si acabara de salir de una tumba.

En el exterior del sótano reinaban la tranquilidad y el silencio. Cuando mis ojos se acostumbraron a la penumbra, pude distinguir entre los muros de aquel granero los bultos de soldados dormidos sobre el suelo, envueltos en sus capotes militares o en sus abrigos. Recordé de repente el estruendo, los disparos, el caos a mi llegada a aquella ciudad. Ahora todo estaba en calma. Los combates habían cesado.

—Espéreme aquí —susurró Schmidt—. Voy a buscar café.

El sanitario se alejó, abriéndose camino entre los soldados que descansaban. Yo me acerqué a un enorme agujero abierto por una explosión en un muro cercano y me asomé al exterior, respirando con avidez la brisa nocturna. Sentía que aquel nudo en mi garganta me ahogaba. Mi cuerpo exhausto seguía temblando. Elevé los ojos al cielo. Estaba completamente despejado y tapizado de estrellas. No había luna. Sin embargo, debía de haber llovido, porque la tierra estaba húmeda y había charcos en los cráteres abiertos en el suelo por los proyectiles. A mi alrededor solo había ruinas.

Miré de pronto mis manos manchadas de sangre. Cerca de mí había una caja de municiones vacía que había retenido en su interior agua de lluvia. Sumergí mis manos en ella y al instante sentí como si cientos de agujas se clavaran en mis dedos. Comprendí que eran los pequeños cortes que los hilos de sutura habían hecho al tensar los puntos de las decenas de heridas que había cerrado, o intentado cerrar, en el quirófano. Cuando saqué las manos del agua y las miré me di cuenta de lo inflamadas que estaban, tanto que era incapaz de cerrar el puño. Todo en mí era cansancio y dolor. Estaba seguro de que si me sentaba, y tenía una necesidad imperiosa de hacerlo, no podría volver a levantarme, así que permanecí de pie. Mi mente fatigada era incapaz de pensar en nada. Incluso la rabia y la impotencia, que me habían hecho perder el control apenas unos minutos antes, habían desaparecido, barridas por el cansancio extremo del que ahora era consciente. Solamente persistía, implacable, ese nudo en la garganta, esa angustia que no conseguía dominar.

Schmidt regresó enseguida con dos tazas metálicas llenas de humeante café. Me entregó una de ellas. Tuve que sujetarla por el asa, porque para mis maltrechas manos quemaba como fuego. Schmidt se sentó entre los restos del muro derruido, dejó la taza junto a él y encendió un cigarrillo, que me entregó a mí. Le di una profunda calada, y después otra, dejando que el humo se desvaneciera en el aire. Schmidt encendió otro para él.

—Siéntese, teniente —me invitó el sanitario—. Así solo logrará ser un blanco fácil para los rusos —añadió con una sonrisa, medio en serio medio en broma.

Tuve que hacer un enorme esfuerzo para acomodarme sobre algunos cascotes sueltos junto a Schmidt. Las piernas y la espalda me dolían horrores. Bebí un sorbo de café. Tanto Schmidt como yo guardábamos silencio. No se oía nada en torno a nosotros. Ni un insecto, ni un pájaro. Solo el sonido de la brisa que soplaba suavemente entre las ruinas y en ocasiones la respiración ruidosa de alguno de los soldados que dormían dentro del almacén.

Recuerdo que tenía la vista puesta en los edificios destruidos frente a mí, apenas iluminados por la luz de las estrellas. La pregunta surgió espontáneamente de mis labios, casi antes de que fuera consciente de que realmente necesitaba hacerla.

—¿Cómo soportáis esto?

Schmidt bebió un sorbo de café antes de contestar.

—Para los sanitarios es más sencillo —respondió—. Somos más que ustedes, los cirujanos. Si los combates son duros y suponemos

que habrá mucho trabajo, procuramos organizarnos de modo que podamos descansar por turnos al menos un par de horas. Pero si ustedes no operan, nadie más puede hacerlo… Aunque supongo que no se refiere usted a eso, ¿verdad? —añadió tras una breve pausa.

Efectivamente, mi pregunta no tenía que ver con ello.

Schmidt dio una calada a su cigarrillo, expulsando lentamente el humo.

—Supongo que uno se acostumbra —dijo finalmente.

Aquella respuesta no me sirvió en absoluto de consuelo. ¿Podía alguien acostumbrarse a algo así? No podía creerlo. Y es que, si era cierto, era algo inhumano.

—¿Cuánto tiempo hemos estado ahí abajo? —pregunté desorientado.

—Déjeme que piense. —Schmidt cerró un momento los ojos—. Usted llegó ayer por la tarde. Estuvimos en quirófano toda la tarde, toda la noche, todo el día de hoy y toda la noche, hasta ahora mismo, que son —Schmidt miró su reloj— las cuatro y veinte de la madrugada. Calcule usted: unas treinta, treinta y cinco horas.

Aquello bastaba para justificar el agotamiento que sentía, la inflamación de mis manos, el dolor de mi espalda y de mis piernas, el cansancio de mis ojos, de mi mente y de mi alma ante tanto dolor.

—Adler lleva entonces casi cuatro días así —reflexioné en voz alta.

Schmidt sonrió.

—Adler es un hombre poco común —apostilló como si aquello lo explicara todo.

La respuesta de Schmidt hizo que viniera a mi mente, de pronto, la dura respuesta de Adler al gesto de Schmidt de secar la sangre de la herida de su frente en el quirófano, mientras operábamos. Recordé que Schmidt no replicó.

—Usted le aprecia —observé.

—Es mi superior —respondió el sanitario—. Llevamos juntos en esto muchos meses. Vinimos juntos al frente, en el mismo reemplazo. He visto lo que hace y cómo lo hace, y le respeto.

—¿Vinieron juntos?

Schmidt se echó a reír.

—Es una historia curiosa —comenzó a relatar—. Yo en realidad no soy enfermero. Me quedaban tres meses para graduarme cuando me destinaron aquí. En mis ratos libres trabajaba ocasionalmente de estibador en el puerto de Hamburgo para sacar algo de dinero. El ser aprendiz no le hace a uno precisamente rico, al menos en lo

económico, y la guerra no contribuye precisamente a la bonanza.

»Una vez me pillaron en el puerto agenciándome unas latas de carne en conserva de uno de los cargamentos con las que esperaba hacer algunos negocios, puesto que en nuestro país los alimentos ya comienzan a escasear para la población civil a causa de la guerra. Aquellos eran víveres destinados al ejército. Ni que decir tiene que la condena a mi delito, que perjudicaba al esfuerzo bélico de la nación, fue destinarme a Rusia para que supiera de primera mano lo que era sufrir escasez de alimentos en la línea del frente.

»Sabían que yo era estudiante de enfermería, y en el frente del este los sanitarios escasean. Es como si Rusia fuera un enorme pozo sin fondo que engulle todos los recursos que se le destinan. Así fue como acabé en un vagón de mercancías de un tren en la estación central de Berlín, con otros muchos en mi situación, a punto de salir para Ucrania como sanitario. El tren debía partir a las cuatro de la tarde. Lo recuerdo porque eran las cuatro y diez y aún no nos habíamos movido de la estación.

»Por lo visto, faltaba alguien. Estábamos sentados en el suelo del vagón, procurando acomodarnos para un viaje que sería largo, cuando uno de los soldados que estaba junto a la puerta aún abierta nos dijo: "¡Mirad! Ahí llega la causa de nuestro retraso". Me asomé para echar un vistazo. Cuatro agentes de la policía secreta traían escoltado a otro sanitario vestido de uniforme. Llevaba las manos esposadas a la espalda y desde luego la Gestapo se había divertido con él. Tenía un profundo corte sobre una ceja, un pómulo amoratado, un labio partido… Y eso era lo que se veía. Supongo que bajo el uniforme llevaría las marcas de muchos golpes más.

»Uno de los agentes, el que parecía estar al mando, iba diciéndole algo. Yo solamente oí el final de la frase, cuando ya estaban junto a la puerta abierta de nuestro vagón: "… y nuestro jefe te quiere vivo. Pero si por mí fuera hace ya tiempo que te habría dado el pasaporte". El prisionero esbozó algo parecido a una sonrisa, y sin dignarse siquiera a mirar al policía le respondió: "Te falta valor para matarme". Me quedé atónito, como todos los soldados que pudieron escuchar aquellas palabras. La respuesta del agente no se hizo esperar. Comenzó a insultarle. Golpeó al sanitario en el estómago, un golpe brutal que le obligó a doblarse sobre sí mismo. Siguió golpeándole, implacablemente, a pesar de que el prisionero estaba esposado y no podía defenderse, hasta que sus propios compañeros lo detuvieron, sujetándolo y alejándolo del sanitario. "¡Basta! —gritó uno de ellos—, ¿es que quieres que nos fusilen a todos? Ya conoces nuestras órdenes."

»Mientras dos policías contenían al agente al mando, el tercero abrió las esposas del prisionero, arrojó su equipo médico al vagón y después empujó dentro de él al sanitario sin ningún miramiento. Cerró la puerta tras él, hizo una señal al maquinista y el tren se puso en marcha. "¡Ojalá mueras lentamente en Rusia!", gritó con rabia el agente que había golpeado al sanitario, liberándose al fin de los compañeros que lo retenían. El sanitario lo oyó, por supuesto que lo oyó, como todos nosotros. Rápidamente se puso en pie y asomándose a través de la ventanilla enrejada del vagón de mercancías respondió: "¡Si es así, te estaré esperando en el infierno!".

»Pensé, y supongo que muchos de los que en aquel momento estaban en el vagón conmigo pensarían lo mismo, que aquel tipo o bien estaba loco o tenía un valor inaudito. El sanitario aún permaneció un momento asomado a aquella ventanilla, hasta que el tren empezó a ganar velocidad y salimos de la estación. Entonces se dio la vuelta, apoyó la espalda en la puerta del vagón y se dejó caer hasta quedar sentado en el suelo. Al sentarse hizo un gesto de dolor y se llevó una mano al costado. Creí escuchar, entre el traqueteo del tren, el chasquido de las costillas rotas. El gesto de dolor duró apenas un fugaz instante. Respiró profundamente. Sacó un cigarrillo del bolsillo superior de su guerrera y lo encendió. La sangre del profundo corte que tenía en la frente le caía sobre los ojos. La restañó con el dorso de su mano. "Vaya, capitán —me atreví a decir —, parece que se han empleado a fondo con usted." Él ni siquiera me miró. Pensé que, a fin de cuentas, no era un mal comienzo. Al menos no se había encarado conmigo. De alguien capaz de desafiar a la policía secreta como él lo había hecho podía esperarse cualquier cosa. "También soy sanitario —continué—. Quizá algunos puntos de sutura en esa herida que tiene en la frente harían que dejara de sangrar —añadí echando mano del petate donde estaba mi material—. Por cierto, me llamo Schmidt." El sanitario dio otra calada a su cigarrillo. Entonces se volvió y me miró, y le juro por mi vida, teniente, que en aquellos ojos no había ni un ápice de locura. Me dijo su nombre: Adler.

Lo sabía. Desde que Schmidt comenzó a describir la actitud desafiante del pasajero de su relato imaginé que se trataba de Adler.

—Le di ocho puntos de sutura en la frente —continuó relatando el sanitario— bastante limpios, teniendo en cuenta el vaivén del tren en marcha. Adler no se movió ni se quejó una sola vez. Se dejó hacer. Así empezamos nuestra andadura en la guerra. Desde entonces he sido su asistente. Nos hemos visto en situaciones de

todo tipo, algunas no tan malas, otras terribles. Y, de momento, seguimos vivos.

No pude evitar la pregunta.

—¿Cómo soporta Adler esto? ¿Cómo puede mantenerse en pie? Lleva casi cuatro días ahí abajo. Está herido…

Schmidt se quedó pensativo. Dio una última calada a su cigarrillo y lo arrojó en un charco cercano, donde chisporroteó unos segundos antes de apagarse. Se tomó su tiempo para responder.

—El capitán no es como nosotros, no al menos como la inmensa mayoría de la gente que conozco. No podría describírselo. Es como si estuviera hecho de otra pasta. No se le puede juzgar o valorar como lo haríamos con cualquier otra persona. Él es diferente. No me pregunte por qué. No es fácil conocerle. Es poco hablador, exactamente lo contrario que yo —Schmidt sonrió—. Arisco, a veces tiene unos arrebatos de ira que a mí, ciertamente, me intimidan. Aunque le conozco desde hace ya tiempo, hay ocasiones en las que me da miedo, porque sé que es un hombre que en determinados momentos sería capaz de cualquier cosa, buena o mala. Es duro e implacable con los demás, pero, sobre todo, consigo mismo. Ya ve. Sigue ahí abajo, frente a la mesa de quirófano. Le garantizo que no podríamos apartarlo de allí a menos que cayera inconsciente. Yo lo he intentado muchas veces. A veces puede ser incluso cruel. Pero yo le he visto trabajar. Le he visto organizar el hospital de primera línea, le he visto dirigir evacuaciones de heridos, le he visto combatir…, y es un excelente superior, un excelente médico, un hombre de principios y con valor.

Schmidt bebió un sorbo de café antes de continuar hablando.

—Recuerdo que a los pocos meses de llegar al frente, durante la ofensiva sobre el Dniéper, Adler estaba en el hospital de primera línea junto con otros médicos. Yo era su asistente en quirófano. Acabábamos de operar a un herido. De pronto un soldado de nuestra división entró corriendo en el hospital. “¡Tanques rusos! ¡Tanques rusos!” El soldado buscaba a Adler. Había otros médicos allí. El oficial médico al mando, el coronel Schaffenberg, todavía estaba con nosotros en el hospital de retaguardia. Pero el soldado buscaba a Adler, y no a los demás. “Capitán Adler —informó casi sin aliento en cuanto llegó al quirófano—: tanques rusos se aproximan al hospital.”

»Debían haber confundido el edificio que utilizábamos como hospital con el cuartel general de nuestra división, puesto que era uno de los pocos que seguía en pie. Tras ubicar al herido al que acabábamos de operar, Adler y yo salimos del hospital, siguiendo al

soldado que nos había traído la noticia. Efectivamente, pudimos comprobar que dos T-34 soviéticos se aproximaban desde calles cercanas que confluían en una recta de doscientos metros que llevaba directamente al hospital. Adler no tardó mucho en hacerse cargo de la situación. "No tendremos tiempo de evacuar", reflexionó en voz alta. Y de pronto le preguntó al soldado: "¿Tienes cargas magnéticas?". El soldado le respondió que no. Le pregunté al capitán qué pretendía hacer. Pregunta absurda que Adler ni siquiera respondió, pues ambos sabíamos que iba a intentar frenar el avance de los tanques. "No permitiré que destruyan mi hospital", me dijo. Y después, dirigiéndose al soldado, le ordenó: "Avisa al cuartel general. Necesitamos protección en esta zona". El soldado saludó reglamentariamente y echó a correr, desapareciendo enseguida entre los edificios destruidos.

»Adler se dirigió hacia los tanques. Lo vi aparecer y desaparecer varias veces, a intervalos, entre los muros derrumbados. Los tanques, entretanto, se aproximaban más y más. El primero de ellos, que se acercaba desde una calle lateral a la derecha, enfilaba ya la recta que se dirigía a nuestro hospital de campaña. Pude ver como su torreta giraba, apuntando al edificio. Blanco fácil, porque era uno de los pocos que aún no estaba en ruinas en aquella ciudad. Sentí el miedo aferrarse como una garra a mi espalda. Veía ya el proyectil saliendo del cañón, el hospital volando por los aires, y yo con él…

»Entonces vi aparecer a Adler junto a ese T-34. Llevaba una mina magnética en la mano. No sé de dónde demonios la había sacado. Corrió hasta situarse detrás del enorme coloso de acero para poder colocar el explosivo en su parte posterior, jugándose literalmente la vida, porque si el tanque hacía un viraje brusco, sus orugas lo aplastarían, y porque si el segundo tanque, que se aproximaba desde la izquierda, conseguía girar y enfilar la calle en la que estaba el primer T-34, sus ametralladoras lo barrerían.

»Pero nada de eso ocurrió. Adler consiguió colocar la carga adhesiva y activarla. Después se alejó del tanque tan rápido como pudo, y en pocos segundos el T-34 estalló, abriéndose como una naranja madura, bloqueando la calle e impidiendo el avance de su compañero. Confieso que cuando el tanque explotó, cerré los ojos, rezando con la esperanza de que aquel monstruo mecanizado no hubiera tenido tiempo de disparar su cañón antes de volar por los aires. Cuando por fin los abrí (tal vez fueron solo unos segundos, pero para mí fue como si hubieran pasado años), el tanque estaba destruido y el hospital intacto.

»Adler regresó enseguida a mi lado. Entró corriendo de nuevo en el hospital y se dirigió a los quirófanos. Cogió una de las pocas batas de cirujano blancas que aún estaban limpias y, empapando sus manos en la sangre que había en el suelo, dibujó en ella una cruz. Utilizó un fusil a modo de mástil y volvió a salir, esta vez para dirigirse al tejado y enarbolar allí su bandera de sangre… Después volvió al quirófano. Ya solo podíamos esperar.

Schmidt hizo una breve pausa. Encendió otro cigarrillo.

—Pasaron las horas. Seguimos atendiendo un paciente tras otro. La ofensiva terminó. Nuestras tropas consiguieron frenar a los soviéticos. Nuestro hospital seguía en pie y nosotros estábamos vivos… No podría decirle si lo que nos salvó fue la acción desesperada de Adler al destruir aquel T-34 que quedó bloqueando la vía de acceso al hospital e impidió la llegada de nuevos acorazados rusos, o la bandera de sangre que nos defendió, o los batallones de refuerzo que el mando destinó a nuestra zona para protegernos. La cuestión es que seguíamos con vida.

»Cuando el último herido que precisó cirugía fue sacado de quirófano, Adler se quitó la larga bata de cirujano que había tenido puesta y se sentó, cansado y con un gesto de dolor, en unas cajas de suministros que había en una esquina. Fue entonces cuando me di cuenta de que llevaba el cinturón del uniforme atado sobre su muslo derecho, a modo de torniquete, algo que no pude ver mientras tuvo puesta la bata. Lo soltó y rasgó el pantalón del uniforme, que estaba empapado en sangre. Mientras colocaba en el tejado su bandera, en un intento de disuadir a los rusos de disparar sobre nuestra posición, había recibido un balazo que le había atravesado la pierna. Y desde entonces, horas y horas, había permanecido en pie, frente a la mesa de quirófano, trabajando sin parar…

»Echó un vistazo rápido a su herida. “Nada serio. La bala ha atravesado limpiamente el vasto externo del cuádriceps. Unos puntos de sutura bastarán”, dijo. Supongo que debió de ver la expresión de mi rostro. Aquel día se ganó sin ninguna duda mi respeto incondicional.

Schmidt guardó silencio. También yo. Bebí un sorbo de café y encendí uno de los cigarrillos que Adler había colocado en el bolsillo de mi guerrera.

—¿Cuántos médicos trabajaban con ustedes? —pregunté a Schmidt al cabo de un rato.

—La división tenía cinco médicos. El coronel médico Schaffenberg estaba al mando. Al principio la atención sanitaria se

organizaba con dos equipos quirúrgicos de la siguiente forma: se establecía un hospital cerca del frente, el hospital de primera línea o puesto de socorro avanzado, donde habitualmente estaban los capitanes médicos Adler y Mannheim, y con frecuencia también el teniente médico Haessler. Allí se atendía a los heridos potencialmente más graves. Más alejado de la línea de combate estaba el hospital de retaguardia de la división, donde trabajaban el coronel médico Schaffenberg y el capitán Von Maier, así como Haessler, cuando el frente estaba tranquilo. Allí los sanitarios derivaban los heridos menos graves, los que podían soportar el traslado a una zona más segura, más alejada del frente, así como los atendidos y estabilizados en el hospital de primera línea. Desde allí se organizaba la evacuación de los heridos del campo de batalla hacia retaguardia.

—¿Y qué ocurrió para que Adler se quedara solo?

—A los pocos meses de nuestra llegada al frente, el capitán Mannheim tuvo la mala suerte de pisar una mina. Murió en el acto. No fue sustituido. El coronel Schaffenberg fue herido por un obús que estalló cerca de su coche en una marcha de aproximación al enemigo y fue evacuado a casa, quedando el capitán Von Maier al mando. Respecto al teniente Haessler… —Schmidt hizo una pausa —, también murió y tampoco fue sustituido. Hace cuatro días, al inicio de esta contraofensiva rusa al sur de Járkov, nuestro hospital de primera línea, el único del que nuestra división podía ya disponer, donde trabajaban juntos mano a mano Von Maier y Adler, fue bombardeado. Von Maier murió. Durante cuatro días Adler ha sido el único médico para toda una división que ha sufrido unas bajas brutales en este tiempo, hasta que llegó usted. Y aún sigue trabajando… Debemos volver.

Schmidt apuró su café, arrojó su cigarrillo casi consumido y se puso en pie. Yo lo imité. Después de aquella pausa, de aquella conversación, a pesar del cansancio físico, mi mente estaba más clara y mi corazón más tranquilo. Estaba dispuesto a enfrentar de nuevo el horror, a afrontar aquella tarea titánica. Adler podía con ello. Yo también era médico. Yo también podría. Bajamos a los sótanos.

Había un silencio extraño en el hospital. Pude notarlo cuando bajábamos las escaleras. Se oían gemidos, las voces susurradas de los soldados heridos, pero no se escuchaban gritos angustiosos de dolor. Comprendí por qué cuando llegamos a los quirófanos. Estaban vacíos. Adler y su asistente, el tal Kesselbach, estaban recogiendo el material quirúrgico.

—¿Se acabó? —preguntó Schmidt.

—De momento, sí —respondió Kesselbach.

El sanitario Kesselbach era un hombre de unos treinta años, de cabellos oscuros y complexión delgada. Tenía un aspecto tan fatigado como todos nosotros.

Sin mediar palabra, Schmidt se dirigió a Adler y le quitó el instrumental quirúrgico que llevaba entre las manos.

—Váyase a dormir, capitán —sugirió.

Adler guardó silencio. No protestó por la forma, quizá demasiado familiar, en que su subordinado se había dirigido a él. Se pasó una mano por sus ojos cansados. Después me miró.

—Usted debería hacer lo mismo, Eybler.

Cogió su abrigo y desapareció escaleras arriba.

—Haga caso al capitán, teniente —me aconsejó Schmidt una vez que Adler hubo salido—. Busque un hueco arriba, cerca de la cocina de campaña. Allí no hace demasiado frío y nadie le molestará en un buen rato. Kesselbach y yo nos encargaremos de esto.

Dejé a los dos sanitarios esterilizando el material quirúrgico y salí de nuevo del sótano. El agotamiento era cada vez más perceptible para mí. Busqué, como Schmidt me había dicho, un hueco en el suelo, cerca de la cocina de campaña. Recogido sobre mí mismo, como un niño en su cuna, me tapé hasta la cabeza con mi abrigo militar. Estaba tan cansado que creo que me dormí casi al instante.

***

Mi despertar tras aquel primer sueño en el frente fue brusco. Oía ruidos alrededor. Entreabrí los ojos. Me quité el abrigo de encima. La luz del sol de un día casi veraniego me deslumbró. Apenas tardé unos instantes en ser consciente de dónde me encontraba. No fue difícil. Soldados que iban y venían a mi alrededor, ruidos de armas que se limpiaban, se montaban y se desmontaban, motores… Estaba en el frente. Estaba en Ucrania.

No había lucha; no se oían los gritos, disparos y explosiones que me recibieron a la llegada. Pero sí había una frenética actividad. El aroma de café recién hecho, el olor a tabaco, a pólvora, a gasolina, inundaron mis sentidos. Me dolía todo el cuerpo, como si me hubieran dado una paliza: el trabajo extenuante de los días previos, el interminable viaje en tren… Sin embargo, después de unas horas de sueño, mi mente estaba completamente despejada. Me senté un momento en el suelo, intentando ubicarme. Apenas si había

vislumbrado en la penumbra de la tarde la ciudad, cuyo nombre no sabía, y el edificio que nos servía de hospital. A la luz del día la destrucción era aún más patente. Todo a mi alrededor eran ruinas, incluyendo aquel granero en el que me encontraba, que tenía medio tejado derruido y los muros agujereados por decenas de proyectiles de los más diversos calibres. Ni una ventana ni una puerta estaban intactas.

¿Cuánto tiempo había dormido? Miré mi reloj; eran casi las diez y media de la mañana. No habían sido más de cinco horas. Pero aquello bastó para hacerme recuperar la entereza. Me llevé con un gesto inconsciente una mano a la mejilla y me di cuenta de pronto de que mi aspecto debía de ser lamentable. Llevaba casi una semana sin afeitar. Mi uniforme estaba hecho un desastre, arrugado y manchado de tierra y sangre por todas partes. Mis manos estaban aún hinchadas y doloridas, pero ya podía cerrarlas. Estaban preparadas para volver a operar.

Me puse en pie con la intención de dirigirme al quirófano en busca de Adler para recibir sus órdenes y ponerme a trabajar, pero no me hizo falta bajar al sótano para encontrarle. Adler y Schmidt estaban allí mismo, a unos cincuenta metros de mí, en aquel pabellón que nos servía de refugio. Adler estaba sin camisa, sentado en el suelo. Tenía una herida de feo aspecto sobre el hombro izquierdo. A mi mente vino de pronto la imagen del capitán médico en el quirófano la primera vez que lo vi, con ese vendaje ensangrentado cubriéndole el pecho. Así pues, esa era la causa. Schmidt lavaba la herida con extremo cuidado. Cuando terminó se puso en pie y le vi bajar al sótano, supongo que en busca de vendas. Me acerqué a Adler, que encendía un cigarrillo mientras esperaba al asistente. Se había afeitado y aseado en lo posible, dentro de las precarias circunstancias que nos rodeaban. Sus cabellos rubios mojados parecían más oscuros y las prematuras canas en sus sienes eran más evidentes. Afeitado, la palidez de su rostro y las profundas ojeras, las huellas del cansancio, se acentuaban aún más. Su aspecto seguía siendo el de alguien agotado, más incluso que la primera vez que lo vi, pero sus ojos estaban llenos de vida, plenos de esa terrible lucidez, de esa conciencia del horror que yo era incapaz de comprender cómo podía soportar.

—Buenos días, teniente —saludó al verme llegar—. ¿Ha podido descansar?

—Lo suficiente. Gracias, capitán.

Me ofreció un cigarrillo del paquete que tenía en la mano. Lo acepté mientras examinaba con la vista la herida de su hombro.

Parecía una herida penetrante que había atravesado el hombro de lado a lado, a la altura de la clavícula, pero sus bordes presentaban signos de quemaduras. Su aspecto no era bueno, quizá porque era reciente.

—Si puedo echarle una mano… —le ofrecí, señalando con la cabeza su hombro herido.

—Curará si no se infecta. No se preocupe —respondió.

Schmidt volvió con los vendajes. Me saludó con una sonrisa y se puso enseguida a trabajar, vendando el hombro de Adler rápidamente y con esmerada pulcritud. En cuanto Schmidt terminó su trabajo, Adler se puso en pie. Acabó de vestirse. Su uniforme no presentaba un aspecto mucho mejor que el mío. Apuró lo que le quedaba de café en una taza metálica y tomó el camino del sótano que hacía las veces de hospital.

—Schmidt —ordenó al sanitario—: acompañe al teniente. Indíquele dónde puede afeitarse y asearse un poco. Y que desayune antes de bajar al hospital. Yo voy a organizar la evacuación de los heridos.

—Bien, señor.

Acto seguido nos volvió la espalda y desapareció en las escaleras que conducían al sótano.

—Bueno, acompáñeme —me invitó Schmidt.

Acabé mi cigarrillo y le seguí. Caminamos entre los soldados en dirección opuesta a la que Adler había tomado al dejarnos, hacia un pequeño edificio casi anexo al granero que servía de hospital y almacén de intendencia y que también mantenía parte de sus muros en pie.

—Me sorprende la habilidad que muestra usted en su trabajo como asistente —confesé a Schmidt mientras caminábamos—. Si no me lo hubiera dicho, nunca habría creído que usted no era enfermero antes de llegar al frente.

Schmidt se echó a reír.

—Me sobreestima, teniente —respondió—. Cuando llegué aquí yo no sabía ni la mitad de lo que sé. Pero tengo un buen maestro.

En el edificio anexo había varios bidones llenos de agua frente a los cuales oficiales y soldados, por turnos, trataban de dignificar su situación. Mi graduación de teniente me permitió un rápido acceso a uno de ellos. Schmidt me consiguió algo de jabón y un trozo de espejo para que pudiera afeitarme.

—Si me lo permite, teniente, iré en busca de nuestro desayuno —solicitó con una sonrisa.

No necesité responder. Dejé a un lado el trozo de espejo y

mientras Schmidt iba en busca de café, yo me quité la guerrera y la camisa y dejé que el agua empapara mi rostro, mis cabellos sucios y polvorientos y mi pecho. Después de aquellos días eternos, de aquel viaje interminable, de aquel trabajo brutal, el agua fresca, agua de lluvia recogida en bidones vacíos de combustible, era una bendición. Cogí el espejo que Schmidt había conseguido para mí. Podía afeitarme de manera más o menos decente, procurando, eso sí, no cortarme con el filo de mi bayoneta, que era lo que serviría como navaja de afeitar. Cuando vi mi imagen reflejada en él, apenas reconocí mi propio rostro. Demacrado, con las mejillas hundidas; desde que salí de Madrid debía de haber perdido al menos unos ocho o diez kilos. Las mismas ojeras que se dibujaban en los rostros de Adler, de Schmidt, de Kesselbach, comenzaban también a marcar mi rostro. Sin afeitar, con los cabellos desgreñados, tenía más aspecto de vagabundo que de médico o soldado. Y, desde luego, no era ni la sombra de lo que fui. Mis pensamientos volaron en aquel instante hacia Ana, mi Ana. Desde que abandoné mi casa había evocado constantemente su recuerdo. Mi querida Ana, mi hijo Carlos… Mi familia. Sentí un nudo en la garganta y una extraña humedad enturbió mis ojos. Qué agudo se me hizo entonces el dolor de la pérdida, y qué terrible esa incertidumbre, el no saber. ¿Estarían bien? ¿Habrían recibido alguna noticia sobre mi inesperado cambio de destino, sobre mi situación? ¿Qué iba a ser de ellos en mi ausencia? ¿Qué iba a ser de ellos?

Una sola idea me sirvió de consuelo: al menos no tendrían que verme en el estado en que entonces me encontraba. Creí que no podría estar peor, que las cosas forzosamente mejorarían y cuando regresara a casa volvería a ser el hombre que fui. Entonces no supe lo equivocado que estaba. El regreso a casa no existiría y me encontraría en situaciones físicas y morales que rozarían el límite de la resistencia humana. Aquello que entonces vivía y que me parecía tan terrible era el paraíso en comparación con lo que después tendríamos que afrontar.

Schmidt regresó enseguida con café, pan y dos latas de carne en conserva, desviando totalmente el rumbo que comenzaban a tomar mis pensamientos.

—Espero que no le importe que le haga compañía mientras se afeita, teniente —dijo.

Y enseguida, sin necesidad de mi aprobación, tomó asiento en unas cajas de municiones apiladas cerca de donde yo me encontraba y se puso a abrir una de las latas con su bayoneta.

La verdad es que no me molestaba su presencia. Al contrario, me sentía seguro con él. Tenía muy presente que habían sido su habilidad y su experiencia en el frente las que me habían permitido llegar con vida desde el tren al improvisado hospital militar de aquella ciudad ucraniana, cuyo nombre aún ignoraba, sumida en el fragor de la batalla. Yo solo en aquella vorágine hubiera muerto el mismo día de mi llegada.

Era abierto, espontáneo, cercano, de trato sencillo y sincero, de fiar. Era difícil dejar de sentir simpatía por él. Era lo que allí aprendí a llamar «un camarada».

—Habría hecho un buen negocio con estas conservas si no me hubieran cazado —comentó medio en broma tras devorar en apenas dos bocados la mitad del contenido de la lata que finalmente había conseguido abrir a fuerza de golpes—. Para ser suministros del ejército no están nada mal.

Sonreí, yo creo que por primera vez desde mi llegada al frente. Me pareció increíble que Schmidt aún tuviera espíritu para bromear en medio del horror en el que estábamos inmersos. Pero supongo que ese tipo de actitudes forman parte del ser humano. Así era como Schmidt se defendía, se protegía, de la desesperación, de la locura.

—¿Cómo fue? —pregunté mientras intentaba no cortarme con el filo de la bayoneta deslizándose sobre mi yugular.

—¿El qué? —preguntó Schmidt tras beber un sorbo de café.

—La herida de Adler. ¿Cómo le hirieron?

Schmidt me miró. La sonrisa de su rostro se borró de pronto.

—Cada vez que lo recuerdo se me pone la carne de gallina —respondió tras una breve pausa—. No tengo conciencia de haber pasado tanto miedo nunca.

Dejó a un lado la taza de café y la lata de conservas y encendió un cigarrillo.

—Tres días antes de que usted llegara al frente, después de unas semanas relativamente tranquilas, los rusos lanzaron una ofensiva en nuestra zona con la intención de romper nuestras líneas. Fue un ataque potente y estuvieron a punto de lograr su objetivo. Comenzaron con una cortina de fuego artillero que cayó sobre nosotros como una lluvia de acero, y después lanzaron sus carros de combate y su infantería.

»Por aquel entonces nuestra división ya solo tenía dos médicos: Adler y Von Maier, y los dos se pusieron a trabajar mano a mano en primera línea. El hospital de retaguardia había dejado de existir. Habilitamos nuestro hospital de campaña en el edificio que antes

era una escuela, en la zona sur en torno a la ciudad de Járkov, que es donde nos encontramos —explicó señalando las ruinas que se veían a lo lejos—, pero a las pocas horas de iniciarse el ataque ruso, cuando los heridos comenzaban a llenar el hospital, hubo una nueva carga de artillería que fue a impactar exactamente en esa área. Yo había salido del edificio. Adler había advertido a Von Maier que aquella zona estaba demasiado cerca de la línea de impacto de la cortina artillera rusa, pero, ciertamente, no teníamos lugares mucho mejores entre los que escoger. Así que me enviaron al Cuartel General de la División, del que aún no habíamos recibido ningún parte, a recabar información sobre la evolución del combate por si fuese necesario evacuar.

»Conseguí hablar con un oficial del Estado Mayor, un coronel de infantería. Según me dijo, aunque los rusos eran superiores en número, habían logrado contener su avance y estaba casi seguro de que en breve podrían obligarlos a retroceder. Con esa información, relativamente tranquilizadora, emprendí el camino de regreso al hospital.

»Estaría a unos quinientos metros del edificio, no muchos más, cuando la artillería rusa comenzó de nuevo a dejar caer sus proyectiles sobre nuestras cabezas. Busqué protección entre las ruinas como pude. No sé cómo aquel bombardeo no acabó conmigo. El caso es que cuando al fin terminó y pude salir del agujero en el que me había refugiado, pude ver que la escuela que nos servía de hospital había sido alcanzada de pleno. Solo pensé en una cosa: "Nos hemos quedado sin médicos. ¡No tenemos médicos!". Los sanitarios no sabíamos operar. Sin cirujanos los heridos quedarían prácticamente sin asistencia. Muchos hombres morirían si no había quien pudiera ofrecerles una cirugía de urgencia para contener una hemorragia o para amputar una pierna destrozada.

»Corrí como loco hacia las ruinas del hospital de campaña. No podría precisar el número de víctimas en aquel ataque, cuántos heridos y cuántos sanitarios habían muerto. El área quirúrgica, las aulas que servían de quirófanos, estaba parcialmente respetada. De allí vi salir a Adler tambaleándose, magullado, lleno de arañazos, sangre, polvo y cascotes, y con un trozo de acero de unos veinte centímetros de largo y dos o tres de diámetro atravesándole el hombro izquierdo. Yo creo que no me vio; se dejó caer entre los escombros y el polvo a las puertas del edificio destruido.

»No imagina usted la alegría que sentí al verle. ¡Al menos uno de los médicos estaba vivo! Corrí hacia él. Tosía a causa de la polvareda que había alrededor. Su rostro estaba contraído de dolor.

“Está vivo. Gracias a Dios. Al menos uno de ustedes está vivo…”, dije apenas llegué a su lado. “Estábamos demasiado cerca”, se quejó él, y noté que su voz de acero se quebraba. Miré su hombro herido, atravesado por aquel trozo de hierro. Necesitaba ser atendido por un colega suyo. Un sanitario como yo poco podía hacer con una herida como aquella. Le pregunté por el capitán Von Maier. La respuesta fue breve: “Muerto”. Le dije que no se preocupara, que buscaría un medio de transporte para llevarle al norte, a la ciudad de Járkov, donde médicos de otra división podrían atenderle. Adler negó con la cabeza. “El puesto médico más cercano está a veinte kilómetros de aquí”, balbuceó. Y era cierto. En un frente tan amplio como el del este las distancias entre las divisiones en combate eran enormes. Incluso suponiendo que encontráramos un vehículo utilizable, atravesar el frente activo en plena lucha podría llevarnos horas, sin contar con que los puestos médicos en las demás divisiones estarían poco más o menos como estábamos nosotros, es decir, sin medios, desbordados, en el caso de que consiguiéramos llegar con vida. De pronto, Adler me miró. “Tendrás que hacerlo tú.”

»Le aseguro, teniente, que al escuchar esa orden de labios del capitán el pánico se apoderó de mí. Yo, que ni siquiera soy enfermero. No estaba preparado para tratar una lesión así. No sabía qué arterias, qué nervios, músculos o huesos habría dañado ese trozo de acero al atravesar el hombro. ¿Cómo iba yo a arrancar ese hierro de ahí? “Yo no… Yo no puedo…”, recuerdo que dije; más que decir, balbuceé. El rostro de Adler se contrajo súbitamente con un gesto de terrible dolor. Sujetó el brazo izquierdo fuertemente contra su cuerpo. Apretó los dientes. Guardó silencio cuando yo habría gritado. Su frente se cubrió de gotas de sudor… A medida que el acceso de dolor fue cediendo, Adler fue dándome instrucciones, implacable: “Necesito que enciendas un fuego. Uno pequeño bastará. Luego ve al quirófano y rescata lo que puedas. Necesitarás vendas, alcohol, morfina, agua…”. Él me hablaba, pero yo apenas era capaz de escuchar sus palabras. Si yo le trataba, podría morir. Yo no era médico. ¿Cómo podía exigirme eso? “Capitán, yo no…”, intenté protestar una vez más, angustiado. “¡Hazlo, maldita sea!”, gritó fuera de sí por mi reticencia y por el dolor. Y luego, más calmado, con voz firme y templada, con esa mirada suya tan clara añadió: “Si tú no lo haces, nadie lo hará. Yo te ayudaré”.

»Me convenció. No me pida que le explique cómo. Tiene una forma de decir las cosas, una forma de mirarle a uno que, pese a sus

arrebatos, a su mal carácter… Es que no sabría describírselo. Me temblaban las manos, pero obedecí. Busqué maderas entre los escombros de la escuela, restos de mesas y sillas, de cajas de suministros. Encendí el fuego que me pedía. Fui al quirófano. Cogí todo lo que podía ser utilizable. Regresé y me arrodillé junto a él. Me pidió que le cargara una ampolla de morfina. Así lo hice. Él mismo se administró la medicación. Vació la jeringa entera clavando la aguja en el brazo herido. "Bien, ahora escucha —comenzó a decirme—. Coloca tu bayoneta sobre el fuego y deja que se caliente, al rojo si es posible. —Comenzaba a imaginar qué es lo que pretendía que hiciera—. El trozo de hierro que me atraviesa el hombro no ha tocado estructuras nerviosas —siguió explicándome —. Me duele horrores, pero conservo la fuerza y la movilidad del brazo izquierdo. Eso significa que probablemente tampoco haya llegado a dañar ninguna arteria ni vena importante del brazo, porque estas se encuentran muy cerca de los nervios. Pero eso solo lo sabremos cuando retires ese trozo de metal."

»Hizo una pausa para tomar aire antes de continuar, apretando los dientes, luchando contra el dolor. La morfina aún no había comenzado a hacer efecto. "Cuando quites el hierro, es importante que te fijes en cómo brota la sangre de la herida. Has visto muchas veces cómo sangra una arteria. Es una sangre de un rojo vivo, brillante, que mana a borbotones con cada latido del corazón. Si la herida sangra así, mal asunto. La arteria axilar estará desgarrada. Si la cauterizas, perderé el brazo y seré inútil. No harás nada más." "¡Morirá desangrado, capitán!", interrumpí aterrado. Adler hizo caso omiso de mis palabras y siguió hablando. "Si la sangre es venosa, oscura y fluye lentamente, entonces utilizarás la hoja de tu bayoneta para detener el sangrado, cauterizando la herida, tanto en la parte anterior como en la posterior del hombro. Probablemente grite, maldiga, te pida que no sigas… —Adler hizo otra breve pausa —. No me escuches. Intenta contener la hemorragia. Eso probablemente me salve la vida. ¿Entendido?"

»Adler me miró como lo hizo cuando le conocí en aquel tren de mercancías de la estación central de Berlín, la misma mirada serena y clara. Le juro, teniente, que no he visto nunca en nadie tanta coherencia, tanta sensatez ni tanta calma como las que vi en Adler en aquel momento. Porque ponía su vida en mis manos, en mis limitados conocimientos, siendo perfectamente consciente de las consecuencias y asumiéndolas con una indiferencia total hacia la muerte. Aún ahora lo recuerdo y me echo a temblar.

Pude comprobar que Schmidt decía la verdad. Sus manos, que

sostenían un cigarrillo, ahora ya casi consumido, temblaban de manera casi imperceptible, haciendo que el humo del tabaco dibujase pequeñas ondas en el aire. Schmidt le dio una última calada y lo arrojó al suelo, apagándolo con el tacón de su bota.

—El capitán cerró los ojos y reclinó la cabeza contra las ruinas del muro en el que estaba apoyado —siguió relatando el sanitario —. Parecía que el dolor se estaba aliviando; la morfina comenzaba a hacer efecto. «Adelante», dijo simplemente. Respiré hondo. Antes de intentar quitar el trozo de hierro del hombro de Adler, descubrí la herida cortando el uniforme del capitán, desinfecté mis manos con alcohol y, diluyendo alcohol y agua a partes iguales, intenté limpiar lo mejor que pude el entorno de la herida. Después agarré con la mano derecha el trozo de acero que sobresalía de la parte anterior mientras que con la mano izquierda sujetaba el hombro de Adler. «Voy a intentarlo», le advertí.

»Adler no dijo nada, ni siquiera me miró. Lo agradecí, porque mis manos temblaban y mi frente estaba bañada en sudor, el sudor de la angustia y el miedo. Tiré con fuerza. Adler gritó, solamente gritó de dolor, cuando yo seguramente me habría desmayado. El trozo de hierro se movió apenas un par de centímetros. Lo intenté otra vez, con el mismo infructuoso resultado y el consiguiente dolor para el capitán. Agarré de nuevo el hierro con furia. Tenía que sacarlo de un solo golpe. No podía seguir sometiendo a Adler a aquella tortura. Esta vez tiré de él con todas mis fuerzas. El trozo de acero salió al fin y yo estuve a punto de caer de espaldas. El capitán, con un gesto instintivo, cubrió la herida con su mano derecha, encogido sobre sí mismo, gimiendo de dolor a pesar de la morfina. La sangre resbalaba entre sus dedos. Arrojé aquel trozo de hierro maldito y me arrodillé de nuevo junto a Adler. Intenté retirar su mano de la herida. “Déjeme ver, capitán”, le rogué, aunque no sé si él llegaba a escucharme. El dolor debía de ser terrible. Conseguí que quitara la mano. La herida sangraba abundantemente, pero no era sangre arterial.

»Adler tenía razón: yo sé cómo sangra una arteria y aquella sangre de un color rojo oscuro, de flujo continuo, sin borbotones, no provenía de una de ellas. Me armé de valor y cogí la bayoneta del fuego. La hoja era de acero y no se había puesto al rojo, pero estaba lo bastante caliente como para cauterizar una herida. Apreté la hoja con fuerza contra la parte anterior del hombro. Conté hasta diez. Adler gritó, aulló de dolor, pero no me dijo nada… En ningún momento me pidió que parara. El olor a carne quemada me hizo sentir náuseas. Los gritos de dolor de Adler creí que me harían

enloquecer.

»¿Cómo podía estar infligiendo aquel sufrimiento a un hombre al que apreciaba y respetaba, al que consideraba, además de mi superior, mi amigo? Cuando al fin retiré la hoja de la herida, esta apenas rezumaba ya sangre. Puse la bayoneta otra vez en el fuego. Di a Adler un tiempo para recuperarse. Debía repetir la operación en la zona posterior del hombro. Sequé el sudor de mi frente. Miré a Adler. Roto por el dolor, seguía sin embargo consciente, perfectamente consciente de cuanto pasaba. No fui capaz de afrontar el sufrimiento de su mirada. Le pedí que se volviera e implacable como una máquina cautericé también la herida de la parte posterior del hombro. Después confieso que me derrumbé. Me quedé de rodillas a espaldas de Adler y me eché a llorar como un chiquillo.

Schmidt hizo otra pausa para encender otro cigarrillo. Había un brillo extraño en su mirada, como lágrimas que no llegaría a derramar.

—Al cabo de unos minutos sentí una mano sobre mi hombro. Adler, exhausto, terriblemente pálido, con la frente bañada en sudor, como la mía, me dijo: «Lo has hecho bien». —Schmidt esbozó una sonrisa amarga—. Lo había hecho bien… Ahora lo pienso y no me explico cómo fui capaz de hacerlo. Yo no habría soportado ni la mitad de lo que Adler soportó. Si el capitán me hubiera dicho una sola vez que me detuviese, que no podía más, yo no le hubiera aplicado esa bayoneta ardiente sobre las heridas y él hubiera muerto desangrado… En fin. Vendé sus heridas. Me pidió media ampolla de morfina más, que le cargué en una jeringa y que él mismo se administró. También me pidió un cigarrillo.

»El ruido de los combates, de las explosiones y los disparos seguía a nuestro alrededor, pero me pareció algo más lejano. Pensé que tal vez el comandante de infantería que me había informado sobre la evolución de la lucha tenía razón y los rusos estaban retrocediendo. Después averigüé que efectivamente era así. Adler dio una profunda calada a su cigarrillo y me anunció: “Ahora organizaremos el nuevo hospital de campaña”. Yo no podía creer lo que oía. Con la voz aún rota por el dolor, después de lo que había pasado…, y el primer pensamiento de Adler no era retirarse del frente, solicitar que le evacuaran a la patria para poder recuperarse y descansar, sino volver al trabajo. “Irás a buscar a Borgmann”, ordenó. Borgmann es el oficial de intendencia. Tendrá ocasión de conocerle, teniente. “Él te ayudará a encontrar una nueva ubicación, algún sitio donde podamos atender a los heridos. Busca

también a Kesselbach, a Dantzig y a cuantos sanitarios sigan aún en pie y reúnelos en el nuevo hospital. Corre la voz entre los camilleros para que vayan llevando allí a los heridos… En unas pocas horas, lo que tardes en organizar todo esto, yo estaré lo suficientemente bien como para volver a operar.” Le pregunté si realmente lo creía así, a lo que me respondió con una sonrisa amarga: “Soy el único médico que queda”.

Acabé de afeitarme. Schmidt me hizo un hueco en las cajas de municiones sobre las que estaba sentado para que yo también pudiera tomar asiento. Me tendió una de las dos tazas de café que había traído, que aún estaban calientes.

—Lo que sigue ya lo conoce —concluyó el sanitario acabando su cigarrillo—. Nos ubicamos en el sótano del edificio de intendencia y allí estuvimos tres días con sus noches, hasta que llegó usted.

Bebí un sorbo de café. Schmidt sacudió la cabeza como para alejar de sí los malos recuerdos que aquel relato le había hecho revivir.

—¿Qué, teniente? ¿No piensa probar estas conservas de carne? —preguntó cambiando por completo el tono de la conversación—. Le aconsejo que desayune bien hoy que puede, porque aquí en el frente uno nunca sabe cuándo podrá volver a comer o a dormir. En cuanto haya terminado iremos al hospital. Me temo que allí tenemos aún bastante trabajo que hacer.

***

Media hora después, tras haber acabado con el frugal desayuno que Schmidt me había facilitado, el sanitario y yo estábamos de nuevo en el sótano que nos servía de hospital. Kesselbach y otros sanitarios que no conocía ya estaban trabajando allí. Revisaban y cambiaban vendajes, administraban medicación y facilitaban agua y alimentos a los heridos que podían tomarlos. Kesselbach se encontraba en el área derecha del sótano. En esa zona, algo apartada del resto, estaban ubicados los heridos con menos probabilidades de sobrevivir. El sanitario estaba ocupado en una tarea poco agradable. Registraba las defunciones. Los cuerpos de más de una docena de soldados estaban a sus pies, cubiertos totalmente por abrigos o capotes militares. Kesselbach estaba inclinado sobre otro cadáver, cogiendo su placa de identificación. Tras hacerlo le cubrió también con un capote militar ensangrentado.

—¿Qué tal? —soltó Schmidt a modo de saludo.

Kesselbach se puso en pie. Se encogió de hombros con gesto cansado.

—Ya ves —respondió mostrando el puñado de placas identificativas que tenía en la mano.

Calculé que habría varias docenas.

—¿Has hablado con Adler? —preguntó Schmidt.

—Las órdenes son preparar a todos los heridos en condiciones de soportar el traslado para su evacuación a posiciones seguras en la retaguardia. Al parecer, el mando ha ordenado a nuestra división continuar el avance hacia el este. De hecho, las tropas acorazadas que nos apoyan y parte de la infantería ya han empezado a marchar. La ciudad se queda en manos de otras divisiones. Se oyen rumores de que los rusos intentarán en las próximas semanas recuperarla. Quizá sea mejor para nosotros estar entonces lejos de aquí. El transporte de los heridos habrá que hacerlo en camiones. Adler ha ido a hablar con el Estado Mayor. El tren en el que llegaron los refuerzos ha sido destruido. Y de todas formas las líneas férreas han sido voladas por partisanos en las proximidades de nuestra posición. Imposible por el momento la evacuación en tren.

—Estupendo…

—Dantzig, Weber, Müller y los demás se están encargando de los heridos que serán evacuados. Sería bueno que fueseis a echar una mano por allí. —Kesselbach señaló el ala izquierda del sótano —. Aquí —añadió señalando con la cabeza los cadáveres a sus pies — hay bien poco que hacer.

Kesselbach volvió a su macabra tarea. Yo fui a los quirófanos, vacíos entonces, para dejar allí mi abrigo militar. El día se anunciaba soleado, primaveral, un día propio de mediados de abril, y en aquel sótano sin apenas ventilación la atmósfera era agobiante. Los uniformes y equipos que teníamos eran los propios de una campaña de verano. Los abrigos y los capotes militares que formaban parte de nuestro equipamiento estaban destinados más a protegernos de la lluvia o del viento que a abrigarnos, pero en aquel lugar, con aquel calor, estorbaban.

Me remangué la guerrera y me puse a trabajar junto a Schmidt y los demás, revisando heridas, cambiando vendajes, preparando a los heridos para la evacuación.

***

Adler apareció por el hospital hacia mediodía, y, al parecer, de pésimo humor. Antes de su llegada ya habíamos escuchado ruidos

de motores en la superficie, cerca de las entradas al sótano. Eran los camiones de evacuación.

—Teniente Eybler —ordenó apenas verme—: disponemos de varios camiones de transporte de tropas que esperan arriba para iniciar la evacuación. Comience a sacar de aquí a los heridos. ¿Y Kesselbach? —preguntó.

—En el ala derecha —respondí.

Sin decir una palabra más, se marchó a buscar al asistente y me dejó a mí encargado de comenzar la evacuación. Supongo que no le faltaría razón para darme dicha orden. A fin de cuentas yo era el oficial de mayor graduación después de él. Pero yo, sinceramente, no tenía ni la más remota idea de cómo hacer aquello… Inmediatamente busqué a Schmidt para transmitirle las instrucciones que Adler me había dado.

—¡Al fin una buena noticia! —exclamó.

El sanitario acabó de cambiar el vendaje a un herido y se puso rápidamente en pie. Sacó del bolsillo de su guerrera unos papeles. Me explicó que se trataba del listado de los hospitales militares de la zona. Los heridos más graves irían a los más cercanos. Los menos graves, los heridos estables, tendrían que ser evacuados más lejos.

—Vayamos a echar un vistazo a los vehículos —propuso después de estudiar las diferentes alternativas.

Le seguí fuera del sótano. Cerca de los muros derruidos del almacén estaban detenidos, en fila y con los motores en marcha, varios camiones de transporte de soldados de infantería y tres vehículos de transporte sanitario con una gran cruz roja pintada en los laterales.

—El capitán es realmente extraordinario —profirió Schmidt al ver el despliegue de medios de transporte que ponían a su disposición—. ¿Cómo habrá conseguido que le dejen utilizar estos camiones, cuando parece que la división está de nuevo en marcha con órdenes de avanzar? En fin, imagino que es mejor no saberlo —se respondió a sí mismo—. Pongámonos manos a la obra, teniente. Los heridos que necesiten ir tumbados los transportaremos en las ambulancias. Todos los que puedan ir sentados, a los camiones. Hablaré con Dantzig para empezar los traslados. Esta noche el hospital estará vacío.

***

La evacuación transcurrió sin incidentes. El ejército alemán avanzaba, los rusos se replegaban y nuestro trabajo no fue

interrumpido por ningún ataque. Con la ayuda inestimable de Schmidt, de Kesselbach, de los demás sanitarios, y con su experiencia no me resultó complicado obedecer la orden que Adler me había dado. Apenas estaban llenos, los vehículos de transporte partían, uno tras otro, hacia el oeste, a los diferentes hospitales en zonas seguras. Y tal y como Schmidt había pronosticado, al caer la noche nuestro improvisado hospital estaba vacío.

En toda aquella larga tarde, mientras duró la evacuación, apenas tuvimos un momento de respiro: revisar heridas, cambiar vendajes, subir a los heridos a los transportes, evacuar, registrar las muertes…, en una cadena que parecía no tener fin. En todo ese tiempo Adler no apareció por el hospital. La atención sanitaria a los heridos recayó por completo en los sanitarios y en mí. Pude verle, sin embargo, a media tarde, fuera del sótano y no lejos de los vehículos de transporte. Discutía de manera muy tensa con un comandante de infantería.

—¡Es inaudito que haya requisado mis camiones para evacuar heridos! —vociferaba el comandante—. Los blindados han iniciado el avance hace ya tres horas. ¿Desde cuándo se le da este apoyo a los cuerpos auxiliares como el suyo? ¿Qué es lo que pretende, capitán? ¿Que mi batallón sea el último en llegar al Don?

—Si desea manifestar su protesta por el uso que se le da a sus camiones, hable con el Estado Mayor —respondió Adler sin alterarse, pero inmutable en su posición—. Mi trabajo aquí es tratar de salvar vidas. Y eso es lo que intento hacer. Yo no me mezclo en sus intrigas militares ni en sus carreras por la Cruz de Hierro.

El comandante enrojeció de ira.

—Esto no quedará así, capitán —amenazó el comandante.

Adler no respondió. Se encogió de hombros, le volvió la espalda y se alejó.

***

Una vez que el hospital de transporte fue evacuado, también nosotros recibimos la orden de emprender la marcha para alcanzar la retaguardia de nuestra división. Creí que después de aquel intenso día de trabajo nos dejarían dormir y que seguiríamos a las tropas por la mañana. Pero mis esperanzas eran infundadas.

Cargamos todo el material sanitario utilizable en camiones de intendencia, lo que supuso un esfuerzo sobreañadido para nuestros cuerpos cansados y nuestras mentes que ansiaban dormir. Schmidt se puso al volante de uno de aquellos camiones. Adler y yo nos

sentamos junto a él en la cabina. Mientras yo luchaba contra el sueño que me vencía, Adler, junto a la ventanilla abierta que permitía que entrara el aire fresco nocturno, encendió un cigarrillo. Sería ya cerca de medianoche.

—Espero que alcancemos a las tropas antes de tres o cuatro horas —dijo Schmidt—. Necesito urgentemente un par de horas de sueño antes de seguir este eterno camino hacia el este.

Adler no respondió. Su rostro reflejaba cansancio, pero sus ojos tenían la misma mirada clara, irreductible a la fatiga o al horror. Yo asentí con la cabeza. Tampoco yo deseaba otra cosa más que dormir.

—¿Me permite una pregunta, teniente? —soltó Schmidt—. Si no hablo, se me cerrarán los ojos mientras conduzco —añadió con una sonrisa.

—Adelante.

—¿De qué parte de Alemania es usted? Porque su acento me resulta distinto a todos los que conozco. ¿De Renania? ¿De Múnich, quizá? ¿Bávaro?

Esta vez fui yo el que sonreí.

—Soy de Madrid.

Schmidt apartó por un momento la vista del vehículo que circulaba delante de nosotros para mirarme atónito. Avanzábamos por una llanura, sin carreteras, y los vehículos formaban un largo convoy, uno detrás de otro.

—¿Español? —Schmidt, tras examinarme de arriba abajo, volvió a fijar la vista al frente, incapaz de creer mis palabras—. Está usted de broma…

—En absoluto. Así figura en mis documentos.

Saqué del bolsillo interior de mi guerrera los documentos que me habían entregado en Hof. Adler, que no había dicho nada hasta entonces, los cogió de entre mis manos.

—¿Me permite?

—Claro.

Les echó un rápido vistazo con su mirada inteligente.

—Es de Madrid… —murmuró casi para sí, leyendo los datos que figuraban en mi cartilla militar.

—Así es —respondí, aunque sabía bien que no esperaba una respuesta.

Adler me devolvió enseguida aquellos papeles, todos excepto uno: la orden en la que figuraba mi destino en Ucrania.

—Así que su destino era el cuerpo médico de la 74.ª División de Infantería a las órdenes del coronel médico Haussmann.

—Eso es lo que figura escrito ahí.

Adler dobló aquel papel con aparente calma y luego, sin previo aviso, lo rompió en mil pedazos y lo arrojó por la ventanilla. Los trozos de papel se dispersaron al viento en mitad de la noche.

—Pero ¿qué…? —protesté asombrado y preocupado por las consecuencias que aquello podría tener.

—Ahora pertenece al cuerpo médico de la 71.ª División de Infantería, bajo el mando provisional del capitán médico Adler —cortó sin esperar a que acabara de formular mi protesta.

Schmidt se echó a reír, viendo mi expresión angustiada.

—Bien hecho, capitán —alentó a Adler—. ¿De verdad el teniente es español?

Adler asintió con la cabeza.

—¿Y cómo diablos ha venido usted a parar aquí? —preguntó Schmidt.

—Es una historia un tanto… extraña…

—Tenemos todo el tiempo del mundo hasta que tengamos que volver a ponernos a trabajar, así que, cuéntenosla, teniente Eybler.

Encendí un cigarrillo antes de comenzar a hablar. El proceso que me había llevado hasta allí resultaba tan inverosímil, incluso para mí mismo, que no sabía muy bien cómo describirlo con palabras.

—Yo venía con uno de los reemplazos de la 250.ª División de Voluntarios Españoles, con otros compatriotas como tropa de apoyo para combatir en Rusia —expliqué finalmente—. Nuestro destino era la zona norte del frente ruso, Leningrado. Pero cuando llegué al campamento militar de Hof, donde debían equiparnos antes de partir al frente, decidieron que yo sería más útil en Ucrania, así que me separaron de mis compatriotas y me mandaron aquí.

—¿A usted solo?

—Sí.

—Imagino que sería por el idioma —supuso Schmidt—. ¿Cómo lo aprendió? Porque lo habla usted como cualquiera de nosotros. ¿Y su apellido? No es español.

—Mi padre era austríaco.

Hubo un momento de silencio.

—Ahora lo entiendo. Vaya una historia curiosa la suya —soltó el sanitario al cabo de unos minutos—. Le juro que nunca hubiera pensado que usted era extranjero. Pasa usted perfectamente por alemán.

—Tal vez por eso me han arrancado de mi familia y de mi vida para enviarme aquí —me lamenté.

Y al pronunciar esas palabras pesó sobre mí de nuevo como una

losa el recuerdo de mi familia, el recuerdo de Ana. ¿Sabría ella ya cuál había sido mi destino, dónde me encontraba? ¿Le habrían informado de algo? ¿Llegaría yo a tener alguna vez noticias suyas? Qué lejos, qué terriblemente lejos estaban ella y mi hijo. Cómo dolía su ausencia. Y la incertidumbre, siempre la incertidumbre de no saber… Cuántas veces me vendría a la mente, meses y años después, aquel concepto, aquella palabra, *incertidumbre,* que hoy, mientras escribo, cuando ya todo para mí son certezas: la muerte, la vida perdida…, he llegado a maldecir y a odiar.

—¿No es usted voluntario? —preguntó Schmidt, ahogando mis recuerdos con su voz—. Creí que todos los combatientes de esa división lo eran.

Tardé un momento en responder.

—No exactamente.

Hubo unos instantes de silencio, breves, hasta que Schmidt volvió a tomar la palabra.

—Debe de ser difícil… —consideró— vivir con ello, con esa preocupación. Yo no dejo a nadie atrás. Una esposa, hijos, quiero decir. ¿Y usted, capitán?

Adler, que estaba mirando por la ventanilla la oscuridad de la noche, no volvió siquiera la cabeza. Se encogió de hombros y no respondió.

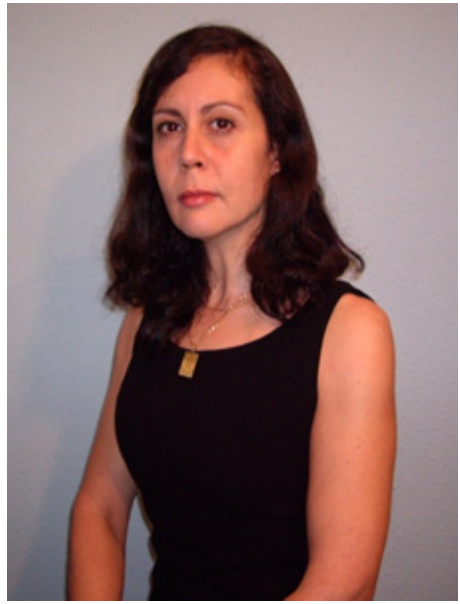
***

Alcanzamos la retaguardia de las divisiones acorazadas de nuestro ejército casi de madrugada. Por el camino adelantamos a algunos batallones de infantería que marchaban a pie. Cuando por fin nos detuvimos, no nos molestamos siquiera en bajar del camión y montar las tiendas que nos servirían de techo en los largos trayectos a través de las interminables llanuras rusas que habríamos de recorrer aún. Cabeceamos lo mejor que pudimos un par de horas entre los suministros y el material sanitario del camión que nos servía de transporte y a la mañana siguiente reanudamos la marcha hacia el este.

El este… Siempre hacia el este. Durante meses avanzaríamos en esa dirección, sin detenernos, cruzando la inmensa tierra rusa. Mientras nuestra división combatía, nosotros, con nuestros escasos medios, tuvimos que habilitar quirófanos y operar en los lugares más inhóspitos: en tiendas de campaña en medio de la estepa, en medio de la nada, en las humildes granjas de campesinos llamadas *isbas,* en cualquier sitio, donde fuera necesario. Así, sin tregua,

hasta que finalmente alcanzamos nuestro destino, el lugar en el que llegaríamos a conocer todos los límites: el límite de nuestra resistencia, física y moral, el límite del sufrimiento que un hombre puede llegar a soportar. Llegamos al Volga. A Stalingrado.

RESEÑA BIOGRÁFICA



Isabel Sierra (Bilbao, 1977), licenciada en Medicina por la Universidad del País Vasco (UPV/EHU) en 2001, se especializó vía MIR en Medicina Familiar y Comunitaria. Desde 2005 trabaja como médico adjunto de urgencias hospitalarias.

Hace años que compagina su trabajo con su otra gran vocación: la escritura. Algunas de sus obras, enmarcadas en su mayoría dentro de la denominada novela histórica, han recibido menciones y reconocimientos a nivel nacional.

Isabel Sierra fue galardonada con el Premio Joven de Narrativa 2010 de la Fundación General Universidad Complutense de Madrid por la novela *En el frente ruso,* publicada por Gadir Editorial en abril de 2011.

Otra de sus obras, *La soledad del mando,* mereció la consideración especial del jurado en el Premio de Novela Corta Fundación Monteleón 2013.

En la modalidad de relato corto, Isabel Sierra quedó finalista en el Premio Doctor Payá Nicolau de Relatos de Literatura Médica con

un relato titulado *Mi padre,* que fue publicado junto al resto de los finalistas y el relato ganador en 2013.

En los últimos años, en colaboración con el Grupo Planeta, Isabel Sierra ha publicado las novelas *Los largos años de ausencia* y *Regreso a ninguna parte,* ambientadas en la convulsa historia de Europa durante la primera mitad del siglo XX.

Sobre su vocación literaria, Isabel Sierra señala lo siguiente: «Escribir a veces no es una opción, es una necesidad. Hay cosas que uno necesita decir, pero sería incapaz de hablar de ellas sin darles antes una determinada forma. En mi caso, escribo. Escribo historias dentro de la Historia».

La vida ante sus ojos
Isabel Sierra

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Isabel Sierra, 2017

© del diseño de la portada, Click Ediciones / Área Editorial Grupo Planeta
© de la imagen de la portada, Shutterstock

© Editorial Planeta, S. A., 2017
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): febrero de 2017

ISBN: 978-84-08-16536-1 (epub)

Conversión a libro electrónico: Àtona-Víctor Igual, S. L.
www.victorigual.com